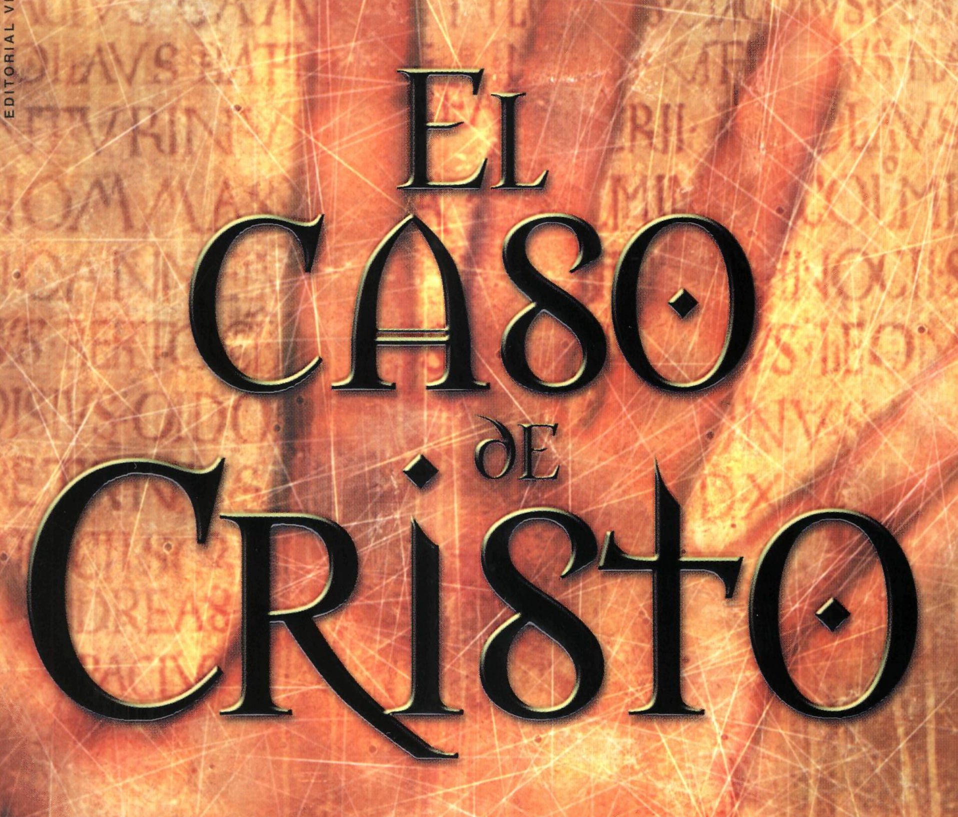
EDITORIAL VIDA



El Caso de Cristo

Una investigación exhaustiva

Lee Strobel

Si usted fuera periodista, ¿cómo enfrentaría las noticias de una historia tan grande que podría eclipsar por completo a todos los demás hechos del mundo? ¿Cómo llevaría a cabo su investigación? ¿Cuántas preguntas capciosas haría? ¿Con cuánta cautela consultaría a los grandes expertos para obtener detalladas y veraces respuestas?

Un experimentado periodista va en busca del gran suceso de la historia

EL PROYECTO: Determinar si hay evidencia creíble de que Jesús de Nazaret es en verdad el Hijo de Dios.

EL REPORTERO: Lee Strobel, educado en la Facultad de Leyes de la Universidad Yale, antiguo editor legal del periódico ***Chicago Tribune*** y ganador de varios reconocimientos, con antecedentes de ateísmo.

LOS EXPERTOS: Doce eruditos, con doctorados de las universidades de Cambridge, Princeton, Brandeis y otras prominentes instituciones, a quienes se les reconoce como autoridades sobre la vida de Jesús.

LA HISTORIA: Al volver sobre su trayectoria espiritual, Strobel interroga a los expertos con preguntas difíciles y bien directas: ¿Qué tan confiable es el Nuevo Testamento? ¿Existe evidencia extrabíblica acerca de Jesús? ¿Hay alguna razón para creer que la resurrección fue en verdad un hecho histórico?...

Este atrayente e impactante libro no es una novela. Es una búsqueda sin reservas de la verdad acerca de una de las figuras más apasionantes de la historia. Al final, el lector determinará el veredicto en el caso de Cristo

«Lee Strobel investiga con la tenacidad de un sabueso la evidencia de la verdad bíblica del cristianismo. Creyentes y agnósticos por igual aprenderán con rapidez de este libro.»
Dr. Bruce M. Metzge Profesor emérito de Nuevo Testamento, Seminario Teológico Princeton

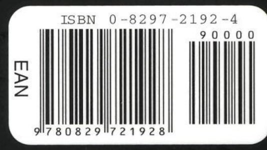
«Lee Strobel hace las preguntas con la agudeza que lo haría un escéptico. Su libro es tan bueno que se lo leía a mi esposa después de la cena. Cada investigador lo haría.»
Phillip E. Johnson Profesor de Leyes, Universidad de California en Berkeley

«Este libro se convertirá en un clásico.»
Bill Hybels Pastor principal Willow Creek Community Church

«Absolutamente fascinante. En verdad, es un libro único que recomiendo de todo corazón.»
Ravi Zacharias Ministerios Ravi Zacharias



Lee Strobel, con una maestría en estudios legales de la Facultad de Leyes Yale, fue un periodista premiado durante trece años en el periódico Chicago Tribune ***y en otros más. Fue un escéptico espiritual hasta 1981. Hoy en día sirve como pastor en la enseñanza de la iglesia Willow Creek en un suburbio de Chicago. Es autor de varios libros de éxito. Lee y su esposa, Leslie, son padres de dos estudiantes universitarios y viven en West Dundee, Illinois.***





Editorial Vida
www.editorialvida.com
ZondervanPublishingHouse
www.zondervan.com

Categoría: Apologética

Lee Strobel investiga con la tenacidad de un sabueso la evidencia de la verdad bíblica del cristianismo. Creyentes y agnósticos por igual aprenderán con rapidez de este libro.

DR. BRUCE M. METZGER, PROFESOR EMÉRITO DE NUEVO TESTAMENTO
SEMINARIO TEOLÓGICO PRINCETON

Lee Strobel hace las preguntas con la agudeza que lo haría un escéptico. Su libro es tan bueno que se lo leía a mi esposa después de la cena. Cada investigador lo haría.

PHILLIP E. JOHNSON, PROFESOR DE LEYES
UNIVERSIDAD DE CALIFORNIA EN BERKELEY

Absolutamente fascinante. En verdad, es un libro único que recomiendo de todo corazón.

RAVI ZACHARIAS
MINISTERIOS RAVI ZACHARIAS

Nadie puede separar la ficción de la realidad como un experimentado periodista de investigación, ni defender un caso como alguien capacitado en la Facultad de Leyes de la Universidad Yale. Lee Strobel presenta ambas cualidades en este extraordinario libro. Además de su tremendo testimonio de ateo convertido al cristianismo, el autor pone en orden las declaraciones juradas irrefutables de los testigos, a fin de construir un caso de Cristo a prueba de balas. Estoy de acuerdo en que *El Caso de Cristo* crea un nuevo estándar entre otras obras existente de apologética.

DR. JAMES KENNEDY, PASTOR PRINCIPAL DE LA IGLESIA PRESBITERIANA CORAL RIDGE

Este libro se convertirá en un clásico.

BILL HYBELS, PASTOR PRINCIPAL
WILLOW CREEK COMMUNITY CHURCH

Me encantó formar parte de El Caso de Cristo. Es uno de los libros más comprensibles de evidencias cristianas en el mercado y creo que tendrá un gran impacto. Cualquier persona que esté interesada en la base histórica del cristianismo debe leerlo.

J. P. MORELAND, PROFESOR DE FILOSOFÍA,
ESCUELA DE TEOLOGÍA TALBOT, UNIVERSIDAD BIOLA, LA MIRADA, CALIFORNIA

Educado en leyes y periodismo, Lee Strobel entrevistó a trece eruditos y autoridades haciéndoles las preguntas más difíciles acerca de Jesús de Nazaret, y el historial bíblico de su vida. Lee llega a la conclusión de que se necesitaría más fe para seguir siendo ateo, que para confiar en Jesús. Creo que Lee está en lo cierto. El Caso de Cristo presenta abrumadora evidencia histórica de que Jesús es el que dijo ser.

DR. LUIS PALAU

Un caso convincente, una buena lectura.

PETER KREEFT, PRODESOR DE FILOSOFÍA, UNIVERSIDAD DE BOSTON

El brillante periodismo y lleno de hechos de Lee Strobel reúne la arrolladora evidencia de las alegaciones de Cristo. Este libro es un requisito para cada cristiano y biblioteca, que debe brindársele a otros.

DR. BILL BRIGHT, PRESIDENTE Y FUNDADOR,
CRUZADA ESTUDIANTIL INTERNACIONAL PARA CRISTO

Como poca gente en nuestra generación, Lee Strobel comprende la mentalidad del escepticismo moderno. Más que de apologética, esta obra maestra responde a las preguntas que son la base de las alegaciones de Cristo. Es fascinante al igual que convincente.

DR. ROBERT E. COLEMAN, DIRECTOR DE LA ESCUELA DE MISIONES MUNDIALES Y EVANGELIZACIÓN; DIRECTOR DEL INSTITUTO DE EVANGELIZACIÓN BILLY GRAHAM

Lee Strobel escribió un libro que sin duda se convertirá en el más leído de apologética actual. Lee utiliza su antecedente de leyes y periodismo para narrar su discusión con más de una docena de eruditos reconocidos como autoridades evangélicas. Strobel, quien fuera ateo, ahora sabe cómo hacer las preguntas adecuadas. En verdad, la evidencia en *El Caso de Cristo* es convincente.

DR. THOM S. RAINER,
DECANO DE LA ESCUELA DE MISIONES,
EVANGELIZACIÓN E IGLECRECIMIENTO BILLY GRAHAM
SEMINARIO TEOLÓGICO BAUTISTA DEL SUR,
LOUISVILLE, KENTUCKY

Los escritos de Lee Strobel siempre son creativos, cautivantes y convincentes. Esta vez pude ver de primera mano parte de su trabajo mientras creaba un libro que es persuasivo sin ser manipulador, estimulante sin ser pesado, y fascinante sin ser ligero. Puedo recomendarle entusiásticamente que lea este eminente libro.

DR. GARY COLLINS, ASOCIACIÓN ESTADOUNIDENSE DE CONSEJEROS CRISTIANOS

EL CASO DE CRISTO

UNA INVESTIGACIÓN EXHAUSTIVA

EL CASO DE CRISTO

UNA INVESTIGACIÓN EXHAUSTIVA

LEE STROBEL



La misión de EDITORIAL VIDA es proporcionar los recursos necesarios a fin de alcanzar a las personas para Jesucristo y ayudarlas a crecer en su fe.

ex libris eltropical

Miami, Florida 33166-4665

Publicado en inglés bajo el título:
The Case for Christ
por Zondervan Publishing House

Traducción: *Lorena Loguzzo*

Edición: *Dámaris Rodríguez*

Diseño de cubierta: *Osvaldo González*

ISBN 0-8297-2192-4

Categoría: Apologética

Impreso en Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

08 09 10 ❖ 17 16 15

CONTENIDO

RECONOCIMIENTOS

Estoy profundamente agradecido por las reflexiones y contribuciones que distintas personas hicieron para este libro. En particular, estoy en deuda con Bill Hybels, quien me permitió presentar una serie de exposiciones sobre este tema en Willow Creek Community Church; con mi esposa, Leslie, quien tuvo la idea de volcar ese concepto en un libro; y con mi editor, John Sloan, cuyo influjo creativo realmente amplió el proyecto.

Asimismo estoy agradecido a Mark Mittelberg y Garry Poole por su continuo aliento y ayuda; a Chad Meister y Bob y Gretchen Passantino por su investigación y sus ideas; a Russ Robinson por su perspectiva jurídica; a mi asistente, Jodi Walle, por su ayuda invalorable; a mi hija, Alison y a mi hijo, Kyle, por sus contribuciones entre bastidores.

Finalmente quiero agradecer a los eruditos que me permitieron entrevistarlos para este libro. Una y otra vez quedé impresionado no solo por su conocimiento y sabiduría, sino por su fe humilde y sincera, al igual que por su deseo de ayudar a los indagadores espirituales a investigar los alegatos ultrajantes sobre Jesús.

INTRODUCCIÓN

Se reabre la investigación de toda una vida

En la jerga de los fiscales, el caso por intento de homicidio contra James Dixon era «un ganador seguro». Caso cerrado. Incluso un examen somero de la evidencia era suficiente para establecer que Dixon le había disparado al sargento Richard Scanlon en el abdomen durante una revuelta en la zona sur de Chicago.

Una pieza tras otra, un elemento tras otro, un testigo tras otro, la evidencia le ponía la soga al cuello a Dixon. Había huellas dactilares y un arma, testigos y un motivo, un policía herido y un acusado con un historial de violencia. El sistema de justicia penal estaba en posición para accionar la palanca del patíbulo que dejaría a Dixon colgado por el peso de su culpa.

Los hechos eran sencillos. El sargento Scanlon se había apresurado a llegar a la calle 108 Place del oeste luego de que un vecino llamara a la policía para denunciar a un hombre con una pistola. Al llegar Scanlon encontró a Dixon discutiendo acaloradamente con su novia, quien se hallaba tras la puerta de su casa. El padre salió cuando vio a Scanlon, pensando que estaría seguro.

De pronto Dixon y el padre comenzaron a pelear. El sargento intervino rápidamente en un intento por separarlos. Se escuchó un disparo; Scanlon se apartó tambaleándose con una herida en la sección media. En ese momento llegaron dos patrullas más que frenaron estrepitosamente, y los oficiales corrieron a sujetar a Dixon.

Encontraron cerca de allí un revólver calibre veintidós perteneciente a Dixon (con sus huellas digitales, con el cual se había hecho un disparo), en el lugar donde aparentemente lo había arrojado después del tiroteo. El padre había estado desarmado; el revólver de Scanlon permanecía en su cartuchera. Las quemaduras de pólvora en la piel de Scanlon indicaban que se le había disparado a muy corta distancia.

Afortunadamente, la herida no era de muerte aunque resultó lo suficientemente seria como para hacerle ganar una medalla al valor, que le colocó en el pecho el propio superintendente de policía. En cuanto a Dixon, cuando la policía investigó sus antecedentes penales,

descubrió que había sido condenado por haberle disparado a otra persona. Aparentemente tenía propensión a la violencia.

Allí me encontraba casi un año después, tomando notas en un juzgado de Chicago casi desierto mientras Dixon confesaba públicamente que sí era culpable de disparar contra ese veterano de quince años en la policía. Además de todas las otras pruebas, la confesión lo confirmó. El juez del tribunal penal Frank Machala sentenció a Dixon a prisión y luego golpeó con el martillo para indicar que el caso estaba cerrado. Se había hecho justicia.

Guardé mi libreta de notas en el bolsillo de mi chaqueta deportiva y bajé hasta la sala de prensa. Como mucho, mi editor me daría unos tres párrafos para relatar la noticia en la siguiente edición del Chicago Tribune. Por cierto, era todo lo esto merecía. No había mucho que decir.

Al menos pensé eso.

EL SUSURRO DE UN INFORMANTE

Al contestar el teléfono en la sala de prensa reconocí aquella voz de inmediato: era un informante con el que me había relacionado el año que estuve cubriendo el edificio del tribunal penal. Me di cuenta de que tenía algo peligroso para mí porque cuanto más grande era el soplo, más rápido y más bajo hablaba; y estaba susurrando a una milla por minuto.

—Lee, ¿conoces el caso Dixon? —me preguntó.

—Sí, seguro —le respondí—. Lo cubrí dos días atrás. Cosa de rutina.

—No estés tan seguro. Se dice que unas semanas antes del tiroteo, el Sargento Scanlon estuvo en una fiesta, haciendo alarde de su revólver pluma.

—¿Su qué?

—Un revólver pluma. Es una pistola calibre veintidós diseñada para que parezca una pluma de fuente. Portarlas es ilegal para cualquiera, incluso para un policía.

Al decirle que no veía qué importancia tenía, su voz se volvió más animada aún.

—Es así: Dixon no le disparó a Scanlon. Il resultó herido cuando su propio revólver pluma se disparó accidentalmente en el bolsillo de su camisa. Incriminó a Dixon para no meterse en problemas por portar un arma no autorizada. ¿No te das cuenta? Dixon es inocente.

—¡Imposible! —exclamé.

—Mira tú las pruebas —fue su respuesta—. Mira hacia dónde apunta realmente.

Colgué el teléfono y subí corriendo a la oficina del fiscal, haciendo una pausa breve para recobrar el aliento antes de entrar.

—¿Conoce el caso Dixon? —pregunté como al pasar, para no dar a conocer mi juego tan pronto—. Si no le es molestia, quisiera repasar los detalles una vez más.

Se puso pálido.

—Eh, no puedo hablar sobre eso —tartamudeó—. Sin comentarios.

Resultó ser que mi informante ya había comunicado sus sospechas a la oficina del fiscal. Detrás de escena, se había convocado a un jurado de acusación para reconsiderar la evidencia. Sorprendente e inesperadamente, se reabría el que fuera el caso una vez cerrado contra James Dixon.

NUEVOS HECHOS PARA UNA NUEVA TEORÍA

Al mismo tiempo, comencé mi propia investigación, estudiando la escena del crimen, entrevistando a los testigos, hablando con Dixon y examinando las pruebas físicas. Al evaluar el caso detenidamente, sucedió algo extraño: todos los nuevos hechos que descubría (incluso la antigua evidencia que antes apuntaba en forma contundente a la culpabilidad de Dixon) se ajustaban cómodamente a la teoría del revólver pluma.

- Los testigos dijeron que antes de que Scanlon llegara a la escena, Dixon había estado golpeando la puerta de la casa de su novia con el revólver. El revólver se disparó hacia abajo; en el cemento del portal había una astilladura que respondía a un impacto de bala. Esto daría cuenta de la bala que faltaba en el revólver de Dixon.
- Dixon dijo que no quería que lo atraparan con un revólver en su poder así que lo escondió en unas hierbas de la acera de enfrene antes de que llegara la policía. Encontré un testigo que lo corroboró. Esto explicaría porqué se encontró el revólver cerca de la escena del tiroteo aunque nadie había visto a Dixon arrojarlo.

- Había quemaduras de pólvora concentradas adentro (pero no encima) del bolsillo izquierdo de la camisa de Scanlon. El orificio de la bala estaba en el fondo del bolsillo. Conclusión: de alguna manera, se había disparado un arma en el interior del bolsillo.
- Contrariamente a las declaraciones del informe de la policía, la trayectoria de la bala había sido en un ángulo descendente. Debajo del bolsillo de la camisa de Scanlon había una rasgadura ensangrentada por donde la bala había salido después de pasar por algo de carne.
- Los antecedentes penales de Dixon no contaban toda su historia. Aunque había pasado tres años en prisión por un tiroteo anterior, la corte de apelaciones lo liberó después de dictaminar que había sido encarcelado injustamente. Resultó ser que la policía había ocultado a un testigo clave para la defensa y que un testigo de la fiscalía había mentido. Ese era el historial de tendencias violentas de Dixon.

SE LIBERA A UN HOMBRE INOCENTE

Finalmente le hice la pregunta crucial a Dixon:

—Si era inocente, ¿por qué se declaró culpable?

Dixon suspiró.

—Fue un convenio de alegación de culpabilidad —explicó, refiriéndose a la práctica de los fiscales de recomendar una sentencia reducida si el acusado se declara culpable y de ese modo le ahorra a todos el tiempo y el costo de un juicio.

—Dijeron que si me declaraba culpable, me sentenciarían a un año en prisión. Ya había estado trescientos sesenta y dos días en la cárcel a la espera de mi juicio. Solo tenía que admitir que lo había hecho y saldría en unos días. Pero si insistía en ir a juicio y el jurado me declaraba culpable... me tirarían con todo el peso de la ley. Me darían veinte años por dispararle a un policía. No valía la pena arriesgarme. Solo quería regresar a casa...

—Entonces, admitiste haber hecho algo que no hiciste —le dije.

Dixon asintió.

—Exacto.

Finalmente Dixon fue exonerado y después ganó un proceso contra el departamento de policía. Le quitaron la medalla a Scanlon, fue acusado por un jurado de acusación, declarado culpable de incumplimiento de deberes oficiales y fue despedido del departamento. En cuanto a mí, mis notas salieron en primera plana. Y lo que es más importante, aprendí grandes lecciones en mis días de periodista joven.

Una de las lecciones más claras fue que la evidencia puede alinearse para apuntar hacia distintas direcciones. Por ejemplo, fácilmente había suficientes pruebas para condenar a Dixon por dispararle al sargento. Pero las preguntas claves eran las siguientes: ¿La recopilación de pruebas había sido exhaustiva? ¿Qué explicación se ajusta mejor a la totalidad de los hechos? Una vez que se presentó la teoría del revólver pluma, resultó claro que ese argumento daba razón de todo el cuerpo de evidencia de manera óptima.

Y hubo otra lección. Una razón por la que la evidencia al principio me pareció tan convincente fue porque se ajustaba a mis ideas preconcebidas de ese entonces. Para mí, Dixon era evidentemente un camorrista, un fracaso, el producto desempleado de un hogar roto. Los policías eran los buenos. Los fiscales no se equivocaban.

Al mirar a través de esos cristales, toda la evidencia original parecía caer en su justo lugar. Donde había inconsecuencia o lagunas, yo, ingenuamente, las encubría. Cuando la policía me dijo que el caso estaba cerrado, les tomé la palabra y no seguí con la indagación.

Pero cuando cambié los cristales (cambiando mis prejuicios por un intento de objetividad) vi el caso bajo una nueva luz. Finalmente dejé que la evidencia me guiara a la verdad, sin importar si coincidía o no con mis presuposiciones.

Esto ocurrió veinte años atrás. Mis mayores lecciones estaban todavía por llegar.

DE DIXON A JESÚS

Conté este caso poco común porque de cierta forma mi peregrinaje espiritual fue muy parecido a mi experiencia con James Dixon.

Por mucho tiempo fui un escéptico. En verdad, me consideraba ateo. Para mí, había demasiada evidencia de que Dios era simplemente un producto de la fantasía, de la mitología antigua, de la superstición primitiva. ¿Cómo podría existir un Dios amoroso si condenaba a la gente al infierno solo por no creer en él? ¿Cómo pueden los milagros transgredir las leyes básicas de la naturaleza? ¿Acaso la evolución no explicó satisfactoriamente el origen de la

vida? ¿Acaso la razón científica no erradica la creencia en lo sobrenatural?

Y en cuanto a Jesús, ¿acaso no sabías que él nunca dijo ser Dios? Fue un revolucionario, un sabio, un judío iconoclasta; pero ¿Dios? No, ¡eso nunca se le había ocurrido! Pudiera indicarte numerosos profesores universitarios que dijeron eso; y de seguro son dignos de confianza, ¿no es así? Reconozcámoslo: hasta una inspección somera de la evidencia demuestra en forma convincente que Jesús solo fue un ser humano como tú y como yo, aunque con dones inusuales de bondad y sabiduría.

Pero eso era todo lo que yo había hecho con la evidencia: una inspección somera. Había leído lo suficiente sobre filosofía e historia como para encontrar fundamento para mi escepticismo; un hecho por aquí, una teoría científica por allá, una cita concisa, un argumento ingenioso. Seguro, podía ver algunos baches e inconsecuencias, pero tenía una fuerte motivación para ignorarlas: un estilo de vida egoísta e inmoral que me vería obligado a abandonar si alguna vez decidiera cambiar mi punto de vista y convertirme en un seguidor de Jesús.

Con respecto a mí, el caso estaba cerrado. Para mí había suficientes pruebas como para quedarme tranquilo con la conclusión de que la divinidad de Jesús no era más que la invención fantasiosa de gente supersticiosa.

O creí eso .

RESPUESTAS PARA UN ATEO

No fue el llamado de un informante lo que me llevó a reexaminar el caso Cristo. Fue mi esposa.

Leslie me dejó aturdido en el otoño de 1979 al anunciarme que se había convertido en cristiana. Apreté los ojos y me preparé para lo peor, sintiéndome como la víctima de un engaño de cambio de carnada. Me había casado con una Leslie; la Leslie divertida, la Leslie despreocupada, la Leslie arriesgada, y ahora temía que se convirtiera en una especie de puritana sexualmente reprimida que cambiaría nuestro estilo de vida ascendentemente versátil por vigilias de oración y trabajo voluntario en mugrientos comedores de beneficencia.

En lugar de eso, me sorprendí gratamente; incluso fascinado, por los cambios fundamentales en su carácter, su integridad y su confianza personal. Finalmente quise llegar al fondo de lo que estaba generando estos cambios sutiles pero significativos en las actitudes de mi esposa, por lo que inicié una investigación exhaustiva de los hechos entorno al caso a favor del cristianismo.

Dejando de lado mi egoísmo y mis prejuicios lo mejor que pude, leí libros, entrevisté expertos, hice preguntas, analicé la historia, exploré la arqueología, estudié literatura antigua y por primera vez en mi vida desmenucé la Biblia versículo por versículo.

Me lancé al caso con más vigor que el de cualquier otra noticia que jamás había perseguido. Apliqué el entrenamiento que recibí en la Facultad de Derecho de Yale al igual que mi experiencia como editor en asuntos legales para el Chicago Tribune. Con el paso del tiempo, la evidencia del mundo (de la historia, la ciencia, la filosofía, la sicología) comenzaron a apuntar hacia lo impensable.

Era como volver al caso Dixon.

JUZGA POR TI MISMO

Quizás tú también hayas basado tu perspectiva espiritual en la evidencia que has observado a tu alrededor o que has extraído de libros tiempo atrás, profesores universitarios, parientes o amigos. Pero ¿acaso es realmente tu conclusión la mejor explicación de los hechos? Si tuvieras que excavar más profundo; enfrentar tus pre conceptos y desenterrar las pruebas sistemáticamente, ¿qué encontrarías?

De eso se trata este libro. En realidad, voy a regresar y a ampliar el viaje espiritual que realicé durante casi dos años. Te llevaré conmigo mientras entrevisto a trece eruditos y expertos con credenciales académicas impecables.

He cruzado el país, de Minnesota a Georgia, de Virginia a California, para obtener sus opiniones expertas, desafiarlos con las objeciones de mis tiempos de escepticismo, forzarlos a defender su posición con datos sólidos y argumentos convincentes, y probarlos precisamente con las mismas preguntas que tú les harías si tuvieras la oportunidad.

En esta búsqueda de la verdad utilicé mi experiencia como periodista en asuntos legales para considerar varios tipos de prueba: la prueba ocular, la prueba documental, la prueba corroborativa, la prueba refutatoria, la prueba científica, la prueba sicológica, la

prueba circunstancial y sí, hasta la prueba dactilar (¿no suena intrigante esta última?).

Estas son las mismas clasificaciones que encuentras en una corte. Y quizá adoptar la perspectiva legal es la mejor manera para imaginar este proceso; contigo en el papel de jurado.

Si fueras seleccionado para el jurado de un juicio real, se te pediría que asegures delante de todos que no te has hecho preconceptos sobre el caso. Se te exigiría que juraras que mantendrás una perspectiva amplia, serás justo y que derivarás tus conclusiones del peso de los hechos y no de tus caprichos o prejuicios. Serías instado a que consideres minuciosamente la credibilidad de los testigos, que examines el testimonio cuidadosamente, y que sometas rigurosamente la evidencia a tu lógica y sentido común. Te pido que hagas lo mismo al leer este libro.

Al fin y al cabo la responsabilidad de los jurados es llegar a un veredicto. Eso no significa que tienen el cien por ciento de certeza, porque no podemos tener una prueba absoluta de nada en esta vida. En un juicio, se le pide a los jurados que consideren la evidencia y que lleguen a la mejor conclusión posible. Es decir, volviendo al caso James Dixon, ¿qué argumento se ajusta mejor a los hechos?

Esa es tu tarea. Espero que la tomes en serio porque quizá esté en juego mucho más que vana curiosidad. Si se le ha de creer a Jesús (y sé que quizá para ti este sea un si condicional muy grande en este momento), no hay nada más importante que la forma en la que respondes ante él.

¿Quién es él en verdad? ¿Quién decía ser? Y ¿hay alguna evidencia creíble para sustentar sus afirmaciones? Eso es lo que buscamos determinar al abordar un vuelo a Denver para realizar nuestra primera entrevista.

PRIMERA PARTE

El examen del expediente



LA PRUEBA OCULAR

¿Son dignas de confianza las biografías de Jesús?

Cuando conocí a Leo Carter, tímido y de voz suave, era un veterano de diecisiete años del peor barrio de Chicago. Su testimonio había puesto a tres asesinos tras las rejas. Y todavía tenía una bala calibre treinta y ocho en el cráneo, un espantoso recuerdo de una terrible historia que comenzó cuando vio a Elijah Baptist matar a tiros a un empleado de una tienda local de víveres.

Leo y un amigo, Leslie Scott, estaban jugando al baloncesto cuando vieron a Elijah, en ese entonces un delincuente de dieciséis años con treinta arrestos en su historial, asesinando a Sam Blue fuera de su tienda.

Leo conocía al dueño de la tienda desde niño.

—Cuando no teníamos nada que comer, él nos daba algo —me contó Leo calladamente—. Así que cuando fui al hospital y me dijeron que estaba muerto, supe que tenía que declarar sobre lo que había visto.

El testimonio de testigos oculares es poderoso. Uno de los momentos más dramáticos en un juicio oral es cuando un testigo describe en detalle el delito que vio y luego señala con confianza al acusado como su perpetrador. Elijah Baptist sabía que la única forma de no ir a prisión era de impedir de alguna manera que Leo Carter y Leslie Scott hicieran precisamente eso.

Así que Elijah y dos de sus compañeros salieron de cacería. Pronto rastrearon a Leo y Leslie, quienes estaban caminando por la calle con Henry, el hermano de Leo, y los arrastraron a punta de pistola hacia un puerto de carga cercano y oscuro.

—Me caes bien —le dijo el primo de Elijah a Leo—, pero tengo que hacerlo.

Y luego puso la pistola contra la nariz de Leo y haló el gatillo.

La pistola detonó; la bala penetró en ligero ángulo, cegó el ojo derecho de Leo y quedó alojada en su cabeza. Cuando se desplomó al piso, se disparó otro tiro y esa bala quedó a cinco centímetros de su columna vertebral.

Desde su posición tendido por el suelo, simulando estar muerto, Leo vio a su hermano sollozante y a su amigo ejecutados sin piedad a quemarropa. Cuando Elijah y su pandilla huyeron, Leo se arrastró a un lugar seguro.

De alguna manera, contra todo presagio, Leo sobrevivió. La bala, demasiado comprometida para poder quitarla, permaneció en su cráneo. A pesar de fuertes jaquecas que los medicamentos potentes no podían aplacar, se convirtió en el único testigo ocular contra Elijah Baptist en el juicio por el asesinato de Sam Blue. Los jurados le creyeron a Leo y Elijah fue sentenciado a ochenta años en la cárcel.

Nuevamente Leo fue el único testigo que declaró contra Elijah y sus dos acompañantes en los asesinatos de su hermano y su amigo. Y una vez más, su palabra sirvió para mandar al trío a la cárcel por el resto de sus vidas.

Leo Carter es uno de mis héroes. Logró que se hiciera justicia, aunque pagó un precio muy alto. Cuando pienso en el testimonio de testigos oculares, aún hoy, más de veinte años después, su cara todavía vuelve a mi mente.[1]

TESTIMONIO DE TIEMPOS LEJANOS

Sí, el testimonio de un testigo ocular puede ser convincente. Cuando un testigo ha tenido amplia oportunidad para observar un delito, cuando no hay parcialidad o motivos ulteriores, cuando el testigo es veraz y justo, el acto crucial de señalar al acusado en el tribunal puede ser suficiente para condenar a esa persona a la cárcel o algo peor.

Y el testimonio de un testigo ocular es también crucial en la investigación de asuntos históricos; incluso el tema si Jesucristo es o no el único Hijo de Dios.

Pero ¿con qué relatos de testigos oculares contamos? ¿Contamos con el testimonio de alguien que haya interactuado personalmente con Jesús, que haya escuchado sus enseñanzas, que haya visto sus milagros, que haya sido testigo de su muerte y que quizás hasta se haya encontrado con él después de su supuesta resurrección? ¿Contamos con algún material de «periodistas» del siglo I que entrevistaron a testigos oculares, hicieron preguntas difíciles, y registraron fielmente lo que determinaron meticulosamente ser cierto? De la misma importancia es ¿cómo soportarían estos relatos el escrutinio de los escépticos?

Yo sabía que de la misma forma que el testimonio de Leo Carter dictaminó la condena de tres asesinos brutales, los relatos de testigos oculares desde las sombras de tiempos lejanos podrían ayudar a resolver el tema espiritual más importante de todos. Para conseguir respuestas sólidas, hice los arreglos para entrevistar al nacionalmente famoso erudito que literalmente escribió el libro sobre la materia: el Dr. Craig Blomberg, autor de *The Historical Reliability of the Gospels* [La confiabilidad histórica de los Evangelios].

Sabía que el Dr. Blomberg era inteligente; Por cierto que hasta su apariencia coincidía con el estereotipo. Alto (un metro noventa centímetros) y espigado, pelo castaño corto y ondulado, peinado hacia adelante sin ceremonias, barba poblada, espejuelos gruesos sin marco, parecía ser del tipo que se gradúa con los máximos honores de la escuela secundaria (sí lo era), un erudito emérito en el ámbito nacional (sí lo era), un graduado con magna cum laude [máximos honores] de un prestigioso seminario (sí lo era, de Trinity Evangelical Divinity School).

Pero yo quería alguien que fuera más que inteligente o educado. Estaba buscando un experto que no disimulara matices o que despreocupadamente desechara objeciones a los documentos del cristianismo. Quería alguien con integridad, alguien que ha luchado con las críticas más potentes contra la fe y que habla con autoridad pero sin ese tipo de declaraciones generalizadas que encubren en vez de tratar con problemas decisivos.

Me dijeron que Blomberg era exactamente lo que estaba buscando y volé a Denver preguntándome si él cumpliría las expectativas. Debo admitir que tenía ciertas dudas, en especial cuando mi investigación reveló un hecho profundamente perturbador que es probable que él hubiera preferido que permaneciera oculto: Blomberg aún tiene esperanzas de que sus amados héroes de la niñez, los Chicago Cubs, ganarán la Serie Mundial antes de que él muera.

Sinceramente, eso era suficiente como para hacerme sospechar de su discernimiento.

LA PRIMERA ENTREVISTA: DR. CRAIG L. BLOMBERG

Craig Blomberg se considera ampliamente uno de los principales expertos en el ámbito nacional en cuanto a las biografías de Jesús, conocidas como los cuatro Evangelios. Recibió su doctorado en el Nuevo Testamento de Aberdeen University en Escocia, más tarde se desempeñó como catedrático investigador principal en Tyndale House en Cambrigde University, Inglaterra, donde formó parte de un grupo élite de eruditos internacionales que produjo una serie de trabajos elogiados sobre Jesús. Durante más de diez años se ha desempeñado como profesor de Nuevo Testamento en el respetado Denver Seminary.

Los libros de Blomberg son, entre otros, *Jesus and the Gospels* [Jesús y los Evangelios]; *Interpreting the Parables* [Interpretación de las parábolas]; *How Wide the Divide?* [¿Cuán grande es la brecha?]; y comentarios del Evangelio de Mateo y 1 Corintios. También ayudó a editar el volumen seis de *Gospel Perspectives* [Perspectivas del Evangelio], que trata exhaustivamente los milagros de Jesús, y fue el coautor de *Introduction to Biblical Interpretation* [Introducción a la Interpretación Bíblica]. Contribuyó con capítulos sobre el valor histórico de los Evangelios para el libro *Reasonable Faith* [Fe Razonable] y el premiado *Jesus under Fire* [Jesús bajo Fuego]. Es miembro de Society for the Study of the New Testament [Sociedad para el Estudio del Nuevo Testamento], Society of Biblical Literature [Sociedad de Literatura Bíblica] y de *Institute for Biblical Research* [Instituto de Investigación Bíblica], entre otros.

Tal como lo esperaba, su oficina tenía más que su medida de volúmenes de estudio apretados en los libreros (incluso tenía puesta una corbata ornamentada con dibujos de libros).

Sin embargo, noté enseguida que las paredes de su oficina estaban dominadas no por tomos empolvados de historiadores antiguos sino por trabajos de arte de sus hijas pequeñas. Sus representaciones llenas de colorido y caprichosas de llamas, casas y flores no estaban colgadas con tachuelas al azar como una ocurrencia nueva casual; evidentemente se habían tratado como premios: montadas con esmero, enmarcadas con cuidado y firmadas

personalmente por las propias Elizabeth y Rachel. Está claro, me dije, este hombre tiene cerebro, pero también tiene corazón.

Blomberg habla con la precisión de un matemático (sí, también enseñó matemáticas al principio de su carrera), midiendo cuidadosamente cada palabra muestra de una evidente renuencia a dar un paso ni un milímetro más allá de lo que garantiza la evidencia. Justo lo que estaba buscando.

Mientras se acomodaba en un sillón, taza de café en mano, yo también bebí un poco de café para alejar un poco el frío de Colorado. Como percibí que Blomberg era un tipo de los que van al grano, decidí comenzar la entrevista yendo directo al grano.

TESTIGOS OCULARES DE LA HISTORIA

—Dígame —le dije con un tono de desafío en la voz—, ¿es posible ser una persona inteligente con sentido crítico y aún creer que los cuatro Evangelios fueron escritos por las personas cuyos nombres les han atribuido?

Blomberg apoyó su tasa en el borde del escritorio y me miró resueltamente.

—La respuesta es sí —respondió con convicción. Se reclinó y continuó—.

Es importante reconocer que en sentido estricto los Evangelios son anónimos. Pero el testimonio uniforme de la iglesia primitiva era que Mateo, conocido también como Leví, el recaudador de impuestos y uno de los tres discípulos fue el autor del primer Evangelio del Nuevo Testamento; que Juan Marcos, el compañero de Pedro, fue el autor del Evangelio que llamamos Marcos; y que Lucas, conocido como el «médico amado» de Pablo, escribió ambos, el Evangelio de Lucas y Hechos de los Apóstoles.

—¿Qué uniforme es la creencia de que ellos fueron los autores? —pregunté.

—No se conocen competidores para estos tres Evangelios —respondió—. Parece que simplemente no estaba en tela de juicio.

Aun así, quise seguir probando la cuestión.

—Perdone mi escepticismo —comenté—, pero ¿tendría alguien algún motivo para mentir al alegar que estas personas escribieron los Evangelios cuando en realidad no lo hicieron?

Blomberg negó con la cabeza.

—Probablemente no. Recuerde, estos eran personajes improbables —dijo asomando una sonrisa—. Marcos y Lucas no fueron dos de los doce discípulos. Mateo sí, pero como había sido un recaudador de impuestos odiado, ¡pudiera haber sido el personaje más infame, junto con Judas Iscariote, quien traicionó a Jesús!

»Contrástelo con lo que sucedió cuando se escribieron los fantasiosos evangelios apócrifos mucho tiempo después. La gente eligió los nombres de figuras reconocidas y ejemplares para ser sus autores ficticios: Felipe, Pedro, María, Jacobo. Esos nombres tenían más peso que los de Mateo, Marcos y Lucas. Así que para responder a su pregunta, no habría habido razón alguna para atribuirle su autoría a estas tres personas poco respetadas si no fuera cierto.

Sonaba lógico pero era evidente que por conveniencia estaba dejando de lado a uno de los escritores de los Evangelios.

—¿Y Juan? —pregunté—. Era una figura muy prominente; en realidad, no era simplemente uno más de los discípulos sino uno de los tres más cercanos a Jesús, junto con Pedro y Jacobo.

—Sí, él es la única excepción —admitió Blomberg asintiendo con la cabeza—. Y es interesante que Juan es el único Evangelio sobre el que existen dudas acerca de su autor.

—¿Qué es exactamente lo que se discute?

—Sobre el nombre del autor no hay dudas; ciertamente es Juan —respondió Blomberg—. La cuestión es si fue Juan el apóstol u otro Juan.

»Verá, el testimonio de un escritor cristiano llamado Papías, alrededor del año 125 d.C., hace referencia a Juan el apóstol y a Juan el anciano, y no se aclara en el contexto si está hablando de una persona desde dos perspectivas o de dos personas distintas. Pero salvo esa excepción, el resto del testimonio primitivo es unánime en cuanto a que fue Juan el apóstol, el hijo de Zebedeo, quien escribió el Evangelio.

—Y usted —dije en un esfuerzo para que siguiera hablando—, está convencido de que él lo hizo.

—Sí, creo que la mayor parte importante del material, apunta al apóstol —contestó—. Sin embargo, si usted lee el Evangelio atentamente, se puede ver una cierta indicación de que los versículos finales pueden haber recibido el toque final de un editor. Por mi parte, no tengo inconveniente en creer que alguien muy cercano a Juan haya cumplido ese papel, dando forma a los últimos versículos y probablemente creando la uniformidad estilística de todo el documento.

»Pero en cualquier caso —subrayó—, el Evangelio evidentemente está basado en material de testigos oculares, al igual que los otros tres Evangelios.

AHONDEMOS EN LOS DETALLES

Aunque apreciaba los comentarios de Blomberg hasta ese momento, todavía no estaba listo para seguir avanzando. La cuestión de quién escribió los Evangelios es de tremenda importancia, y yo quería detalles específicos: nombres, fechas, citas. Terminé mi café y puse la tasa sobre su escritorio. Con la pluma en mano, me preparé para excavar más profundo.

—Volvamos a Marcos, Mateo y Lucas —dije—. ¿Qué pruebas específicas tiene usted de que ellos son los autores de los Evangelios?

Blomberg se inclinó hacia delante.

—De nuevo, el testimonio más antiguo y probablemente más significativo viene de Papías, quien, alrededor del año 125 d.C., afirmó específicamente que Marcos había registrado cuidadosa y fielmente el testimonio ocular de Pedro. Es más, dijo que Marcos "no cometió ningún error" y no incluyó "ninguna declaración falsa". Y Papías dijo que Mateo también había preservado las enseñanzas de Jesús.

—Luego Ireneo, quien escribió alrededor de 180 d.C., confirmó la autoría tradicional. Por cierto, aquí... —dijo mientras tomaba un libro. Pasó las hojas y leyó las palabras de Ireneo:

> Mateo publicó su propio Evangelio entre los hebreos en su propia lengua, cuando Pedro y Pablo estaban predicando el evangelio en Roma y fundando la iglesia allí. Después de su partida, Marcos, el discípulo e intérprete de Pedro, él mismo nos dejó por escrito la esencia de la predicación de Pedro. Lucas, seguidor de Pablo, asentó en un libro el evangelio pre-dicado por su maestro. Luego Juan, el discípulo del Señor, quien también se recostaba sobre su

pecho, produjo su Evangelio mientras vivía en Éfeso en Asia.[2]

—Muy bien—, dije al levantar mi vista de las notas—, permítame aclarar esto. Si podemos tener confianza en que los Evangelios fueron escritos por los discípulos Mateo y Juan, por Marcos, el compañero del discípulo Pedro, y por Lucas, el historiador, compañero de Pablo y una especie de periodista del siglo I, podemos estar seguros de que los hechos que registran están basados en el testimonio, directo o indirecto, de testigos oculares.

Mientras hablaba, Blomberg estaba colando mis palabras. Cuando terminé, asintió.

—Exactamente —dijo con firmeza.

BIOGRAFÍAS ANTIGUAS FRENTE A BIOGRAFÍAS MODERNAS

Aun había algunos aspectos conflictivos de los Evangelios que tenía que aclarar. En particular, quería entender mejor el tipo de género literario que representaban.

—Cuando voy a la librería y busco la sección de biografías, no veo el tipo de escritura que ve veo en los Evangelios —expliqué—. Cuando alguien escribe una biografía en la actualidad, indagan minuciosamente la vida de la persona. Pero considere a Marcos; él no habla del nacimiento de Jesús o prácticamente nada acerca de los primeros años de la madurez de Jesús. En cambio, se centra en un período de tres años y dedica la mitad de su Evangelio a los hechos que desencadenaron y culminaron en la última semana de Jesús. ¿Cómo explica eso?

—Hay dos razones —respondió Blomberg alzando dos dedos—, una es literaria y la otra teológica.

»La razón literaria es que básicamente, esa es la forma en la que se escribían las biografías en el mundo antiguo. No poseían la noción que tenemos hoy día de que era importante dar igual proporción a todos los períodos de la vida de un individuo o de que era necesario contar la historia en orden estrictamente cronológico e incluso citar a la gente palabra por palabra, mientras que se preservara la esencia de lo que dijeran. El griego y el hebreo antiguos ni siquiera tenían un símbolo para las comillas.

»El único propósito por el que pensaban que valía la pena registrar la historia era porque había algunas lecciones que aprender de los personajes descriptos. Por lo tanto, el biógrafo quería extenderse en esas porciones de la vida de una persona que fueran ejemplares, que fueran ilustrativas, que pudieran ayudar a otras personas, que dieran sentido a un período de la historia.

—¿Y cuál es la razón teológica? —pregunté.

—Esta fluye del punto que acabo de explicar. Los cristianos creen que por más maravillosas que fueran la vida, las enseñanzas y los milagros de Jesús, no tendrían sentido si no fuera un hecho histórico que Cristo murió y que resucitó de los muertos y que esto proveyó redención, o perdón, de los pecados de la humanidad.

»Por tanto Marcos en particular, como escritor del Evangelio probablemente más antiguo, dedica a grandes rasgos la mitad de su narrativa a los hechos que condujeron a la muerte y resurrección de Cristo y comprenden un período de tiempo de una semana hasta la culminación.

»Dada la importancia de la crucifixión —concluyó—, esto tiene sentido total en la literatura antigua.

EL MISTERIO DE Q

Además de los cuatro Evangelios, los eruditos hacen referencia a lo que denominan Q, que representa la palabra alemana Quelle, o «fuente». Por similitudes de leguaje y contenido, tradicionalmente se ha dado por sentado que Mateo y Lucas tomaron el Evangelio de Marcos anterior para escribir los propios. Además, los eruditos han dicho que Mateo y Lucas también incorporaron cierto material de esta misteriosa Q, material que está ausente en Marcos.

—¿Qué es exactamente Q? —le pregunté a Blomberg.

—No es más que una hipótesis —respondió volviendo a reclinarse cómodamente en su silla—. Con pocas excepciones, son simplemente dichos o enseñanzas de Jesús, que alguna vez quizás formaron parte de un documento separado e independiente.

»Verá, era un género literario común recopilar los dichos de maestros respetados, algo parecido a como nosotros compilamos la mejor música de un cantante y la ponemos en un álbum de

"grandes éxitos". Q debe haber sido algo así. Por lo menos esa es la teoría.

»Pero si Q existió antes de Mateo y Lucas, podría constituir un primer material sobre Jesús. Quizás, pensé, puede arrojar una luz nueva sobre cómo era Jesús verdaderamente.

—Permítame preguntarle lo siguiente —dije—, si se aísla solamente el material de Q, ¿qué imagen de Jesús se obtiene?

Blomberg se pasó la mano por la barba y miró al techo por un momento mientras consideraba la pregunta.

—Bueno, debe tener en cuenta que Q era una colección de dichos y por lo tanto no tenía el material narrativo que pudiera habernos dado una imagen más completa de Jesús —respondió, hablando lentamente a medida que elegía cada palabra con cuidado.

»Aun así, encuentra que Jesús hace ciertas declaraciones muy fuertes, por ejemplo: que él era la sabiduría personificada y que era el único mediante el cual Dios juzgará a toda la humanidad, ya sea que lo confiesen o lo nieguen. Un libro erudito importante afirma recientemente que si se aíslan todos los dichos de Q, uno en realidad obtiene el mismo tipo de retrato de Jesús, de alguien que hacía declaraciones audaces acerca de sí mismo, que se encuentra en los Evangelios en forma más general.

Quería presionarlo más en este punto.

—¿Se vería como un obrador de milagros? —inquirí.

—Nuevamente —respondió—, tiene que recordar que no encontraría muchas historias de milagros por sí, porque normalmente se encuentra en la narrativa, y Q es principalmente una lista de dichos.

Se detuvo para alcanzar algo de su escritorio, tomó una Biblia con tapa de cuero y pasó sus páginas bien gastadas.

—Pero, por ejemplo, Lucas 7:18-23 y Mateo 11:2-6 dicen que Juan el Bautista envió mensajeros a preguntarle a Jesús si era en verdad el Cristo, el Mesías que estaban esperando. Jesús respondió en esencia: "Díganle que considere mis milagros. Díganle lo que han visto: los ciegos ven, los sordos oyen, los cojos caminan, los pobres reciben la predicación de las buenas noticias."

—Así que, aun en Q —concluyó—, hay claramente una percepción del ministerio de milagros de Jesús.

La mención de Mateo que hizo Blomberg me recordó otra cuestión en cuanto a la forma en la que se armaron los Evangelios.

—¿Por qué Mateo —pregunté—, quien al parecer era un testigo ocular de Jesús, incorporaría parte de un Evangelio escrito por Marcos, el que todos concuerdan que no fue un testigo ocular? Si el Evangelio de Mateo fue escrito verdaderamente por un testigo ocular, uno pensaría que habría contado con sus propias observaciones.

—Solo tiene sentido si Marcos en realidad estaba basando su relato en los recuerdos de Pedro, un testigo ocular —expresó con una sonrisa. Como usted lo ha dicho, Pedro estaba en el círculo más cercano a Jesús y tenía la posibilidad de escuchar y ver más cosas que los demás discípulos. Así que para Mateo tendría sentido, aunque él fue un testigo ocular, confiar en la versión de Pedro de los hechos según lo trasmitió a través de Marcos.

Sí, pensé, eso sí tiene algo de sentido. Es más, comenzó a surgir una analogía en mi mente de mis años como un reportero de periódicos. Recordé haber formado parte de una multitud de periodistas que una vez arrinconaron al famoso patriarca político de Chicago, el fallecido alcalde Richard J. Daley, para hostigarlo con preguntas sobre un escándalo que estaba surgiendo en el departamento de policía. Hizo algunos comentarios antes de escapar hacia su limosina.

Aunque yo había sido un testigo ocular de lo que había sucedido, inmediatamente fui hasta un periodista de radio que había estado más cerca de Daley y le pedí que me dejara escuchar su cinta con lo que Daley había dicho. De esta forma, podría asegurarme de escribir sus palabras correctamente.

Eso, pensé, fue aparentemente lo que Mateo hizo con Marcos: aunque Mateo tenía sus propios recuerdos como discípulo, su búsqueda de la exactitud lo llevó a confiar en cierto material que vino directamente de Pedro, en el círculo estrecho de Jesús.

LA PERSPECTIVA ÚNICA DE JUAN

Satisfecho con las respuestas iniciales de Blomberg con respecto a los tres primeros Evangelios, llamados los sinópticos, que significa «ver al mismo tiempo», por su compendio similar y su interrelación,[4] centré la atención en el Evangelio de Juan. Cualquiera que lee los cuatro Evangelios inmediatamente distinguirá que hay

diferencias evidentes entre los sinópticos y el Evangelio de Juan, y yo quería saber si esto significa que hay contradicciones irreconciliables entre ellos.

—¿Pudiera aclarar las diferencias entre los Evangelios sinópticos y el Evangelio de Juan? —le pregunté.

Levantó las cejas.

—¡Qué *inmensa* pregunta! —exclamó levatando las cejas—. Espero escribir un libro sobre ese tema.

Luego de asegurarle que solo me interesaban los puntos esenciales del asunto y no una discusión exhaustiva, volvió a acomodarse en su silla.

—Bueno, es cierto que existen más diferencias que similitudes entre Juan y los Sinópticos —comenzó—. Solo un puñado de las historias principales que aparecen en los otros tres Evangelios reaparecen en Juan, aunque eso cambia notablemente cuando uno llega a la última semana de Jesús. Desde ese punto en adelante los paralelos son más cercanos.

»También parece haber un estilo lingüístico muy diferente. En Juan, Jesús utiliza una terminología diferente, habla en sermones largos y parece haber una mayor cristología, es decir, afirmaciones más directas y más evidentes de que Jesús es uno con el Padre; es Dios mismo: es el camino, la verdad y la vida; es la resurrección y la vida.

—¿Cómo se explican estas diferencias? —pregunté.

—Por muchos años la suposición fue que Juan sabía todo lo que escribieron Mateo, Marcos y Lucas y no vio la necesidad de repetirlo así que deliberadamente decidió complementarlos. Recientemente se ha supuesto que Juan es mayormente independiente de los otros tres Evangelios, lo que explicaría no solo la diferente selección de material sino también las diferentes perspectivas sobre Jesús.

LA DECLARACIÓN MÁS AUDAZ DE JESÚS

—Hay algunos distintivos teológicos en Juan —observé.

—Sin duda, pero ¿merecen ser llamados contradicciones? Creo que la respuesta es no y esta es la razón: para prácticamente cada tema principal o distintivo en Juan, se pueden encontrar paralelos en Mateo, Marcos y Lucas, aun cuando no sean tan abundantes.

Era una afirmación osada. Inmediatamente decidí ponerla a prueba planteando quizás el asunto más significativo de todas con respecto a las diferencias entres los Sinópticos y el Evangelio de Juan.

—Juan hace declaraciones muy explícitas de que Jesús es Dios, que algunos atribuyen al hecho de que escribió después de los demás y comenzó a adornar las cosas —comenté—. ¿Puede encontrar este tema de la deidad en los Sinópticos?

—Sí, puedo —respondió—. Está más implícito pero se encuentra allí. Piense en la historia en la que Jesús camina sobre el agua, que se encuentra en Mateo 14:22-33 y Marcos 6:45-52. La mayoría de las traducciones al español esconden el griego al citar a Jesús que dice: "Soy yo. No tengan miedo" (NVI). En realidad, el griego dice literalmente: "No tengan miedo. Yo soy." Esas dos palabras son idénticas a lo que Jesús dijo en Juan 8:58, cuando tomó para sí mismo el nombre divino "YO SOY", que es la forma en la que Dios se reveló a Moisés en la zarza ardiente en Éxodo 3:14. Por lo tanto, Jesús se revela a sí mismo como aquel que tiene el mismo poder divino sobre la naturaleza al igual que YHWH [Jehová], el Dios del Antiguo Testamento.

—Ese es un ejemplo —dije asintiendo—. ¿Tiene algunos otros?

—Sí, pudiera seguir en esa línea —respondió Blomberg—. Por ejemplo, el título que Jesús usaba más comúnmente para referirse a sí mismo en los tres primeros Evangelios era el "Hijo del hombre", y...

—Espere un momento —le dije y levanté mi mano. Tomé mi portafolio, saqué un libro y pasé las hojas hasta encontrar la cita que estaba buscando—. Karen Armstrong, la ex monja que escribió el éxito de librería *A History of God* [Una historia de Dios] dijo que parece que el término "Hijo del hombre" "simplemente subrayaba la debilidad y mortalidad de la condición humana" así que al usarla, Jesús simplemente estaba enfatizando que "él era un ser humano frágil que algún día sufriría y moriría".[5] Si eso es verdad no suena mucho a una afirmación de deidad.

La expresión de Blomberg se volvió agria.

—Mire —dijo con firmeza, contrario a la creencia popular, "Hijo del hombre" no se refiere en primer lugar a la humanidad de Jesús. En cambio es una alusión directa a Daniel 7:13-14.

Al decirlo abrió el Antiguo Testamento y leyó esas palabras del profeta Daniel.

> En esa visión nocturna, vi que alguien con aspecto humano venía entre las nubes del cielo. Se acercó al venerable Anciano y fue llevado a su presencia, y se le dio autoridad, poder y majestad. ¡Todos los pueblos, naciones y lenguas lo adoraron! ¡Su dominio es un dominio eterno, que no pasará, y su reino jamás será destruido!

Blomberg cerró la Biblia.

—Vea lo que Jesús hace al aplicarse el término "Hijo del hombre" a sí mismo —agregó—. Este es alguien que se acerca a Dios mismo en su trono celestial y al que se le da autoridad y dominio universales. Eso hace de "Hijo del hombre" un título de gran exaltación, no de simple humanidad.

Después encontré el comentario de otro erudito al que pronto entrevistaría para este libro, William Lane Craig, quien hizo una observación similar.

> A menudo se cree que «Hijo del hombre» indica la humanidad de Jesús al igual que la expresión paralela «Hijo de Dios» refleja su divinidad. Es realidad, totalmente lo opuesto es verdadero. El Hijo del hombre era una figura divina en el libro de Daniel en el Antiguo Testamento que vendría al fin del mundo a juzgar a la humanidad y reinar para siempre. Por lo tanto, alegar ser el Hijo del hombre sería en efecto un alegato de divinidad.[6]

—Además— prosigió Blomberg—, Jesús afirma perdonar pecados en los Sinópticos y eso es algo que solo Dios puede hacer. Jesús recibe la oración y la adoración. Jesús dice: "A cualquiera que me reconozca delante de los demás, yo también lo reconoceré delante de mi Padre que está en el cielo." El juicio final se basa en la reacción de cada uno a... ¿quién? ¿Este simple ser humano? No, esa sería una declaración muy arrogante. El juicio final se basa en la reacción de cada uno a Jesús *como Dios*.

»Como puede ver, hay todo tipo de material en los Sinópticos sobre la deidad de Cristo que luego simplemente se hace más explícita en el Evangelio de Juan.

EL ESQUEMA TEOLÓGICO DE LOS EVANGELIOS

Al ser el autor del último Evangelio, Juan sí tuvo la ventaja de poder meditar en las materias teológicas por más tiempo. Por lo que le pregunté a Blomberg:

—¿Acaso el hecho de que Juan escribía con una inclinación más teológica no indica que su material histórico puede haberse contaminado y por lo tanto ser menos confiable?

—No creo que Juan sea más teológico —destacó Blomberg—. Simplemente tiene un cúmulo diferente de énfasis teológicos. Mateo, Marcos y Lucas, cada uno, tienen ángulos teológicos muy característicos que quieren destacar: Lucas, el teólogo de los pobres y de la preocupación social; Mateo, el teólogo que trata de entender la relación entre el cristianismo y el judaísmo; Marcos, *quien muestra a Jesús como el siervo sufriente. Se puede hacer* una lista larga de las teologías características de Mateo, Marcos y Lucas.

Lo interrumpí porque temía que Blomberg no estuviera captando mi punto más amplio.

—Bien, pero ¿acaso esas motivaciones teológicas no siembran dudas acerca de su habilidad y disposición para relatar con precisión lo que sucedió? —inquirí—. ¿Acaso no es probable que su esquema teológico los llevara a matizar y a tergiversar la historia que estaban relatando?

—Ciertamente significa que, al igual que con cualquier documento ideológico, tenemos que considerarlo como una posibilidad —admitió—. Hay personas obsesionadas que distorsionan la historia para sus propios fines ideológicos, pero desafortunadamente la gente ha llegado a la conclusión de que siempre es así, lo cual es un error.

»En el mundo antiguo, la idea de escribir una historia objetiva, desapasionada, simplemente para realizar una crónica de acontecimientos, sin un propósito ideológico, era desconocida. Nadie escribía la historia si no había una razón para aprender de ella.

—Supongo que pudiera decir que eso hace que todo sea sospechoso —sugerí sonriendo.

—Sí, en un cierto nivel —respondió. Pero si podemos reconstruir una historia razonablemente exacta a partir todo tipo de otras

fuentes antiguas, tenemos que poder hacerlo a partir de los Evangelios, aunque también sean ideológicos.

Blomberg meditó por un momento, buscando en su mente alguna analogía apropiada para reforzar su punto. Finalmente expresó:

—Tenemos un paralelo moderno, en la experiencia de la comunidad judía, que quizás aclare lo que quiero decir.

»Cierta gente, comúnmente por motivos antisemitas, niegan o atenúan los horrores del Holocausto. Pero han sido los estudiosos judíos quienes crearon museos, escribieron libros, preservaron artefactos y documentaron testimonios de testigos oculares con respecto al Holocausto.

»Ahora bien, ellos tienen un motivo muy ideológico: asegurarse de que esa atrocidad nunca vuelva a ocurrir, pero también han sido los más fieles y objetivos en su recuento de la verdad histórica.

»Del mismo modo el cristianismo se basó en ciertas afirmaciones históricas de que Dios de forma única entró en el tiempo y el espacio en la persona de Jesús de Nazaret, por lo tanto la propia ideología que los cristianos estaban tratando de promover requería un trabajo histórico tan cuidadoso como fuera posible.

Dejó que su analogía hiciera efecto. Volviéndose más de frente hacia mí, me preguntó:

—¿Comprende mi punto?

Asentí para indicar que sí lo comprendía.

NOTICIAS DE ÚLTIMA HORA DE LA HISTORIA

Una cosa es decir que los Evangelios tiene sus raíces en el testimonio ocular directo o indirecto; pero otra muy distinta es afirmar que la información se preservó en forma confiable hasta que finalmente se escribió años después. Sabía que este era un punto importante de disputa y quería desafiar a Blomberg con este asunto en la forma más directa posible.

Nuevamente tomé el popular libro de Armstrong, *La historia de Dios*.

—Escuche algo más que ella escribió.

> Sabemos muy poco acerca de Jesús. El primer relato completo de su vida fue el Evangelio de San Marcos, que no se escribió sino hasta el año 70 aproximadamente, casi cuarenta años después de su muerte. Para ese tiempo, los hechos históricos se habían superpuesto con capas de elementos míticos que expresaban el significado que Jesús había llegado a tener para sus seguidores. Es este significado el que San Marcos transmite principalmente en vez de una descripción confiable y directa.[7]

Arrojando nuevamente el libro en mi maletín abierto, me volví hacia Blomberg y proseguí.

—Algunos eruditos dicen que los Evangelios se escribieron tanto tiempo después de los hechos que se convirtieron en leyenda . Esto distorsionó lo que al final se escribió, de ahí que Jesús, simplemente un maestro sabio, se convirtiera en el mitológico Hijo de Dios. ¿Es esa una hipótesis razonable o existen buenas pruebas de que los Evangelios se escribieron antes de que la leyenda corrompiera totalmente lo que se registró al final?

Blomberg aguzó la mirada y su voz cobró un tono inflexible.

—Aquí hay dos cuestiones separadas y es importante mantenerlas separadas —señaló—. Sí pienso que hay buenas pruebas para sugerir fechas más tempranas para la escritura de los Evangelios. Pero aun si no las hubiera, de cualquier manera el argumento de Armstrong no da resultados.

—¿Por qué no? —le pregunté.

—La fecha estándar de los estudiosos, aun en círculos muy liberales es: Marcos en la década del setenta, Mateo y Lucas en la década del ochenta y Juan en la década del noventa. Pero escuche: eso todavía ocurre durante la vida de varios testigos oculares de la vida de Jesús, incluso la de testigos hostiles que hubieran servido de correctivo si se hubieran estado difundiendo enseñanzas falsas acerca de Jesús.

—Por consiguiente, estas fechas tardías de los Evangelios en realidad no son tan tardías. Es más, podemos hacer una comparación muy instructiva.

»Las primeras dos biografías de Alejando Magno las escribieron Arriano y Plutarco, más de cuatrocientos años después de la muerte de Alejandro en el año 323 a.C., sin embargo, los historiadores consideran que en general son dignas de confianza. Sí,

con el tiempo surgió material legendario acerca de Alejandro pero fue en los siglos después de estos dos escritores.

»En otras palabras, los primeros quinientos años guardaron la historia de Alejandro bastante intacta. Entonces si los Evangelios se escribieron sesenta o treinta años después de la vida de Jesús, el período de tiempo en comparación es insignificante. Casi no es un problema.

Comprendía lo que Blomberg estaba diciendo. Sin embargo, al mismo tiempo, tenía mis reservas al respecto. Intuitivamente me parecía obvio que cuanto más corta fuera la brecha entre un hecho y el momento en el que se registra por escrito, menor será la posibilidad de que esos escritos sean víctimas de la leyenda o de una memoria defectuosa.

—Permítame aceptar su punto por el momento pero volvamos a las fechas de los Evangelios —interpuse—. Usted indicó que cree que fueron escritos mucho antes de las fechas que mencionó.

—Sí, mucho antes —afirmó—. Y podemos respaldarlo al mirar el libro de los Hechos, que fue escrito por Lucas. Hechos termina aparentemente inconcluso; Pablo es una figura central del libro y está bajo arresto domiciliario en Roma. Ahí termina el libro. ¿Qué le sucede a Pablo? No lo sabemos por Hechos, probablemente porque el libro se escribió antes de que Pablo fuera ejecutado.

Blomberg se veía cada vez más animado a medida que proseguía.

—Eso significa que Hechos no se puede fechar más allá del año 62 d.C. Después de establecer esto, podemos regresar en el tiempo a partir de allí. Dado que Hechos es la segunda parte de una obra de dos, sabemos que la primera parte, el Evangelio de Lucas, debe haberse escrito en una fecha más temprana. Y dado que Lucas incorpora partes del Evangelio de Marcos, eso significa que Marcos es aún anterior.

»Si concede quizá un año para cada uno, concluye con que Marcos se escribió a más tardar alrededor del año 60 d.C., quizás a finales de la década del cincuenta. Si Jesús murió en el año 30 ó 33 d.C., estamos hablando de una brecha máxima de treinta años aproximadamente.

Se acomodó en su silla con un aire de triunfo.

—Históricamente hablando, especialmente si se compara con Alejandro Magno —señaló—, ¡esta es como una noticia de última hora!

Por cierto, era emocionante, se cerraba la brecha entre los hechos de la vida de Jesús y la escritura de los Evangelios hasta el punto donde era insignificante para los patrones históricos. Sin embargo, todavía deseaba proseguir con la materia. Mi objetivo era regresar el reloj cuanto fuera posible para llegar a la información más temprana acerca de Jesús.

DE VUELTA AL PRINCIPIO

Me puse de pie y caminé hasta el librero.

—Veamos si podemos remontarnos más atrás —propuse volviéndome hacia Blomberg. ¿Cuál es la fecha más temprana que se puede asignar a las creencias fundamentales de la redención de Jesús, su resurrección y su asociación única con Dios?

—Es importante recordar que los libros del Nuevo Testamento no están en orden cronológico —comenzó—. Los Evangelios se escribieron después de casi todas las cartas de Pablo, cuyo ministerio escrito comenzó probablemente en los últimos años de la década del cuarenta. La mayoría de sus cartas principales aparecieron durante la década del cincuenta. Para encontrar los primeros datos, uno va a las epístolas de Pablo y se pregunta: "¿Hay señales de que se utilizaron fuentes anteriores en su escritura?"

—¿Y qué encontramos? —apunté.

—Encontramos que Pablo incorporó algunos credos, confesiones de fe, o himnos de la iglesia cristiana primitiva. Estos se remontan a los albores de la Iglesia poco después de la resurrección.

»Los credos más famosos, entre otros, son Filipenses 2:6-11, que habla de que Jesús era "por naturaleza Dios", y Colosenses1:15-20, que describe que "Él es la imagen del Dios invisible", quien creó todas las cosas y por medio del cual se reconcilian con Dios todas las cosas "haciendo la paz mediante la sangre que derramó en la cruz".

»Ambos son ciertamente significativos al explicar las convicciones de los cristianos primitivos acerca de Jesús. Pero quizás el credo más importante con respecto al Jesús histórico es 1 Corintios 15, donde Pablo utiliza un lenguaje técnico para indicar que

estaba transmitiendo esta tradición oral en una forma relativamente fija.

Blomberg ubicó el pasaje en su Biblia y me lo leyó.

> Porque ante todo les transmití a ustedes lo que yo mismo recibí: que Cristo murió por nuestros pecados según las Escri-turas, que fue sepultado, que resucitó al tercer día según las Escrituras, y que apareció a Cefas, y luego a los doce. Después se apareció a más de quinientos hermanos a la vez, la mayoría de los cuales vive todavía, aunque algunos han muerto. Luego se apareció a Jacobo, más tarde a todos los apóstoles. [8]

—Aquí está el punto —declaró—. Si la crucifixión data del año 30 d.C., la conversión de Pablo fue alrededor del año 32. Inmediatamente Pablo fue llevado a Damasco donde se encontró con un cristiano llamado Ananías y otros discípulos. Su primer encuentro con los apóstoles en Jerusalén debió haber sido alrededor del año 35 d.C. En algún momento entre esas fechas, Pablo recibió este credo, que ya se había formulado y se utilizaba en la iglesia primitiva.

»Ahora bien, aquí tiene los hechos claves sobre la muerte de Jesús por nuestros pecados, además de una lista detallada de aque-llos a los que se apareció en el cuerpo resucitado; ¡y todo se remonta a no más de dos a cinco años de los propios acontecimientos!

»Esa no es una mitología tardía de cuarenta años o más, como sugiere Armstrong. Se puede presentar un caso sólido a favor de que la fecha de la creencia cristiana en la resurrección, aunque todavía no estaba escrita, puede fijarse de dos a cinco años después de dicho acontecimiento.

—Esto es tremendamente significativo —dijo, alzando un poco la voz por el énfasis—. Ahora no está comparando treinta a sesenta años con los quinientos años que generalmente se consideran admisibles para otros datos. ¡Está hablando de dos!

No podía negar la importancia de esa evidencia. Ciertamente parecía dejar sin aire a la acusación de que la resurrección; que los cristianos citan como la confirmación que corona la divinidad de Jesús, era meramente un concepto mitológico que se originó al cabo de largos períodos de tiempo a medida que las leyendas corrompían los relatos de testigos oculares sobre la vida de Cristo. Para mí, esto me tocó muy de cerca; como escéptico, esa era una de mis objeciones mayores al cristianismo.

Me apoyé en el librero. Habíamos cubierto mucho material y la afirmación culminante de Blomberg me pareció un buen punto para hacer una pausa.

UN BREVE RECESO

Era ya entrada la tarde. Habíamos estado hablando bastante tiempo sin parar. Sin embargo, no quería dar por terminada nuestra conversación sin someter los relatos de los testigos oculares al mismo tipo de examen que haría un abogado o un periodista. Necesitaba saber lo siguiente: ¿Se mantendrían en pie bajo tal escrutinio? ¿O quedarían al descubierto como cuestionables en el mejor de los casos o como desconfiables en el peor de ellos?

Habiendo dejado los cimientos preparados, invité a Blomberg a que se pusiera en pie para estirar las piernas antes de que volviéramos a sentarnos para resumir con nuestra discusión.

Deliberaciones

Preguntas para reflexión personal o para grupo de estudio

1. ¿De qué forma influyen en sus opiniones un relato de un hecho por parte de un testigo ocular? ¿Cuáles son algunos de los factores que usa comúnmente para evaluar si la historia de alguien es sincera y exacta? ¿Cómo cree que soportarían los Evangelios ese tipo de escrutinio?
2. ¿Cree que los Evangelios pueden tener un esquema teológico y al mismo tiempo ser dignos de confianza en cuanto a lo que relatan? Sí o no, ¿por qué? ¿Le parece que la analogía del Holocausto que hizo Blomberg le ayuda al considerar este asunto?
3. ¿De qué forma y por qué la descripción de Blomberg de la primera información acerca de Jesús afecta su opinión sobre la confiabilidad de los Evangelios?

Más pruebas

Más recursos sobre este tema

Barnett, Paul, *Is the New Testament History?* [El Nuevo Testamento, ¿es historia?], Vine, Ann Arbor, MI, 1986.

____. *Jesus and the Logic of History* [Jesús y la Lógica de la Historia], Eerdmans, Grand Rapids, 1997.

Blomberg, Craig, *The Historical Reliability of the Gospels* [La confiabilidad histórica de los Evangelios], InterVarsisty Press, Downers Grove, IL, 1987.

Bruce, F.F., *The New Testament Documents: Are They Reliable?* [Los documentos del Nuevo Testamento: ¿son confiables?], Eerdmans, Grand Rapids, 1960.

France, R.T., *The Evidence for Jesus* [La Evidencia a favor de Jesús], InterVarsity Press, Downers Grove, IL, 1986.



LA EVALUACIÓN DE LA PRUEBA OCULAR

¿Soportan un examen minucioso las biografías de Jesús?

Las palabras de Michael McCullough, el joven de dieciséis años, eran tan débiles que los jurados casi no podían oírlas por encima del sonido del soplido suave del respirador artificial que lo mantenía con vida. Un lector de labios tenía que encorvarse sobre la cama de Michael, discernir lo que decía, y repetir su testimonio en la sala de corte improvisada.

Al quedar paralizado del cuello hacia abajo por una bala que había dañado su médula espinal, Michael se encontraba demasiado delicado como para que lo transportaran a la sala del tribunal donde se realizaba el juicio de los dos jóvenes acusados de atacarlo. En cambio, el juez, el jurado, los acusados, los abogados, los periodistas y los espectadores abarrotaron la habitación de Michael en el hospital, que es declarado una sucursal temporaria del Tribunal del Circuito del Condado Cook.

Al ser interrogado por los fiscales, Michael recordó cuando salió de su apartamento, situado en un proyecto de viviendas de Chicago, con dos dólares en el bolsillo. Dijo que en una escalera lo abordaron los dos acusados, quienes intencionalmente le dispararon a la cara en su intento por robarle el dinero. Su historia fue respaldada por otros dos jóvenes que presenciaron horrorizados el asalto.

Los acusados nunca negaron haber disparado; en cambio, alegaban que el arma se había disparado accidentalmente mientras la blandían. Los abogados de la defensa sabían que la única forma que podían sacar a sus clientes con una sentencia reducida era si

tenían éxito en socavar el testimonio de que el disparo había sido un acto de violencia malicioso y premeditado.

Hicieron su mejor esfuerzo por arrojar dudas sobre el relato de los testigos oculares. Cuestionaron la habilidad de los testigos de observar lo que había sucedido, pero no lograron ninguna incursión. Intentaron explotar las inconsistencias de las historias, pero los relatos armonizaban en los puntos centrales. Demandaron más corroboración, pero estaba claro que no se necesitaba más.

Suscitaron insinuaciones en cuanto al carácter pero la víctima y los testigos eran jóvenes respetuosos de la ley sin antecedentes penales. Esperaban demostrar una predisposición contra los acusados, pero no pudieron encontrar ninguna. Cuestionaron si uno de los testigos, un muchacho de nueve años llamado Keith, tenía la edad suficiente como para comprender qué significaba decir la verdad bajo juramento, pero era evidente para todos que sí lo comprendía.

Al no poder los abogados de la defensa socavar la credibilidad de la víctima y de los testigos de la fiscalía, los dos acusados fueron condenados por intento de homicidio y sentenciados a cincuenta años en la penitenciaría. Dieciocho días después, Michael murió.[1]

Los abogados de la defensa tienen un trabajo desafiador: hacer preguntas, generar dudas, investigar los puntos débiles y vulnerables del relato de un testigo. Para hacerlo someten el testimonio a una serie de pruebas. La idea es que el testimonio honesto y preciso resistirá el escrutinio, mientras que el testimonio falso, exagerado o engañoso quedará al descubierto.

En el caso de Michael, la justicia prevaleció porque los jurados pudieron distinguir que los testigos y la víctima estaban relatando lo que habían experimentado sincera y precisamente.

Ahora volvamos a nuestra investigación de la evidencia histórica con respecto a Jesús. Había llegado el momento de someter el testimonio del Dr. Blomberg a las pruebas que revelarían su debilidad o que afirmarían su fuerza. Muchas de ellas serían las mismas pruebas que habían utilizado los abogados de la defensa en el caso de Michael muchos años atrás.

«Hay ocho pruebas diferentes sobre las cuales me gustaría preguntarle», le dije a Blomberg mientras nos sentábamos después de nuestro receso de quince minutos.

Blomberg se sirvió otra taza de café negro humeante y se reclinó. Yo no estaba seguro pero parecía que él estaba esperando ansiosamente el desafío.

«Adelante», contestó.

1. LA PRUEBA DE LA INTENCIÓN

Esta prueba busca determinar si la intención de los escritores de preservar con precisión la historia era explícita o implícita. «Estos escritores del siglo I ¿estaban siquiera interesados en registrar lo que realmente ocurrió?», le pregunté.

Blomberg asintió. «Sí, estaban interesados», señaló. «Puede verlo en el principio del Evangelio de Lucas, que se asemeja a los prefacios de otras obras históricas y biográficas de la antigüedad que generalmente son confiables.»

Blomberg tomó su Biblia y leyó el comienzo del Evangelio de Lucas.

> Muchos han intentado hacer un relato de las cosas que se han cumplido entre nosotros, tal y como nos las transmitieron los que desde el principio fueron testigos presenciales y servidores de la palabra. Por lo tanto, yo también, excelentísimo Teófilo, habiendo investigado todo esto con esmero desde su origen, he decidido escribírtelo ordenadamente, para que llegues a tener plena seguridad de lo que te enseñaron.[2]

—Como puede ver —continuó Blomberg—, Lucas dice claramente que su intención era escribir con precisión sobre las cosas que investigó y halló que estaban bien respaldadas por testigos oculares.

—¿Y qué de los otros Evangelios? — pregunté—. No comienzan con declaraciones similares; ¿eso quiere decir que sus escritores no tenían las mismas intenciones?

—Es verdad que Marcos y Mateo no tienen este tipo de declaración explícita —fue la respuesta de Blomberg—. Sin embargo, se acercan a Lucas en materia de género y parece razonable que la intención histórica de Lucas fuera un reflejo cercano de la de ellos.

—¿Y Juan? —agregué.

—La única otra declaración de propósito en los evangelios aparece en Juan 20:31: "Pero éstas se han escrito para que ustedes crean que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que al creer en su nombre tengan vida."

—Eso suena más a una declaración teológica que a una histórica —objeté.

—Le concedo ese punto —respondió Blomberg—. Pero si usted va a estar lo suficientemente convencido como para creer, la teología tiene que fluir de la historia fiel. Además, hay un elemento importante de evidencia implícita que no se puede pasar por alto. Considere la forma en la que se escribieron los Evangelios: en una forma seria y responsable, con detalles incidentales precisos, con evidente esmero y exactitud. Uno no encuentra los floreos extravagantes y la mitología flagrante que se ven en muchos de otros escritos antiguos.

—¿Cuál es el resultado de todo esto? —preguntó; y luego respondió su propia pregunta—: Parece bastante evidente que el objetivo de los escritores de los Evangelios era intentar asentar lo que en verdad había ocurrido.

Respuestas a las objeciones

Sin embargo, ¿es eso lo que realmente pasó? Hay un argumento rival y contradictorio que algunos críticos promueven.

Dicen que los cristianos primitivos estaban convencidos de que Jesús iba a regresar durante su vida para consumar la historia, por lo tanto no pensaron que era necesario preservar registros históricos sobre su vida o sus enseñanzas. Al fin y al cabo, ¿para qué preocuparse si va a regresar y poner fin al mundo en cualquier momento?

—Por eso —dije—, años después cuando resultó evidente que Jesús no regresaba inmediatamente, se encontraron que no tenían material histórico preciso que utilizar como fuente para escribir los Evangelios. No se había tomado nada con fines históricos. ¿Acaso no es eso lo que realmente sucedió?

—Hay ciertas sectas y grupos, incluso de religiosos a través de la historia, para los que se aplica ese argumento pero no para el cristianismo primitivo —respondió Blomberg.

—¿Por qué no? —repliqué. ¿Qué tan distinto era el cristianismo?

—Primero, creo que la premisa es un poco exagerada. La verdad es que la mayoría de las enseñanzas de Jesús presuponen un importante transcurso de tiempo antes del fin del mundo —señaló. Segundo, aún si algunos de sus seguidores sí creyeron que regresaría muy pronto, recuerde que el cristianismo nació del judaísmo.

»Durante ocho siglos, los judíos vivieron con la tensión de entre los repetidos pronunciamientos de los profetas acerca de que el Día del Señor estaba cerca y la continuidad de la historia de Israel. Y aun así los seguidores de esos profetas registraron, valoraron y preservaron las palabras proféticas. Dado que los seguidores de Jesús lo miraban como a alguien superior a un profeta, parece muy razonable que hubieran hecho lo mismo.»

Mientras que eso sí parecía razonable, algunos eruditos han levantado una segunda objeción que quería presentarle a Blomberg.

—Dicen que los cristianos primitivos frecuentemente creían que el Jesús que había partido físicamente estaba hablando a través de ellos con mensajes, o "profecías", para su Iglesia —declaré. Dado que estas profecías se consideraban de tanta autoridad como las propias palabras de Jesús durante sus años de vida en la tierra, los cristianos primitivos no distinguían entre estos dichos más recientes y las palabras originales del Jesús histórico. Como resultado, los Evangelios mezclan estos dos tipos de materiales, por lo tanto no sabemos en verdad qué es lo que se remonta al Jesús histórico y qué no. Esa es una carga muy perturbadora para mucha gente. ¿Cómo responde a ello?

—Ese argumento tiene menos respaldo histórico que el anterior —dijo con una sonrisa. En realidad, dentro del Nuevo Testamento hay evidencia que refuta esa hipótesis.

»Hay casos en los que se hace referencia a la profecía cristiana primitiva pero siempre se la distingue de lo que dijo el Señor. Por ejemplo, en 1 Corintios 7, Pablo claramente hace distinción cuando tiene palabra del Señor y cuando está citando al Jesús histórico. En el libro de Apocalipsis uno puede distinguir claramente las veces que Jesús le habla directamente a este profeta; que tradicionalmente se supone que es el apóstol Juan, y cuando Juan está recordando sus propias visiones inspiradas.

»Y en 1 Corintios 14, cuando Pablo habla del criterio para la verdadera profecía, menciona la responsabilidad de la iglesia local

de probar a los profetas. Tomando en cuenta su trasfondo judío, sabemos que el criterio para la verdadera profecía debe haber comprendido si la predicción se cumple y si estas nuevas declaraciones guardan coherencia con las palabras del Señor reveladas anteriormente.

»Pero el argumento más fuerte es lo que nunca encontramos en los Evangelios. Después de la ascensión de Jesús hubo una cantidad de controversias que amenazaban a la iglesia primitiva: si los nuevos creyentes debían circuncidarse, cómo se debía regular el hablar en lenguas, cómo mantener la unidad entre judíos y gentiles, cuáles son los roles apropiados para las mujeres en el ministerio, si los creyentes podían divorciarse de sus cónyuges no cristianos.

»Estos asuntos podrían haberse resuelto convenientemente si los cristianos primitivos tan solo hubieran interpretado de los Evangelios lo que Jesús les había dicho del más allá. Pero esto nunca sucedió. La prolongación de estas controversias demuestra que los cristianos estaban interesados en distinguir entre lo que ocurrió durante la vida de Jesús y lo que se debatía posteriormente en las iglesias.

2. LA PRUEBA DE LA CAPACIDAD

Aun cuando los escritores hayan tenido la intención de registrar la historia en forma confiable, ¿fueron capaces de hacerlo? ¿Cómo podemos estar seguros de que el material sobre la vida y las enseñanzas de Jesús fue bien preservado durante treinta años antes que finalmente se escribiera en los Evangelios?

Le pregunté a Blomberg: —¿Acaso no admite que recuerdos incompletos, pensamientos nostálgicos y el desarrollo de la leyenda podían haber contaminado irremediablemente la tradición de Jesús anterior a la escritura de los Evangelios?

Inició su respuesta estableciendo el contexto. —Tenemos que recordar que estamos en un territorio extranjero y en un tiempo y lugar lejanos y en una cultura que todavía no ha inventado las computadoras y ni siquiera la imprenta —señaló. Los libros (en realidad, los rollos de papiro) eran relativamente escasos. Por lo tanto, la educación, el aprendizaje, la adoración, la enseñanza en las comunidades religiosas, todo esto, se realizaba en forma oral.

»Los rabinos eran famosos por haber memorizado todo el Antiguo Testamento. Así que la capacidad de los discípulos de Jesús bien pudiera haber comprendido el haber memorizado mucho más de lo que aparece en los cuatro Evangelios juntos ; y haberlo transmitido con precisión.

—Un momento —exclamé. Francamente ese tipo de memorización parece increíble. ¿Cómo puede ser posible?

—Sí, es muy difícil imaginarlo hoy día —admitió—, pero esta era una cultura de tradición oral en la que se hacía un gran énfasis en la memorización. Y recuerde que el ochenta o noventa por ciento de las palabras de Jesús originalmente estaban en forma poética. Esto no quiere decir que se trata de un material que rima sino que tiene una métrica, frases equilibradas, paralelismo, etc.; y esto debe haber sido una gran ayuda para la memoria.

»Otra cosa que cabe mencionar es que la definición de memorización era más flexible en esos tiempos. En el estudio de culturas con tradiciones orales, había libertad para variar cuánto se contaba de la historia en una ocasión determinada: qué se incluía, qué se omitía, qué se parafraseaba, qué se explicaba, etc.

»Un estudio propone que en el antiguo Medio Oriente, entre un diez y un cuarenta por ciento de cualquier relato determinado de una tradición sagrada podía variar de una ocasión a la próxima. Sin embargo, siempre había puntos determinados que eran inalterables y la comunidad tenía derecho de intervenir y corregir al narrador si erraba en esos aspectos importantes de la historia.

—Esta es una interesante... —hizo una pausa para buscar en su mente la palabra correcta—, coincidencia que el margen de variación que existe entre los sinópticos en un pasaje dado es bastante consecuente de diez a cuarenta por ciento.

Blomberg estaba sugiriendo algo; y yo quería que fuera más explícito. —Explíquemelo —le dije—, ¿Qué es exactamente lo que está diciendo?

—Digo que es probable que muchas de las similitudes y diferencias entre los sinópticos pueden explicarse asumiendo que los discípulos y otros cristianos primitivos habían memorizado mucho de lo que Jesús dijo e hizo pero se sintieron en libertad de relatar esta información de varias formas, siempre preservando la importancia de las enseñanzas y los hechos originales de Jesús.

Aún tenía algunas dudas sobre la capacidad de estos cristianos primitivos para preservar con precisión esta tradición oral. Tenía demasiados recuerdos de juegos infantiles de grupos en los que las palabras se confundían en cuestión de minutos.

El juego del secreto

Probablemente usted haya jugado al juego del secreto: un muchacho le susurra algo al oído a otro, por ejemplo: «Eres mi mejor amigo», y luego cada uno tiene que susurrarle la frase al siguiente participante en el círculo hasta que al final la frase llega grandemente distorsionada, quizás: «Eres un mal arribo».

—Seamos sinceros —le dije a Blomberg—, ¿acaso no es una buena analogía de lo que probablemente sucedió con la tradición oral sobre Jesús?

Blomberg no estaba convencido con esa explicación: —No, en realidad no —respondió, —verá por qué: cuando uno memoriza algo cuidadosamente y tiene cuidado de no transmitirlo hasta no estar seguro de que lo aprendió bien, está haciendo algo muy distinto de jugar al secreto.

»En el juego del secreto parte de la diversión es que la persona quizás no lo entendió bien o no lo escuchó bien la primera vez y no le puede pedir a la persona que lo repita. Luego lo retransmite inmediatamente también en un susurro lo que hace más probable que la siguiente persona agregue algún otro disparate. De ese modo sí, después que el secreto ha dado la vuelta a un círculo de treinta personas, los resultados pueden ser divertidos.

—Entonces ¿por qué no es esa una buena analogía para la transmisión de la tradición oral antigua? —pregunté.

Blomberg bebió un sorbo de café antes de responder. —Si realmente usted quisiera desarrollar esa analogía a la luz de los sistemas de controles y balances de la comunidad del siglo I, tendría que decir que una de cada tres personas, en voz alta y clara, le habría preguntado a la primera persona: "¿Todavía lo estoy diciendo bien?" y lo hubiera cambiado si no fuera así.

»La comunidad estaría constantemente examinando lo que se dijo e interviniendo para hacer correcciones sobre la marcha. Eso preservaría la integridad del mensaje —, comentó—. Y el resultado sería muy distinto de aquel del juego infantil de pasar el secreto.

3. LA PRUEBA DEL CARÁCTER

Esta evaluación apunta a determinar si ser veraces era parte del carácter de estos escritores. ¿Había evidencia alguna de deshonestidad o inmoralidad que pudieran corromper su capacidad o disposición para transmitir la historia con precisión?

Blomberg meneó la cabeza. —Simplemente no tenemos evidencia razonable para sugerir que no fueran otra cosa sino gente de integridad —señaló.

»Los vemos relatando las palabras y las acciones de un hombre que los llamó a un nivel de integridad exigente como el que ninguna otra religión ha conocido jamás. Ellos estaban dispuestos a practicar sus creencias hasta el punto de que diez de los once discípulos restantes fueron condenados a muertes espantosas, lo cual demuestra un gran carácter.

»En cuanto a su honestidad, en cuanto a su veracidad, en cuanto a su virtud y moral, esta gente tenía antecedentes envidiables.»

4. LA PRUEBA DE LA CONSISTENCIA

Este es una prueba que los escépticos frecuentemente acusan a los Evangelios de fallar. Al fin y al cabo, ¿acaso no son irremediablemente contradictorios entre sí? ¿Acaso no hay discrepancias irreconciliables entre los numerosos relatos de los Evangelios? Y si las hay, ¿cómo puede alguien confiar en lo que dicen?

Blomberg reconoció que hay numerosos puntos en los que los Evangelios parecen no concordar. —Estos van desde las variaciones menores de fraseo hasta las evidentes contradicciones más famosas —afirmó.

»Mi propia convicción es que una vez que uno tiene en cuenta los elementos de los que hablé anteriormente (paráfrasis, abreviación, adiciones explicativas, selección, omisión) los Evangelios resultan extremadamente consecuentes entre sí según las normas antiguas, que son las únicas normas con las que es justo someterlas a juicio.

—Es irónico —señalé—, si los Evangelios hubieran sido idénticos entre sí, palabra por palabra, esto habría dado lugar a acusaciones de que los autores habían conspirado entre ellos para coordinar sus historias de antemano, y eso hubiera arrojado dudas sobre ellos.

—Es cierto —concordó Blomberg—, si los Evangelios fueran demasiado consecuentes, esto de por sí los invalidaría como testigos independientes. La gente diría entonces que en realidad solo tenemos un testimonio que todos los demás están repitiendo como loros.

Por mi mente cruzaron velozmente las palabras de Simon Greenleaf de la Facultad de Derecho de Harvard, una de las figuras legales más importante de la historia, autor de un importante tratado sobre la evidencia. Después de estudiar la coherencia existente entre los cuatro escritores de los Evangelios, ofreció la siguiente evaluación: «Hay suficiente discrepancia como para demostrar que no pudo haber existido un previo acuerdo entre ellos; y al mismo tiempo hay tal concordancia substancial como para demostrar que todos eran narradores independientes de la misma gran transacción.»[3]

Desde la perspectiva de un historiador clásico, el erudito alemán Hans Stier coincide en que la concordancia en los datos básicos y la divergencia en los detalles sugiere credibilidad, porque los relatos fabricados tienden a ser totalmente consecuentes y armonizados. «Cada historiador», escribió, «es particularmente escéptico en ese momento cuando un hecho extraordinario solo se registra a través de relatos que están completamente libres de contradicciones.»[4]

Si bien eso es verdad, yo no quería ignorar las dificultades que surgen de las evidentes discrepancias entre los Evangelios. Decidí proseguir con el examen presionando a Blomberg con algunas contradicciones aparentes distintivas que los escépticos frecuentemente se apropian como ejemplos de por qué los Evangelios no son confiables.

Cómo tratar con las contradicciones

Comencé con una conocida historia de una sanidad. —En Mateo dice que un centurión en persona vino a Jesús a pedirle que sanara a su siervo —señalé—, sin embargo, Lucas dice que el centurión envió a los ancianos a hacerlo. Ahora bien, esa es una contradicción evidente, ¿no es así?

—No, no lo creo —respondió Blomberg—. Piénselo de este modo: en nuestro mundo hoy día podemos escuchar una noticia que dice: "El presidente hoy anunció que..." cuando en realidad el discurso lo escribió un escritor de discursos y lo leyó el secretario de prensa... y con un poco de suerte, quizás el presidente pudo haberle echado una mirada a alguna parte mientras tanto. Sin embargo, nadie acusa a esa transmisión de ser errónea.

»De manera similar, en el mundo antiguo se entendía perfectamente y se aceptaba que a menudo las acciones se les atribuían a cierta gente cuando en realidad ocurrieron por intermedio de sus subordinados o emisarios... En este caso, por medio de los ancianos del pueblo judío.»

—Entonces ¿me está diciendo que Mateo y Lucas pueden tener razón al mismo tiempo?

—Es exactamente lo que estoy diciendo —respondió.

Parecía plausible, así que presenté un segundo ejemplo.

—¿Y qué sucede con Marcos y Lucas cuando dicen que Jesús mandó a los demonios a los cerdos en Gerasa, mientras que Mateo dice que fue en Gadara? La gente lo ve y dice que es una contradicción evidente que no se puede reconciliar, son dos lugares distintos. Caso cerrado.

—Bueno, no cierre el caso todavía —respondió entre risas—. Aquí hay una posible solución: uno era un pueblo y el otro una provincia.

Eso me parecía demasiado fácil. Parecía que Blomberg estaba pasando por alto las verdaderas dificultades que presentaba esta cuestión.

—Es un poco más complicado —le dije. Gerasa, el pueblo, no estaba cerca del Mar de Galilea, sin embargo, es allí donde supuestamente los demonios, después de entrar en los cerdos y arrojarlos por un despeñadero, los ahogaron.

—OK, buen punto —dijo. Pero se han excavado las ruinas de un pueblo que estaba exactamente en el punto justo de la costa este del Mar de Galilea. La forma inglesa del nombre del pueblo comúnmente se pronuncia "Khersa", pero como palabra hebrea traducida o transliterada al griego, podía haber dado por resultado un sonido muy parecido a "Gerasa". Así que bien pudiera haber

sido en Khersa, cuya escritura en el alfabeto griego es Gerasa, en la provincia de Gadara.

—Muy bien —concedí con una sonrisa—. En ese me rindo. Pero aquí hay un problema que no es tan fácil: ¿Y qué de las discrepancias entre la genealogía de Jesús en Mateo y Lucas? Los escépticos las señalan como oposiciones irremediables.

—Ese es otro caso con varias opciones —respondió.

—¿Tales como?

—Las dos más comunes son que Mateo refleja el linaje de José porque la mayor parte del primer capítulo está relatado desde la perspectiva de José y él como padre adoptivo, habría sido el ancestro legal mediante el cual se trazaría el linaje real de Jesús. Estos son temas importantes para Mateo.

»Lucas, entonces, habría trazado la genealogía a través del linaje de María. Y dado que ambos son del linaje de David, una vez que se llega tan lejos las líneas convergen.

»Una segunda opción es que las dos genealogías reflejan el linaje de José para crear las condiciones legales necesarias. Pero uno es el linaje humano de José, el de Lucas, y el otro es el linaje legal de José, ambos divergen en los puntos en los que alguien en la línea no tuvo descendientes directos. Tenían que conseguir herederos legales a través de varias prácticas del Antiguo Testamento.

»El problema se hace mayor porque algunos nombres se omiten, lo cual era perfectamente admisible según las normas del mundo antiguo. Y hay variantes textuales, nombres, que al traducirse de una lengua a la otra, a menudo se deletreaban distinto y entonces se confundían fácilmente con el nombre de otra persona diferente.

Blomberg había logrado su punto: por lo menos hay explicaciones racionales. Si bien puede que no sean infalibles, al menos proveen una armonización razonable entre los relatos de los Evangelios.

Como no quería que nuestra conversación se convirtiera en un juego tipo «a ver si lo sabe», decidí proseguir. Entre tanto, Blomberg y yo habíamos coincidido en que el mejor enfoque global sería estudiar cada caso en forma individual para ver si había una manera racional de resolver los conflictos aparentes entre los Evangelios. Por cierto que no hay escasez de libros con

autoridad en la materia que examinen completamente, en algunos casos hasta el más mínimo detalle, cómo se pudieran reconciliar esas diferencias.[5]

—Además —agregó Blomberg—, hay casos en los que hay que dejar el juicio en suspenso y simplemente decir que dado que hemos encontrado que la vasta mayoría de los textos tienen sentido y que hemos determinado que son dignos de confianza, podemos darle el beneficio de la duda cuando no estemos seguros de algún otro detalle.

5. LA PRUEBA DEL PREJUICIO

Esta prueba analiza si los escritores de los Evangelios tenían prejuicios que hubieran influido en su obra. ¿Tenían intereses establecidos en distorsionar el material que estaban relatando?

—No podemos subestimar que estas personas amaban a Jesús —señalé—. No eran observadores neutrales; eran sus seguidores devotos. ¿Acaso eso no haría probable que cambiaran ciertas cosas para que se viera bien?

—Bueno —respondió Blomberg—, lo admito en tanto que crea la probabilidad de que eso suceda. Pero por otro lado, la gente puede honrar y respetar tanto a alguien que eso los lleva a registrar su vida con gran integridad. Esa sería la forma en la que demostrarían su amor por él. Y creo que eso es lo que sucedió en este caso.

»Además, los discípulos no tenían nada que ganar excepto críticas, ostracismo y martirio. Ciertamente no tenían nada material que ganar. Eso habría generado presión para callarse, negar a Jesús, incluso olvidarse de que alguna vez lo conocieron; sin embargo, debido a su integridad, proclamaron lo que vieron aún cuando eso significó sufrimiento y muerte.

6. LA PRUEBA DEL ENCUBRIMIENTO

Cuando la gente hace declaración sobre los hechos que presenciaron, a menudo tratarán de protegerse o de proteger a otros olvidándose convenientemente de mencionar detalles que son vergonzosos o difíciles de explicar. Como resultado encontramos que esto siembra incertidumbre en cuanto a la veracidad de todo su testimonio.

Así que le pregunté a Blomberg: —Los escritores de los Evangelios *¿incluyeron material que pudiera ser embarazoso o lo* encubrieron para salir bien parados? ¿Contaron algo que pudiera ser incómodo o difícil de explicar?

—Por cierto, hay mucho de eso —respondió—. Hay una gran parte de la enseñanza de Jesús que se denomina las palabras duras de Jesús. Algunas son muy exigentes éticamente. Si yo estuviera inventando una religión para gratificar mi imaginación, probablemente no me diría que soy perfecto como mi Padre celestial es perfecto, ni definiría el adulterio de manera que incluya la lujuria en mi corazón.

—Sin embargo —protesté—, también hay declaraciones exigentes en otras religiones.

—Sí, es verdad, y es por eso que el tipo de palabras duras más persuasivo es aquel que podía ser vergonzoso para lo que la Iglesia quería enseñar acerca de Jesús.

Esa respuesta parecía vaga. —Deme algunos ejemplos —le dije.

Blomberg pensó por un momento y luego respondió: —Por ejemplo, Marcos 6:5 dice que Jesús hizo pocos milagros en Nazaret porque la gente de allí tenía poca fe, algo que parece limitar el poder de Jesús. En Marcos 13:32 Jesús dijo que no sabía ni el día ni la hora de su regreso, algo que parece limitar su omnisciencia.

»Ahora bien, en última instancia la teología no tiene ningún problema con estas declaraciones porque Pablo mismo, en Filipenses 2:5-8 habla acerca de que Dios en Cristo voluntaria y conscientemente limita el ejercicio independiente de sus atributos divinos.

»Pero si yo me sintiera en libertad de jugar rápido y libre con la historia del evangelio, sería más conveniente omitir simplemente todo ese material y entonces no tendría que pasar por el inconveniente de explicarlo.

»El bautismo de Jesús es otro ejemplo. Se puede explicar porqué Jesús, que era sin pecado, permitió que lo bautizaran, ¿pero por qué no hacerlo más fácil omitiéndolo todo? En la cruz Jesús clamó: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" Hubiera sido mejor para los intereses de los escritores omitir eso porque genera demasiadas preguntas.

—Es cierto —observé—, hay suficiente material embarazoso acerca de los discípulos.

—Absolutamente —dijo Blomberg—. La perspectiva de Marcos acerca de Pedro es considerablemente poco halagadora. ¡Y él es el cabecilla! Los discípulos repetidas veces no comprenden a Jesús. Jacobo y Juan quieren los lugares a la izquierda y a la derecha de Jesús, y él en lugar de eso tiene que enseñarle una dura lección acerca del liderazgo de siervos. A menudo aparecen como un puñado de gente poco aguzada, que sigue sus propios intereses y que busca su propio bienestar.

»Ahora bien, ya sabemos que los escritores de los Evangelios eran selectivos; el Evangelio de Juan termina diciendo, en una *forma algo hiperbólica, que en el mundo entero no cabría toda la* información que se pudiera haber escrito acerca de Jesús. Así que si hubieran omitido algo de esto, por sí mismo no se hubiera visto necesariamente como falsear la historia.

»Pero el punto es este: si no se sentían en libertad de omitir ciertas cosas aunque hubiera sido conveniente y útil que lo hicieran, ¿es realmente plausible creer que francamente agregaron y fabricaron material que no tenía base histórica?

Blomberg dejó la pregunta en suspenso por un rato antes de rematar con confianza:

—Yo diría que no—.

7. LA PRUEBA DE LA CORROBORACIÓN

Inicié el siguiente examen preguntándole a Blomberg:

—Cuando los Evangelios *hacen mención de personas*, lugares y hechos, resultan ser correctos en los casos en que se pueden verificar independientemente? A menudo tal corroboración no tiene valor para determinar si un escritor está comprometido a ser preciso.

—Sí, lo son, y cuanto más la gente explora esto, más se confirman los detalles —respondió Blomberg—. En los últimos cien años, la arqueología ha desenterrado en repetidas ocasiones descubrimientos que confirman referencias específicas de los Evangelios, en particular del Evangelio de Juan; ¡irónicamente, el que al parecer es más sospechoso!

»Ahora bien, todavía hay algunas cuestiones sin resolver y ha habido ocasiones en que la arqueología ha generado nuevos pro-

blemas, pero son una minoría muy pequeña comparados con la cantidad de ejemplos de corroboración.

»Además, podemos saber a través de fuentes no cristianas un montón de hechos acerca de Jesús que corroboran enseñanzas claves y sucesos de su vida. Y cuando uno se detiene a pensar que los historiadores antiguos se ocupaban principalmente solo de líderes políticos, emperadores, reyes, batallas militares, figuras religiosas oficiales, y grandes movimientos filosóficos, es notable cuánto podemos aprender acerca de Jesús y sus seguidores aunque ninguno encajaban dentro de esas categorías al tiempo en que estos historiadores escribían.

Esa fue una respuesta concisa y útil. Sin embargo, si bien no tenía razón para dudar de la evaluación de Blomberg, decidí que valdría la pena investigar más en esa dirección. Tomé mi pluma y escribí un recordatorio en el margen de mis notas: *Conseguir opiniones expertas de un arqueólogo y de un historiador.*

8. LA PRUEBA DEL TESTIGO CONTRARIO

¿Esta prueba indaga si hubo otros presentes que habrían contradicho o corregido los Evangelios si hubieran sido distorsionados o falsos? Es decir, vemos ejemplos de contemporáneos de Jesús que se quejen de que los relatos de los Evangelios eran puramente erróneos?

—Mucha gente tenía razones para querer desacreditar este movimiento y lo hubieran hecho si tan solo pudiesen haber contado mejor la historia —respondió Blomberg—. Sin embargo, mire los que sus opositores sí dijeron. En escritos judíos posteriores se menciona a Jesús como un hechicero que hizo errar al pueblo de Israel, lo cual reconoce que hizo en verdad milagros asombrosos aunque los escritores cuestionen la fuente de su poder.

»Esta hubiera sido una oportunidad perfecta para decir algo así como: "Los cristianos le dirán que él obraba milagros, pero nosotros estamos aquí para decirles que no fue así." Sin embargo, eso es lo que nunca se ve que dicen sus opositores. En cambio, en forma implícita reconocen que aquello que los Evangelios relatan, que Jesús obraba milagros, es verdad.

—Este movimiento cristiano, ¿podría haberse arraigado allí en Jerusalén; el preciso lugar donde Jesús había desarrollado gran parte de su ministerio, donde fue crucificado, enterrado y donde

resucitó, si la gente que lo conoció se hubiera dado cuenta de que sus discípulos estaban exagerando o distorsionando las cosas que él hizo? —le pregunté.

—No lo creo —contestó Blomberg—. Tenemos un cuadro de lo que al principio fue un movimiento muy vulnerable y frágil, sujeto a persecución. Si los críticos pudieran haberlo atacado sobre la base de que estaba plagado de falsedades o distorsiones, lo habrían hecho.

—Sin embargo —enfatizó para concluir— , eso es exactamente lo que no se ve.

UNA FE APUNTALADA CON HECHOS

Debo admitir que quedé impresionado con Blomberg. Informado y claro, erudito y convincente, había construido un caso sólido a favor de la confiabilidad de los Evangelios. Sus evidencias acerca de su autoría tradicional, su análisis de la fecha extremadamente temprana de las creencias fundamentales sobre Jesús, su defensa bien razonada de la precisión de la tradición oral, su meditada evaluación de las discrepancias aparentes; todo su testimonio había establecido una base sólida para mi punto de partida.

Sin embargo, todavía quedaba mucho camino que recorrer para determinar si Jesús es el único Hijo de Dios. De hecho, luego de hablar con Blomberg, mi próxima tarea me quedó clara: resolver si estos Evangelios, los cuales Blomberg demostró que eran tan confiables, llegaron a nuestros días fidedignamente preservados con el transcurso de los siglos. ¿Cómo podemos estar seguros de que los textos que estamos leyendo hoy guardan alguna semejanza con lo que se escribió originalmente en el siglo I? Además, ¿cómo sabemos que los Evangelios nos están contando la historia completa sobre Jesús?

Miré el reloj. Si el tránsito estaba fácil, alcanzaría mi vuelo de regreso a Chicago. Mientras recogía mis notas y desconectaba mi equipo de grabación, miré una vez más las pinturas infantiles colgadas en la pared de la oficina de Blomberg; y de pronto, por un momento pensé en él no como erudito, no como autor, no como profesor sino como padre, un padre que se sienta en el borde de la cama de sus hijas por la noche y les habla tranquilamente sobre lo que realmente importa en la vida.

Qué les dirá, me pregunté, acerca de la Biblia, acerca de Dios, acerca de este Jesús que hace declaraciones tan descabelladas acerca de sí mismo.

No podía resistir una última serie de preguntas: —¿Y qué de su propia fe? ¿De qué manera afectó sus creencias toda su investigación?

Apenas las palabras habían salido de mi boca cuando escuché su respuesta. —Las ha fortalecido, sin duda. Sé por mi propia investigación que existe evidencia sólida a favor de la credibilidad de los relatos de los Evangelios.

Estuvo en silencio por un momento y luego continuó. —Sabe, es irónico: la Biblia considera que tener una fe que no requiere pruebas es digno de alabanza. Recuerde cómo le respondió Jesús a Tomás, quien dudaba: "Porque me has visto, has creído; dichosos los que no han visto y, sin embargo, creen". Sé que la evidencia nunca puede imponer o reprimir la fe. No podemos suplantar la función del Espíritu Santo, lo cual es a menudo una preocupación de los cristianos cuando escuchan discusiones de este tipo.

»Pero le diré: hay muchas historias de eruditos en el campo del Nuevo Testamento que no eran cristianos pero que a través del estudio de estos mismos asuntos han llegado a la fe en Cristo. Y ha habido muchos casos más de eruditos, que ya eran creyentes, cuya fe se ha fortalecido, solidificado, arraigado debido a la evidencia; esa es la categoría en la que me encuentro.

Por mi parte, originalmente me encontraba en la primera categoría: no, no como un erudito sino como un escéptico, un periodista iconoclasta y duro en búsqueda de la verdad acerca de este Jesús que dijo que él era el camino, la verdad y la vida.

Cerré mi portafolios y me puse en pie para darle las gracias a Blomberg. Regresaría a Chicago satisfecho de que una vez más mi búsqueda espiritual tuvo un buen comienzo.

Deliberaciones

Preguntas para reflexión personal o para grupo de estudio

1. En general, ¿de qué manera las respuestas de Blomberg a estas ocho pruebas de la evidencia afectaron su confianza en la credibilidad de los Evangelios? ¿Por qué?
2. ¿Cuál de estas ocho pruebas considera que es la más persuasiva y por qué?
3. Cuando la gente en la que usted confía le da detalles ligeramente diferentes sobre el mismo hecho, ¿usted automáticamente duda de su credibilidad o ve si hay una forma razonable de conciliar sus relatos? ¿Qué convincente le pareció el análisis de Blomberg de las aparentes contradicciones entre los Evangelios?

Más pruebas

Más recursos sobre este tema

Archer, Gleason L., *The Encyclopedia of Bible Difficulties* [Enciclopedia de Dificultades Bíblicas], Zondervan, Grand Rapids, 1982.

Blomberg, Craig, *The Historical Reliability of the New Testament* [La confiabilidad histórica del Nuevo Testamento], *In Reasonable Faith* [Fe Razonable], William Lane Craig, Crossway, Westchester, IL, 1994, pp. 193-231.

—. *Where do we start studying Jesus?* [¿Por dónde empezamos a estudiar a Jesús?], *Jesus under Fire* [Jesús bajo fuego], Michael J. Wilkins y J.P. Moreland, editores, Zondervan, Grand Rapids, 1995, pp. 17-50.

Dunn, James, *The Living Word* [La Palabra Viviente], Fortress, Filadelfia, 1988.

Marshall, I. Howard, *I Believe in the Historical Jesus* [Creo en el Jesús histórico], Eerdmans, Grand Rapids, 1977.



LA PRUEBA DOCUMENTAL

¿Se preservaron fidedignamente las biografías de Jesús?

Como periodista del *Chicago Tribune,* era una «rata de documentos»; pasaba innumerables horas revolviendo los archivos de tribunales husmeando noticias. Este trabajo requería esmero y consumía tiempo, pero la recompensa valía la pena. Me las arreglaba para ganarle a la competencia con historias de primera plana en forma regular.

Por ejemplo, una vez tropecé con las transcripciones ultra secretas de un gran jurado que por error se habían puesto en un archivo público. Mis artículos subsiguientes revelaron el inmenso manipuleo fraudulento detrás de algunos proyectos de obras públicas mayores de Chicago, entre ellos, la construcción de principales super carreteras.

Pero los documentos secretos más sorprendentes que jamás descubrí fueron los de un caso que hizo historia en el que la Compañía Ford Motor fue acusada de homicidio por negligencia por las muertes de tres adolescentes calcinados en un Ford Pinto subcompacto. Era la primera vez que un fabricante estadounidense había sido acusado penalmente por vender supuestamente un producto peligroso.

Cuando revisé el archivo del tribunal en el pequeño poblado de Winamac, Indiana, descubrí gran cantidad de memorandos confidenciales de la Ford que revelaban que la compañía automotriz sabía de antemano que el Pinto podía explotar si se chocaba por detrás a unos veinticinco kilómetros por hora. Los documentos indicaban que la compañía automotriz tomó una decisión en

contra de mejorar la seguridad del vehículo para ahorrarse unos pocos dólares por auto y para aumentar su espacio para equipaje.

Un abogado de la Ford, que pasaba por el tribunal, me vio sacando fotocopias de los documentos. Frenéticamente corrió a la corte para obtener una orden judicial para sellar el archivo de la vista pública.

Pero era demasiado tarde. Mi historia, con el titular: «Ford Ignored Pinto Fire Peril, Secret Memos Show» [La Ford hizo caso omiso del peligro de incendio del Pinto, revelan memorándums secretos], salió en los titulares de primera plana del Tribune y luego corrió por todo el país.[1]

LA AUTENTICACIÓN DE LOS DOCUMENTOS

Obtener memorandos corporativos secretos es una cosa; verificar su autenticidad es otra. Para que un periodista pueda publicar su contenido o que un fiscal pueda admitir los documentos como evidencia en un juicio, antes se deben seguir ciertos pasos para asegurarse de que sean genuinos.

Con respecto a los llamados papeles Pinto, ¿pudiera ser que el membrete de la Ford escrito en los papeles fuera falso? ¿Pudiera ser que las firmas fueran falsificadas? ¿Cómo podría saberlo con seguridad? Y dado que los memorandos evidentemente se habían fotocopiado varias veces, ¿cómo podría estar seguro de que su contenido no se había adulterado? Es decir, ¿cómo podría tener certeza de que cada documento copiado era idéntico al memo original, el cual no tenía en mi poder?

Y es más, ¿cómo podría tener confirmación de que estos memos contaban la historia completa? Al fin y al cabo, representaban solo una pequeña fracción de la correspondencia interna de la Ford. ¿Y si hubiera otros memos, aún escondidos de la vista pública que de descubrirse arrojasen una luz completamente distinta sobre el asunto?

Son preguntas significativas y tienen la misma pertinencia en el examen del Nuevo Testamento. Cuando tengo una Biblia en mis manos, en esencia sostengo copias de registros históricos antiguos. Los manuscritos originales de las biografías de Jesús: Mateo, Marcos, Lucas y Juan; y todos los demás libros del Antiguo y Nuevo Testamento hace ya largo rato que se convirtieron en polvo. Así que ¿cómo puedo estar seguro de que estas versiones del tiempo

moderno (producto final de innumerables copias a través de los siglos) guarden semejanza alguna con lo que los autores escribieron originalmente?

Además, ¿cómo puedo distinguir si estas cuatro biografías cuentan la historia completa? ¿Y si hubiera otras biografías de Jesús que han sido censuradas porque a la Iglesia primitiva no le gustaba la imagen del Jesús que presentaban? ¿Cómo podía tener la seguridad de que la política de la iglesia no suprimió biografías de Jesús que eran palabra por palabra tan precisas como las cuatro que finalmente se incluyeron en el Nuevo Testamento, y que arrojarían nueva e importante luz sobre las palabras y los hechos de este carpintero controvertido de Nazaret?

Estas dos cuestiones: si las biografías de Jesús se preservaron fidedignamente para nosotros y si otras biografías de igual precisión habían sido suprimidas por la Iglesia, requerían una consideración cuidadosa. Sabía que había un erudito reconocido universalmente como la autoridad máxima en estas cuestiones. Volé a Newark y alquilé un auto para llegar hasta Princeton para visitarlo sin avisarle con mucha antelación.

LA SEGUNDA ENTREVISTA: DR. BRUCE M. METZGER

Encontré a Bruce Metzger de ochenta y cuatro años de edad un sábado por la tarde en su lugar de costumbre, la biblioteca de Princeton Theological Seminary, donde, según dice sonriendo: «Me gusta desempolvar los libros.»

En realidad, ha escrito algunos de los mejores, especialmente cuando el asunto es el texto del Nuevo Testamento. En suma, es autor o editor de cincuenta libros, entre ellos, *The New Testament: Its Background, Growth, and Content* [El Nuevo Testamento: sus antecedentes, su crecimiento y su contenido]; *The Text of the New Testament* [El texto del Nuevo Testamento]; *The Canon of the New Testament* [El canon del Nuevo Testamento]; *Manuscripts of the Greek Bible* [Manuscritos de la Biblia griega]; *Textual Commentary on the Greek New Testament* [Comentario textual del Nuevo Testamento griego]; *Introduction to the Apocrypha* [Introducción a la Apócrifa]; and *The Oxford Companion to the Bible* [Manual Oxford de la Biblia]. Muchos se tradujeron al alemán, chino, japonés, coreano, malgache, y otros idiomas. También es coeditor de *The New Oxford Annotated Bible with the Apocrypha* [La nueva

Biblia anotada Oxford con la Apócrifa] y editor general de más de veinticinco volúmenes en la serie *New Testament Tools and Studies* [Herramientas y Estudios del Nuevo Testamento].

La educación de Metzger incluye una maestría de Princeton Theological Seminary y tanto una maestría como un doctorado de Princeton University. Recibió doctorados honorarios de cinco universidades y colegios, entre ellos, el de St. Andrews University en Escocia, el de University of Munster en Alemania, y el de Potchefstroom University en Sudáfrica. En 1969 se desempeñó como catedrático residente en Tyndale House, Cambridge, Inglaterra. Fue catedrático visitante en Clare Hall, University of Cambridge, en 1974 y en Wolfson College, Oxford, en 1979. En la actualidad es profesor emérito en Princeton Theological Seminary luego de una carrera de cuarenta y seis años como profesor del Nuevo Testamento. Metzger es presidente del New Revised Standard Version Bible Committee [Comité para la Biblia nueva versión estándar revisada], miembro corresponsal de la Academia Británica, y participa en el Instituto Kuratorium de Vetus Latina en el monasterio de Beuron, Alemania. Fue presidente de Society of Biblical Literature [Sociedad de Literatura Bíblica], de International Society for New Testament Studies [Sociedad Internacional de Estudios del Nuevo Testamento], y de North American Patristic Society [Sociedad Patrística Estadounidense]. Si usted observa las notas al pie de cualquier libro respetado sobre el texto del Nuevo Testamento, es probable que encuentre una cita de Metzger una y otra vez. Sus libros son lectura obligatoria en universidades y seminarios en todo el mundo. Y los eruditos de un amplio espectro de posiciones teológicas lo tienen en gran estima.

De muchas maneras, Metzger, quien nació en 1914, es un retroceso a una generación anterior. Al bajar de un Buick al que llama «mi carroza de gasolina», lleva un traje gris oscuro y una corbata azul de tejido fino y colores vistosos, que es más o menos como el atuendo informal que usa durante sus visitas a la biblioteca, incluso los fines de semana. Su cabello blanco está peinado elegantemente; sus ojos, brillantes y alertas están enmarcados por espejuelos sin armazón. Camina un poco más lento que antes pero no tiene dificultad para subir metódicamente los escalones hasta el segundo piso, donde lleva a cabo su investigación en una oficina austera y humilde.

Y no ha perdido su sentido del humor. Me mostró un recipiente de lata que heredó como presidente del Comité de la Biblia versión estándar revisada. Abrió la tapa y mostró las cenizas de una Biblia Versión Estándar Revisada que había sido quemada en una hoguera en 1952 durante la protesta de un predicador fundamentalista.

«Parece que no le gustó que el comité cambiara la palabra "fellows" [compañeros] de la versión King James por "comrades" [camaradas] en Hebreos 1:9», explicó Metzger entre risas. «¡Los acusó de ser comunistas!»

Aunque el habla de Metzger se vuelve vacilante por momentos y tiende a responder con frases peculiares como «¡Correcto!», se mantiene en la cumbre del saber del Nuevo Testamento. Cuando le pregunté acerca de algunas estadísticas, no se basó en los números de su libro sobre el Nuevo Testamento publicado en 1992; había conducido una nueva investigación para tener datos actualizados. Su mente rápida no tiene problema alguno para recordar detalles de gente y lugares y completamente versado en todos los debates actuales entre los expertos del Nuevo Testamento. Es más, vienen a él para buscar discernimiento y sabiduría.

Su oficina, aproximadamente del tamaño de una celda de prisión, no tiene ventanas y está pintada de gris tipo internado. Tiene dos sillas de madera; insistió en que me sentara en la más cómoda. Eso era parte de su encanto. Era totalmente amable, sorprendentemente modesto y humilde, con un espíritu bondadoso que me hizo desear llegar a viejo algún día con ese tipo dulce de gracia.

Tomamos un tiempo para conocernos y luego me dirigí al primer asunto que quería tratar: ¿cómo podemos estar seguros de que las biografías de Jesús llegaron hasta nosotros en forma confiable?

COPIAS DE COPIAS DE COPIAS

—Le seré franco —le dije a Metzger—. Cuando descubrí que los originales del Nuevo Testamento no habían sobrevivido, fui muy escéptico. Pensé que si todo lo que tenemos son copias de copias de copias, ¿cómo puedo tener la seguridad de que el Nuevo Tes-

tamento que tenemos hoy guarda algún parecido con lo que se escribió originalmente? ¿Qué responde a eso?

—Este no es un problema único para la Biblia; es una pregunta que podemos plantear acerca de otros documentos que llegaron a nosotros desde la antigüedad —respondió—. Pero lo que el Nuevo Testamento tiene a su favor, en especial cuando se compara con otros escritos antiguos, es la cantidad de copias sin precedentes que han sobrevivido.

—¿Por qué es importante? —le pregunté.

—Bueno, cuanto más a menudo tenga copias que concuerdan unas con otras, especialmente si emergen de diferentes áreas geográficas, mucho más podrá compararlas para determinar cómo era el documento original. La única forma en la que concordarían sería donde se remontan genealógicamente en un árbol que representa la descendencia de los manuscritos.

—Está bien, entiendo que tener muchas copias de varios lugares puede ayudar. Pero ¿y qué de la edad de los documentos? Eso también es importante, ¿no es así?

—Exacto —contestó—. Y esto es algo más que favorece al Nuevo Testamento. Tenemos copias que datan de un par de generaciones después de la escritura de los originales, mientras que en el caso de otros textos antiguos transcurrieron quizás cinco, ocho o diez siglos entre el original y la copia sobreviviente más temprana.

»Además de los manuscritos griegos, también tenemos traducciones de los Evangelios en otros idiomas de tiempos relativamente tempranos: al latín, siríaco y cóptico. Y además de eso, tenemos lo que puede llamarse traducciones secundarias realizadas un poco más tarde, como armenias y góticas. Y muchas otras: georgiano, etiópico, una gran variedad.

—¿En qué ayuda?

—Porque aun cuando hoy día no tuviéramos los manuscritos griegos, armando las piezas de información de estas traducciones de fecha temprana, podríamos en verdad reproducir el contenido del Nuevo Testamento. Además, aun cuando perdiéramos todos los manuscritos griegos y las traducciones tempranas, todavía podríamos reproducir el contenido del Nuevo Testamento de las numerosas citas en comentarios, sermones, cartas y otros de los primeros padres de la Iglesia.

A pesar de que parecía impresionante, era difícil juzgar esta evidencia en forma aislada. Necesitaba algún contexto para apreciar mejor la unicidad del Nuevo Testamento. Me preguntaba: ¿cómo se comparaba esto con otras obras reconocidas de la antigüedad?

UNA MONTAÑA DE MANUSCRITOS

—Cuando habla de un gran número de manuscritos —dije—, ¿cómo se contrasta con otros libros antiguos que de rutina los eruditos aceptan como confiables? Por ejemplo, cuénteme de los escritos de autores del tiempo de Jesús.

Habiendo anticipado la pregunta, Metzger tomó unas notas manuscritas que había traído consigo.

—Considere a Tácito, el historiador romano que escribió *Anales de la Roma Imperial* alrededor del 116 d.C. —comenzó—. Sus primeros seis libros existen hoy en un solo manuscrito, y fue copiado alrededor del 850 d.C. Los libros del once al dieciséis están en otro manuscrito que data del siglo XI. Los libros del siete al diez están perdidos. Así que hay una gran brecha entre el momento en que Tácito recopiló su información y la escribió y los únicos ejemplares en existencia.

»Con respecto a Josefo, el historiador del siglo I, tenemos nueve manuscritos griegos de su obra *La Guerra Judía*, y estos ejemplares se escribieron en los siglos X, XI y XII. Hay una traducción al latín del siglo IV y materiales rusos medievales de los siglos XI y XII.

Esos números eran sorprendentes. Pero hay un hilo de manuscritos más fino que conecta estas obras antiguas con el mundo moderno.

—En comparación —pregunté— ¿cuántos manuscritos griegos del Nuevo Testamento hay en existencia hoy día?

Los ojos de Metzger se agrandaron.

—Se catalogaron más de cinco mil —dijo con entusiasmo y su voz una octava más alta.

¡Era una montaña de manuscritos en comparación con los hormigueros de Tácito Josefo!

—¿Es eso inusual en el mundo antiguo? ¿Quién estaría en segundo lugar? —le pregunté.

—La cantidad de material del Nuevo Testamento es casi vergonzosa en comparación con otras obras de la antigüedad —señaló—. Después del Nuevo Testamento, la mayor cantidad de testimonios manuscritos es de la Ilíada de Homero, la cual fue la Biblia de los antiguos Griegos. Hay menos de seiscientos cincuenta manuscritos griegos de ella en el día de hoy. Algunos de ellos son bastante fragmentarios. Llegan a nosotros de los siglos II y III d.C. y subsiguientes. Cuando considera que Homero compuso su épica alrededor del 800 a.C., puede ver que es una brecha muy extensa.

«Muy extensa» era una declaración exageradamente modesta; ¡eran mil años! A decir verdad, no había comparación: la evidencia manuscrita a favor del Nuevo Testamento era sobrecogedora al yuxtaponerla contra otros escritos reverenciados de la antigüedad; obras que los eruditos modernos no tienen reparos en considerar auténticas.

Como se me despertó la curiosidad acerca de los manuscritos del Nuevo Testamento, le pedí a Metzger que me describiera algunos de ellos.

—Los primeros son fragmentos de papiro, que era un material de escritura hecho de la planta de papiro que crecía en los pantanos del Delta del Nilo en Egipto —observó—. Hay ahora noventa y nueve fragmentos de papiro que contienen uno o más pasajes o libros del Nuevo Testamento.

»Los más importantes en salir a la luz son los papiros bíblicos Chester Beatty, descubiertos alrededor de 1930. De estos, el papiro bíblico Beatty número uno contiene porciones de los cuatro Evangelios y del libro de los Hechos, y data del siglo III. El papiro número dos contiene grandes porciones de ocho cartas de Pablo, más porciones de Hebreos y data del año 200 aproximadamente. El papiro número tres tiene una porción considerable del libro de Apocalipsis y data del siglo III.

»Otro grupo importante de manuscritos en papiro fue comprado por un bibliófilo suizo, M. Martin Bodmer. El más antiguo de estos, que data del año 200 aproximadamente, contiene alrededor de dos tercios del Evangelio de Juan. Otro papiro, que contiene porciones de los Evangelios de Lucas y Juan, data del siglo III.

En este punto, la brecha entre la escritura de las biografías de Jesús y los primeros manuscritos era extremadamente pequeña. Pero ¿cuál es el manuscrito más antiguo que poseemos? Me pregunté: ¿cuánto podemos acercarnos en términos de tiempo a los escritos originales, a los cuales los expertos denominan «autógrafos»?

EL FRAGMENTO QUE CAMBIÓ LA HISTORIA

—Del Nuevo Testamento entero, ¿cuál es la porción más antigua que poseemos hoy día? —inquirí.

Metzger no tuvo que pensar mucho la respuesta.

—Es un fragmento del Evangelio de Juan, que contiene material del capítulo dieciocho. Tiene cinco versículos (tres de un lado, dos del otro) y mide dos pulgadas y media por tres pulgadas y media —explicó.

—¿Cómo se descubrió?

—Fue comprado en Egipto tan temprano como en 1920, pero pasó inadvertido durante años entre fragmentos de papiro similares. Luego en 1934, C.H. Roberts de Saint John's College en Oxford, se encontraba clasificando papiros en la Biblioteca John Rylands en Manchester, Inglaterra. Inmediatamente reconoció que estaba preservando una porción del Evangelio de Juan. Pudo determinar su fecha a partir del estilo de la escritura.

—¿Y cuál fue su conclusión? —pregunté—. ¿A cuánto se remonta?

—Concluyó que se originó entre los años 100 a 150 d.C. Muchos otros paleógrafos prominentes, como Sir Frederic Kenyon, Sir Harold Bell, Adolf Deissmann, W.H.P. Hatch, Ulrich Wilcken y otros concuerdan con su evaluación. Deissmann estaba convencido de que este se remonta por lo menos al reino del emperador Adriano, 117 a 138 d.C. o incluso al emperador Trajano, 98 a 117 d.C.

Era un descubrimiento sorprendente. La razón: teólogos alemanes escépticos en el siglo pasado discutieron hasta el cansancio que el cuarto Evangelio ni siquiera se compuso hasta al menos el año 160, demasiado distante de los hechos de la vida de Jesús como para ser de uso histórico. Lograron influir en generaciones de eruditos, que se mofaron de la confiabilidad de este Evangelio.

—Esto ciertamente arrastra esa opinión fuera del agua —comenté.

—Así es —coincidió—. Aquí tenemos, en una fecha temprana, el fragmento de una copia de Juan que llegó a una comunidad a orillas del río Nilo en Egipto, muy lejos de Éfeso en Asia Menor, donde probablemente se compuso el Evangelio originalmente.

Este hallazgo ha reescrito literalmente las opiniones populares de la historia y empujó la composición del Evangelio de Juan más cerca de los días en los que Jesús estuvo en la tierra. Hice una nota mental de verificar con un arqueólogo si otros descubrimientos han aumentado la confianza que podemos tener en el cuarto Evangelio.

UN CAUDAL DE EVIDENCIA

Mientras que los manuscritos en papiros representan las primeras copias del Nuevo Testamento, también hay copias antiguas escritas en pergamino, que se hacía de cuero de vaca, oveja, cabra o antílope.

—Contamos con lo que se denominan manuscritos unciales, los cuales están escritos en letras griegas mayúsculas —explicó Metzger—. Hoy día tenemos trescientos seis de estos, y varios datan de época tan temprana como el siglo III. Los más importantes son *Codex Sinaiticus*, que es el único Nuevo Testamento en letras unciales, y *Codex Vaticanus*, que no es tan completo. Ambos datan aproximadamente del año 350 d.C.

»Un nuevo estilo de escritura, de naturaleza más cursiva, surgió alrededor del 800 d.C. Se llama minúscula, y tenemos dos mil ochocientos cincuenta y seis de estos manuscritos. También hay leccionarios, que contienen las escrituras del Nuevo Testamento en la secuencia en que se debía leer en las iglesias primitivas en momentos apropiados del año. Se han catalogado un total de dos mil cuatrocientos tres de estos. Y así el total de manuscritos griegos suma cinco mil seiscientos sesenta y cuatro.

»Además de los documentos griegos —observó— hay miles de otros manuscritos antiguos del Nuevo Testamento en otros idiomas. Hay de ocho mil a diez mil manuscritos de la Vulgata en latín, más un total de ocho mil en etiópico, eslavo y armenio. En total, hay alrededor de veinticuatro mil manuscritos en existencia.

—Entonces, ¿cuál es su opinión? —le pregunté queriendo confirmar claramente lo que pensé que le estaba escuchando decir—. Con respecto a la multiplicidad de manuscritos y de la brecha de tiempo entre los originales y nuestros primeros ejemplares, ¿cómo queda el Nuevo Testamento frente a otras obras reconocidas de la antigüedad?

—Totalmente bien —respondió—. Tenemos una gran confianza en la fidelidad con la que este material llegó hasta nosotros, especialmente comparado con cualquier otra obra literaria antigua.

Esa conclusión la comparten distinguidos eruditos en todo el mundo. F.F. Bruce, el finado y prominente profesor de University of Manchester, Inglaterra, y autor de *The New Testament Documents: Are They Reliable?* [Los documentos del Nuevo Testamento, ¿son confiables?], señaló: «No hay un cuerpo de literatura antigua en el mundo que goce de tal caudal de testimonio textual como el Nuevo Testamento».[2]

Metzger ya había mencionado el nombre de Sir Frederic Kenyon, antiguo director del Museo Británico y autor de *The Paleograhy of Greek Papyri* [La paleografía de los papiros griegos]. Kenyon ha dicho que «en ningún otro caso, el intervalo de tiempo entre la composición del libro y la fecha de los primeros manuscritos es tan corta como en el del Nuevo Testamento».[3]

Su conclusión: «El último fundamento de cualquier duda de que las Escrituras llegaron hasta nosotros sustancialmente como fueron escritas ha sido derribado.»[4]

Sin embargo, ¿y qué de las discrepancias entre los distintos manuscritos? En los días anteriores a las máquinas fotocopiadoras veloces como un rayo, los manuscritos los copiaban a mano laboriosamente los escribas, letra por letra, palabra por palabra, línea por línea, en un proceso propenso a errores. Ahora quería centrar la puntería en la cuestión de si estos errores de copiado han dejado a nuestras Biblias modernas irremediablemente plagadas de imprecisiones.

EL EXAMEN DE LOS ERRORES

—Con las similitudes en cuanto a la forma en la que se escriben las letras griegas y con las condiciones primitivas en las que tra-

bajaban los escribas, parecería inevitable que se filtraran errores de copiado en el texto —observé.

—Exacto —Metzger concedió.

—Y por cierto, ¿acaso no hay decenas de miles de variaciones entre los manuscritos antiguos que tenemos?

—Así es.

—¿Acaso eso no significa que por lo tanto no podemos confiar en ellos? —pregunté, sonando más acusador que inquisitivo.

—No, señor, no significa eso —respondió Metzger con firmeza—. Primero déjeme decirle lo siguiente: los espejuelos recién se inventaron en Venecia en 1373, y estoy seguro de que el astigmatismo estaba presente entre los escribas antiguos. Y esto se combinaba con el hecho de que bajo cualquier circunstancia era difícil leer manuscritos borrosos en los que parte de la tinta se había desprendido. Y había otros peligros: falta de atención por parte de los escribas, por ejemplo. Así que, aunque principalmente los escribas eran escrupulosamente cuidadosos, sí se filtraban errores.

»Sin embargo —agregó enseguida—, hay factores que contrarrestan eso. Por ejemplo, a veces la memoria del escriba le hacía una jugarreta. En el tiempo que le llevaba mirar el texto y luego escribir las palabras, el orden de las palabras pudiera alterarse. Pudiera escribir las palabras correctas pero en la secuencia incorrecta. Esto no es algo como para alarmarse ya que el griego, a diferencia del inglés, es un idioma con inflexiones.

—Es decir... —apunté.

—Es decir que en castellano hay una diferencia inmensa si se dice "El perro muerde al hombre" o "El hombre muerde al perro"; la secuencia importa. Pero en griego no. Una palabra funciona como sujeto de la oración sin importar su posición en la secuencia; por lo tanto, el sentido de una oración no se distorsiona si las palabras están fuera del que consideramos el orden correcto. Así que, sí existen algunas variaciones entre manuscritos pero en general son variaciones sin trascendencia como esas. Las diferencias en la escritura de una palabra es otro ejemplo.

Aun así, la gran cantidad de «variantes» o diferencias entre los manuscritos era perturbadora. Había visto cálculos de hasta doscientos mil de ellas.[5] Sin embargo, Metzger le restó importancia a dicha cantidad.

—El número suena grande pero es engañoso por la forma en la que se cuentan las variantes —respondió. Explicó que si una sola palabra se escribe mal en dos mil manuscritos, se cuenta como dos mil variantes.

Di en el clavo con la cuestión más importante.

—¿Cuántas doctrinas de la iglesia están en peligro debido a estas variantes?

—No sé de ninguna doctrina que esté en peligro —respondió con confianza.

—¿Ninguna?

—Ninguna —repitió—. Ahora bien, los testigos de Jehová tocan a tu puerta y dicen: "Su Biblia tiene un error en la Versión Reina Valera de 1960 en 1 Juan 5:7-8, donde habla de 'el Padre, el Verbo, y el Espíritu Santo; y estos tres son uno'." Entonces dirán: "Eso no estaba en los primeros manuscritos."

»Y en parte es verdad. Creo que esas palabras se encuentran solo en siete u ocho copias, todas del siglo XV o XVI. Reconozco que eso no es parte de lo que el autor de 1 Juan fue inspirado a escribir.

»Pero eso no descarta el testimonio firme de la Biblia acerca de la doctrina de la Trinidad. En el bautismo de Jesús, el Padre habla, su Hijo amado es bautizado y el Espíritu Santo desciende sobre él. En el final de 2 Corintios Pablo dice: "Que la gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos ustedes". Hay muchos pasajes en los que se representa la Trinidad.

—¿Así que las variaciones, cuando ocurren, tienden a ser menores y no sustanciales?

—Sí, sí, es cierto, y los eruditos trabajan con sumo cuidado para tratar de resolverlas volviendo al sentido original. Las variaciones más significativas no destruyen ninguna doctrina de la Iglesia. Cualquier Biblia buena tiene notas que alertan al lector de las diferentes lecturas con alguna consecuencia. Pero lo reitero, son poco comunes.

Tan poco comunes, que los eruditos Norman Geisler y William Nix concluyen que: «El Nuevo Testamento, entonces, no solo sobrevivió en más manuscritos que cualquier otro libro de la antigüedad, sino que sobrevivió en una forma más pura que cualquier otro gran libro; *en una forma que es pura 99.5%*».[6]

Sin embargo, aun si es verdad que la transmisión del Nuevo Testamento a través de la historia no tiene precedentes en cuanto a su confiabilidad, ¿cómo sabemos si contamos con el cuadro completo?

¿Y qué de las alegaciones de que los concilios eclesiásticos suprimieron otros documentos de la misma legitimidad porque no les gustaba la imagen de Jesús que presentaban? ¿Cómo sabemos si los veintisiete libros del Nuevo Testamento representan la mejor información y la más confiable disponible? ¿Por qué será que nuestras Biblias contienen los Evangelios de Mateo, Marcos, Lucas y Juan pero muchos otros Evangelios antiguos (el Evangelio de Felipe, el Evangelio de los egipcios, el Evangelio de la verdad, el Evangelio del Nacimiento de María) quedaron excluidos?

Era hora de volver a la pregunta sobre el «canon», un término que viene de una palabra griega que significa «regla», «norma», «parámetro» y que designa los libros que se han aceptado como oficiales en la Iglesia y que se incluyeron en el Nuevo Testamento.[7] A Metzger se lo considera una autoridad máxima en esta materia.

«UN ALTO GRADO DE UNANIMIDAD»

—¿Cómo determinaron los líderes de la iglesia primitiva qué libros se considerarían autoritarios y cuáles se descartarían? —pregunté—. ¿Qué criterios usaron para determinar qué documentos se incluirían en el Nuevo Testamento?

—Básicamente, la iglesia primitiva utilizó tres criterios —observó—. Primero, los libros deben tener autoridad apostólica, es decir, deben haber sido escritos por los propios apóstoles que fueron testigos oculares de lo que escribieron, o por seguidores de los apóstoles. Así que en el caso de Marcos y Lucas, si bien no eran de los doce discípulos, la tradición temprana relata que Marcos era ayudante de Pedro, y Lucas era compañero de Pablo.

»En segundo lugar, se utilizaba el criterio de conformidad con lo que se denominaba la regla de fe. Es decir, ¿el documento es congruente con la tradición cristiana básica que la Iglesia reconocía como normativa? Y en tercer lugar, se encuentra el criterio que evaluaba si un documento había tenido aceptación y uso continuos por toda la Iglesia.

—¿Entonces aplicaban esos criterios y que las fichas cayeran donde fuera? —le pregunté.

—Bueno, no sería exacto decir que estos criterios simplemente se aplicaban en forma mecánica —respondió—. Había por cierto opiniones diferentes sobre qué criterio debía tener más peso.

»Sin embargo, lo notable es que aunque los márgenes del canon permanecieron indefinidos por un tiempo, hubo un alto grado de unanimidad con respecto a la mayor parte del Nuevo Testamento durante los dos primeros siglos. Y esto se verificó en congregaciones muy diversas esparcidas en un área grande.

—Así que —comenté—, ¿los cuatro Evangelios que tenemos en el Nuevo Testamento hoy día cumplen esos criterios mientras que los otros no?

—Sí —respondió—, era, por así decirlo, un ejemplo de la supervivencia del más apto. Al hablar del canon, Arthur Darby Nock solía decirle a sus estudiantes en Harvard: "En Europa, los caminos más transitados son los mejores caminos; y es por eso que son tan transitados." Esa es una buena analogía. El comentarista británico William Barclay lo expresó así: "Es la pura verdad decir que los libros del Nuevo Testamento se volvieron canónicos porque nadie pudo impedir que lo fueran."

—Podemos tener confianza de que ninguno de los demás libros antiguos puede compararse con el Nuevo Testamento en cuanto a su importancia para la historia o la doctrina cristiana. Cuando uno estudia la historia primitiva del canon, uno sale convencido de que el Nuevo Testamento contiene las mejores fuentes de la historia de Jesús. Aquellos que discernían los límites del canon tenían una perspectiva clara y equilibrada del evangelio de Cristo.

»Simplemente lea estos otros documentos por su cuenta. Están escritos mucho después de los cuatro Evangelios, en los siglos II, III, IV, V incluso VI, mucho tiempo después de Jesús, y generalmente son muy triviales. Ostentan nombres; como el Evangelio de Pedro y el Evangelio de María— que no están relacionados con su verdadera autoría. Por otro lado, los cuatro Evangelios del Nuevo Testamento fueron aceptados con una unanimidad notable como auténticos por la historia que relatan.

Sin embargo, yo sabía que algunos eruditos liberales, en particular miembros del bien divulgado Jesus Seminar [Seminario de Jesús], creen que el Evangelio de Tomás debe ser elevado al mismo estado de los demás Evangelios tradicionales. ¿Habrá sido este misterioso Evangelio una víctima de las guerras políticas dentro de la Iglesia para quedar finalmente excluido por sus doctrinas impopulares? Decidí sondear a Metzger en este punto.

LAS «PALABRAS SECRETAS» DE JESÚS

—Dr. Metzger, el Evangelio de Tomás, que se halló junto con los documentos Nag Hammadi encontrados en Egipto en 1945, dice contener "las palabras secretas que Jesús dijo en vida las cuales escribió Dídimo Judas Tomás". ¿Por qué fueron excluidasas por la Iglesia?

Metzger conocía bien la obra.

—El Evangelio de Tomás salió a la luz en una copia del siglo V en cóptico, la cual traduje al inglés —afirmó—. Contiene ciento catorce dichos atribuidos a Jesús pero no una narrativa de lo que hizo, y parece haberse escrito en griego en Siria alrededor del año 140 d.C. En algunos casos creo que el Evangelio relata correctamente lo que dijo Jesús, con leves modificaciones.

Por cierto, era una declaración intrigante.

—Por favor, elabore —le dije.

—Por ejemplo, en el Evangelio de Tomás, Jesús dice: "Una ciudad asentada sobre un monte alto no se puede esconder." Aquí el adjetivo *alto* está agregado, pero el resto se lee como el Evangelio de Mateo. O Jesús dice: "Dad, pues, a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios, dadme a mí lo que es mío." En este caso, la última frase ha sido agregada.

»Sin embargo, hay otros elementos en Tomás que son totalmente ajenos a los Evangelios canónicos. Jesús dice: "Partid madera; yo estoy allí. Levantad una piedra, y allí me encontraréis." Eso es panteísmo, la idea de que Jesús es parte de la sustancia de este mundo. Eso es contrario a los Evangelios canónicos.

»El Evangelio de Tomás termina con una nota que dice: "Dejad que María se vaya de entre nosotros, porque las mujeres no son dignas de vida." Se cita a Jesús con estas palabras: "He aquí, la guiaré para hacerla un hombre, para que ella también pueda convertirse en un espíritu viviente, a semejanza de vosotros hombres. Por cuanto toda mujer que se hace a sí misma hombre entrará en el reino de los cielos."

Metzger alzó las cejas como sorprendido por lo que acababa de decir.

—Ahora bien, ¡ese *no es* el Jesús que conocemos de los otros Evangelios canónicos! —dijo con énfasis.

—¿Y qué de la acusación de que Tomás fue excluido a propósito por los concilios eclesiásticos como parte de una conspiración para silenciarlo? —le pregunté.

—Simplemente no tiene precisión histórica —fue la respuesta de Metzger—. Lo que hicieron los sínodos y concilios en el siglo V fue ratificar lo que ya habían aceptado los cristianos en autoridad y los otros cristianos por igual. No es correcto decir que el Evangelio de Tomás fue excluido por algún decreto del concilio; la forma correcta de expresarlo es que ¡el Evangelio de Tomás se excluyó a sí mismo! No armonizaba con el testimonio acerca de Jesús que los cristianos primitivos aceptaban como digno de confianza.

—¿Entonces usted estaría en desacuerdo con todo aquel que tratara de elevar a Tomás al mismo nivel de los cuatro Evangelios? —le pregunté.

—Sí, estaría en total desacuerdo. Creo que la iglesia primitiva ejerció un acto juicioso al descartarlo. A mi parecer, retomarlo ahora sería aceptar algo que es menos válido que los otros Evangelios —contestó—. Ahora bien, no me entienda mal. Creo que el Evangelio de Tomás es un documento interesante pero está mezclado con declaraciones panteístas y antifeministas que ciertamente no merecen atención, si comprende lo que digo.

»Tiene que comprender que el canon no es el resultado de una serie de debates que incluían las políticas eclesiásticas. El canon es en cambio la separación que resultó discernimiento intuitivo de los cristianos. Podían escuchar la voz del Buen Pastor en el Evangelio de Juan; podían escucharla solo ahogada y distorsionada en el Evangelio de Tomás, mezclada con muchas otras cosas.

»Cuando se realizó el pronunciamiento en cuanto al canon, simplemente ratificó lo que la sensibilidad general de la iglesia ya había determinado. Verá, el canon es una lista de libros autoritativos más que una lista autoritativa de libros. Estos documentos

no derivaron su autoridad del ser seleccionados; cada uno de ellos era autoritativo antes de que alguien los recopilara. La Iglesia primitiva meramente escuchó y percibió que estos eran relatos autoritativos.

»Que alguien diga hoy día que el canon surgió tan solo después de que los concilios y sínodos se pronunciaran al respecto sería como decir: "Reunamos a varias academias de músicos para que den un pronunciamiento de que la música de Bach y Beethoven es maravillosa." Yo diría "¡Gracias por nada! Lo sabíamos antes de que se hiciera su pronunciamiento." Lo sabemos por nuestra sensibilidad a lo que es buena música y a lo que no lo es. Lo mismo ocurre con el canon.

Aun así, señalé que algunos libros del Nuevo Testamento, cabe notar Santiago, Hebreos, Apocalipsis fueron aceptados en el canon más lentamente que los demás.

—¿Debiéramos, entonces, sospechar de ellos? —pregunté.

—A mi parecer, eso solo demuestra lo cuidadosa que fue la iglesia primitiva —contestó—. No eran agresivos, ni se precipitaban en cada último documento que resultara tener algo acerca de Jesús. Esto demuestra deliberación y un análisis cuidadoso.

»Por supuesto, incluso hoy día sectores de la iglesia siria rehusan a aceptar el libro de Apocalipsis. Sin embargo, los miembros de dicha iglesia son cristianos. Desde mi punto de vista, acepto el libro de Apocalipsis como una parte maravillosa de las Escrituras.

—Creo que se empobrecen al no aceptarlo —dijo Metzger meneando la cabeza.

EL NUEVO TESTAMENTO INIGUALABLE

Metzger había sido persuasivo. No me quedaban dudas serias en cuanto a si el texto del Nuevo Testamento había sido preservado en forma confiable en el transcurso de los siglos. Uno de los distinguidos predecesores de Metzger en Princeton Theological Seminary, Benjamin Warfiel, quien contaba con cuatro doctorados y enseñó teología sistemática hasta su muerte en 1921, lo expresó de la siguiente manera:

> Si comparamos el estado actual del texto del Nuevo Testamento con el de cualquier otro escrito antiguo, debemos... declararlo maravillosamente correcto. Tal ha sido el cuidado con el que se ha copiado el Nuevo Testamento; un cuidado que sin duda nació de la verdadera reverencia a sus palabras santas... El Nuevo Testamento [es] inigualable entre los escritos antiguos por la pureza de su texto como realmente se transmitió y se mantuvo en uso.[8]

En cuanto a qué documentos se aceptaron en el Nuevo Testamento, en general nunca hubo disputa seria sobre la naturaleza autoritativa de veinte de los veintisiete libros del Nuevo Testamento; desde Mateo hasta Filemón, más 1 Pedro y 1 Juan. Por supuesto estos incluyen los cuatro Evangelios que representan las biografías de Jesús.[9] Los siete libros restantes, aunque fueron cuestionados durante cierto tiempo por algunos líderes de la iglesia, «finalmente fueron reconocidos totalmente por la iglesia en general», según Geisler y Nix.[10]

En cuanto a los «libros apócrifos», la proliferación de evangelios, epístolas y Apocalipsis en los primeros siglos después de Jesús; entre ellos, los evangelios de Nicodemo, Bernabé, Bartolomé, Andrés, la Epístola de Pablo a los laodicenses, el Apocalipsis de Esteban y otros, son «imaginarios y herejes... ni genuinos ni valiosos como un todo» y «prácticamente ningún Padre, canon o concilio ortodoxo» los consideró autoritativos o merecedores de ser incluidos en el Nuevo Testamento.[11]

Es más, acepté el desafío de Metzger y leí muchos de ellos. Comparados con la calidad cuidadosa, sobria, precisa, testimonial de Mateo, Marcos, Lucas y Juan, estas obras en verdad se merecen la descripción que recibieron por parte de Eusebio, el antiguo historiador de la iglesia: «Totalmente absurdas e impías».[12] Eran demasiado distantes del ministerio de Jesús como para constituir una contribución significativa para mi investigación, dado que se habían escrito tan tarde como en los siglos V y VI, y sus cualidades comúnmente míticas las descalificaban su credibilidad histórica.

Al establecer dicho punto, había llegado el momento de que mi investigación pasara a la próxima fase. Tenía curiosidad por saber: ¿cuánta evidencia existe *fuera* de los Evangelios acerca de este carpintero obrador de milagros del siglo I? Los historiadores antiguos ¿confirman o contradicen las alegaciones del Nuevo Testamento sobre su vida, sus enseñanzas y sus milagros? Sabía que

esto requería un viaje a Ohio para visitar a uno de los eruditos principales del país en ese campo.

Puestos en pie, le agradecí a Metzger por su tiempo y su pericia. Sonrió cálidamente y se ofreció a acompañarme abajo. No quería quitarle más tiempo de su tarde de sábado pero mi curiosidad no me permitía dejar Princeton sin satisfacerla en cuanto al asunto restante.

—Todas estas décadas de instrucción, de estudio, de escribir libros, de profundizar en los detalles del Nuevo Testamento; ¿cómo han influido en su fe personal? —le pregunté.

—¡Ah! —exclamó, contento de hablar del asunto—, aumentó las bases de mi fe personal, ver la firmeza con la que estos materiales han llegado hasta nosotros, con una numerosa cantidad de copias, muchas de las cuales son muy, muy antiguas.

—Entonces —comencé a decir—, la instrucción no ha disuelto su fe...

—Al contrario —subrayó sin dejarme terminar la frase—, la construyó. Hice preguntas toda mi vida. Indagué en el texto, lo estudié con esmero y hoy sé con seguridad que mi confianza en Jesús está bien plantada.

Hizo una pausa mientras sus ojos escudriñaban mi cara. Luego agregó para dar énfasis: —Muy bien plantada.

Deliberaciones

Preguntas para reflexión personal o para grupos de estudio

1. Al leer la entrevista del Dr. Metzger, ¿cómo calificaría la confiabilidad del proceso por el cual el Nuevo Testamento se transmitió hasta nosotros? ¿Cuáles son algunas de las razones por las que considera que este proceso es digno de confianza o no?
2. Revise una copia del Nuevo Testamento y examine algunas de las notas marginales que hablan de las variantes de lectura. ¿Cuáles son algunos de los ejemplos que encuentra? ¿De qué manera afecta la presencia de estas anotaciones su comprensión de los pasajes?
3. ¿Parece razonable el criterio para determinar si un documento debe incluirse en el Nuevo Testamento? ¿Por qué o por qué no? ¿Hay otros criterios que usted cree que deben agregarse? ¿Qué desventajas tienen los eruditos modernos al explicar las decisiones de la iglesia primitiva con respecto a si un documento debe ser incluido o no en la Biblia?

Más pruebas

Más recursos sobre este tema

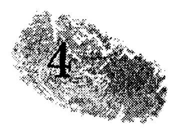
Bruce, F.F., *The Canon of Scripture* [El canon de las Escrituras], InterVarsity Press, Downers Grove, IL, 1988.

Geisler, Norman L. y William E. Nix, *A General Introduction to the Bible* [Introducción general a la Biblia], 1968, reimpresión, Moody Press, Chicago, 1980.

Metzger, Bruce M., *The Canon of the New Testament* [El canon del Nuevo Testamento], Clarendon Press, Oxford, 1987.

______. *The Text of the New Testament* [El texto del Nuevo Testamento], Oxford Univ. Press, New York, 1992.

Patzia, Arthur G., *The Making of the New Testament* [La formación del Nuevo Testamento], InterVarsity Press, Downers Grove, IL, 1995.



LA EVIDENCIA CORROBORATIVA

¿Hay alguna evidencia creíble a favor de Jesús fuera de sus biografías?

Harry Aleman se volvió y me apuntó con el dedo. «*Usted*», farfulló, escupiendo la palabra con desprecio. «¿Por qué sigue escribiendo esas cosas acerca de mí?» Luego dio media vuelta y desapareció por una escalera trasera para escapar de los periodistas que lo perseguían por el edificio del tribunal.

En realidad, era difícil ser un periodista en asuntos criminales en Chicago durante la década del setenta y *no* escribir sobre Harry Alemán. Era, al fin y al cabo, el matón principal del crimen organizado. Y a los habitantes de Chicago, en una forma perversa, les encanta leer acerca de la mafia.

Los fiscales querían desesperadamente mandar a Alemán a la cárcel por una de las ejecuciones a sangre fría que según sus sospechas había llevado a cabo en nombre de sus jefes. Por supuesto que el problema era la dificultad de encontrar a alguien dispuesto a declarar en contra de un gángster de la reputación aterradora de Alemán.

Entonces les llegó su gran oportunidad. Uno de los antiguos compinches de Alemán, Luis Almeida, fue arrestado mientras se dirigía a asesinar a un sindicalista en Pennsylvania. Al ser hallado culpable de los cargos de portar armas y condenado a una década en la cárcel, Almeida aceptó declarar en contra de Alemán en el caso no resuelto de la muerte de un dependiente del negocio Teamsters Union de Chicago, si los fiscales accedían a ser indulgentes con Almeida.

Esto implicaba que Almeida tenía un motivo para cooperar, lo cual sin duda le restaría cierto grado de credibilidad. Los fiscales sabían que tendrían que reforzar su testimonio para asegurar la condena, por lo que salieron a buscar a alguien que corroborara el relato de Almeida.

El diccionario define *corroborar* de la siguiente manera: «confirmar la razón, el argumento o la opinión con nuevos raciocinios o mayores datos».[1] La prueba corroborativa respalda otro testimonio; afirma o apuntala los elementos esenciales del relato del testigo ocular. Puede ser un documento público, una fotografía u otra declaración por parte de una segunda o tercera persona. Puede verificar la totalidad del testimonio de una persona o solo ciertas partes claves.

En realidad, la prueba corroborativa hace las veces de los cables de acero que mantienen una antena alta derecha e inmóvil. Cuanta más evidencia corroborativa exista, más fuerte y más seguro será el caso.

¿Pero dónde encontraron los fiscales la corroboración de la historia de Almeida? De una fuente sorpresa: un ciudadano tranquilo y respetuoso de la ley llamado Bobby Lowe les dijo a los investigadores que él se encontraba caminando con su perro cuando vio a Aleman asesinar al dependiente del negocio. A pesar de la fama aterradora de Aleman, Lowe accedió a respaldar el relato de Almeida declarando en contra del ganster.

EL PODER DE LA CORROBORACIÓN

En el juicio de Aleman, Lowe y Almeida deslumbraron al jurado con sus historias. El relato de Almeida de que manejó el auto de la fuga encajaba con la descripción franca de Lowe de haber visto a Aleman asesinar a su víctima en una acera pública la noche del 27 de septiembre de 1972.

Los fiscales pensaban que habían presentado un caso seguro en contra del temido matón, sin embargo durante el juicio percibieron que algo andaba mal. Su escepticismo surgió por primera vez cuando Aleman rechazó el juicio con jurado y optó porque un juez viera el caso.

Al final del juicio las peores sospechas de los fiscales se hicieron realidad: a pesar del testimonio convincente de Lowe y Almeida el juez terminó declarando inocente a Aleman y dejándolo salir en libertad.

¿Qué había sucedido? Recuerda, esto ocurrió en Cook County, Illinois, donde acecha la corrupción muy a menudo. Unos años después se reveló que el juez había recibido diez mil dólares a cambio de la absolución. Cuando un informante del FBI develó el soborno, el juez ya retirado se suicidó; y los fiscales volvieron a presentar los cargos de homicidio en contra de Aleman.

Por el tiempo cuando se llevo acabo el segundo juicio, la ley se había modificado por lo cual los fiscales podían exigir que un jurado viera el caso. Fue lo que hicieron; y finalmente veinticinco años después del homicidio, Aleman fue hallado culpable y condenado de cien a trescientos años de cárcel.[2]

A pesar de las demoras, la historia de Aleman demuestra lo importante que puede ser la prueba corroborativa. Y lo mismo se verifica en cuanto al tratamiento de asuntos históricas. Ya escuchamos, a través del testimonio del Dr. Blomberg, que en los Evangelios hay una excelente evidencia ocular a favor de la vida, las enseñanzas, la muerte y la resurrección de Jesús. Sin embargo, ¿existe otra evidencia que la corrobore? ¿Existen otros escritos además de los Evangelios que afirmen o respalden los puntos clave acerca de Jesús o del cristianismo primitivo?

Es decir, ¿hay alguna documentación adicional que pudiera ayudar a sellar el caso a favor de Cristo, al igual que el testimonio de Bobby Lowe selló el caso en contra de Harry Aleman? La respuesta, según nuestro próximo testigo es sí; y el caudal y la calidad de la evidencia pueden sorprenderle.

LA TERCERA ENTREVISTA: DR. EDWIN M. YAMAUCHI

Al entrar al imponente edificio de ladrillos que alberga la oficina de Edwin Yamauchi en Miami University en el pintoresco Oxford, Ohio, pasé debajo de un arco de piedra con la siguiente inscripción: «Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.» Uno de los principales expertos del país en historia antigua, Yamauchi ha estado en la búsqueda de la verdad histórica durante gran parte de su vida.

Nacido en Hawai en 1937, hijo de inmigrantes provenientes de Okinawa, Yamauchi es de origen humilde. Su padre murió poco antes del ataque japonés a Pearl Harbor y su madre tuvo que

ganarse un pobre sustento como sirvienta de familias adineradas. Si bien ella no tenía una educación formal, animó a su hijo a leer y a estudiar dándole libros con hermosas ilustraciones que le inculcaron un amor eterno por aprender.

Por cierto, sus logros académicos han sido sorprendentes. Después de obtener un grado de bachillerato en hebreo y helenística, Yamauchi recibió una maestría y un doctorado en estudios mediterráneos de Brandeis University.

Se le confirieron ocho becas de investigación, de la Rutgers Research Council, del National Endowment for the Humanities, de la American Philosophical Society y otros. Estudió veintidós idiomas, entre ellos, árabe, chino, egipcio, ruso, siríaco, ugarítico e incluso comanche.

Ha presentado setenta y un ensayos ante sociedades académicas; enseñó en más de cien seminarios, universidades e institutos, entre ellos, Yale, Princeton y Cornell; se desempeñó como presidente y luego rector del Institute for Biblical Research y como presidente de Conference on Faith and History; y publicó ochenta artículos en treinta y siete publicaciones académicas.

En 1968 participó en las primeras excavaciones del templo de Herodes en Jerusalén, las cuales revelaron pruebas de la destrucción del templo en el año 70 d.C. La arqueología también ha sido el tema de vario de sus libros, entre ellos, *The Stones and the Scriptures* [Las Piedras y las Escrituras]; *The Scriptures and Archaeology* [Las Escrituras y la Arqueología]; y *The World of the First Christians* [El mundo de los primeros cristianos].

Aunque nació en un trasfondo budista, Yamauchi ha seguido a Jesús desde 1952, el año en que yo nací. Tenía especial curiosidad por saber si su compromiso a largo plazo con Cristo matizaría su evaluación de la evidencia histórica. Es decir, ¿se adheriría escrupulosamente a los hechos o sería tentado a derivar conclusiones fuera del alcance de lo que garantiza la evidencia?

Me encontré con que Yamauchi es de porte cortés y modesto. Aunque por lo general su habla es suave, se concentra con intensidad. Provee respuestas exhaustivas y detalladas y a menudo hace una pausa para complementar su respuesta verbal con el ofrecimiento de fotocopias de artículos académicos que escribió sobre el tema. Un buen erudito sabe que la información nunca es suficiente.

Dentro de su oficina abarrotada de libros, en el centro de la sede universitaria rodeada por una tupida arboleda radiante con los colores del otoño, nos acomodamos para hablar del tema que todavía pone brillo en sus ojos, aun luego de tantos años de investigación y enseñanza.

CONFIRMAR LOS EVANGELIOS

Debido a mi entrevista con Blomberg, no quería sugerir que necesitábamos ir más allá de los Evangelios para encontrar evidencia confiable con respecto a Jesús. Por lo que comencé por formularle a Yamauchi la siguiente pregunta:

—Como historiador, ¿podría darme su evaluación de la confiabilidad histórica de los Evangelios mismos?

—En suma, los Evangelios son fuentes excelentes —respondió—. En realidad, son las fuentes más fidedignas, completas y confiables acerca de Jesús. Las fuentes incidentales no aportan mucha información detallada; sin embargo, son válidas como evidencia corroborativa.

—Muy bien. Eso es lo que quiero tratar: la evidencia corroborativa —le dije—. Seamos francos: algunos se mofan de cuánto hay en realidad. Por ejemplo, en 1979 Charles Templeton escribió una novela titulada *Act of God* [Caso de Fuerza Mayor], en la que un arqueólogo ficticio expresaba lo que muchos creen.

Tomé el libro y leí el párrafo pertinente:

> La iglesia [cristiana] funda sus alegaciones en las enseñanzas de un joven judío desconocido con pretensiones mesiánicas que, admitámoslo, no dejó mucha huella en su tiempo. No hay ni una palabra acerca de él en la historia secular. Ni una. No hay mención de él por parte de los romanos. Ni siquiera una referencia por parte de Josefo.[3]

—Ahora bien —dije con una pizca de sarcasmo—, eso no suena a que hay mucha corroboración de la vida de Jesús fuera de la Biblia.

Yamauchi sonrió y negó con la cabeza.

—El arqueólogo de Templeton simplemente está equivocado —respondió como desechando la idea—, porque sí contamos con referencias a Jesús muy importantes en Josefo y Tácito.

»Los Evangelios mismos dicen que aquellos que lo escucharon, incluso miembros de su propia familia, no creyeron en Jesús durante su vida, sin embargo, él dejó tal huella que Jesús se recuerda en todas partes, mientras que Herodes el Grande, Poncio Pilato y otras antiguas autoridades no tienen tan amplia fama. Así que en realidad sí dejó huella en aquellos que creyeron en él.

Hizo una pausa y luego agregó:

—Y no, por supuesto, en los que no creyeron en él.

EL TESTIMONIO DE UN TRAIDOR

Templeton y Yamauchi mencionaron a Josefo, un historiador del siglo I muy conocido entre los eruditos pero cuyo nombre no es muy familiar a la mayoría de la gente hoy día.

—Deme algunos datos acerca de él —le dije—, y cuénteme de qué manera su testimonio provee corroboración con respecto a Jesús.

—Sí, por supuesto —contestó Yamauchi mientras se cruzaba de piernas y se reclinaba en su silla—. Josefo fue un historiador judío muy importante del siglo I. Nació en el año 37 d.C. y escribió la mayoría de sus obras hacia fines del siglo.

»En su autobiografía defendió su comportamiento en la Guerra Judeo-Romana, que ocurrió desde el año 66 al 74 d.C. Verá, él se rindió ante el general romano Vespasiano durante el sitio de Jotapata, a pesar de que muchos de sus compañeros se suicidaron antes que rendirse.

El profesor se rió entre dientes y continuó:

—Josefo decidió que no era la voluntad de Dios que se suicidara. Y luego se convirtió en defensor de los romanos.

Josefo parecía ser un personaje colorido; quería más detalles acerca de él para poder entender mejor sus motivaciones y prejuicios.

—Pínteme un retrato de él —le pedí.

—Era un sacerdote, un fariseo, y era algo ególatra. Su obra más ambiciosa se llamó *Antigüedades Judías*, la historia del pueblo judío desde la creación hasta su tiempo. Probablemente la completó alrededor del año 93 d.C.

»Como podrá imaginarse, por su colaboración con los odiados romanos, Josefo tenía el desprecio total de sus hermanos judíos. Pero se volvió muy popular entre los cristianos porque en sus escritos hace referencia a Santiago, el hermano de Jesús, y al propio Jesús.

Aquí teníamos el primer ejemplo de corroboración de Jesús fuera de los Evangelios.

—Cuénteme de esas referencias —le dije.

—En *Antigüedades,* describe cómo un sumo sacerdote llamado Ananías se aprovechó de la muerte del gobernador romano Festo (que también se menciona en el Nuevo Testamento) para matar a Santiago.

Se inclinó hacia la biblioteca, tomó un volumen grueso y pasó las hojas hasta un lugar que parecía conocer de memoria.

—Ah, aquí está —anunció—. "Convocó a una reunión del Sanedrín y trajo ante él a un hombre llamado Santiago, el hermano de Jesús, llamado el Cristo, y a otros más. Los acusó de haber transgredido la ley y los entregó para ser apedreados." [4]

—No conozco ningún erudito —afirmó Yamauchi con confianza—, que haya disputado con éxito este pasaje. L.H. Feldman observó que si esto hubiera sido un agregado al texto posterior por parte de los cristianos, muy probablemente habría sido más elogiable de Santiago. Así que aquí hay una referencia al hermano de Jesús (quien al parecer se había convertido por la aparición del Cristo resucitado, si compara Juan 7:5 y 1 Corintios 15:7) y la corroboración del hecho de que algunos consideraban que Jesús era el Cristo, que significa "el ungido" o "el Mesías".

«ALLÁ VIVIÓ JESÚS...»

Sabía que Josefo había escrito una sección más larga sobre Jesús, que se llama el *Testimonium Flavianum*. También sabía que este pasaje era uno de los más disputados en la literatura antigua porque en su superficie parece proveer una corroboración contundente de la vida, los milagros, la muerte y la resurrección de Jesús. ¿Pero es auténtico? ¿O fue alterado con el paso de los años por partidarios de Jesús?

Le pregunté a Yamauchi su opinión y resultó evidente que había tocado un punto de gran interés para él. Bajó la pierna y se sentó derecho.

—Es un pasaje fascinante —dijo con entusiasmo, mientras se inclinaba hacia delante con el libro en la mano—. Pero sí, es muy controvertido.

Con esas palabras comenzó a leérmelo:

> En aquel tiempo vivió Jesús, un hombre sabio, si en verdad uno debe llamarlo hombre. Por cuanto fue alguien que llevó a cabo obras sorprendentes y maestro de aquellos que aceptan la verdad con gusto. Ganó a muchos judíos y a muchos de los griegos. Era el Cristo. Cuando Pilato, luego de haber escuchado las acusaciones en su contra por parte de hombres en eminencia de entre nosotros, lo condenó a ser crucificado, aquellos que en principio lo habían amado no renunciaron a su afecto por él. Al tercer día se les apareció restaurado a la vida, por cuanto los profetas de Dios habían profetizado esta y muchas otras maravillas acerca de él. Y la tribu de cristianos, que de él toman su nombre, hasta este día no ha desaparecido.[5]

El caudal de corroboración a favor de Jesús era evidente.

—Usted admitió que era controvertido. ¿Cuáles son las conclusiones de los eruditos acerca de este pasaje? —le pregunté.

—La erudición ha pasado por tres tendencias en cuanto a él —explicó—. Por razones obvias, los cristianos primitivos pensaron que era un testimonio maravilloso y completamente auténtico acerca de Jesús y su resurrección. Les encantó. Luego el pasaje entero fue cuestionado al menos por algunos eruditos durante el movimiento de la Ilustración.

»Sin embargo, hoy día hay un notable consenso entre los eruditos judíos y cristianos de que el pasaje completo es auténtico, aunque pueda haber algunas interpolaciones.»

»Interpolaciones, ¿podría precisar qué quiere decir? —dije levantando las cejas.

—Significa que los copistas cristianos primitivos insertaron algunas frases que un escritor judío como Josefo no hubiera escrito —explicó Yamauchi.

Señaló una oración en el libro.

—Por ejemplo, la primera línea dice: "En este tiempo vivió Jesús, un hombre sabio." Esa frase no la utilizan normalmente los cristianos para referirse a Jesús por lo que parece auténtica en Josefo. Pero la frase siguiente dice: "si en verdad uno debe llamarlo hombre". Esto implica que Jesús era más que humano, lo cual parece ser una interpolación.

Asentí para indicarle que lo estaba siguiendo.

—Y continúa diciendo: "Por cuanto fue alguien que llevó a cabo obras sorprendentes y maestro de aquellos que aceptan la verdad con gusto. Ganó a muchos judíos y a muchos de los griegos." Esto parece concordar con el vocabulario que Josefo utiliza en sus escritos, y en general se lo considera auténtico.

»Pero luego viene esta declaración inequívoca: "Era el Cristo." Parece ser una interpolación...

—Porque Josefo en su referencia a Santiago dice que era *llamado el Cristo* —lo interrumpí.

—Correcto —afirmó Yamauchi—. Es poco probable que Josefo hubiera dicho llanamente que Jesús era el Mesías en este punto, cuando en otras instancias simplemente había dicho que sus seguidores lo *consideraban* el Mesías.

»La siguiente parte del pasaje (que habla del juicio de Jesús y de su crucifixión y del hecho de que sus seguidores aun lo amaban) no es nada excepcional y se le considera genuina. Luego aparece esta frase: "Al tercer día se les apareció restaurado a la vida."

»De nuevo, esta es una afirmación clara de la creencia en la resurrección y por lo tanto es poco probable que Josefo la haya escrito. Entonces estos tres elementos parecen ser interpolaciones.

—¿Cuál es la conclusión? —pregunté.

—Que es probable que el pasaje de Josefo originalmente fue escrito acerca de Jesús aunque sin esos tres puntos que mencioné. Sin embargo, aun así Josefo corrobora información importante sobre Jesús: que fue el líder martirizado de la iglesia de Jerusalén y que era un maestro sabio que estableció un grupo amplio y duradero de seguidores, a pesar del hecho de que fue crucificado bajo el gobierno de Pilato por instigación de algunos de los líderes judíos.

LA IMPORTANCIA DE JOSEFO

Mientras que estas referencias sí ofrecían alguna verificación importante e independiente acerca de Jesús, me preguntaba por qué un historiador como Josefo no hubiera dicho más sobre una figura tan importante del siglo I. Sabía que algunos escépticos

como el filósofo de la Universidad de Boston, Michael Martin, habían hecho la misma crítica.

Por lo tanto le pedí a Yamauchi su reacción ante esta declaración de Martin, quien cree que Jesús nunca existió: «Si Jesús existió, uno esperaría que Josefo... hubiera dicho más acerca de él... Que Josefo lo mencionara es inesperado... de pasada mientras que mencionaba a otras figuras mesiánicas y a Juan el Bautista con más detalle.»

La respuesta de Yamauchi me pareció fuerte.

—De vez en cuando, alguno ha tratado de negar la existencia de Jesús pero es una causa perdida —dijo con un tono de enojo—. Hay pruebas poderosas de que Jesús sí existió y estas preguntas hipotéticas son vacías y falaces.

»Sin embargo, le respondo de la siguiente manera: Josefo estaba interesado en asuntos políticos y en la lucha contra Roma, por lo tanto para él Juan el Bautista era más importante porque parecía presentar una amenaza política mayor que Jesús.

—Un momento —interrumpí—. ¿Acaso algunos eruditos no pintaron a Jesús como un zelote, o al menos como simpatizante de los zelotes? —pregunté haciendo referencia al grupo revolucionario del siglo I que se oponía a la política de Roma.

Yamauchi descartó la objeción con un gesto de la mano.

—Esa es una posición a la que los propios Evangelios no dan lugar —respondió—, porque, recuerde, Jesús ni siquiera objetó el pago de los impuestos a los romanos. Por lo tanto, debido a que Jesús y sus seguidores no representaban una amenaza política inmediata, es por cierto muy comprensible que Josefo no esté más interesado en esta secta; aunque en percepció tradía en realidad resultó muy importante.

—Entonces, según su evaluación, ¿qué significativas son estas dos referencias por parte de Josefo?

—Muy significativas —respondió Yamauchi—, especialmente porque sus relatos de la Guerra Judía resultaron muy precisos; por ejemplo, han sido corroborados mediante excavaciones arqueológicas en Masada y también por historiadores como Tácito. Se le considera un historiador bastante confiable y su mención de Jesús se considera sumamente importante.

«UNA SUPERSTICIÓN MUY DAÑINA»

Yamauchi mencionó al historiador romano más importante del siglo I, y yo quería discutir lo que Tácito tenía que decir sobre Jesús y el cristianismo.

—¿Podría explicar lo que él corrobora? —le pregunté.

—Tácito registró lo que pudiera ser la referencia más importante a Jesús fuera del Nuevo Testamento —observó—. En el año 115 d.C. menciona en forma explícita que Nerón persiguió a los cristianos como chivos expiatorios para desviar las sospechas de sí mismo por el gran incendio que devastó a Roma en el 64 d.C.

Yamauchi se puso de pie y fue hasta una repisa para buscar un libro.

—Ah, sí, aquí está —comentó mientras extraía un grueso tomo y pasaba las hojas hasta encontrar el pasaje justo que me leyó después:

> Nerón le echó la culpa e infligió las torturas más agudas a una clase odiada por sus abominaciones, llamada cristianos por el populacho. Cristo, de quien deriva el origen del nombre, sufrió el castigo máximo durante el reino de Tiberio de manos de uno de nuestros procuradores, Poncio Pilato; y una superstición muy dañina, habiéndose controlado por el momento de esa manera, resurgió no solo en Judea, la primera fuente del mal, sino incluso en Roma... En consecuencia, se realizó el arresto en principio de cualquiera que se declarara culpable: después, según su declaración, una inmensa multitud fue condenada, no tanto por el delito de incendiar la ciudad sino por odio contra la humanidad.[7]

Conocía ese pasaje y me preguntaba cómo respondería Yamauchi a la observación de un erudito reconocido llamado J.N.D. Anderson.

—Él propone que cuando Tácito dice que esta "superstición dañina" fue "controlada por el momento" pero luego "resurgió", en forma inconsciente estaba dando testimonio de la creencia de los cristianos primitivos de que Jesús había sido crucificado pero que luego se levantó de la tumba —señalé—, ¿usted está de acuerdo con él?

—Esa ha sido por cierto la interpretación de algunos eruditos —respondió y al parecer esquivó mi pedido de que diera su opinión. Sin embargo, luego presentó un punto crucial.

—A pesar de que el pasaje tuviera esto en cuenta específicamente o no, nos provee un hecho muy notable y es el siguiente: la crucifixión era el destino más abominable que a alguien le pudiera tocar, y el hecho de que hubiera un movimiento basado en un hombre crucificado tiene que explicarse.

»¿Cómo se puede explicar la propagación de una religión basada en la adoración a un hombre que había sufrido la muerte más deshonrosa? Por supuesto que la respuesta cristiana es que él resucitó. Otros tienen que pensar otra teoría alternativa si no quieren creerlo. Sin embargo, según mi parecer, ninguno de los puntos de vista alternativos es muy persuasivo.

Le pedí que caracterizara el peso de los escritos de Tácito con respecto a Jesús.

—Es un testimonio importante por parte de un testigo hostil del éxito y la propagación del cristianismo, con base en una figura histórica, Jesús, que fue crucificado bajo el gobierno de Poncio Pilato —observó—. Y es significativo que Tácito relatara que una "inmensa multitud" se aferró de tal manera a sus convicciones que prefería morir antes que retractarse.

CANTAR «COMO A UN DIOS»

Sabía que otro romano llamado Plinio el Joven también había hecho referencia al cristianismo en sus escritos.

—También corroboró algunos asuntos importantes, ¿no? —inquirí.

—Así es. Era el sobrino de Plinio el Viejo, el famoso enciclopedista que murió en la erupción del Vesubio en el año 79 d.C. Plinio el Joven se convirtió en gobernador de Bitinia en el noroeste de Turquía. Gran parte de su correspondencia con su amigo, el emperador Trajano, se conserva hasta nuestros días.

Yamauchi sacó una fotocopia de la página de un libro y dijo:
—En el libro diez de estas cartas hace referencia específica a los cristianos que arrestó:

> Les he preguntado si son cristianos, y si lo admiten, repito la pregunta una segunda y una tercera vez con la advertencia del castigo que les espera. Si persisten, ordeno que

> sean llevados para su ejecución; por cuanto, cualquiera que sea la naturaleza de su admisión, estoy convencido de que su terquedad y su obstinación inconmovible no debe quedar sin castigo...
>
> También declararon que la suma de su culpa o error no llega a más que esto: se habían reunido en forma regular antes del amanecer en un día fijado para cantar versos en forma alternada entre sí en honor de Cristo como a un dios, y también que se habían comprometido con juramento, no con fines delictivos, sino para abstenerse del hurto, del robo, del adulterio...
>
> Esto me llevó a determinar que era más que necesario extraer la verdad mediante tortura de dos esclavas, a las que llamaban diaconisas. No encontré más que un tipo degenerado de culto llevado hasta la extravagancia.[8]

—¿Cuán importante es esta referencia? —pregunté.

—Muy importante. Probablemente se escribió alrededor del año 111 d.C., y da testimonio de la rápida propagación del cristianismo, tanto en la ciudad como en el campo, entre toda clase de personas, esclavos y ciudadanos romanos, dado que también menciona que envía a los cristianos que son ciudadanos romanos a que sean juzgados en Roma.

»Y habla de la adoración a Jesús como Dios, de que los cristianos mantenían normas éticas elevadas, y que no se los desviaba fácilmente de sus creencias.

EL DÍA EN QUE LA TIERRA SE OSCURECIÓ

Para mí, una de las referencias más problemáticas en el Nuevo Testamento es donde los escritores de los Evangelios dicen que la tierra se oscureció durante cierto período en que Jesús estaba colgado de la cruz. ¿Acaso no era un mero recurso literario para resaltar la importancia de la crucifixión y no una referencia a un hecho histórico real? Al fin y al cabo, si la oscuridad hubiera caído sobre la tierra, ¿no habría mención de este extraordinario acontecimiento fuera de la Biblia?

Sin embargo, el Dr. Gary Habermas escribió sobre un historiador llamado Tallo, quien en el año 52 d.C. escribió la historia del mundo mediterráneo oriental desde la Guerra de Troya. Aunque la obra de Tallo se ha perdido, fue citada por Julio Africano alrededor del año 221 d.C. ¡y hacía referencia a la oscuridad que mencionan los Evangelios! [9]

—¿Podría ser una corroboración independiente de esa afirmación bíblica? —pregunté.

Yamauchi explicó: —En este pasaje Julio Africano dice: "Tallo, en el tercer libro de sus historias, explica la oscuridad como un eclipse de sol: es irracional, según me parece."

»Así que parece ser que Tallo decía que sí hubo oscuridad al momento de la crucifixión y especulaba que podía haberse producido por un eclipse. Africano entonces contiende que no podría haber sido un eclipse, dado el tiempo en el que ocurrió la crucifixión.

Yamauchi se inclinó para tomar una hoja de papel que estaba sobre su escritorio.

—Permítame citar lo que dijo el erudito Paul Maier sobre la oscuridad en una nota al pie de su libro de 1968 *Poncio Pilato* —dijo al tiempo que leía estas palabras—:

> Este fenómeno evidentemente fue visible en Roma, Atenas y otras ciudades mediterráneas. Según Tertulio... fue un "evento mundial" o "cósmico". Flegón, un autor griego de Caria que escribía una cronología poco después del 137 d.C. informó que en el cuarto año de la duodécima olimpíada (es decir, 33 d.C.) ocurrió el "mayor eclipse de sol" y que "se hizo de noche a la hora sexta del día [es decir, al mediodía] de modo que incluso las estrellas aparecieron en el cielo. Hubo un gran terremoto en Bitinia y muchas cosas fueron volcadas en Nicaea." [10]

Yamauchi concluyó:

—Por lo tanto, tal como lo señala Paul Maier, hay testimonio no bíblico de la oscuridad que se dio al momento de la crucifixión de Jesús. Parece que algunos se vieron en la necesidad de darle una explicación natural y dijeron que fue un eclipse.

UN RETRATO DE PILATO

La mención de Pilato por parte de Yamauchi me recordó que algunos críticos cuestionaron la precisión de los Evangelios por la forma en la que describen a este líder romano. Mientras que el Nuevo Testamento lo pinta como vacilante y dispuesto a ceder a la presión de la turba judía al ejecutar a Jesús, otros relatos históricos lo presentan como obstinado e inflexible.

—¿Acaso esto no es una contradicción entre la Biblia y los historiadores seculares? —le pregunté.

—No, en realidad no —respondió Yamauchi—. El estudio de Maier sobre Pilato revela que su protector o mentor fue Sejano [Sejanus] y que Sejano cayó del poder en el año 31 d.C. porque estaba complotando contra el emperador.

Quedé desconcertado.

—¿Y eso qué tiene que ver? —inquirí.

—Bien, esta pérdida habría debilitado mucho la posición de Pilato alrededor del año 33 d.C., fecha muy probable en la que Cristo fue crucificado —respondió el profesor—. Por lo tanto, se podría entender que Pilato fuera renuente a ofender a los judíos en ese momento y meterse en mayores problemas con el emperador. Esto quiere decir que la descripción bíblica es muy probable que sea correcta. [11]

OTROS RELATOS JUDÍOS

Luego de hablar principalmente de la corroboración romana de Jesús, quería dar un giro a la cuestión en este punto y debatir si otros relatos judíos aparte del de Josefo verificaban algo acerca de Jesús. Le pregunté a Yamauchi sobre las referencias en el Talmud, una importante obra judía terminada alrededor del año 500 d.C., que incorpora la Mishnah, compilada alrededor del año 200 d.C.

—Los judíos, en general, no abundan en detalles sobre las herejías —respondió—. Hay pocos pasajes en el Talmud que mencionan a Jesús, y lo llaman un falso Mesías que practicaba la magia y que fue condenado a muerte justamente. También repiten el rumor de que Jesús nació de un soldado romano y María, dando a entender que hubo algo fuera de lo común en su nacimiento.

—Entonces —observé—, en forma negativa estas referencias de los judíos sí corroboran algunos aspectos sobre Jesús.

—Sí, así es —confirmó—. El profesor M. Wilcox lo expresó de la siguiente manera en un artículo que apareció en una obra de referencia académica:

> La literatura tradicional judía, aunque apenas menciona a Jesús (y en cualquier caso debe usarse con precaución), apoya la afirmación de los Evangelios de que era un sanador y obrador de milagros, aunque atribuye estas habilidades a la brujería. Además, preserva el recuerdo de que era un maestro y de que tenía discípulos (cinco) y que por lo menos en el período rabínico temprano no todos los sabios se habían convencido finalmente de que era un "hereje" o un "engañador". [12]

EVIDENCIA APARTE DE LA BIBLIA

Aunque estábamos encontrando unas pocas referencias a Jesús fuera de los Evangelios, me preguntaba por qué no eran más numerosas. Si bien sabía que sobrevivieron muy pocos documentos del siglo I, pregunté: —En general, ¿acaso no deberíamos haber esperado encontrar más acerca de Jesús en escritos antiguos aparte de la Biblia?

—Cuando se inician movimientos religiosos, a menudo transcurren muchas generaciones antes de que la gente comience a documentarlos —señaló Yamauchi—. Pero la realidad es que tenemos mejor documentación histórica a favor de Jesús que sobre el fundador de cualquier otra religión antigua.

Eso me tomó por sorpresa.

—¿En serio? —exclamé—. ¿Puede abundar sobre eso?

—Por ejemplo, aunque se cree que las Gâthâs de Zoroastro alrededor del año 1000 a.C. son auténticas, la mayoría de las escrituras zoroástricas recién se plasmaron por escrito en el siglo III d.C. La biografía parsi más popular de Zoroastro se escribió en el año 1278 d.C.

»Las escrituras de Buda, quien vivió en el siglo VI a.C. recién se escribieron después de la era cristiana y la primera biografía de Buda se escribió en el siglo I d.C. Aunque tenemos los dichos de

Mahoma, quien vivió del año 570 al 632 d.C., en el Corán, su biografía se escribió recién en el año 767, más de un siglo completo después de su muerte.

»Por lo tanto la situación de Jesús es única y muy notable en cuanto a lo mucho que se sabe acerca de él aparte del Nuevo Testamento.

Quería retomar el tema y resumir lo que habíamos recogido acerca de Jesús hasta el momento, de las fuentes no bíblicas.

—Vamos a suponer que no tenemos nada del Nuevo Testamento y de otros escritos cristianos —propuse—. Aun sin ellos, ¿qué conclusión podríamos sacar acerca de Jesús de las fuentes antiguas no cristianas como Josefo, el Talmud, Tácito, Plinio el Joven, y otras?

—Aún tendríamos una cantidad considerable de evidencia histórica importante; en realidad, nos daría una especie de bosquejo de la vida de Jesús— respondió.

Luego continuó con un dedo en alto para dar énfasis a cada punto.

—Sabríamos en primer lugar que Jesús era un maestro judío; en segundo lugar, que mucha gente creía que él realizaba sanidades y exorcismos; en tercer lugar, que algunos creían que él era el Mesías; en cuarto lugar, que fue rechazado por los líderes judíos; en quinto lugar, que fue crucificado bajo órdenes de Poncio Pilato en el reino de Tiberio; en sexto lugar, que a pesar de su muerte deshonrosa, sus seguidores, que creían que él estaba vivo, se esparcieron más allá de Palestina al punto de que había multitudes de ellos en Roma alrededor del año 64 d.C.; y en séptimo lugar, que todo tipo de gente, de la ciudad y del campo, hombres y mujeres, esclavos y libres, lo adoraban como Dios.

En realidad era un caudal impresionante de corroboración independiente. Y no solo se puede reconstruir el perfil de la vida de Jesús fuera de la Biblia sino que hay mucho más que se puede recoger acerca de él en materiales tan antiguos que en realidad preceden a los mismos Evangelios.

CORROBORACIÓN DE LOS PRIMEROS DETALLES

El apóstol Pablo no conoció a Jesús antes de la muerte de Jesús, pero dijo que él sí se encontró con el Cristo resucitado y luego consultó con algunos de los testigos oculares para asegurarse de

que estaba predicando el mismo mensaje que ellos. Debido a que comenzó a escribir las cartas del Nuevo Testamento años antes de que se escribieran los Evangelios, estas contienen relatos bien tempranos acerca de Jesús; tan tempranos que nadie puede afirmar con credibilidad que habían sido seriamente distorsionados por el desarrollo legendario.

—Luke Timothy Johnson, el erudito de Emory University, contiende que las cartas de Pablo "representan una valiosa verificación externa" de la "antigüedad y ubicuidad" de las tradiciones acerca de Jesús —le dije a Yamauchi—. ¿Usted concuerda con él?

Habíamos estado hablando largo rato. Yamauchi se puso de pie brevemente para estirar las piernas y se volvió a sentar. —No hay duda de que los escritos de Pablo son los primeros del Nuevo Testamento —comentó—, y de que tienen referencias significativas a la vida de Jesús.

—¿Podría puntualizarlas? —le pedí.

—Bien, él hace referencia a que Jesús era descendiente de David, que era el Mesías, que fue traicionado, que fue juzgado, crucificado por nuestros pecados y sepultado y que al tercer día resucitó y que fue visto por muchos; entre ellos Santiago, el hermano de Jesús, quien no había creído en él antes de su crucifixión.

»También es interesante que Pablo no menciona algunas de las cosas que son sumamente significativas en los Evangelios; por ejemplo, las parábolas y los milagros de Jesús, sino que se concentra en la muerte propiciatoria de Jesús y su resurrección. Para Pablo, estos eran los aspectos más importantes acerca de Jesús; y por cierto transformaron a Pablo, el perseguidor de cristianos en el principal misionero cristiano, quien estaba dispuesto a pasar por toda clase de sacrificios y privaciones por causa de su fe.

»Pablo también corrobora algunos aspectos importantes del carácter de Jesús: su humildad, su obediencia, su amor por los pecadores y demás. Insta a los cristianos a tener la mente de Cristo en el segundo capítulo de Filipenses. Este es un pasaje famoso en el que Pablo probablemente está citando las palabras de un antiguo himno cristiano sobre la humillación de Cristo, quien siendo igual a Dios tomó la naturaleza de un hombre, de un siervo, y sufrió el castigo extremo, la crucifixión. Por lo tanto, las cartas de Pablo son testigos importantes de la deidad de Cristo; llama a Jesús "el Hijo de Dios" y "la imagen de Dios".

Lo interrumpí para acotar:

—El hecho de que Pablo, quien venía de un trasfondo judío monoteísta, adorara a Jesús como Dios es sumamente significativo, ¿no?

—Sí —afirmó—, y socava una teoría popular de que la deidad de Cristo se incorporó después al cristianismo por obra de los gentiles. Simplemente no es así. Incluso Pablo en esta fecha tan temprana adoraba a Jesús como Dios.

»Debo decir que toda esta corroboración por parte de Pablo es de suma importancia. Y también tenemos otras cartas tempranas por parte de Santiago y Pedro, testigos oculares. Santiago, por ejemplo, recuerda el Sermón del Monte de Jesús.

RESUCITÓ DE LOS MUERTOS VERDADERAMENTE

También contamos con volúmenes de escritos de los "padres apostólicos", quienes fueron los primeros cristianos en escribir después de Nuevo Testamento. Escribieron la Epístola de Clemente de Roma, las Epístolas de Ignacio, la Epístola de Policarpo, la Epístola de Bernabé, y otras. En muchos pasajes, estos escritos atestiguan los hechos esenciales acerca de Jesús, en particular sus enseñanzas, su crucifixión, su resurrección y su naturaleza divina.

—¿Cuál de estos escritos considera usted el más significativo? —le pregunté.

Yamauchi consideró la pregunta. Si bien no nombró el que a su parecer era el más significativo, sí citó las siete cartas de Ignacio como parte de los escritos más importantes de los padres apostólicos. Ignacio, el obispo de Antioquía en Siria fue martirizado durante el reino de Trajano antes del año 117 d.C.

—Lo significativo acerca de Ignacio —explicó Yamauchi—, es que hizo énfasis tanto en la deidad de Cristo como en su humanidad, en contraposición a la herejía docetista, que negaba que Jesús hubiera sido humano en realidad. También enfatizó el apuntalamiento histórico del cristianismo; escribió en una carta, camino a su ejecución, que Jesús fue en verdad perseguido bajo el gobierno de Pilato, fue crucificado en verdad, resucitó en ver-

dad de los muertos y que aquellos que creen en él resucitarán también. [14]

Reúna todo esto: Josefo, los historiadores y las autoridades romanas, los escritos judíos, las cartas de Pablo y de los padres apostólicos, y tendrá evidencia persuasiva que corrobora los puntos esenciales que se hallan en las biografías de Jesús. Incluso si desecharas todas las últimas reproducciones de los Evangelios, aún tendría un retrato de Jesús que es sumamente preciso, en realidad, es un retrato del único Hijo de Dios.

Me puse de pie y le agradecí a Yamauchi por dedicarme su tiempo y su pericia.

—Sé que hay mucho más de lo que pudiéramos hablar ya que se escribieron libros completos sobre este asunto —le dije—. Pero antes de terminar quiero hacerle una última pregunta. Una pregunta personal si no le molesta.

—No hay problema —contestó el profesor y se puso de pie.

Miré su oficina modesta, llena hasta el tope de libros y manuscritos, registros y diarios, discos de computadora y papeles, producto de toda una vida de investigación sobre un mundo de antaño.

—Usted pasó cuarenta años estudiando historia antigua y arqueología —le dije—. ¿Cuál fue el resultado en su vida espiritual? ¿Sus estudios alentaron o debilitaron su fe en Jesucristo?

Miró al piso por un momento y luego alzó la vista y me miró directo a los ojos. Dijo con voz firme pero sincera:

—No hay duda... mis estudios han fortalecido y enriquecido en gran manera mi vida espiritual. Me dieron una mejor comprensión de la cultura y del contexto histórico de los hechos.

»Eso no quiere decir que no reconozco que quedan algunas cuestiones pendientes; en esta vida no tendremos un conocimiento completo. Sin embargo estas cuestiones ni siquiera socavan mi fe en la credibilidad esencial de los Evangelios y del resto del Nuevo Testamento.

»Creo que las explicaciones alternativas, que tratan de dar cuenta de la propagación del cristianismo mediante razones sociológicas o sicológicas, son muy débiles —dijo negando con la cabeza—. Muy débiles.

Luego agregó:

—Para mí, la evidencia histórica ha reforzado mi compromiso con Jesucristo, el Hijo de Dios, quien nos ama y murió por nosotros y resucitó de los muertos. Es así de sencillo.

LA VERDAD QUE NOS HACE LIBRES

Al salir del edificio de Yamauchi y encontrarme con un mar de estudiantes que iban de un lado a otro para llegar a sus clases, medité en lo satisfactorio que había sido mi viaje al pequeño Oxford, Ohio. Vine en busca de corroboración a favor de Jesús y regresaba con una reserva rica de material que afirmaba cada aspecto clave de su vida, sus milagros, su deidad y su victoria sobre la muerte.

Sabía que nuestra breve conversación solo había tocado la superficie. Llevaba bajo el brazo *The Veredict of History* [El veredicto de la historia], el cual había releído en preparación para mi entrevista. En él, el historiador Gary Habermas detalla un total de treinta y nueve fuentes antiguas que documentan la vida de Jesús, de las cuales enumera más de cien hechos asentados con respecto a la vida, las enseñanzas, la crucifixión y la resurrección de Jesús. [15]

Es más, veinticuatro de las fuentes que cita Habermas, incluidas siete fuentes seculares y varios de los credos primitivos de la iglesia, tratan en forma específica la naturaleza divina de Jesús. «Estos credos revelan que la iglesia no enseñó simplemente la deidad de Jesucristo después de una generación, como a menudo se oye repetir en la teología contemporánea, porque esta doctrina está definidamente presente en verdad en la iglesia primitiva», escribe Habermas. Su conclusión: «La mejor explicación para estos credos es que representan adecuadamente las propias enseñanzas de Jesús.» [16]

Es una corroboración sorprendente a favor de la aseveración más importante de la persona más influyente que jamás haya existido.

Subí el cierre de mi abrigo de camino a mi auto. Mirando hacia atrás una vez más, vi el sol de octubre que iluminaba la inscripción en piedra que había notado cuando llegué a la sede de esta universidad totalmente secular: « Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres».

Deliberaciones

Preguntas para reflexión personal o para grupos de estudio

1. ¿Hubo algún incidente en tu vida en el cual dudaste de la versión de una persona hasta que te ofreció algún tipo de evidencia corroborativa? ¿De qué forma se asemeja esa experiencia a leer sobre el tipo de evidencia corroborativa que presentó Yamauchi?
2. ¿Cuál consideras la corroboración más persuasiva de las que mencionó Yamauchi? ¿Por qué?
3. Las fuentes antiguas indican que los cristianos se aferraban a sus creencias en vez de negarlas al enfrentarse con la tortura. ¿Por qué crees que tenían convicciones tan arraigadas?

Más pruebas

Más recursos sobre este tema

Bruce, F.F., *Jesus and Christian Origins outside the New Testament* [Jesús y los orígenes del cristianismo fuera del Nuevo Testamento], Eerdmans, Grand Rapids, 1974.

Habermas, Gary, *The Historical Jesus* [El Jesús Histórico], College Press, Joplin, MO, 1996.

McDowell, Josh y Bill Wilson, *He Walked Among Us* [Caminó entre nosotros], Nelson, Nashville, 1994.



LA EVIDENCIA CIENTÍFICA

¿La arqueología confirma o contradice las biografías de Jesús?

Había un toque surrealista en mi almuerzo con el Dr. Jeffrey MacDonald. Allí estaba, comiendo indiferentemente un sándwich de atún y papas fritas en el salón de conferencias de un tribunal de Carolina del Norte, haciendo comentarios animados y en general pasando un buen tiempo. En una sala cercana, el jurado se estaba tomando un descanso luego de escuchar el testimonio horripilante de que MacDonald había asesinado brutalmente a su esposa y a sus dos hijas pequeñas.

Mientras terminábamos la comida, no pude evitar hacerle unas preguntas obvias a MacDonald.

—¿Cómo puede simular que no pasa nada? —le dije con voz asombrada e indignada a la vez—. ¿No está siquiera un poquito preocupado de que el jurado lo declare culpable?

MacDonald apuntó con su sándwich a medio comer hacia la sala del jurado.

—¿Ellos? —dijo mientras se reía entre dientes—. ¡Nunca me van a condenar!

Luego, quizás al darse cuenta de lo cínicas que sonaban sus palabras, agregó enseguida:

—Soy inocente, ¿sabe?

Esa fue la última vez que lo oí reírse. Pocos días después, el ex boina verde y médico de emergencias fue declarado culpable de asesinar a puñaladas a su esposa, Colette, y a sus hijas, Kimberly, de cinco años, y Kristen, de dos. Lo condenaron a cadena perpetua y se lo llevaron esposado.

MacDonald, cuya historia fue relatada en forma magistral por Joe McGinniss en su famoso libro y en la película de televisión *Fatal Vision* [Visión Fatal], era tan arrogante que pensaba que su coartada lo ayudaría a quedar impune.

Les había dicho a los investigadores que él se encontraba dormido en el sillón cuando unos hippies drogados lo despertaron en medio de la noche. Dijo que luchó con ellos pero resultó apuñalado y quedó inconsciente. Cuando se despertó, encontró a su familia masacrada.

Los detectives fueron escépticos desde el principio. La sala presentaba pocos indicios de una lucha de vida o muerte. Las heridas de MacDonald eran superficiales. Aunque tenía problemas de vista, de alguna manera se las arregló para dar una descripción detallada de los atacantes aunque no tenía los espejuelos puestos entonces.

Sin embargo, el escepticismo por sí solo no logra una condena; se requiere evidencia concreta. En la causa de MacDonald, los detectives contaron con evidencia científica para desenmarañar su red de mentiras y condenarlo por las muertes.

Hay un amplio espectro de evidencia científica que se utiliza generalmente en los juicios, desde el análisis del ADN y antropología forense, hasta toxicología. En la causa de MacDonald fue la serología (evidencia sanguínea) y la evidencia de rastros lo que lo mandó a la penitenciaría.

Por una coincidencia extraordinaria (y fortuita, para los fiscales), cada miembro de la familia de MacDonald tenía un tipo de sangre distinto. Mediante el análisis de dónde se encontraron las manchas de sangre, los investigadores pudieron reconstruir la secuencia de los hechos esa noche mortal; y contradecían en forma directa la versión de MacDonald de lo sucedido.

El estudio científico de minúsculas fibras de un pijama azul, que se encontraron desparramadas en varios lugares, también refutó su coartada. Y el análisis microscópico demostró que los tajos en su pijama no podrían haberse hecho, según dijo, con un punzón para romper hielo en mano de uno de los intrusos. En breve, fueron los peritos del FBI vestidos con batas blancas quienes estuvieron detrás de la condena de MacDonald.[1]

La evidencia científica puede hacer también contribuciones importantes a la cuestión que nos ocupa: si los relatos acerca de

Jesús del Nuevo Testamento son precisos. Mientras que la serología y la toxicología no pueden arrojar luz sobre el asunto, otra categoría de prueba científica, la disciplina de la arqueología, tiene gran valor en cuanto a la confiabilidad de los Evangelios.

A veces llamada, el estudio de la basura perdurable, la arqueología involucra el descubrimiento de artefactos, la arquitectura, el arte, las monedas, los monumentos, y otros restos de culturas antiguas. Los expertos estudian estas reliquias para comprender cómo era la vida en el tiempo en que Jesús caminaba por los caminos polvorientos de la antigua Palestina.

Cientos de hallazgos arqueológicos del siglo primero se han desenterrado y yo tenía curiosidad por saber: ¿socavan o apoyan las historias de los testigos oculares acerca de Jesús? Al mismo tiempo, mi curiosidad estaba templada por el escepticismo. He oído las alegaciones exorbitantes de muchos cristianos de que la arqueología puede demostrar mucho más de lo que en realidad puede. No me interesaba escuchar más de lo mismo.

Así que salí en busca de una autoridad reconocida en la materia, que excavó en persona parte de las ruinas del Medio Oriente, y que cuenta con un conocimiento enciclopédico de los hallazgos de la antigüedad, y que además posee la suficiente restricción científica como para reconocer los límites de la arqueología y al mismo tiempo explicar cómo puede iluminar la vida en el siglo primero.

LA CUARTA ENTREVISTA: DR. JOHN MCRAY

Cuando los eruditos y los alumnos estudian arqueología, muchos toman el libro de texto profundo y desapasionado de cuatrocientas treinta y dos páginas escrito por John McRay, *Archaeology and the New Testament* [La arqueología y el Nuevo Testamento]. Cuando la cadena de televisión Arts and Entertainment quiso asegurarse de la exactitud de su programa *Mysteries of the Bible* [Los misterios de la Biblia] también llamaron a McRay. Y cuando *National Geographic* necesitaba un científico que pudiera explicar los detalles intrincados del mundo bíblico, sonó de nuevo el teléfono en la oficina de McRay en el respetado Wheaton College en las afueras de Chicago.

Luego de estudiar en Hebrew University, en la École Biblique et Archéologique Française en Jerusalén, en la Facultad de Divinidades de la Universidad de Vanderbilt, y en la Universidad de Chicago (donde obtuvo su doctorado en 1967), McRay se desempeñó como profesor del Nuevo Testamento y arqueología en Wheaton durante más de quince años. Sus artículos aparecieron en diecisiete enciclopedias y diccionarios, su investigación fue publicada en el *Bulletin of the Near East Archaeology Society* [Boletín de la Sociedad Arqueológica del Cercano Oriente] y otras publicaciones académicas, y presentó veintinueve ponencias en sociedades profesionales.

McRay es ex investigador adjunto y miembro de la junta del W.F. Albright Institute of Archaeological Research en Jerusalén; ex miembro de la junta de American Schools of Oriental Research; miembro actual de la junta de Near East Archaeological Society; y miembro de las juntas editoriales de *Archaeology in the Biblical World* [Arqueología en el mundo bíblico] y del *Bulletin for Biblical Research* [Boletín de Investigación Bíblica], que publica el Institute for Biblical Research.

Si bien McRay disfruta escribir y enseñar sobre el mundo antiguo, atesora cualquier oportunidad de explorar en persona las excavaciones arqueológicas. Supervisó los equipos de excavaciones en Cesarea, Séforis y Herodium [Herodio], todas en Israel, durante ocho años. Estudió los sitios arqueológicos romanos en Inglaterra y Gales, analizó excavaciones en Grecia, y recorrió gran parte de los viajes del apóstol Pablo.

A los sesenta y seis años, el cabello de McRay se está tornando plateado y sus espejuelos se han vuelto más gruesos pero todavía exuda un aire de aventura. Sobre el escritorio de su oficina (y por cierto, también por encima de su cama) hay una fotografía horizontal detallada de Jerusalén. «Vivo bajo su sombra», subrayó con un dejo de nostalgia en la voz, mientras señalaba la ubicación específica de unas excavaciones y sus hallazgos de importancia.

Su oficina cuenta con un sillón cómodo de esos que se encuentran en la galería de una casa de campo. Me acomodé en él mientras McRay, con vestimenta informal de camisa de cuello abierto y chaqueta deportiva que se veía gastada con ganas, se reclinó en la silla de su escritorio.

Buscando probar si exageraría la influencia de la arqueología, decidí empezar nuestra entrevista con la pregunta de qué es lo que no puede decirnos sobre la confiabilidad del Nuevo Testamento. Al fin y al cabo, tal como McRay observa en su libro, aun si la arqueología puede determinar que las ciudades de Medina y la Meca existieron en Arabia occidental durante los siglos VI y VII, eso no prueba que Mahoma vivió allí o que el Corán es verdad.

«La arqueología ha hecho algunas contribuciones importantes», expresó con el acento que adquirió de niño en el sudeste de Oklahoma, «pero en realidad no puede probar si el Nuevo Testamento es la Palabra de Dios. Si excavamos en Israel y encontramos lugares antiguos que son compatibles con la ubicación que da la Biblia, eso demuestra que su historia y su geografía son precisas. Sin embargo, eso no confirma que lo que Jesucristo dijo es verdad. Las verdades espirituales no se pueden probar o refutar mediante descubrimientos arqueológicos».

A modo de analogía, contó la historia de Heinrich Schliemann, quien buscó Troya con el objetivo de probar la precisión histórica de la Ilíada de Homero. «Sí encontró Troya», observó McRay con una sonrisa leve, «pero eso no prueba que la *Ilíada* es verdad. Simplemente es precisa en una referencia geográfica particular».

Una vez que marcamos algunos límites de lo que la arqueología no puede establecer, estaba ansioso por comenzar a explorar lo que nos puede decir sobre el Nuevo Testamento. Decidí lanzarme a este tema haciendo una observación que surgió de mi experiencia como periodista investigador con un trasfondo legal.

LA EXCAVACIÓN EN BUSCA DE LA VERDAD

Al tratar de determinar si un testigo es veraz, los periodistas y los abogados pondrán a prueba todos los elementos de su testimonio que pueden ser sometidos a prueba. Si esa investigación revela que la persona estaba equivocada en cuanto a esos detalles, arroja una sombra de duda considerable sobre la veracidad de la totalidad de su historia. Sin embargo, si los detalles se verifican, es un indicio (no una prueba concluyente sino cierta evidencia) de que el testigo es confiable en cuanto a la totalidad de su testimonio.

Por ejemplo, si un hombre habla de un viaje que hizo de San Luis a Chicago, y menciona que se detuvo en Springfield, Illinois, para ver la película *Titanic* en el Teatro Odeón, y que comió una barra Clark grande que compró en el puesto de comida; los investigadores pueden determinar si ese teatro existe en Springfield al igual que si estaba proyectando esa película en particular, y si vendía esa marca y tamaño de barra de caramelo específico al tiempo que él dijo que estuvo allí. Si sus hallazgos contradicen lo que afirmó la persona, su credibilidad queda manchada. Si los detalles se verifican, no quiere decir que todo su relato es verdad pero sí incrementa su reputación de ser preciso.

En cierto sentido, esto es lo que logra la arqueología. La premisa es que si se verifica que los detalles incidentales de un historiador antiguo son precisos vez tras vez, se incrementa nuestra confianza en otro material que el historiador escribió pero que no se puede verificar tan fácilmente.

Así que le pedía a McRay su opinión profesional.

—¿La arqueología afirma o socava el Nuevo Testamento cuando investiga los detalles de esos relatos?

McRay respondió de inmediato.

—¡Ah! No hay duda de que se incrementa la credibilidad del Nuevo Testamento —señaló—, al igual que la credibilidad de cualquier otro documento antiguo aumenta cuando uno excava y descubre que el autor fue preciso al hablar de un lugar o de un hecho en particular.

Como ejemplo, mencionó sus propias excavaciones en Cesarea, en la costa de Israel, donde él y otros excavaron el puerto de Herodes el Grande.

—Por mucho tiempo se cuestionó la validez de una afirmación de Josefo, el historiador del siglo I, de que este puerto era tan grande como el de Pireo, el principal puerto de Atenas. Se pensó que Josefo estaba equivocado porque cuando se ven las piedras que emergen a la superficie del agua en el puerto actual, no es muy grande.

»Sin embargo, cuando comenzamos la excavación bajo el agua, descubrimos que el puerto se extendía bastante dentro del agua por debajo de la tierra, que se había derrumbado y que su dimensión total era verdaderamente comparable con el puerto de Pireo. Así que resultó que Josefo tenía razón al fin y al cabo. Esto

constituye otro poquito de evidencia de que Josefo sabía lo que estaba escribiendo.

—¿Y qué de los escritores del Nuevo Testamento? ¿Sabían en verdad lo que estaban escribiendo? —quería poner esa cuestión a prueba en mi próxima serie de preguntas.

LA EXACTITUD DE LUCAS COMO HISTORIADOR

Lucas, el médico e historiador, escribió tanto el Evangelio que lleva su nombre como el libro de los Hechos, los cuales constituyen un cuarto del Nuevo Testamento completo. En consecuencia, un aspecto crucial es si Lucas era un historiador en el que se podía confiar que recopilaría datos correctos.

—Cuando los arqueólogos verifican los detalles de lo que escribió, ¿se encuentran con que era meticuloso o descuidado? —pregunté.

—El consenso de los eruditos liberales y conservadores es que Lucas es muy preciso como historiador —respondió McRay—. Es erudito, es elocuente, su griego se aproxima a la calidad clásica, escribe como un hombre educado, y los descubrimientos arqueológicos demuestran una y otra vez que Lucas es preciso en lo que tiene que decir.

Es más, agregó, hubo varios casos, similares a la historia del puerto, en los que los eruditos en principio pensaron que Lucas estaba equivocado en una referencia particular y se encontraron con que los descubrimientos posteriores confirmaron que lo que escribió era correcto.

Por ejemplo: en Lucas 3:1 hace referencia a Lisanias como tetrarca de Abilene alrededor del año 27 d.C. Durante años los eruditos marcaron eso como evidencia de que Lucas no sabía lo que estaba diciendo dado que todo el mundo sabía que Lisanias no era un tetrarca sino un gobernador de Calcis medio siglo después. Sugirieron que si Lucas se equivoca en un hecho básico, no se puede confiar en nada de lo que escribió.

Y allí entró la arqueología en escena.

—Se encontró una inscripción del tiempo de Tiberio, del 14 al 37 a.C., en la cual nombra a Lisanias como tetrarca en Abilá, cerca de Damasco, tal como Lucas había escrito —explicó McRay—. ¡Resultó que hubo dos autoridades del gobierno lla-

madas Lisanias! Una vez más se demostró que Lucas estaba exactamente en lo cierto.

Otro ejemplo es la referencia de Lucas en Hechos 17:6 a «poliarcas» que se traduce como «autoridades de la ciudad» en la NVI, en la ciudad de Tesalónica.

—Por mucho tiempo se pensó que Lucas estaba equivocado porque no se había encontrado evidencia del término "poliarca" en ningún documento romano antiguo —dijo McRay.

»Sin embargo, una inscripción en un arco del siglo I que se encontró después comienza con: "En el tiempo de los poliarcas..." Uno puede ir al Museo Británico y verlo por uno mismo. Entonces, he aquí, los arqueólogos descubren más de treinta y cinco inscripciones que mencionan a los poliarcas, varias de ellas en Tesalónica del mismo período al que Lucas hacía referencia. Una vez más los críticos resultaron equivocados y se demostró que Lucas estaba en lo cierto.

Surgió una objeción en mi mente.

—Sí, pero en su Evangelio, Lucas dice que Jesús estaba *entrando* a Jericó cuando sanó al ciego Bartimeo, mientras que Marcos dice que estaba *saliendo* de Jericó.[2] ¿Acaso no es una contradicción clara que arroja duda sobre la credibilidad del Nuevo Testamento?

McRay no se vio molesto por mi pregunta tan directa.

—Para nada —fue su respuesta.

»Solo aparenta ser una contradicción porque usted está pensando en términos contemporáneos, en que las ciudades se construyen y quedan fijas. Sin embargo, esa no era necesariamente la situación tiempo atrás.

»Jericó estuvo por lo menos en cuatro lugares distintos casi un cuarto de milla entre ellos en tiempos antiguos. La ciudad fue destruida y reconstruida cerca de una fuente de agua distinta o de un nuevo camino o más cerca de una montaña o lo que fuere. La verdad es que uno puede estar saliendo de uno de los lugares donde existía Jericó y entrando a otro, como saliendo de una parte del suburbio de Chicago a otra parte del suburbio de Chicago.

—¿Lo que me está diciendo es que tanto Lucas como Marcos pueden estar en lo cierto? —le pregunté.

—Exacto. Jesús podría haber salido de un área de Jericó y haber entrado a otra al mismo tiempo.

Una vez más la arqueología había respondido otro ataque a Lucas. Y dada la gran porción del Nuevo Testamento que él escribió, es sumamente significativo que Lucas ha sido establecido como un historiador escrupuloso y preciso, incluso en los mínimos detalles. Un arqueólogo prominente examinó con cuidado las referencias de Lucas a treinta y dos países, cincuenta y cuatro ciudades y nueve islas y no encontró ni un solo error.[3]

La base es esta: «Si Lucas fue tan preciso y esmerado en su recuento histórico», observa un libro sobre el tema, «¿sobre qué base lógica podemos suponer que fuera crédulo o impreciso en su recuento de asuntos que eran de mayor importancia, no solo para él sino para otros también?»

Asuntos, por ejemplo, como la resurrección de Jesús, la evidencia más fuerte de su deidad, la cual según Lucas quedó firmemente corroborada mediante «muchas pruebas convincentes» (Hechos 1:3).

LA CONFIABILIDAD DE JUAN Y MARCOS

La arqueología puede respaldar la credibilidad de Lucas pero él no es el único autor del Nuevo Testamento. Me preguntaba qué dirían los científicos acerca de Juan, cuyo Evangelio ciertas veces fue considerado sospechoso porque hablaba de lugares que no podían corroborarse. Algunos eruditos recusaron de que dado que falló al asentar correctamente esos detalles básicos, Juan no debe haber sido preciso en cuanto a los hechos de la vida de Jesús.

Sin embargo, esa conclusión se ha virado en años recientes.

—Ha habido varios descubrimientos que demuestran que Juan era preciso —señaló McRay—. Por ejemplo, Juan 4:1-15 registra cómo Jesús sanó a un inválido en el estanque de Betesda. Juan menciona el detalle de que el estanque tenía cinco pórticos. Por mucho tiempo se citó esta mención como un ejemplo de que Juan era impreciso, porque no se había encontrado tal lugar.

»Sin embargo, en tiempos recientes se ha excavado el estanque de Betesda (yace alrededor de trece metros bajo tierra) y por cierto, se hallaron cinco pórticos, es decir, galerías o portales con columnas, exactamente como Juan los describió. Y también hay otros descubrimientos: el estanque de Siloé en Juan 9:7, el pozo de Jacob en Juan 4:12, la posible ubicación de El Empedrado cerca de la puerta de Jafa donde Jesús compareció ante

Pilato en Juan 19:13, incluso la identidad de Pilato; todo ello le confiere credibilidad histórica al Evangelio de Juan.

—Entonces esto desafía la aseveración de que el Evangelio de Juan se escribió tanto tiempo después de Jesús que no puede ser preciso —observé.

—Por supuesto —respondió.

Es más, McRay reiteró lo que el Dr. Bruce Metzger me habló acerca de unos arqueólogos que encontraron un fragmento de una copia de Juan 18, que según los principales papirólogos data del año 127 d.C. aproximadamente. Al demostrar que los textos de Juan existían desde época tan temprana y en lugares tan remotos como Egipto, la arqueología desarmó con eficacia toda especulación de que Juan se compuso recién bien entrado el siglo II, demasiado tiempo después de la vida de Jesús como para ser confiable.

Otros eruditos han atacado el Evangelio de Marcos, que en general se considera el primer relato que se escribió de la vida de Jesús. El ateo Michael Martin acusa a Marcos de ser ignorante de la geografía palestina, lo que según él demuestra que no pudo haber vivido en esa región en tiempos de Jesús. En forma específica cita Marcos 7:31: «Luego regresó Jesús de la región de Tiro y se dirigió por Sidón al mar de Galilea, internándose en la región de Decápolis.»

—Se ha señalado —dijo Martin—, que dadas estas instrucciones, Jesús habría viajado *alejándose* del mar de Galilea.[5]

Cuando le presenté la crítica de Martin a McRay, frunció el ceño y se sumergió en un torbellino de actividad: tomó una versión griega de Marcos de su repisa, sacó libros de referencia, y desplegó mapas grandes de la Palestina antigua.

—Lo que estos críticos parecen creer es que Jesús se sube a su auto y sale disparado por una carretera interestatal, pero es evidente que eso no fue lo que hizo —observó.

Al leer el texto en el idioma original, teniendo en cuenta el terreno montañoso y los caminos probables de la región, y considerando la forma indeterminada en que se nombraba a «Decápolis» para referirse a una confederación de diez ciudades que variaba de tiempo en tiempo; McRay trazó en el mapa una ruta lógica que respondía con precisión a la descripción de Marcos.

—Cuando se pone todo dentro del contexto apropiado —concluyó—, no hay problema con el relato de Marcos.

De nuevo, el conocimiento arqueológico había ayudado a explicar lo que parecía a primera vista un escollo en el Nuevo Testamento. Le hice una pregunta amplia sobre eso a McRay: si alguna vez se había encontrado con un hallazgo arqueológico que contradijera en forma patente una referencia del Nuevo Testamento.

—La arqueología no ha revelado nada que en forma inequívoca contradiga a la Biblia —respondió con confianza moviendo la cabeza—. Al contrario, como hemos visto, ha habido muchas opiniones de eruditos escépticos que con el paso de los años se asentaron como "hechos" pero que la arqueología demostró que eran incorrectas.

Aun así, había algunos asuntos que tenía que resolver. Tomé mis notas y me preparé para desafiar a McRay con tres enigmas viejos que a mi parecer la arqueología tendría cierta dificultad para explicar.

ENIGMA NÚMERO 1: EL CENSO

Los relatos del nacimiento de Jesús dicen que María y José tuvieron que regresar al pueblo de nacimiento de José, Belén, debido a un censo.

—Permítame ser directo: esto parece absurdo —le dije—. ¿Cómo puede el gobierno obligar a todos sus ciudadanos a regresar a su lugar de nacimiento? ¿Hay algún tipo de evidencia arqueológica de que este tipo de censo se llevó a cabo?

McRay tomó una copia de su libro con calma.

—En realidad, el descubrimiento de formularios de censos antiguos arrojó algo de luz sobre esta práctica —afirmó mientras pasaba las hojas. Cuando encontró la referencia que buscaba, citó textualmente un edicto oficial del gobierno fechado en el año 104 d.C:

> Gayo Vibio Máximo, prefecto de Egipto [dice]: visto que el tiempo ha llegado para el censo casa por casa, es necesario obligar a aquellos que por alguna causa están viviendo fuera de sus provincias a *regresar a sus propios hogares*, de manera que cumplan la orden regular del censo y también atiendan con diligencia el cultivo de sus lotes.[6]

—Como puede ver —dijo mientras cerraba el libro—, esa práctica se confirma mediante este documento, aunque esta forma particular de contar gente a usted le parezca extraña. Y otro papiro, este del año 48 d.C., indica que la familia entera estaba involucrada en el censo.

Sin embargo, eso no daba por terminado el asunto del todo. Lucas dijo que el censo que llevó a José y a María a Belén se realizó cuando Cirenio gobernaba en Siria y durante el reino de Herodes el Grande.

—Esto presenta un problema importante —señalé—, porque Herodes murió en el año 4 a.C. y Cirenio no comenzó a gobernar Siria sino hasta el año 6 d.C. y llevó a cabo el censo poco tiempo después. Hay una brecha muy grande; ¿cómo puede tratar esta discrepancia seria en las fechas?

McRay sabía que yo estaba tocando un tema que los arqueólogos han discutido por años. Respondió lo siguiente:

—Un arqueólogo prominente llamado Jerry Vardaman ha trabajado mucho en este tema. Encontró una moneda con el nombre de Cirenio en letra muy pequeña, o lo que llamamos letras "micrográficas". Esto lo sitúa como procónsul de Siria y Sicilia del año 11 a.C. hasta después de la muerte de Herodes.

Estaba confundido.

—¿Y eso qué significa? —pregunté.

—Significa que aparentemente había dos Cirenios —respondió—. No es extraño tener muchas personas con los mismos nombres Romanos, por lo tanto, no hay razón para dudar que hubo dos personas con el nombre de Cirenio. El censo debe haberse realizado bajo el mandato del primer Cirenio. Dado que el ciclo de censo era cada catorce años, esto saldría muy bien.

Me sonó algo especulativo, pero antes que empantanar la conversación decidí archivar mentalmente la cuestión para un mayor análisis después.

Cuando investigué más, descubrí que Sir William Ramsay, el fallecido arqueólogo y profesor de las universidades de Oxford y Cambridge en Inglaterra, había enunciado una teoría similar. De varias inscripciones llegó a la conclusión de que si bien hubo un solo Cirenio, este gobernó Siria en dos ocasiones distintas, lo cual cubriría el período de tiempo del primer censo.[7]

Otros eruditos han observado que el texto de Lucas puede traducirse: «Este primer censo se efectuó *antes* de que Cirenio gobernara Siria», lo cual también resolvería el problema.[8]

La cuestión no quedó tan puntualizada como me hubiera gustado. Sin embargo, tuve que admitir que McRay y otros habían ofrecido explicaciones plausibles. Con confianza pude llegar a la conclusión de que se efectuaban censos en el período del nacimiento de Jesús y de que hay evidencia de que se requería que la gente volviera a su lugar de origen; ¡lo que todavía me parece extraño!

ENIGMA NÚMERO 2: LA EXISTENCIA DE NAZARET

Muchos cristianos no están al tanto de que los escépticos han afirmado por mucho tiempo que Nazaret nunca existió en el tiempo en que el Nuevo Testamento dice que Jesús pasó su niñez allí.

En un artículo titulado «Donde Jesús nunca caminó», el ateo Frank Zindler observó que Nazaret no se menciona en el Antiguo Testamento, ni tampoco en los escritos del apóstol Pablo, ni en el Talmud (aunque se citan otros sesenta y tres pueblos de Galilea), ni en los escritos de Josefo (quien nombra otros cuarenta y cinco pueblos y ciudades de Galilea, incluyendo Jafa, que se encontraba a una milla al norte del Nazaret actual). Ningún historiador o geógrafo antiguo menciona Nazaret antes del siglo IV. El nombre aparece por primera vez en la literatura judía en un poema escrito alrededor del siglo séptimo d.C.[10]

La ausencia de pruebas pinta un cuadro sospechoso. Entonces le presenté el asunto a McRay en forma directa:

—¿Hay alguna confirmación arqueológica de que Nazaret existía durante el siglo primero?

El asunto no era nuevo para McRay.

—El Dr. James Strange de University of South Florida es un experto en la materia y describe Nazaret como un lugar pequeño, de unos sesenta acres, con una población máxima de cuatrocientos ochenta aproximadamente a principios de siglo —respondió McRay.

Sin embargo, esa era una conclusión; yo quería evidencia.

—¿Él cómo lo sabe? —pregunté.

—Bien, Strange observa que cuando cayó Jerusalén en el año 70 d.C., los sacerdotes no se necesitaban en el templo porque había sido destruido, por lo tanto, se les envió a varios lugares, incluso a Galilea. Los arqueólogos encontraron una lista en arameo que describía los veinticuatro "cursos", o familias, de sacerdotes que fueron reubicados, y uno de ellos figura haber sido enviado a Nazaret. Eso demuestra que este pequeño pueblito debe haber estado allí todo el tiempo.

Además, dijo que hay excavaciones arqueológicas que descubrieron tumbas del siglo I en los alrededores de Nazaret, lo cual establecería los límites del pueblo porque según las leyes judías los entierros debían hacerse fuera del propio pueblo. Dos tumbas contenían objetos tales como lámparas de barro, vasijas de vidrio y jarrones de los siglos I, III y IV.

McRay tomó un ejemplar de un libro escrito por el reconocido arqueólogo Jack Finegan, publicado por Princeton University Press. Lo hojeó y luego leyó el análisis de Finegan: «A partir de las tumbas... se puede concluir que Nazaret fue un asentamiento fuertemente judío en el período romano».[11]

McRay me miró.

—Ha habido debates sobre la ubicación de algunas ciudades del siglo I, tales como dónde está ubicada exactamente la tumba de Jesús, pero entre los arqueólogos en realidad nunca hubo mucha duda acerca de la ubicación de Nazaret. El peso de la prueba debe recaer en los que disputan su existencia.

Parecía razonable. Incluso el escéptico Ian Wilson, citando los restos del período pre cristiano que se encontraron en 1955, se las arregló para admitir que «tales hallazgos sugieren que Nazaret debe haber existido en tiempos de Jesús pero no hay duda de que debe haber sido un lugar pequeño e insignificante».[12]

Tan insignificante que la reflexión de Natanael en Juan 1:46 ahora tiene más sentido: «¡De Nazaret!», exclamó. «¿Acaso de allí puede salir algo bueno?»

ENIGMA NÚMERO 3: MATANZA EN BELÉN

El Evangelio de Mateo pinta una escena aterradora: Herodes el Grande, rey de Judea, al sentirse amenazado por el nacimiento de un niño que temía le quitara su trono, envía tropas a asesinar a todos los niños menores de dos años de Belén. Sin embargo, advertido por un ángel, José escapa a Egipto con María y Jesús. Solo regresan después de la muerte de Herodes y se instalan en Nazaret, se cumplen así en la historia completa tres profecías antiguas sobre el Mesías. (Véase Mateo 2:13-23.)

El problema: no hay confirmación independiente de que esta matanza masiva ocurriera. No hay nada en los escritos de Josefo ni de otros historiadores. No hay apoyo arqueológico. No hay registros ni documentos.

—Con seguridad un acontecimiento de tal magnitud tendría que haber llamado la atención de alguien más, aparte de Mateo —insistí—. Con la ausencia total de corroboración histórica o arqueológica, ¿no es lógico concluir que esta masacre nunca ocurrió?

—Veo por qué lo dice —respondió McRay—, ya que hoy día un suceso como ese probablemente saldría en la CNN y en el resto de los medios de comunicación.

Coincidí. En verdad, en 1997 y 1998 hubo una serie de noticias sobre extremistas musulmanes que en repetidas oportunidades realizaban redadas tipo comando y destruían prácticamente pueblos completos, incluyendo mujeres y niños, en Argelia. El mundo entero estaba al tanto.

—Sin embargo —agregó McRay—, tiene que situarse nuevamente en el siglo I y tener ciertas cosas en mente. En primer lugar, Belén es probable que no fuera mucho más grande que Nazaret, por lo tanto, ¿cuántos niños de esa edad pudo haber en ese pueblo de quinientos o seiscientos habitantes? Ni miles ni cientos, aunque unos pocos seguramente.

»En segundo lugar, Herodes el Grande era un rey sediento de sangre: mató a miembros de su propia familia; ejecutó a muchas personas que según él podrían desafiarlo. Entonces el hecho de que matara algunos niños en Belén no va a cautivar la atención del pueblo en el mundo romano.

»Y en tercer lugar, no había ni televisión, ni radio, ni diarios. Hubiera tardado mucho tiempo en correr la voz, especialmente de un pueblecito de montaña en el medio de la nada, y los historiadores tenían acontecimientos mayores sobre los cuales escribir.»

Como periodista, todavía me costaba asimilarlo.

—¿Entonces no era una gran noticia? —pregunté algo incrédulo.

—No creo que lo fuera, al menos no en esos tiempos —respondió—. Un loco que mata a todo aquel que parece ser una amenaza para él; eso era pan de todos los días para Herodes. Luego, por supuesto, con el desarrollo del cristianismo, este incidente cobró importancia pero me sorprendería que hubiera sido noticia en ese entonces.

Quizás fuera así, pero era difícil de imaginar para un periodista que está capacitado para detectar noticias en una era altamente tecnológica de comunicación rápida y mundial. Al mismo tiempo, tenía que admitir que de lo que yo sabía acerca del paisaje sangriento de la antigua Palestina, la explicación de McRay sí parecía razonable.

Esto dejó lugar para otra cuestión que quería indagar. Y para mí era la más fascinante de todas.

EL MISTERIO DE LOS ROLLOS DEL MAR MUERTO

Hay que reconocer que esto es una atracción para la arqueología. Tumbas antiguas, inscripciones enigmáticas talladas en piedra o trazadas en papiro, pedazos rotos de alfarería, monedas gastadas: son indicios tentadores para un investigador inveterado. Sin embargo, pocos vestigios del pasado han creado tanta intriga como los rollos de Mar Muerto, cientos de manuscritos que datan del 250 a.C. hasta el 68 d.C., que se encontraron en unas cuevas a veinte millas al este de Jerusalén en 1947. Parece que los escondieron integrantes de una secta judía estricta llamados los esenios antes de que los romanos destruyeran su comunidad.

Hubo ciertas aseveraciones extrañas en cuanto a los rollos, incluyendo el libro absurdo de John Marco Allegro en el que expone su teoría de que el cristianismo surgió de ¡un culto a la fertilidad cuyos adherentes se drogaban con hongos alucinógenos![13] En una afirmación más legítima pero de todos modos muy cuestionada, el experto en papiros Jose O'Callaghan dijo que un fragmento de un rollo del Mar Muerto es parte del primer manuscrito que se halló del Evangelio de Marcos, cuya fecha se remonta a no más de diecisiete o veinte años después de la crucifixión de Jesús. Sin embargo, muchos eruditos se mantienen escépticos de su interpretación.[14]

De cualquier modo, ninguna indagación en la arqueología del siglo I estaría completa sin la pregunta sobre los rollos.

—¿Nos dicen directamente algo acerca de Jesús? —le pregunté a McRay.

—Bueno, no. No se menciona a Jesús en forma específica en ninguno de los rollos —respondió—. Primeramente estos documentos nos dan conocimientos de la vida y las costumbres judías.

—Luego tomó unos papeles y señaló un artículo publicado a fines de 1997.

—Aunque hay un avance muy interesante en referencia a un manuscrito llamado 4Q521 que podría decirnos algo acerca de quién Jesús decía ser —agregó.

Eso me abrió el apetito.

—Cuénteme —dije con cierta urgencia en la voz.

McRay develó el misterio. El Evangelio de Mateo relata que Juan el Bautista, mientras estaba encarcelado, todavía tenía ciertas dudas acerca de la identidad de Jesús y envió a sus seguidores a hacerle a Jesús una pregunta monumental: «¿Eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro?» (Mateo 11.3). Él buscaba una respuesta directa de si Jesús era en realidad el Mesías tan esperado.

A través de los siglos, los cristianos se preguntaron por la respuesta algo enigmática de Jesús. En lugar de decir directamente sí o no, Jesús respondió: «Vayan y cuéntenle a Juan lo que ven y oyen: Los ciegos ven, los cojos andan, los que tienen lepra son sanados, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncian las buenas nuevas» (Mateo 11. 4-5).

La respuesta de Jesús era una alusión a Isaías 61. Sin embargo, por alguna razón Jesús incluyó la frase «los muertos resucitan», la cual es notorio que está ausente en el texto del Antiguo Testamento.

Aquí entra en juego el 4Q521. Este manuscrito no bíblico de la colección del Mar Muerto, escrito en hebreo, data de unos treinta años antes del nacimiento de Jesús. Contiene una versión de Isaías 61 que sí incluye la frase ausente: «Los muertos resucitan.»

—[El estudioso de papiros Craig] Evans observó que esta frase en 4Q521 está inmersa incuestionablemente en un contexto mesiánico —señaló McRay—. Se refiere a las maravillas que hará el Mesías cuando venga y cuando el cielo y la tierra le obedezcan. Por lo tanto, cuando Jesús le dio esa respuesta a Juan, no era ambigua de ninguna manera. Juan habría reconocido en forma

instantánea sus palabras como una afirmación inequívoca de que Jesús era el Mesías.

McRay me pasó el artículo en el que Evans aparece citado con estas palabras: «4Q521 deja en claro que la apelación [de Jesús] a Isaías 61 es verdaderamente mesiánica. En esencia, Jesús le está diciendo a Juan a través de sus mensajeros que están sucediendo hechos mesiánicos. Por lo tanto, eso responde la pregunta [de Juan]: *Sí, él es el que ha de venir*».[15]

Me recliné en la silla. Para mí el descubrimiento de Evans era una confirmación notable de la identidad propia de Jesús. Me resultó estremecedor que la arqueología moderna pudiera por fin desentrañar lo significativo de una declaración en la que Jesús afirmó osadamente casi dos mil años atrás que él era en verdad el ungido de Dios.

«UN LIBRO DE CONSULTA NOTABLEMENTE PRECISO»

La repetida afirmación de la arqueología de la precisión del Nuevo Testamento provee una corroboración importante de su confiabilidad. Esto queda en fuerte contraste con lo devastadora que resultó ser la arqueología para el mormonismo.

Aunque Joseph Smith, fundador de la iglesia mormona, dijo que su *Libro del Mormón* es «el libro más correcto sobre la tierra»,[16] la arqueología fracasó repetidas veces en su intento por respaldar sus afirmaciones acerca de hechos que supuestamente ocurrieron mucho tiempo atrás en las tres Américas.

Recuerdo que escribí al Instituto Smithsoniano para inquirir si había alguna evidencia que respaldara las alegaciones del mormonismo para recibir una respuesta en términos inequívocos de que sus arqueólogos no ven «conexión directa entre la arqueología del Nuevo Mundo y el contenido del libro».

Como autores, John Ankerberg y John Weldon llegaron a la siguiente conclusión en un libro sobre la materia: «Es decir, nunca se localizó ninguna ciudad del *Libro del Mormón*, nunca se encontró ninguna persona, lugar, país o nombre del *Libro del Mormón*, ningún artefacto del *Libro del Mormón*, ni las escrituras del Libro del Mormón, ninguna inscripción del *Libro del Mormón*... jamás se encontró nada que demuestre que el *Libro del Mormón* no es más que un mito o una invención.» [17]

Sin embargo, la causa del Nuevo Testamento es totalmente distinta. Muchos científicos se hacen eco de las conclusiones de McRay, incluyendo el prominente arqueólogo australiano Clifford Wilson, quien escribió: «Aquellos que conocen los hechos ahora reconocen que el Nuevo Testamento debe aceptarse como un libro de consulta notablemente preciso.»[18]

Habiendo establecido Craig Blomberg la confiabilidad esencial de los documentos del Nuevo Testamento, habiendo confirmado Bruce Metzger su transmisión exacta a través de la historia, habiendo demostrado Edwin Yamauchi la amplia corroboración de historiadores antiguos y otros, y ahora habiendo demostrado John McRay que la arqueología respalda su confiabilidad, tenía que coincidir con Wilson. La causa a favor de Cristo, aunque todavía no estaba terminado, se estaba construyendo sobre una base sólida.

Al mismo tiempo, sabía que había profesores destacados que no estarían de acuerdo con dicha evaluación. Has visto sus citas en Newsweek y sus entrevistas en los noticieros, hablando de su reevaluación radical de Jesús. Había llegado el momento de que confrontara sus críticas de frente antes de avanzar con mi investigación. Eso implicaba un viaje a Minnesota para entrevistar a un erudito enérgico graduado de Yale llamado Dr. Gregory Boyd.

Deliberaciones

Preguntas para reflexión personal o para grupo de estudio

1. ¿Cuáles consideras que son algunos de las deficiencias y de los beneficios de usar la arqueología para corroborar el Nuevo Testamento?
2. Si se demuestra que Lucas y otros escritores del Nuevo Testamento son precisos en su recuento de detalles incidentales, ¿aumenta esto tu confianza de que del mismo modo serían cuidadosos al asentar acontecimientos más importantes? ¿Por qué sí o por qué no?
3. ¿Por qué consideras el análisis del Dr. McRay acerca de los enigmas del censo, la existencia de Nazaret y la masacre de Belén, en general plausible o implausible?

4. Luego de considerar la prueba ocular, documental, corroborativa y científica en la causa a favor de Cristo, detente y evalúa tus conclusiones hasta el momento. En una escala de cero a diez, siendo el cero «sin confianza» en la confiabilidad esencial de los Evangelios y siendo diez «plena confianza», ¿dónde te calificarías en este momento? ¿Cuáles son algunas de las razones por las que elegiste ese número?

Más pruebas

Más recursos sobre este tema

Finegan, Jack, *The Archaeology of the New Testament* [La arqueología del Nuevo Testamento], Princeton Univ. Press, Princeton, 1992.

McRay, John, *Archaeology and the New Testament* [La arqueología y el Nuevo Testamento], Baker, Grand Rapids, 1991.

Thompson, J.A., *The Bible and Archaeology* [La Biblia y la arqueología], Eerdmans, Grand Rapids, 1975.

Yamauchi, Edwin, *The Stones and the Scriptures* [Las piedras y las Escrituras], J.B. Lippencott, New York, 1972.



LA PRUEBA REFUTATORIA

¿Es el Jesús histórico el mismo que el Jesús de la fe?

Sucede todo el tiempo en los episodios de *Perry Mason* o en las novelas de bolsillo pero es muy raro en los dramas legales de la vida real. Así que cuando un testigo ocular en un juicio por homicidio se rehusó a señalar al acusado como el homicida y en cambio se confesó como asesino, todo el tribunal quedó pasmado; y yo tuve una noticia sorprendente para el *Chicago Tribune.*

Richard Moss fue acusado de disparar y matar a un residente de Chicago de diecinueve años de edad fuera de una taberna en la zona noroeste. Un amigo de Moss de toda la vida, Ed Passeri, fue llamado al estrado como testigo para describir el altercado que llevó al asesinato.

Passeri describió la escena que ocurrió fuera del Bar Rusty Nail y luego la defensa le preguntó qué le había sucedido a la víctima.

Sin pestañear, Passeri respondió que luego de que la víctima lo clavó con una tijera, «Yo le disparé.»

El redactor del tribunal abrió la boca con asombro. Los fiscales alzaron las manos. El juez inmediatamente detuvo el proceso para advertirle a Passeri de su derecho constitucional en contra de la autoincriminación. Y luego el acusado se subió al estrado para decir sí, eso es correcto; fue Passeri el que cometió el delito.

«Lo que hizo Passeri [al confesar] fue un acto de pura valentía», alegó el abogado de la defensa.

Pero los fiscales no estaban convencidos.

—¿Qué valentía? —preguntó uno de ellos—. Passeri sabe que no corre el riesgo de que lo lleven a juicio porque la única evidencia que la fiscalía posee apunta a Richard Moss.

Aun totalmente persuadidos de la culpabilidad de Moss, los fiscales sabían que tenían que presentar sólidos testimonios para contrarrestar la afirmación de Passeri. En terminología legal, lo que necesitaban era «evidencia refutatoria» que se define como cualquier prueba que se presenta para «explicar, contrarrestar o refutar» el relato de un testigo.[1]

Al día siguiente, los fiscales interrogaron a tres testigos más quienes dijeron que no había duda de que Moss había sido el que cometió el asesinato. Como era de esperar, basados en esta y otra evidencia, el jurado encontró a Moss culpable.[2]

Los fiscales hicieron lo correcto. Cuando la fuerza irresistible de la evidencia apuntaba claramente a la culpabilidad del acusado, fueron sabios al mantenerse escépticos ante una afirmación esencialmente sin apoyo hecha por alguien con el interés establecido de ayudar a su amigo.

¿SE PUEDE REFUTAR EL SEMINARIO DE JESÚS?

¿Cómo encaja este concepto legal de la prueba refutatoria en mi investigación sobre Jesús?

Ahora que había escuchado la evidencia poderosamente convincente y bien razonada de los eruditos que interrogué para este libro, necesitaba enfocar la atención en las opiniones decididamente contrarias de un pequeño grupo de académicos que han sido el centro de un torbellino de cobertura noticiosa.

Estoy seguro de que habrá visto los artículos. En años recientes, los medios noticiosos se han saturado de informes indiscriminados acerca del Seminario de Jesús, un grupo autoseleccionado que representa un porcentaje minúsculo de eruditos del Nuevo Testamento, pero que genera una cobertura ampliamente desproporcionada con la influencia del grupo.

Los participantes del Seminario, con astucia publicitaria, atrajeron la atención de la prensa al votar con cuentas de colores si pensaban que Jesús había dicho lo que los Evangelios citan que dijo. Una cuenta roja significaba que Jesús sin lugar a dudas dijo tal cosa o algo aproximado; una cuenta rosa significaba que probablemente lo dijo; una cuenta gris significaba que no lo dijo pero que las ideas son similares a las suyas; y una cuenta negra significaba que no dijo esas palabras de ninguna manera.

Finalmente, llegaron a la conclusión de que Jesús no dijo 82% de lo que los Evangelios le atribuyen. La mayor parte del 18% restante se consideró algo dudosa, y solo 2% de las palabras de Jesús se determinó confiadamente que son auténticas.[3] Con ansias de controversia y falta de pericia en el escrutinio de la metodología del Seminario, los periodistas le dedicaron fuentes de tinta a esta historia.

Luego el Seminario publicó *Los Cinco Evangelios*, que contienen los cuatro Evangelios tradicionales más el cuestionado Evangelio de Tomás, con las palabras de Jesús marcadas con los colores del código en correspondencia con los hallazgos del grupo. Si los hojea, encontrará grandes extensiones de letras negras pero apenas muy pocas rojas. Por ejemplo, las únicas palabras del Padre Nuestro que el Seminario está convencido de que Jesús dijo son: «Padre nuestro.»

Sin embargo, yo quería ir más allá de los titulares y desenterrar, como le gusta decir al comentarista Paul Harvey, «el resto de la historia». Necesitaba saber si había alguna evidencia refutatoria creíble para refutar estas opiniones perturbadoras tan ampliamente publicadas. ¿Estaban los hallazgos del Seminario de Jesús sólidamente basados en una investigación erudita imparcial, o eran, como el testimonio fatal de Passeri, bien intencionado pero a fin de cuentas sin fundamento?

En busca de respuestas, hice un viaje de seis horas en auto hasta St. Paul, Minnesota, para consultar al Dr. Gregory Boyd, el profesor de teología educado en las universidades más prestigiosas del noroeste de los Estados Unidos, cuyos libros y artículos han desafiado de frente al Seminario de Jesús.

LA QUINTA ENTREVISTA: DR. GREGORY A. BOYD

Boyd se enfrentó con el Seminario por primera vez en 1996, cuando escribió una crítica devastadora de las perspectivas liberales sobre Jesús titulado: *Cynic Sage or Son of God? Recovering the Real Jesus in an Age of Revisionist Replies* [¿Sabio Cínico o Hijo de Dios?: La recuperación del Jesús verdadero en una era de respuestas revisionistas]. Este tomo de cuatrocientas dieciséis páginas, lleno de notas al pie fue honrado por los lectores de *Chris-*

tianity Today [Cristianismo Hoy] como uno de sus libros favoritos del año. Su libro de bolsillo popular, *Jesus under Siege* [Jesús bajo Sitio], continúa con los mismos temas en un nivel más accesible.

Otros libros de Boyd son el premiado *Letters from a Skeptic* [Cartas de un escéptico], en el cual él y su padre, que en ese tiempo dudaba, luchan con temas difíciles que involucran al cristianismo (y culmina con la conversión del padre en un cristiano comprometido), y *God at War: The Bible and Spiritual Conflict* [La guerra de Dios: La Biblia y los conflictos espirituales]. Además, fue erudito colaborador en *La Biblia de Estudio Búsqueda,* la cual fue diseñada para gente que hace preguntas intelectuales acerca de la fe cristiana.

Luego de recibir un título en filosofía de University of Minnesota, Boyd obtuvo una maestría en divinidades (cum laude) [con honores] de Yale University Divinity School y un doctorado (magna cum laude) [con máximos honores] de Princeton Theological Seminary.

Sin embargo, no es el intelectual del estereotipo de la torre de marfil. Con cabello negro ondulado, extructura delgada pero fuerte y con una sonrisa burlona, Boyd parece la contrapartida intelectual del comediante Howie Mandell. Y al igual que Mandell, es pura energía cinética.

Las palabras brotan de él como el agua de una tubería rota. Le da vueltas a ideas sofisticadas y conceptos teológicos a una velocidad vertiginosa. Es inquieto, hace muecas, se retuerce en la silla. No hay tiempo para arreglarse la camisa, para archivar la confusión de papeles diseminados en su oficina o para guardar los libros que yacen en pilas desordenadas en el piso. Está demasiado ocupado pensando, debatiendo, cuestionando, preguntándose, soñando, contemplando, inventando... y emprendiendo un proyecto tras otro.

A decir verdad, una carrera no puede contenerlo. Además de su puesto de profesor de teología en Bethel College, es pastor de la iglesia Woodland Hills Church, donde su prédica apasionada ayudó a que la asistencia creciera de cuarenta y dos en 1992 a dos mil quinientos hoy día. Este ambiente de mundo real ayuda a anclarlo a la realidad de la vida cotidiana.

Para divertirse, entabla debates con ateos. Luchó, debatió con el fallecido Gordon Stein sobre el tema «¿Dios existe?» Él y el pastor convertido en escéptico, Dan Barker, altercaron con respecto a «¿Resucitó Jesús de los muertos?». Y en un programa auspiciado por el Centro Islámico de Minnesota, desafió a un musulmán con la pregunta «¿Dios es trino?» La mente ágil de Boyd, su agudeza, su empatía con la gente, y su profunda reserva de conocimiento bíblico y filosófico lo hacen un rival formidable.

Es más, mezcla la cultura popular con el estudio serio tan bien como ningún otro que conozco. Sabe de fútbol como de referencias. Puede comenzar una oración con una observación espontánea sobre una nueva película y terminarla con una referencia estratosférica a un misterio filosófico profundo. Se siente tan cómodo leyendo *Dilbert* [una historieta] o mirando *Seinfeld* [una comedia televisiva] como escribiendo su libro imponente *Trinity and Process: A Critical Evaluation and Reconstruction of Hartshorne's Di-Polar Theism towards a Trinitarian Metaphysics* [Trinidad y proceso: una evaluación crítica y reconstrucción del teísmo di polar de Harsthorne hacia una metafísica trinitaria].

Su estilo casual y coloquial (¿qué otro erudito bíblico utiliza impunemente términos como «bobo» o «chiflado»?) de inmediato me hizo sentir como en casa mientras entrábamos apretadamente en su oficina en el segundo piso. Pronto quedó claro que Boyd estaba entusiasmado y listo para comenzar.

ESCRITOS DEL GRUPO RADICAL

Decidí comenzar desde la perspectiva del consumidor de noticias promedio.

—La gente toma una revista o un diario, lee las conclusiones del Seminario de Jesús y da por sentado que eso representa la corriente principal de la erudición del Nuevo Testamento —le dije—. ¿Pero es ese el caso en realidad?

—No —respondió pareciendo como si hubiera acabado de morder algo agrio—. No, no ese *no* es al caso. Pero usted tiene razón; la gente se lleva ese impresión.

Se acomodó en su silla lo suficiente para contar la historia.

—Cuando *Time* salió con su primer artículo principal sobre el Seminario de Jesús —explicó—, resultó que me encontraba en el proceso de hablar sobre el cristianismo con un hombre con quien estaba entablando una amistad. Era muy escéptico por naturaleza y estaba bastante embriagado con las ideas de la Nueva Era.

»Teníamos un amigo en común que estaba hospitalizado y cuando fui a visitarlo este otro tipo ya estaba allí leyendo *Time*. Al entrar al cuarto, me dijo:

—Bueno, Greg, parece que los eruditos no están de acuerdo contigo —¡y me arrojó la revista!

Boyd meneó la cabeza de lado a lado con tristeza e incredulidad y dijo:

—Ve, ese artículo le dio razón para dejar de tomarme en serio. Aunque sabía que yo era un erudito, interpretó que ese artículo decía que la mayoría de los eruditos; al menos aquellos que no eran fundamentalistas chiflados, sostienen esas opiniones.

Podía identificarme con la historia de Boyd por haber oído a demasiada gente que pone igualan al Seminario de Jesús con todos los eruditos.

—¿Piensa que esa impresión es accidental? —le pregunté.

—Bueno, el Seminario de Jesús por cierto se presenta de esa manera —respondió Boyd—. Es realidad, esa es una de sus facetas más irritantes, no solo para los evangélicos sino para otros eruditos también.

»Si hojea su libro, *Los Cinco Evangelios*, ellos dan "siete pilares de sabiduría erudita", como si uno tuviera que seguir su metodología para ser un verdadero erudito. Sin embargo, muchos eruditos de un amplio espectro de trasfondos tendrían serias reservas sobre uno o más de estos pilares. Y el Seminario de Jesús llama a su traducción de la Biblia "La versión de los eruditos"; bueno, ¿y eso qué implica? ¿Que otras versiones no son eruditas?»

Hizo una pausa momentánea y luego fue al corazón de la cuestión.

—La verdad es esta —anunció—, el Seminario de Jesús representa un pequeño número de eruditos del grupo radical que están en el ala más lejana de la izquierda del pensamiento del Nuevo Testamento. No representa la corriente principal de la erudición.

—Y es irónico, porque tienen su propio tipo de fundamentalismo. Dicen que poseen la forma correcta de hacer las cosas y punto. —Sonrió—. En nombre de la diversidad —agregó con una risita ahogada—, pueden ser en verdad bastante estrechos.

EL DESCUBRIMIENTO DEL JESÚS «VERDADERO»

—Por lo menos —le dije—, los participantes del Seminario de Jesús han sido muy francos en cuanto a sus objetivos, ¿no es así?

—Sí, así es. Son explícitos al decir que quieren rescatar a la Biblia del fundamentalismo y liberar a los estadounidenses de la creencia "ingenua" de que el Jesús de la Biblia es el Jesús "verdadero". Dicen que quieren un Jesús que sea pertinente a estos tiempos. Uno de ellos dijo que el Jesús tradicional no trataba las necesidades de la crisis ecológica, de la crisis nuclear, de la crisis feminista, por lo que necesitamos un nuevo retrato de Jesús. Y como dijo otro, necesitamos "una nueva ficción".

»Uno de los ardides es que están yendo directo a las masas en vez de ir a otros eruditos. Quieren sacar sus hallazgos de la torre de marfil y llevarlos al mercado para influir en la opinión popular. Y lo que tienen en mente es una forma totalmente nueva de cristianismo.

La idea de un nuevo Jesús, una nueva fe, un nuevo cristianismo era intrigante.

—Cuénteme acerca de este Jesús que la gente del Seminario de Jesús ha descubierto —le pedí—. «¿Cómo es?»

—Básicamente descubrieron lo que salieron a buscar. Algunos piensan que era un revolucionario político, otros que era un fanático religioso, otros un obrador de milagros, otros un feminista, ogros un igualitario, otros un subversivo; hay mucha diversidad —observó.

Y luego se centró en la cuestión clave.

—Sin embargo, hay una imagen con la que todos están de acuerdo: en primer lugar Jesús debe ser un Jesús naturalista.

»Es decir, no importa lo que se diga de él, Jesús fue un hombre como tú y como yo. Quizás fue un hombre extraordinario, quizás se acercó a nuestro potencial inherente de una forma que jamás nadie logró pero no era sobrenatural.

»Así que dicen que Jesús y sus primeros seguidores no lo veían como Dios o como el Mesías, y no vieron en su muerte un significado especial. Su crucifixión fue desafortunada y prematura, y las historias sobre su resurrección surgieron después como forma de tratar de lidiar con la triste realidad.

DAR A LA EVIDENCIA UNA AUDIENCIA JUSTA

Me puse de pie y caminé hasta su biblioteca mientras formulaba la siguiente pregunta:

—Está bien, pero usted personalmente tiene fe de que Jesús resucitó y quizás su fe tiñe demasiado su punto de vista —le dije—. El Seminario de Jesús se define a sí mismo como participantes de una búsqueda imparcial de la verdad, en comparación con personas con compromisos religiosos, personas como usted, que tienen un programa teológico.

Boyd giró en su silla para mirarme de frente.

—Ah, pero eso no es lo que sucede —insistió—. Los participantes del Seminario de Jesús son tan parciales como los evangélicos; y yo diría que más. Ellos traen un conjunto completo de suposiciones en su saber, lo cual, por supuesto, todos hacemos hasta cierto punto.

»Su suposición mayor, que a propósito, no es producto de una investigación erudita imparcial, es que los Evangelios ni siquiera son confiables en aspectos generales. Llegan a esa conclusión de antemano porque los Evangelios incluyen elementos que históricamente parecen improbables, como los milagros; caminar sobre el agua, resucitar muertos. Estas cosas, dicen ellos, simplemente no suceden. Eso es naturalismo, que dice que para todo efecto en el mundo natural o físico existe una causa natural.»

—Sí, ¿pero acaso no es esa la forma en la que típicamente la gente vive su vida? —le repliqué—. ¿Usted quiere decir que debemos buscar explicaciones sobrenaturales para todo lo que ocurre?

—Todos estarían de acuerdo que usted no apela a una causa sobrenatural si no es necesario —dijo Boyd—. Pero estos eruditos van más allá y dicen que nunca hay que hacerlo. Operan bajo la suposición de que en la historia todo sucedió según sus propias experiencias, y dado que nunca han visto lo sobrenatural, suponen que los milagros nunca ocurrieron en la historia.

»Ellos hacen lo siguiente: descartan la posibilidad de lo sobrenatural de antemano y luego dicen: "Ahora traigan la evidencia acerca de Jesús". ¡No es sorpresa que obtengan esos resultados!

Quería dar vuelta el tablero un poco.

—Muy bien, entonces ¿cómo procedería usted? —le pregunté.

—Admitiría que uno no debe apelar a lo sobrenatural hasta que sea necesario. Sí, primero hay que buscar una explicación natural. Lo hago en mi propia vida. Se cae un árbol; muy bien, quizás tenía termitas. Ahora bien, ¿podría haberlo empujado un ángel? Bueno, no llegaría a esa conclusión hasta que no haya suficiente evidencia a su favor.

»Entonces lo admito. Sin embargo lo que no puedo admitir es la tremenda presunción de que sabemos lo suficiente acerca del universo como para decir que Dios, si es que hay un Dios, nunca puede irrumpir en nuestro mundo de forma sobrenatural. Es una suposición muy presuntuosa. Y no es una presunción con base histórica; en ese caso está en el campo de la metafísica.

»Creo que debe haber un cierto grado de humildad en la investigación histórica como para decir: "¿Sabe? Es posible que Jesucristo haya resucitado de los muertos. Es posible que sus discípulos hayan visto en verdad lo que los Evangelios dicen que vieron. Y si no hay otra forma de dar cuenta de la evidencia en forma adecuada, investiguemos esa posibilidad."

»Creo que esa es la única forma de darle a la evidencia una audiencia justa.

LA CRÍTICA DE LOS CRITERIOS

Para llegar a la conclusión de que Jesús nunca dijo la mayoría de las palabras que se le atribuyen en los Evangelios, los miembros del Seminario de Jesús utilizaron su propio cuerpo de suposiciones y criterios. Sin embargo ¿son estos parámetros razonables y apropiados? ¿O estaban cargados desde el principio, como los dados que están arreglados para que den el resultado deseado desde un principio?

—Hay numerosos problemas con sus suposiciones y criterios —anunció Boyd al comenzar el análisis del enfoque del grupo—. Por ejemplo, suponen que la iglesia postrera puso estos dichos en boca de Jesús, a menos que tengan buena evidencia para pensar lo contrario. Esa suposición está enraizada en sus sospechas acerca de los Evangelios y se deriva de su suposición de que lo sobrenatural no puede ocurrir.

»Generalmente los historiadores operan con el peso de la prueba sobre el historiador para probar la falsedad o la desconfianza, dado que las personas por lo común no son mentirosos compulsivos. Sin esa suposición, sabríamos muy poco de la historia antigua.

»El Seminario de Jesús pone esto cabeza abajo y dice que uno tiene que probar positivamente que un determinado dicho vino de Jesús. Luego inventan criterios cuestionables para hacerlo. Ahora, está bien que los eruditos utilicen un criterio apropiado para considerar si Jesús dijo algo. Pero estoy en contra de la idea de que si Jesús no cumple ese criterio, no debe haberlo dicho. Ese tipo de conclusión negativa puede ser un problema.

Tratar en ese campo teórico comenzaba a darme más confusión que claridad. Necesitaba ejemplos concretos para poder *seguir la idea de Boyd.*

—Hable de algunos criterios específicos que usaron —le pedí.

—Uno se llama doble disimilitud —respondió—. Significa que pueden creer que Jesús dijo algo si no se asemeja a lo que diría un rabino o la iglesia postrera. De lo contrario suponen que llegó a los Evangelios de una fuente judía o cristiana.

»El problema evidente es que Jesús era judío y fundó la iglesia cristiana, entonces ¡no sería sorprendente que sonara judío y cristiano! Sin embargo, ellos han aplicado este criterio para llegar a la conclusión negativa de que Jesús no dijo todo lo que se le atribuye.

»Luego está el criterio de la "atestación múltiple" que significa que solo podemos estar seguros de que Jesús dijo algo si se encuentra en más de una fuente. Ahora bien, esta puede ser una prueba de gran ayuda para confirmar un dicho. Sin embargo, ¿por qué argumentan en otra dirección? Si se encuentra en una sola fuente ¿no es válido? En realidad, la mayor parte de la historia antigua se basa en fuentes únicas. Por lo general, si una fuente se considera confiable (y sostengo que hay abundantes razones para creer que los Evangelios son confiables) se la debería considerar creíble, aun si no se puede confirmar mediante otras fuentes.

»Aun cuando los dichos de Jesús se encuentran en dos o tres Evangelios, ellos no consideran que pasa la prueba del criterio de la "atestación múltiple". Si un dicho se encuentra en Mateo, Marcos y Lucas, la consideran una sola fuente porque suponen que Mateo y Lucas utilizaron a Marcos al escribir sus Evangelios. No reconocen que un creciente número de eruditos expresa serias reservas acerca de la teoría de que Mateo y Lucas tomaron de Marcos. En esta línea de razonamiento, usted puede ver por qué es tan difícil probar la atestación múltiple.

Boyd comenzó a proseguir pero le dije que ya había captado su punto: los criterios cargado, al igual que los dados cargados, inevitablemente producen los resultados deseados desde un principio.

JESÚS, OBRADOR DE MARAVILLAS

Un enfoque adoptado por los eruditos naturalistas ha sido el de buscar paralelos entre Jesús y otras figuras de la historia antigua como una manera de demostrar que sus alegaciones y sus hechos no eran completamente únicos. Su objetivo es que se deseche la perspectiva de que Jesús era único.

—¿Cómo responde a esto? —le pregunté a Boyd—. Por ejemplo, hubo rabinos en tiempos antiguos que hicieron exorcismos u oraron por lluvia y llovió, por lo tanto algunos eruditos han dicho que Jesús era simplemente otro ejemplo de un obrador de maravillas judío. ¿Se mantienen estos paralelos?

Estaba a punto de ver a Boyd el polemista en acción al responder punto por punto un asunto complejo sin la ayuda de notas. Me alegré de estar grabando la conversación; si hubiera tomado notas nunca habría podido seguir la ráfaga de su discurso.

—En realidad, los paralelos se derriban rápidamente si se observan con detenimiento —comenzó acelerando a medida que proseguía—. En primer lugar, el puro carácter central de lo sobrenatural en la vida de Jesús no tiene paralelo alguno en la historia judía.

»En segundo lugar, la naturaleza radical de sus milagros lo distingue. No llovió simplemente cuando él oró para que lloviera; estamos hablando de la sanidad de la ceguera, la sordera, la lepra y la escoliosis, la detención de una tormenta, la multiplicación de panes y peces, la resurrección de hijos e hijas. Esto supera cualquier paralelo.

»En tercer lugar, el mayor distintivo de Jesús es cómo hizo milagros basado en su propia autoridad. Él es quien dice: "Pero

si expulso a los demonios con el poder de Dios, eso significa que ha llegado a ustedes el reino de Dios" se está refiriendo a sí mismo. Dice: "Me ha ungido para libertar a los cautivos." Sí le da el reconocimiento a Dios por lo que hace, pero uno nunca lo encuentra pidiéndole a Dios el Padre que lo haga; él lo hace en el poder de Dios el Padre. Y para eso simplemente no hay paralelo.

»Y esto se complementa con la forma distinta en la que Jesús hablaba de sí mismo: "se me ha dado toda autoridad", "hónrenme como honran al Padre", "el cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras jamás pasarán". Uno no encuentra rabinos que hablen así en ningún lugar.

Al ser el receptor de esa explosión rápida de argumentos, le dije con una risa ahogada:

—¿Entonces cuál es su punto?

Boyd se rió.

—Cualquier paralelo con rabinos obradores de maravillas —respondió—, va a ser demasiado forzado.

JESÚS Y EL SORPRENDENTE APOLONIO

No iba a permitir que las habilidades de Boyd para el debate me intimidaran. Decidí plantear un asunto más difícil: el paralelo aparentemente más fuerte entre Jesús y una figura histórica llamada Apolonio de Tiana.

—Usted conoce la evidencia tan bien como yo —le dije a Boyd—. Aquí tenemos a alguien del siglo I que se dice que sanó gente y exorcizó demonios; que quizás haya resucitado a una niña y que se apareció a algunos de sus seguidores después de su muerte. La gente señala esto y dice: "¡Ajá! Si usted admite que la historia de Apolonio es legendaria, ¿por qué no decir lo mismo acerca de la historia de Jesús?"

Boyd asentía para indicar que me estaba siguiendo.

—Admito que en principio suena imponente —contestó—. Cuando escuché de Apolonio por primera vez en mis años de estudiante, realmente me desconcertó. Sin embargo, si uno realiza el trabajo histórico tranquilamente y con objetividad, descubre que los supuestos paralelos no se mantienen.

Necesitaba especificaciones, no generalizaciones.

—Adelante —le dije—. Haga su mejor esfuerzo por derribarlos.

—De acuerdo, bien, en primer lugar, su biógrafo, Filostrato, escribe un siglo y medio después de la vida de Apolonio, mientras que los Evangelios se escribieron en el transcurso de una generación después de Jesús. Cuanto mayor sea la proximidad a los hechos, menor será la probabilidad del desarrollo de leyendas, de errores, o de que falle la memoria.

»Otra cosa es que tenemos cuatro Evangelios corroborados por Pablo que se pueden verificar hasta cierto punto con autores no bíblicos como Josefo y otros. Con Apolonio solo tenemos una fuente. Además los Evangelios pasan las pruebas estándar utilizadas para evaluar la confiabilidad histórica pero no se puede decir lo mismo de las historias de Apolonio.

»Además, Filostrato fue comisionado por una emperatriz para escribir una biografía y así dedicar un templo a Apolonio. Ella era una seguidora de Apolonio, por lo tanto, Filostrato habría tenido motivos pecuniarios para adornar la historia y darle a la emperatriz lo que quería. Por otro lado, los escritores de los Evangelios no tenían nada que ganar, y mucho que perder, al escribir la historia de Jesús y no tenían motivos ulteriores tales como una ganancia pecuniaria.

»Asimismo, la forma en la que escribe Filostrato es muy distinta de la que presentan los Evangelios. Los Evangelios tienen la perspectiva de un testigo ocular con seguridad, como si hubieran tenido una cámara. Pero Filostrato incluye una gran cantidad de frases tentativas tales como "se dice que..." o "Algunos dicen que esta jovencita había muerto; otros dicen que solo estaba enferma". Para mérito propio, se detiene y trata las historias como historias.

»Y aquí viene la grande: Filostrato escribe a principios del siglo III en Capadocia, donde el cristianismo había estado presente por mucho tiempo. Por lo tanto, cualquier tipo de adopción la habría realizado él y no los cristianos. Uno se puede imaginar a los seguidores de Apolonio viendo a los cristianos como competencia y diciendo: "¿Ah, sí? Pues bien, ¡Apolonio hizo las mismas obras que Jesús!" Una especie de "¡mi papá le gana a tu papá!"

»Un último punto. Estoy dispuesto a admitir que Apolonio puede haber hecho obras sorprendentes o por lo menos puede haber engañado a la gente para que creyeran que él las hizo. Sin embargo eso de ninguna manera compromete la evidencia acerca

de Jesús. Aunque uno admita la evidencia a favor de Apolonio, todavía le queda lidiar con la evidencia a favor de Cristo.

JESÚS Y LAS «RELIGIONES DE MISTERIO»

De acuerdo, pensé, veamos una vez más. A muchos estudiantes universitarios se les enseña que muchos de los temas que se ven en la vida de Jesús son meramente ecos de «religiones de misterio» antiguas, en las cuales hay relatos de dioses que mueren y resucitan, y rituales de bautismo y comunión.

—¿Y qué de esos paralelos? —le pregunté.

—Ese era un argumento muy popular a principios de siglo pero en general murió porque estaba muy desacreditado. Por un lado, dado el marco de tiempo que involucra, si uno va a argumentar *la adopción de ideas, debe ser del cristianismo a las religiones* de misterio y no viceversa.

»Asimismo, las religiones de misterio eran religiones de "haz lo tuyo propio" que adoptaban ideas libremente de varias fuentes. Sin embargo los judíos guardaban cuidadosamente sus creencias de las influencias externas. Se veían como un pueblo apartado y resistían con firmeza las ideas y rituales paganos.

Para mí los paralelos potenciales más interesantes eran los relatos mitológicos de dioses que morían y resucitaban.

—¿Acaso esas historias no son similares a las creencias cristianas? —pregunté.

—Si bien es cierto que algunas religiones de misterio tienen historias de dioses que mueren y resucitan, esas historias siempre giran entorno al ciclo de muerte y renacimiento de la vida natural —explicó Boyd—. Las cosechas mueren en el otoño reviven en la primavera. La gente expresa la maravilla de ese fenómeno continuo a través de historias mitológicas sobre dioses que mueren y resucitan. Estas historias siempre se formaban en forma legendaria. Relatan acontecimientos que ocurrieron "una vez, hace mucho tiempo atrás".

»Ahora contrástelo con la descripción de Jesucristo en los Evangelios. Hablan de alguien que en realidad vivió varias décadas antes y citan nombres: crucificado bajo el gobierno de Poncio Pilato, cuando Caifás era el sumo sacerdote, y el padre de Alejandro y Rufo llevó su cruz, por ejemplo. Esos son elementos

históricos concretos. No tiene nada en común con historias que supuestamente ocurrieron "una vez, hace mucho tiempo atrás".

»Y el cristianismo no tiene nada que ver con los ciclos de la vida o de la cosecha. Tiene que ver con una creencia muy judía, la cual está ausente en las religiones misterio, sobre la resurrección de los muertos, sobre la vida eterna y la reconciliación con Dios.

»En cuanto a la propuesta de que las doctrinas del Nuevo Testamento del bautismo o la comunión vienen de las religiones de misterio, eso es simplemente una tontería. Por un lado, la evidencia a favor de estos supuestos paralelos aparece después del siglo II, por lo tanto cualquier adopción de ideas fue tomada del cristianismo y no al revés.

»Y cuando uno observa con detenimiento, las similitudes desaparecen. Por ejemplo, para llegar a un nivel superior en el culto Mitra, sus seguidores debían pararse debajo de un toro mientras era sacrificado para que pudieran bañarse con su sangre y sus entrañas. Luego se unían a los demás para comer el toro.

»Ahora, sugerir que los judíos hallaran algún atractivo en esto y que quisieran tomar como modelo para el bautismo y la comunión esta práctica barbárica es sumamente improbable, razón por la cual la mayoría de los eruditos no la aceptan.

EVANGELIOS SECRETOS Y CRUCES QUE HABLAN

Tan desordenada y desorganizada que estaba su oficina, la mente de Boyd era aguda y sistematizada. Su análisis de esos paralelos tan promocionados dejaba poco lugar a dudas. Por lo tanto decidí avanzar a otro ámbito sobre el que los medios escriben a menudo: los «nuevos descubrimientos» que a menudo son el tema de libros escritos por participantes del Seminario de Jesús.

—Se ha escrito mucho en la prensa popular acerca del Evangelio de Tomás, el Marcos Secreto, el Evangelio de la Cruz y Q —observé—. ¿Ha habido en realidad algún nuevo descubrimiento que cambie la forma en la que pensamos acerca de Jesús?

Boyd suspiró exasperado.

—No, no hay nuevos descubrimientos que nos digan algo nuevo acerca de Jesús. El Evangelio de Tomás se descubrió hace mucho tiempo pero recién ahora se utiliza para crear un Jesús

alternativo. Algunas historias acerca del Evangelio de Tomás pueden ser nuevas pero el Evangelio en sí mismo no.

»En cuanto a Q, no es un descubrimiento sino una teoría que se ha manejado desde hace un siglo y medio, la cual intenta dar razón del material que Lucas y Mateo tienen en común. Lo nuevo es la forma altamente cuestionable en la que los eruditos de izquierda están usando sus presuposiciones para dividir esa Q hipotética en varias capas de desarrollo legendario para respaldar sus teorías preconcebidas.

Yo sabía que John Dominic Crossan, quizás el erudito más influyente del Seminario de Jesús, ha hecho fuertes declaraciones sobre un Evangelio llamado Marcos Secreto. En realidad, afirma que Marcos Secreto puede haber sido en realidad una versión sin censura del Evangelio de Marcos y que contenía temas confidenciales para miembros avanzados en la fe. [4] Algunos lo utilizaron para alegar que Jesús fue en realidad un mago o que una gran cantidad de cristianos primitivos practicaba la homosexualidad. Este escenario de conspiración ha captado la imaginación de los medios.

—¿Qué pruebas hay de ello? —le pregunté a Boyd.

—Ninguna —replicó de inmediato.

Aunque aparentemente él no veía la necesidad de abundar, le pedí que me explicara lo que quería decir.

—Verá, no tenemos el Marcos Secreto —declaró—. Lo que tenemos es un erudito que encontró una cita de Clemente de Alejandría, de fines del siglo II, que supuestamente viene de este Evangelio. Y ahora, misteriosamente, hasta eso desapareció, se desvaneció.

»No lo tenemos, no tenemos una cita de él, y aunque tuviéramos una cita de él, no tenemos razón para pensar que nos ha dado alguna información válida sobre el Jesús histórico o acerca de lo que los cristianos primitivos pensaban acerca de él. Además, ya sabemos que Clemente había dado pruebas de ser muy crédulo en su aceptación de escritos espurios.

»Por lo tanto, Marcos Secreto es una obra inexistente citada en un texto ahora inexistente por parte de un escritor del siglo II que se conoce por su fama de ingenuo en estas cuestiones. La gran mayoría de los eruditos no le otorgan credibilidad alguna. Desgraciadamente, aquellos que sí lo hacen tienen la atención de los medios, porque a los medios les encanta el sensacionalismo.

Crossan también le da credibilidad a lo que denomina el Evangelio de la Cruz.

—¿A este le va mejor? —pregunté.

—No. La mayoría de los eruditos no le otorgan credibilidad alguna porque incluye material notablemente legendario. Por ejemplo, Jesús sale de la tumba y es gigante (se yergue más allá del cielo) y la cruz sale de la tumba ¡y habla! Es evidente que los Evangelios más sobrios son más confiables que cualquier cosa que se encuentra en estos relatos. Encaja mejor con los escritos apócrifos posteriores. En realidad, depende del material bíblico, por lo tanto, de debe fechar posterior.

A diferencia de la abrumadora mayoría de los expertos bíblicos, el Seminario de Jesús le confiere una posición de preferencia al Evangelio de Tomás, al elevarlo a un lugar a la par de los cuatro Evangelios tradicionales. En el capítulo 3, el Dr. Bruce Metzger criticó severamente esa posición por ser infundada.

Le pedí a Boyd su opinión.

—¿Por qué no debería recibir Tomás ese tipo de honor?

—Todos admiten que este Evangelio fue influido en forma significativa por el gnosticismo, un movimiento religioso del siglo II, III y IV que supuestamente contenía reflexiones, conocimiento, o revelaciones secretas que le permitirían a la gente conocer la clave del universo. La salvación es por lo que uno conoce; gnosis es la palabra griega para "conocer" —explicó.

«Por lo tanto, la mayoría de los eruditos ubica al Evangelio de Tomás a mediados del siglo II, momento en el que encaja bien en el acontecer cultural. Permítame darle un ejemplo: allí se cita a Jesús que dice: "Toda mujer que se vuelva hombre entrará en el reino de los cielos." Eso contradice la actitud que sabemos que tenía Jesús hacia la mujer pero encaja bien con el pensamiento gnóstico.

»Sin embargo, el Seminario de Jesús en forma arbitraria se ha aferrado a ciertos pasajes del Evangelio de Tomás para argumentar que esos pasajes representan un hilo anterior de la tradición acerca de Jesús, incluso anterior a los Evangelios canónicos.

»Debido a que ninguno de estos pasajes muestran a Jesús haciendo afirmaciones exaltadas sobre sí mismo o realizando

obras sobrenaturales, ellos argumentan que el primer punto de vista era que Jesús fue simplemente un gran maestro. Sin embargo, toda la línea de razonamiento es circular. La única razón para pensar que estos pasajes de Tomás son anteriores es, en primer lugar, porque contienen un punto de vista de Jesús que estos eruditos ya creían que era el Jesús original. A decir verdad, no hay una buena razón para preferir el Evangelio de Tomás del siglo II antes que los Evangelios del siglo I del Nuevo Testamento.

HISTORIA FRENTE A LA FE

El Jesús de la historia y el Jesús de la fe: el Seminario de Jesús cree que hay un golfo inmenso entre los dos. En este punto de vista, el Jesús histórico era un hombre inteligente, ingenioso, contra cultural que nunca alegó ser el Hijo de Dios, mientras que el Jesús de la fe es un puñado de ideas de bienestar que ayudan a la gente a vivir bien pero que en última instancia están basadas en ilusiones.

—No hay un simple golfo entre el Jesús de la historia y el Jesús de la fe —observó Boyd cuando mencioné el tema—. Si uno desacredita todo lo que Jesús dijo que es divino y reconcilia a la gente con Dios, hay una contradicción total entre los dos.

»En términos generales, definen al Jesús de la fe de la siguiente manera: hay símbolos religiosos que son bastante significativos para la gente: el símbolo de la naturaleza divina de Jesús, el de la cruz, el del amor abnegado, el de la resurrección. Aunque la gente en realidad no cree que esas cosas sucedieron en verdad, de todos modos esto puede inspirar a la gente a vivir una vida buena, a sobreponerse a la angustia existencial, a descubrir nuevas posibilidades, a resucitar la esperanza en medio de la desesperación... bla, bla, bla.

Se encogió de hombros.

—Lo siento —agregó—, escuché tanto estas historias ¡que ya me salen por los oídos!

»Entonces, estos liberales dicen que la investigación histórica no puede de ninguna manera descubrir al Jesús de la fe porque el Jesús de la fe no está arraigado en la historia. Es simplemente un símbolo —retomó Boyd—. Pero preste atención: Jesús no es un símbolo a menos que esté arraigado en la historia. El credo niceno no dice: "Deseamos que estas cosas sean ciertas." Dice: "Jesucristo fue crucificado bajo el mandato de Poncio Pilato y al tercer día resucitó de los muertos" y continúa.

»La verdad teológica está basada en la verdad histórica. Esa es la forma en la que habla el Nuevo Testamento. Considere el sermón de Pedro en el segundo capítulo de Hechos. Se pone en pie y dice: "Muchachos, ustedes son testigos de estas cosas; no se hicieron en secreto. La tumba de David está aun entre nosotros pero Dios levantó a Jesús de entre los muertos. Por lo tanto proclamamos que él es el Hijo de Dios."

»Si uno quita los milagros, quita la resurrección y entonces no se queda con nada para proclamar. Pablo dijo que si Jesús no ha resucitado nuestra fe es ilusoria, inútil, vacía.

Boyd se detuvo por un momento. Su voz bajó un punto, del modo predicación a una expresión intensa de convicción personal.

—No quiero basar mi vida en un símbolo —dijo resuelto—. Quiero una realidad, y la fe cristiana siempre se ha arraigado en la realidad. Lo que no está arraigado en la realidad es la fe de los eruditos liberales. Ellos son quienes siguen un sueño imposible, pero el cristianismo no es un sueño imposible.

COMBINAR LA HISTORIA Y LA FE

Habíamos pasado mucho tiempo hablando del Jesús del Seminario de Jesús: un Jesús simbólico pero que no tiene poder para ofrecerle a la humanidad otra cosa que no sea la ilusión de una esperanza. Sin embargo, antes de irnos, quería hablar del Jesús de Gregory Boyd. Necesitaba saber si el Jesús que él investiga y sobre el cual escribe libros eruditos como profesor de teología es el mismo Jesús sobre el cual predica en su iglesia los domingos por la mañana.

—A ver si lo entendí bien —le dije—. Su Jesús, el Jesús con el que se identifica, es un Jesús de la historia *y* un Jesús de la fe.

Boyd cerró el puño con énfasis como si yo hubiera anotado un gol.

—¡Sí, exactamente eso, Lee! —exclamó—. Moviéndose al último borde de la silla, desarrolló con precisión lo que su erudición y su corazón lo habían llevado a creer.

—Es así: si uno ama a una persona, su amor va más allá de los hechos de una persona, pero está arraigada en los hechos de una persona. Por ejemplo, usted ama a su esposa porque es preciosa,

es buena, es dulce, es amable. Todos estos son hechos acerca de su esposa y por lo tanto, la ama.

»Pero su amor va más allá de eso. Usted puede saber todo eso acerca de su mujer y no estar enamorado de ella y no confiar en ella, pero sí lo hace. Por lo tanto, la decisión va más allá de la evidencia, pero existe sobre la base de la evidencia.

»Lo mismo es enamorarse de Jesús. Tener una relación con Jesucristo va más allá del conocer los hechos históricos acerca de él pero está arraigada en los hechos históricos acerca de él. Creo en Jesús sobre la base de la evidencia histórica pero mi relación con Jesús va más allá de la evidencia. Tengo que poner mi confianza en él y caminar con él día tras día.

Lo interrumpí para acotar:

—Sí, pero ¿reconoce usted que el cristianismo hace ciertas afirmaciones acerca de Jesús que simplemente son difíciles de creer?

—Sí, por supuesto que lo reconozco —respondió—. Es por eso que me alegro de que tengamos una evidencia increíblemente sólida para demostrarnos que son verdaderas.

Para mí —agregó—, se reduce a lo siguiente: no hay competencia. La evidencia a favor de que Jesús es quien los discípulos dijeron que es (por haber realizado los milagros que hizo, por resucitar de los muertos, por decir lo que dijo) está a años luz más allá de mis razones para pensar que la erudición de izquierda del Seminario de Jesús tiene razón.

»¿Qué tienen estos eruditos? Bueno, una breve alusión a un Evangelio "secreto" perdido en una carta de fines del siglo II que desafortunadamente la vio solamente una persona y que ahora se ha perdido también. Hay un relato del siglo III de la crucifixión y de la resurrección con la actuación especial de una cruz que habla y que menos de un puñado de eruditos piensa que precede a los Evangelios. Hay un documento gnóstico del siglo II del que algunos eruditos han tomado fragmentos para sustentar sus propias ideas preconcebidas. Y hay un documento hipotético construido sobre suposiciones discutibles que se hacen mas estrechas mediante el razonamiento circular.

Boyd se recostó en la silla.

—No, lo siento —dijo negando con la cabeza—. No lo creo. Es mucho más razonable poner mi confianza en los Evangelios,

que pasan la prueba del escrutinio histórico con éxito total, que poner mi esperanza en lo que dice el Seminario de Jesús.

UN CORO DE CRÍTICAS

De regreso en el hotel, repasé mentalmente mi entrevista con Boyd. Sentía lo mismo que él: si el Jesús de la fe no es también el Jesús histórico, no tiene poder y no tiene sentido. A menos que esté arraigado en la realidad, a menos que haya establecido su divinidad resucitando de entre los muertos, es un símbolo de bienestar tan irrelevante como Papá Noel.

Sin embargo hay buena evidencia de que él es más que eso. Ya había escuchado la evidencia sólida de la prueba ocular, documental, corroborativa y científica que respalda la afirmación del Nuevo Testamento de que él es Dios hecho carne, y ya estaba preparándome para salir nuevamente a excavar más material histórico sobre su carácter y su resurrección.

Mientras tanto, Greg Boyd no es una voz solitaria que grita en contra del Seminario de Jesús. Es parte de un crescendo de críticas que viene no solo de evangélicos conservadores prominentes, sino también de otros eruditos respetados que representan un amplio espectro de trasfondos teológicos.

Un ejemplo de ello estaba tan cerca como la mesa de noche del hotel, de donde había tomado un libro llamado *The Real Jesus* [El Verdadero Jesús] que había comprado hace poco. Su autor es el Dr. Luke Timothy Johnson, el reconocido profesor del Nuevo Testamento y los Orígenes del Cristianismo en Candler School of Theology de Emory University. Johnson es un católico romano que fue monje benedictino antes de convertirse en un erudito bíblico y escribir numerosos libros de gran influencia.

Johnson fustiga en forma sistemática al Seminario de Jesús diciendo que «de ninguna manera representa la crema y nata de la erudición del Nuevo Testamento», sigue un proceso «parcial contra la autenticidad de las tradiciones de los Evangelios» y que sus resultados «ya fueron determinados de antemano».[5] Y concluye: «Eso no es erudición responsable, ni siquiera crítica. Es una charada auto indulgente.»[6]

Prosigue a citar a otros eruditos distinguidos con opiniones similares, entre ellos el Dr. Howard Clark Kee, quien denominó al Seminario «una desgracia académica», y a Richard Hayes de

Duke University, cuya reseña de *Los Cinco Evangelios* afirmó que «el caso presentado en este libro no prosperaría en ningún tribunal».[7]

Cerré el libro y apagué la luz. Mañana retomaría mi búsqueda de evidencia que *sí* prosperaría.

Deliberaciones

Preguntas para reflexión personal o para grupo de estudio

1. ¿Has leído noticias acerca de las opiniones del Seminario de Jesús? ¿Cuál fue tu reacción a lo que se informaba? ¿Te dieron la impresión los artículos de que los hallazgos del Seminario representan la opinión de la mayoría de los eruditos? ¿Qué peligros ve en confiar en los medios de comunicación para la información sobre cuestiones de este tipo?
2. Al hacer tu propia investigación acerca de Jesús, ¿deberías cancelar toda posibilidad de lo sobrenatural de antemano o deberías permitirte considerar toda la evidencia de la historia, aunque apunte a que lo milagroso ocurrió? ¿Por qué?
3. Boyd dijo: «No quiero basar mi vida en un símbolo. Quiero una realidad...» ¿Por qué estás de acuerdo con él o no? ¿Es suficiente que Jesús sea un símbolo de esperanza o es importante para ti estar confiado de que su vida, sus enseñanzas y su resurrección están arraigadas en la historia? ¿Por qué?

Más pruebas

Más recursos sobre este tema

Boyd, Gregory A., *Cynic Sage or Son of God? Recovering the Real Jesus in an Age of Revisionist Replies* [¿Sabio Cínico o Hijo de Dios?: La recuperación del Jesús verdadero en una era de respuestas revisionistas], Bridgepoint, Wheaton, IL, 1995.

____. *Jesus under Siege* [Jesús bajo Sitio], Victor, Wheaton, IL, 1995.

Johnson, Luke Timothy, *The Real Jesus* [El Verdadero Jesús], HarperSanFrancisco, San Francisco, 1996.

Wilkins, Michael J. y Moreland, J.P., editores, *Jesus under Fire* [Jesús bajo Fuego], Zondervan, Grand Rapids, 1995.

SEGUNDA PARTE

El análisis de Jesús



LA PRUEBA DE LA IDENTIDAD

¿Estaba realmente convencido Jesús de que él era el Hijo de Dios?

John Douglas tiene una habilidad sobrenatural de examinar la mente de gente que nunca ha visto.

Como el «perfilador sicológico» original del FBI, Douglas recolectaba información de la escena del crimen y luego utilizaba sus discernimientos para escudriñar la personalidad del criminal prófugo.

Caso en cuestión: Douglas predijo que el «Asesino del Camino», un asesino en serie que acechaba los bosques del área de San Francisco entre 1979 y 1981, sería una persona con dificultades del habla, con tendencias a la crueldad con los animales, incontinencia urinaria, e incendiario. Ciertamente, la persona que por fin fue arrestada y condenada en el caso cumplía a la perfección esa descripción.[1]

Con un doctorado en sicología, años de experiencia como detective y un talento natural para entender el comportamiento humano, Douglas es reconocido por su destreza para perfilar. Es co-autor de varios éxitos de librería sobre el tema, y cuando Jodie Foster ganó el Oscar por su actuación en *El Silencio de los Corderos,* le agradeció públicamente a Douglas por ser la figura de la vida real detrás del mentor del FBI de su personaje.

¿Cómo puede Douglas llegar a entender el proceso mental de individuos con los que nunca ha hablado? «El comportamiento refleja la personalidad», explicó Douglas a la revista *Biography.*[2]

Es decir, Douglas examina la evidencia que queda en la escena del crimen y, cuando es posible, entrevista a las víctimas

para descubrir exactamente qué dijo y qué hizo el criminal. A partir de esas pistas (producto residual del comportamiento de la persona) deduce la composición sicológica del individuo.

Volvamos a Jesús: sin dialogar con él, ¿cómo podríamos ahondar en su mente para determinar sus motivaciones, sus intenciones y su percepción de sí mismo? ¿Cómo sabemos quién pensaba que era y cuál entendía que era su misión?

La pregunta de qué pensaba Jesús acerca de sí mismo es central. Algunos profesores sostienen que el mito de la deidad de Jesús fue impuesto en la tradición de Jesús por seguidores fanáticos muchos años después de su muerte. El Jesús real, según creen estos profesores, se revolvería en su tumba si supiera que la gente lo estuviera adorando. Si se eliminan las leyendas y se va a los primeros materiales acerca de él, dicen que nos encontraremos con que nunca aspiró a ser más que un maestro itinerante y un agitador ocasional del populacho.

Sin embargo, ¿tienen a la evidencia histórica de su lado? Para averiguarlo, volé a Lexington, Kentucky, y manejé por los caminos sinuosos a lo largo de una serie de ranchos de caballos muy pintorescos, para rastrear al erudito cuyo aclamado libro, *The Christology of Jesus* [La Cristología de Jesús], confronta este tema precisamente.

LA SEXTA ENTREVISTA: DR. BEN WITHERINGTON III

El pequeñó Wilmore, Kentucky, no se destaca mucho, salvo por Asbury Theological Seminary, donde encontré la oficina de Ben Witherington en el cuarto piso del edifico estilo colonial ubicado sobre la calle principal de la comunidad rústica. Con la gracia de la hospitalidad de un caballero sureño, el nativo de Carolina del norte me ofreció una silla cómoda y un poco de café mientras nos sentábamos para discutir quién creía ser Jesús de Nazaret.

El tema era territorio familiar para Witherington, cuyos libros incluyen *Jesus the Sage* [Jesús el Sabio]; *The Many Faces of the Christ* [Las muchas caras del Cristo]; *The Jesus Quest* [En la búsqueda de Jesús]; *Jesus, Paul, and the End of the World* [Jesús, Pablo y el fin del mundo]; y *Women in the Ministry of Jesus* [Mujeres en el ministerio de Jesús]; y cuyos artículos sobre Jesús aparecen en diccionarios especializados y publicaciones académicas.

Se educó en Gordon-Conwell Theological Seminary (maestría en divinidades con máximos honores) y en la Universidad de Durham en Inglaterra (doctorado en teología con énfasis en el Nuevo Testamento). Witherington ha enseñado en Asbury, Ashland Theological Seminary, en Divinity School de la Universidad de Duke, y en Gordon-Conwell. Sus membresías incluyen la Sociedad para el Estudio del Nuevo Testamento, la Sociedad de Literatura Bíblica y el Instituto de Investigación Bíblica.

Hablando claramente y pausadamente, sopesando sus palabras con cuidado, Witherington definitivamente sonaba como un erudito; sin embargo, su voz traicionaba una evidente corriente profunda de fascinación, incluso reverencia, por su materia. Esta actitud fue más evidente cuando me llevó a conocer un estudio de alta tecnología donde había estado mezclando imágenes de Jesús con canciones cuyas letras iluminan la compasión, el sacrificio, lo humano y la majestad de su vida y ministerio.

Para un erudito que escribe una prosa plena de notas, matizada con cuidado y de precisión académica sobre las cuestiones técnicas en torno a Jesús, este matrimonio artístico de música y video es una salida poética para explorar la faceta de Jesús que solo las artes creativas pueden acercarse a capturar.

De regreso en la oficina de Witherington, decidí comenzar a examinar la cuestión de Jesús y su percepción propia con una pregunta que a menudo surge en la mente de los lectores cuando se encuentran con los Evangelios por primera vez.

—La verdad es que Jesús era un poco misterioso acerca de su identidad, ¿no es así? —pregunté mientras Witherington se ubicaba en una silla frente a mí—. Tendía a evitar proclamar abiertamente que era el Mesías, el Hijo de Dios. ¿Era porque no se concebía en esos términos o porque tenía otras razones?»

—No, no es porque no se concebía en esos términos —respondió Witherington mientras se acomodaba en la silla y se cruzaba de piernas—. Si hubiera anunciado simplemente: "Hola, muchachos; soy Dios" eso se hubiera entendido como "Soy Yahvé" porque los judíos de ese tiempo no tenían la noción de la trinidad. Solo conocían a Dios el Padre, al que llamaban Yahvé, y no a Dios el Hijo ni a Dios Espíritu Santo.

»De modo que si alguien dijera que era Dios, no habría tenido sentido para ellos y se habría visto como una blasfemia flagrante.

Y habría sido contraproducente para Jesús en su esfuerzo por lograr que la gente escuchara su mensaje.

»Además, ya había una hueste de expectativas sobre cómo sería el Mesías, y Jesús no quería ser encasillado según las categorías de otros. En consecuencia, fue muy cuidadoso con lo que dijo públicamente. En privado, con sus discípulos, era un caso diferente pero los Evangelios nos cuentan principalmente lo que hacía en público.»

EXPLORACIÓN DE LAS PRIMERAS TRADICIONES

Fue un libro de 1977 del teólogo inglés John Hick y un puñado de colegas con el mismo parecer quienes provocaron una tormenta de controversia al alegar que Jesús nunca se consideró Dios hecho carne o el Mesías. Estos conceptos, escribieron, surgieron después y se escribieron en los Evangelios de modo que pareciera que Jesús estaba afirmando eso acerca de sí mismo.

Para explorar esa alegación, Witherington se remontó a las primeras tradiciones acerca de Jesús, el material más primitivo y sin lugar a dudas libre de desarrollo legendario, y descubrió pistas persuasivas en cuanto a cómo se veía Jesús a sí mismo por la manera como se relacionaba con otros.

Quería indagar en esa investigación, comenzando con la siguiente pregunta:

—¿Qué pistas encontramos sobre la propia percepción de Jesús en la forma en la que se relacionó con otros?

Witherington pensó por un momento y luego respondió:

—Mire su relación con los discípulos. Jesús tiene doce discípulos sin embargo note que él no es uno de los doce.

Si bien eso puede sonar como un detalle sin importancia, Witherington observó que es muy significativo.

—Si los doce representan un Israel renovado, ¿dónde encaja Jesús? —propuso—. Él no es simplemente parte de Israel, no es meramente parte del grupo redimido, él está formando el grupo; al igual que Dios en el Antiguo Testamento formó a su pueblo e instituyó las doce tribus de Israel. Esa es una pista sobre cómo Jesús pensaba de sí.

Witherington prosiguió a describir una pista que se puede encontrar en la relación de Jesús con Juan el Bautista.

—Jesús dice: "Les digo que entre los mortales no ha habido nadie más grande que Juan." Habiendo dicho eso, en su ministerio va más allá que Juan el Bautista: haciendo milagros, por ejemplo. ¿Qué dice eso acerca de su concepción de sí mismo?

»Y su relación con los líderes religiosos es quizás la más reveladora. Jesús pronuncia la declaración radical de que lo que contamina al hombre no es lo que entra en la boca sino lo que sale del corazón. Francamente, esto deja de lado porciones inmensas del libro de Levítico en el Antiguo Testamento que contiene reglas meticulosas con respecto a la pureza.

»Ahora bien, a los fariseos no les gustó este mensaje. Querían mantener las cosas como estaban pero Jesús dijo "No, Dios tiene otros planes. Está haciendo algo nuevo." Tenemos que preguntarnos, ¿qué tipo de persona piensa que tiene autoridad para dejar de lado las escrituras judías de inspiración divina y remplazarlas con sus propias enseñanzas?

»¿Y qué de su relación, si podemos denominarla así, con las autoridades romanas? Tenemos que preguntarnos por qué lo crucificaron. Si tan solo hubiera sido un sabio inocuo que contaba hermosas pequeñas parábolas, ¿cómo terminó en una cruz, especialmente en la época de la Pascua cuando ningún judío desea que ejecuten a otro judío? Tuvo que haber una razón para que el letrero sobre su cabeza dijera: "Este es el Rey de los judíos."

Witherington dejó ese comentario suspendido en el aire por un momento antes de ofrecer la respuesta:

—O Jesús había hecho esa afirmación verbalmente —anunció—, o alguien claramente pensó que lo hizo.

CON EL PODER DE DIOS

Si bien las relaciones de Jesús proporcionan una ventana hacia su percepción propia, Witherington manifestó que sus obras, especialmente sus milagros, ofrecen revelaciones adicionales. Sin embargo, levanté la mano para detenerlo.

—Ciertamente usted no puede decir que los milagros de Jesús establecen que él creía que era Dios —acoté—, dado que luego

sus propios discípulos fueron enviados e hicieron las mismas cosas, y por cierto, no estaban alegando divinidad.

—No, el hecho de que hiciera milagros no es lo que ilumina su percepción propia —replicó Witherington—. Lo importante es cómo él interpreta sus milagros.

—¿Qué quiere decir? —pregunté.

—Jesús dice: "Pero si expulso a los demonios con el poder de Dios, eso significa que ha llegado a ustedes el reino de Dios." Él no es como otros obradores de milagros que hacen prodigios sorprendentes pero luego la vida sigue igual que siempre. No; para Jesús, sus milagros son indicio de la llegada del reino de Dios. Son una anticipación de lo que será el reino de Dios. Y eso distingue a Jesús.

Nuevamente lo interrumpí.

—Elabore un poco sobre eso —dije—. ¿De qué forma lo distingue?

—Jesús ve sus milagros como algo que desencadena un hecho sin precedentes, la llegada del dominio de Dios —respondió Witherington—. No se ve simplemente como un obrador de milagros; se ve como el único en quien y a través de quien se cumplen las promesas de Dios. Y esa es una afirmación de trascendencia no muy velada.

Asentí. Su punto de vista cobraba sentido para mí. Entonces pasé a las palabras de Jesús en busca de más pistas acerca de su percepción propia.

—Sus seguidores le decían *rabino* o rabí —observé—, ¿acaso eso no implica que él simplemente enseñó como otros rabinos de su tiempo?

—En realidad —Witherington respondió con una sonrisa—, en una forma nueva y radical. Comienza sus enseñanzas con la frase "Ciertamente les aseguro", es decir: "Juro con anticipación sobre la veracidad de lo que les voy a decir." Esto era absolutamente revolucionario.

—¿De qué manera? —inquirí.

—En el judaísmo uno necesitaba el testimonio de dos testigos de modo que el testigo A pudiera atestiguar acerca de la veracidad del testigo B y viceversa —respondió Witherington—. Sin embargo, Jesús atestigua acerca de la veracidad de sus propias palabras. En lugar de basar sus enseñanzas en la autoridad de otros, habla con autoridad propia.

»Por lo tanto, es alguien que se consideraba que tenía una autoridad superior a la de los profetas del Antiguo Testamento. Él creía que poseía no solo inspiración divina, al igual que el Rey David, sino también autoridad divina y el poder de expresión divina directa.»

Además de emplear la frase «Ciertamente les aseguro» en sus enseñanzas Jesús usaba el término «abba» cuando se relacionaba con Dios.

—¿Qué nos dice eso acerca de su percepción propia? —pregunté.

—"Abba" connota intimidad en la relación de padre e hijo —explicó Witherington—. Es interesante que también es el término que un discípulo utilizaba para dirigirse a un maestro amado en el judaísmo primitivo. Sin embargo, Jesús lo utilizó dirigiéndose a Dios; hasta donde sé, él y sus seguidores eran los únicos que oraban a Dios de esa manera.

Cuando le pedí a Witherington que ampliara sobre la importancia de esto, agregó:

—En el contexto donde Jesús se movía, era costumbre que los judíos evitaran tener que decir el nombre de Dios. Su nombre era la palabra más sagrada que se podía pronunciar e incluso temían pronunciarla mal. Si se iban a dirigir a Dios, dirían algo como "El Santo, bendito sea", pero no usarían su nombre personal.

—Y "Abba" es un término personal —observé.

—Muy personal —respondió—. Es el término de cariño con el que un hijo le diría a su padre: "Papá querido, ¿qué quieres que haga?"

Sin embargo, advertí una inconsistencia aparente.

—Un momento —interpuse—. Orar "Abba" no debe implicar que Jesús piensa que es Dios porque les enseñó a sus discípulos que usaran ese mismo término en sus propias oraciones, y ellos no eran Dios.

—En realidad —respondió Witherington—, la importancia del término "Abba" radica en que Jesús es quien inicia una relación íntima que antes no estaba disponible. La pregunta es: ¿qué clase de persona puede cambiar los términos para la relación

con Dios? ¿Qué clase de persona puede iniciar una nueva relación de pacto con Dios?

Su distinción tenía sentido para mí.

—Entonces, ¿cuan importante considera que es el uso de "Abba" por parte de Jesús? — le pregunté.

—Muy importante —respondió—. Indica que Jesús tenía un grado de intimidad con Dios que no se parece a nada del judaísmo de su tiempo. Y escuche, aquí viene el remate: Jesús está diciendo que solo a través de tener una relación con él se hace posible este tipo de lenguaje de oración, este tipo de relación "Abba" con Dios. Eso habla mucho de cómo se consideraba a sí mismo.

Witherington comenzó a añadir otra pista importante, la repetida referencia de sí mismo como el «Hijo del hombre», pero le comenté que otro experto con el que había hablado previamente, Craig Blomberg, ya había explicado que era una referencia a Daniel 7. Ese término, concordó Witherington, es sumamente importante al revelar la propia concepción mesiánica o trascendental de Jesús.

En ese punto, hice una pausa para almacenar lo que Witherington había dicho. Cuando uní las pistas de las relaciónes de Jesús, sus milagros y sus palabras, su percepción de sí mismo cobró absoluta nitidez.

Parecía haber pocas dudas, según la evidencia primera, de que se consideraba más que un hacedor de grandes obras, más que un maestro, más que otro profeta en una lista de muchos. Había abundante evidencia para llegar a la conclusión de que se veía en términos únicos y supremos; pero exactamente, ¿cuán generalizada era esta concepción personal?

CÓMO RETRATA JUAN A JESÚS

En su apertura el Evangelio de Juan usa un lenguaje majestuoso e inequívoco para afirmar con valentía la deidad de Jesucristo.

> En el principio ya existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba con Dios en el principio. Por medio de él todas las cosas fueron creadas; sin él, nada de lo creado llegó a existir... Y el Verbo se hizo hombre y habitó entre nosotros. Y hemos contemplado su gloria, la gloria que corresponde al Hijo unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.
>
> Juan 1:1-3,14

Recuerdo haber leído esa introducción majestuosa cuando abrí el Evangelio de Juan por primera vez. Recuerdo que me surgió una pregunta: ¿cómo reaccionaría Jesús si estuviera aquí para leer las palabras de Juan acerca de él? ¿Se habría espantado y habría dicho:

«¡Eh, Juan se equivocó conmigo completamente! Me ha hermoseado y rodeado de mitos hasta tal punto que ni siquiera me reconozco?» ¿O habría asentido en aprobación: «Sí, soy todo eso, y más?»

Luego me topé con las palabras del erudito Raymond Brown, quien había llegado a su propia conclusión: «No tengo objeción alguna a la tesis de que si Jesús... si hubiera podido leer Juan, se habría encontrado con que el Evangelio era una expresión adecuada de su identidad.»

Aquí estaba mi oportunidad de escuchar directamente de Witherington, quien había dedicado su vida a analizar los detalles del saber con respecto a la percepción propia de Jesús, si él concuerda con la evaluación de Brown.

—Sí —respondió, sin titubeo ni ambigüedad—. No tengo objeción alguna. Cuando uno trata con el Evangelio de Juan, uno trata con un retrato de Jesús interpretado de cierta manera, pero también creo que es un diseño lógico de lo que estaba implícito en el Jesús histórico.

»Y añadiré lo siguiente: aun si se elimina el Evangelio de Juan, todavía no hay un Jesús no mesiánico que se pueda evocar del material de los otros tres Evangelios. Simplemente no se encuentra allí.

Inmediatamente pensé en el famoso diálogo registrado en Mateo en el que Jesús le pregunta a sus discípulos en una reunión privada: «Y ustedes, ¿quién dicen que soy?» Pedro responde con claridad: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.» En lugar de esquivar el tema, Jesús afirma a Pedro por su observación: «Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás», le dijo Jesús, «porque eso no te lo reveló ningún mortal, sino mi Padre que está en el cielo.» (Véase Mateo 16:15-17.)

Aun así, algunas descripciones populares de Jesús, como la de la película *La última tentación de Cristo,* lo muestran básicamente inseguro de su identidad y de su misión. Está cargado de angustia y ambigüedad.

—¿Hay alguna evidencia —le pregunté a Witherington—, de que Jesús haya tenido alguna vez una crisis de identidad?

—Una crisis de identidad no, aunque creo que tuvo puntos de confirmación de identidad —respondió el profesor—. En su bautismo, en su tentación, en la transfiguración, en el Jardín del Getsemaní; todos son momentos de crisis en los que Dios le confirma quién era él y cuál era su misión.

»Por ejemplo, no creo que sea accidental que su ministerio recién comienza en serio después de su bautismo, cuando oye la voz que dice: "Este es mi Hijo amado; estoy muy complacido con él."

—¿Cuál pensaba que era su misión?

—Veía que su obra era venir a liberar al pueblo de Dios, por lo tanto su misión estaba dirigida a Israel.

—Específicamente a Israel —subrayé.

—Sí, correcto — reafirmó Witherington—.Hay muy poca evidencia de que buscó a los gentiles durante su ministerio; esa era una misión para la iglesia postrera. Verá, las promesas de los profetas habían venido a Israel; y a Israel debía ir.

«EL PADRE Y YO SOMOS UNO»

En su libro *Reasonable Faith* [Fe Razonable] William Lane Craig señala una gran cantidad de evidencia de que dentro de los treinta años después de la crucifixión de Jesús existía una cristología desarrollada que proclamaba a Jesús como Dios encarnado.

El historiador de la iglesia Jaroslav Pelikan señaló que el sermón cristiano más antiguo, el relato de un mártir cristiano más antiguo, el informe pagano sobre la iglesia más antiguo, la oración litúrgica más antigua (1 Corintios 16:22), todos ellos se refieren a Jesús como Señor y Dios. Pelikan manifestó: «Claramente, era el mensaje de lo que la iglesia creía y enseñaba de que "Dios" era un nombre adecuado para Jesucristo.»[4]

A la luz de esto, le pregunté a Witherington:

—¿Considera usted que haya alguna forma posible de que esto se hubiera desarrollado, en especial tan pronto, si Jesús nunca hubiera hecho declaraciones mesiánicas y trascendentes acerca de sí mismo?

Witherington respondió inflexible.

—No, a menos que esté preparado para argumentar que sus discípulos se olvidaron completamente de cómo era el Jesús histórico y que no tuvieron nada que ver con las tradiciones que comienzan a surgir veinte años después de su muerte —expresó—. Francamente, como historiador, eso no tendría sentido alguno.

Al tratar con la historia, agregó, todo tipo de cosas es posible pero no todas las cosas posibles son de igual manera probables.

—¿Es probable —preguntó—, que todo esto se haya inventado del aire en los veinte años subsiguientes a la muerte de Jesús, cuando todavía había testigos con vida para confirmar cómo era la figura histórica de Jesús verdaderamente? Encuentro que esa hipótesis histórica es la más improbable que se le pudiera ocurrir a alguien.

»La verdadera cuestión es: ¿qué pasó después de la crucifixión de Jesús que transformó la mente de los discípulos, quienes lo habían negado, le habían desobedecido y lo habían abandonado? Muy simple. Les sucedió algo similar a lo que Jesús experimentó en su bautismo; se les confirmó que Jesús era lo que ellos habían esperado que fuera.

—¿Y qué era exactamente?

Como estaba terminando mi tiempo con Witherington, quería que me lo resumiera. Teniendo en cuenta todo su trabajo investigativo, ¿cuál era su conclusión personal sobre cómo se concebía Jesús a sí mismo? Formulé la pregunta, me recliné y dejé que me explicara detalladamente; y lo hizo, con elocuencia y convicción.

—Jesús pensaba que él era la persona designada por Dios para traer a la historia humana de la suprema obra redentora de Dios. Creía que era el representante de Dios para llevarla a cabo, que había sido autorizado por Dios, que hablaba por Dios, y que era dirigido por Dios para realizar esa tarea. Por lo tanto, lo que dijo Jesús, lo dijo Dios. Lo que hizo Jesús fue la obra de Dios.

»Según la noción judía de la representación, "el representante de un hombre es como él mismo." ¿Recuerda la forma en la que envió Jesús a sus apóstoles y les dijo: "Lo que les hacen a ustedes, me lo han hecho a mí"? Había una conexión muy fuerte entre un hombre y su representante al que envía en una misión.

»Pues bien, Jesús creía que estaba en una misión divina y la misión era redimir al pueblo de Dios. Lo que se da a entender es que el pueblo de Dios estaba perdido y Dios tenía que hacer algo, al igual que siempre lo había hecho, para intervenir y encaminarlos nuevamente por la senda correcta. Sin embargo, esa vez había una diferencia. Esa era la última vez. Esa era la última oportunidad.

»¿Creía Jesús que él era el Hijo de Dios, el ungido de Dios? La respuesta es sí. ¿Se veía como el Hijo del hombre? La respuesta es sí. ¿Se veía como el Mesías definitivo? Sí, esa era la forma en la que se veía. ¿Creía que cualquiera menor a Dios podía salvar al mundo? No creo que lo creía.

»Y es aquí donde la paradoja se vuelve lo más intrincada posible: la forma mediante la cual Dios iba a salvar al mundo era a través de la muerte de su Hijo. La más humana de todas las acciones humanas: morir.

»Ahora bien, Dios, por su naturaleza divina, no muere. Entonces ¿cómo iba a lograr esto? ¿Cómo iba a ser Dios el Salvador de la humanidad? Tenía que venir como ser humano para llevar a cabo la tarea. Y Jesús creía que él era quien lo haría.

»Jesús dijo en Marcos 10: 45: "Porque ni aun el Hijo del hombre vino para que le sirvan, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos." Esta es la forma más elevada de megalomanía o el ejemplo de alguien que de veras cree, como lo manifestó, que "el Padre y yo somos uno". Es decir, "tengo la autoridad para hablar por el Padre; tengo el poder para obrar por el Padre; si me rechazan a mí, rechazan al Padre."

»Aunque se eliminara el cuarto Evangelio y solo se leyeran los sinópticos, aun sería esa la conclusión a la que se llegaría. Y se trata de la conclusión a la que Jesús nos hubiera guiado si hubiéramos tenido un estudio bíblico y le hubiéramos hecho esa pregunta.

»Tenemos que preguntar: ¿Por qué no hay otro judío del siglo I que tenga millones de seguidores hoy día? ¿Por qué no hay un movimiento de Juan el Bautista? ¿Por qué, de todas las figuras del siglo I, incluyendo a los emperadores romanos, todavía se adora a Jesús hoy día, mientras que los demás se han derrumbado en el polvo de la historia?

»Porque este Jesús, el Jesús histórico, es también el Señor viviente. Ese es el porqué. Porque todavía está en nuestro medio, mientras que los otros desaparecieron hace tiempo.

EN EL MISMO LUGAR DE DIOS

Al igual que Witherington, muchos otros eruditos han seleccionado cuidadosamente la evidencia temprana sobre Jesús y han llegado a las mismas conclusiones.

Craig escribió: «Aquí hay un hombre que se concebía como el Hijo de Dios en un sentido único, que decía obrar y hablar con autoridad divina, que se mostró como obrador de milagros, y que creía que el destino eterno de cada persona dependía de creer o no creer en él.»[5]

Luego agregó una observación que es especialmente sorprendente: «Las claves suficientes para un auto entendimiento cristológico elevado de Jesús están presentes incluso en el veinte por ciento atenuado de los dichos de Jesús que los miembros del Seminario de Jesús reconocen como auténticos.»[6]

La evidencia para concluir que Jesús tenía la intención de situarse en el mismo lugar de Dios es «absolutamente convincente», concuerda el teólogo Royce Gordon Gruenler.[7]

Tan extraordinaria es la afirmación de Jesús, señaló Craig, que inevitablemente la cuestión de su cordura tiene que surgir. Observa que después de que James Dunn completó su propio estudio de proporciones épicas sobre este tema, Dunn se vio impelido a comentar: «Una última pregunta no se puede pasar por alto: *¿Estaba loco Jesús?*» [8]

En el aeropuerto de Lexington, mientras esperaba mi vuelo de regreso a Chicago, puse monedas en un teléfono público y llamé para hacer una cita para entrevistar a uno de los expertos en sicología más prominentes del país.

Era hora de averiguarlo.

Deliberaciones

Preguntas para reflexión personal o para grupo de estudio

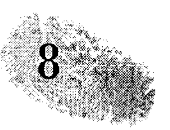
1. Según tu opinión, ¿cuáles son algunas de las razones por las que Jesús era evasivo para revelar al público quién era? ¿Puedes

imaginarte algunas maneras en las que la proclamación temprana de su deidad pudiera haber dañado su misión?
2. ¿Cuáles son algunas de las dificultades que enfrentamos al tratar de determinar qué pensaban acerca de sí ciertas figuras históricas? ¿Qué pistas consideras de más ayuda al tratar de determinarlo? ¿Por qué las pistas que ofreció Witherington te convencieron o fracasaron en persuadirte de que Jesús pensaba que él era Dios y el Mesías?
3. Jesús les enseñó a sus discípulos a utilizar el término «Abba», o «Padre querido», al dirigirse a Dios. ¿Qué te dice eso acerca de la relación de Jesús con el Padre? ¿Te resulta atractivo ese tipo de relación? ¿Por qué o por qué no?

Más evidencia

Más recursos sobre el tema

Craig, William Lee, «The Self Understanding of Jesus» [El entendimiento que Jesús tenía de sí], *Reasonable Faith*, [Fe Razonable], Crossway, Westchester, IL, 1994, pp. 233-54.
Marshall, I. Howard, *The Origins of New Testament Christology* [Los orígenes de la cristología del Nuevo Testamento], InterVaristy Press, Downers Grove, IL, 1976.
Moule, C.F.D., *The Origins of Christology* [Los orígenes de la cristología], Cambridge Univ. Press, Cambridge, 1977.
Witherington, Ben, III, *The Christology of Jesus* [La Cristología de Jesús], Fortress, Minneapolis, 1990.



8 LA PRUEBA SICOLÓGICA

¿Estaba loco Jesús cuando decía ser el Hijo de Dios?

> Cuando declara un sicólogo o siquiatra, deberá ponerse un bonete de no menos de sesenta centímetros de alto. La superficie del bonete deberá tener dibujos de estrellas y rayos. Además, se le requerirá que tenga una barba blanca de no menos de cuarenta y cinco centímetros de largo y que puntualice los elementos cruciales de su declaración blandiendo una varita. Cada vez que un sicólogo o siquiatra preste declaración, el alguacil de la corte deberá al mismo tiempo oscurecer la sala y dar dos golpes al gong chino.

Al proponer esta enmienda a los estatutos estaduales en 1997, el senador del estado de Nuevo México, Duncan Scott, no dejó lugar a dudas acerca de su actitud hacia los expertos que declaran que los acusados son dementes y por lo tanto no tienen responsabilidad legal por sus delitos. Aparentemente, la mayoría de sus colegas comparten el cinismo de Scott: ¡votaron para aprobar su propuesta burlona! La broma llegó hasta la Cámara de Representantes, donde finalmente se impidió que se convirtiera en ley.[1]

Cabe admitir que en los tribunales hay una corriente profunda de escepticismo hacia los siquiatras y sicólogos que dan testimonio acerca del estado mental de los acusados, su capacidad para cooperar con su abogado al preparar la defensa, y si eran dementes legalmente para la ley al momento de cometer el delito. Aun así, la mayoría de los abogados reconocen que los profesionales de la salud mental ofrecen discernimiento importante para sistema de justicia penal.

Recuerdo un caso en el que una ama de casa de suaves modales fue acusada de asesinar a su esposo. A primera vista, no parecía distinta de cualquier madre: bien vestida, agradable,

amable, con el aspecto de recién haber terminado de hornear una pila de galleticas de chocolates para los niños del vecindario. Me mofé del sicólogo que declaró que ella era mentalmente incapaz de ser sometida a juicio.

Luego su abogado la puso en el estrado. Al principio su testimonio era claro, racional y lúcido. Sin embargo, paulatinamente se volvió más extraño al describir ella con calma y con toda seriedad cómo la habían atacado una serie de personajes famosos, entre ellos, Dwight Eisenhower y el fantasma de Napoleón. Cuando terminó, nadie en la sala tenía duda alguna de que ella estaba totalmente fuera de contacto con la realidad. El juez la confinó a una institución siquiátrica hasta que estuviera bien para enfrentar los cargos en su contra.

Las apariencias engañan. El trabajo del sicólogo es traspasar la coraza del acusado y extraer conclusiones acerca de su condición mental. Es una ciencia inexacta, por lo que se pueden cometer errores y hasta abusos, pero en general, el testimonio sicológico provee importantes salvaguardas para los acusados.

¿Cómo se relaciona esto con Jesús? En el capítulo anterior, el Dr. Ben Witherington III ofreció evidencia convincente de que incluso los primeros materiales acerca de Jesús demostraban que él alegaba ser Dios hecho carne. Como es natural, esto origina el tema de discusión si Jesús estaba loco cuando hizo tales afirmaciones.

En busca de la evaluación de un experto del estado mental de Jesús, manejé hasta un edificio de oficinas en las afueras de Chicago para obtener el testimonio de una de las autoridades prominentes del país en materia sicológica.

LA SÉPTIMA ENTREVISTA: DR. GARY R. COLLINS

Con una maestría en sicología de la Universidad de Toronto y un doctorado en sicología clínica de la Universidad Purdue, Collins ha estado estudiando, enseñando y escribiendo sobre el comportamiento humano durante treinta y cinco años. Fue profesor de sicología en Trinity Evangelical Divinity School por dos décadas y la mayor parte de ese período fue presidente del área de sicología.

Collins, un cable vivo con una energía y un entusiasmo ilimitados, es un autor prolífico. Escribió alrededor de ciento cincuenta artículos para boletines y otras publicaciones periódicas y en la actualidad es el editor de *Christian Counseling Today* [Consejería Cristiana Hoy] y es editor contribuyente del *Journal of Psychology and Theology* [Boletín de Sicología y Teología].

También escribió la cantidad sorprendente de cuarenta y dos libros sobre temas relacionados con la sicología, entre ellos, *The Magnificent Mind* [La Mente Magnífica]; *Family Shock* [Conmoción Familiar]; el ya clásico libro de texto *Christian Counseling: A Comprehensive Guide* [Consejería Cristiana: Guía Completa]. Además fue editor general de los treinta volúmenes de *Resources for Christian Counseling* [Recursos para la Consejería Cristiana], una serie de libros para los profesionales de la salud mental.

Encontré a Collins en su luminosa y amplia oficina en la American Association of Christian Counselors [Asociación Estadounidense de Consejeros Cristianos], una asociación de mil quinientos miembros de la cual es el presidente. Con cabello entrecano y espejuelos de marco plateado, se veía apuesto con un suéter con cuello de tortuga de color café, una chaqueta deportiva con trama de espina de pescado y pantalones grises (lo siento, nada de bonete puntiagudo o barba blanca ondulante).

Comencé nuestra entrevista señalando más allá de la ventana, donde la nieve caía suavemente sobre los árboles perennes.

—A unas pocas millas en esa dirección se encuentra una institución siquiátrica del estado —le dije—. Si fuéramos allí, estoy seguro de que encontraríamos algunas personas que dicen ser Dios. Diríamos que son dementes. Jesús dijo que era Dios; ¿él también estaba loco?

—Si quiere la respuesta breve —respondió Collins con una risita ahogada—, es "no".

—Sin embargo —insistí—, este es un tema legítimo que es digno de un análisis más profundo. Los expertos dicen que las personas que sufren de sicosis delirante pueden parecer racionales la mayor parte del tiempo, pero pueden tener ideas exageradas de que son individuos superlativos. Algunos incluso pueden atraer seguidores que creen que son genios. Quizás eso es lo que sucedió con Jesús —sugerí.

—Bien, es verdad que las personas que tienen problemas sicológicos a menudo dicen ser alguien que no son —respondió Collins mientras entrelazaba las manos detrás de la cabeza—. A veces dicen ser el mismo Jesús, o el presidente de los Estados

Unidos u otro personaje famoso, como Lee Strobel —agregó con gracia.

»Sin embargo —prosiguió—, los sicólogos no observan solamente lo que la persona dice. Van mucho más profundo. Observan las emociones de la persona porque los individuos perturbados a menudo presentan depresión inapropiada, o pueden estar airados con vehemencia, o quizás están plagados de ansiedad. Sin embargo considere a Jesús: él nunca demostró emociones inapropiadas. Por ejemplo, lloró por la muerte de su amigo Lázaro; eso es natural en un individuo saludable en el aspecto emocional.

—Por cierto que en ocasiones se enojaba —afirmé.

—Sí, así es pero era un tipo de enojo saludable hacia la gente que se aprovechaba de los desvalidos para llenarse los bolsillos en el templo. No fue que reaccionó en forma irracional solo porque alguien lo estaba molestando; esa fue una reacción justa en contra de la injusticia y el flagrante maltrato hacia otros.

»Otras personas delirantes suelen tener errores de percepción —agregó—. Piensan que la gente los está vigilando o tratando de atraparlos, cuando no es así. Están fuera de contacto con la realidad. Perciben erróneamente las acciones de otras personas y las acusan de hacer cosas que nunca tuvieron la intención de hacer. De nuevo, no vemos eso en Jesús. Evidentemente él estaba en contacto con la realidad. No era paranoico aunque comprendía cabalmente que había algunos peligros muy reales a su alrededor.

»Asimismo, la gente con problemas sicológicos puede tener trastornos de pensamiento: no pueden mantener una conversación lógica, sacan conclusiones erradas precipitadamente, son irracionales. No vemos eso en Jesús. Él hablaba con claridad, fuerza y elocuencia. Era brillante y poseía una percepción sorprendente de la naturaleza humana.

»Otro indicio de perturbaciones mentales es el comportamiento impropio, como vestirse de forma extraña o ser incapaz de relacionarse socialmente con otros. El comportamiento de Jesús se correspondía con lo que podría esperarse y tenía una relación profunda y constante con una amplia variedad de personas de todas las esferas de la vida.

Hizo una pausa aunque percibí que todavía no había terminado. Lo impulsé a continuar preguntándole:

—¿Qué más observa en él?

Collins miró a través de la ventana el paisaje hermoso y apacible cubierto de nieve. Cuando continuó fue como si estuviera evocando a un viejo amigo.

«Era cariñoso pero no dejaba que su compasión lo paralizara; no tenía un ego envanecido, aunque a menudo estaba rodeado de multitudes que lo adoraban; mantenía el equilibrio a pesar de su estilo de vida que por momentos era exigente; siempre sabía qué era lo que estaba haciendo y adónde iba; se preocupaba profundamente por las personas, incluso por las mujeres y los niños, quienes en ese entonces no se consideraban importantes; fue capaz de aceptar a la gente pasar por alto su pecado; respondía a los individuos según dónde se encontraban y qué necesitaban en particular.

—Entonces, doctor ¿cuál es su diagnóstico?

—En resumen, no veo indicios de que Jesús sufriera alguna enfermedad mental conocida —concluyó y agregó con una sonrisa—. Era más saludable que cualquier otra persona que conozco, ¡incluyéndome a mí!

«LOCO DE REMATE»

Concedido, al mirar la historia en retrospectiva, no vemos indicios evidentes de delirio en Jesús. Sin embargo, ¿qué de las personas que estaban en contacto directo con él? ¿Qué vieron desde su punto ventajoso más cercano?

—Algunas personas que presenciaron la escena del siglo I estarían en desacuerdo con usted con vehemencia —le dije a Collins—. Llegaron a la conclusión de que Jesús sí estaba loco. Juan 10:20 nos cuenta que muchos judíos pensaban que estaba "endemoniado y loco de remate". ¡Y esas son palabras fuertes!

—Sí, pero ni siquiera es un diagnóstico por parte de un profesional de la salud mental capacitado —replicó Collins—. Observe lo que generó esas palabras: la enseñanza de Jesús, conmovedora y profunda, acerca del buen pastor. Ellos estaban reaccionando porque sus afirmaciones sobre sí mismo estaban muy lejos de su comprensión de la norma, no porque Jesús estuviese mentalmente desequilibrado.

»Note que sus comentarios fueron desafiados de inmediato por otros, que en el versículo 21 dijeron: "Estas palabras no son

de un endemoniado. ¿Puede acaso un demonio abrirles los ojos a los ciegos?"

—¿Por qué es importante? —pregunté.

—Porque Jesús no estaba haciendo simplemente afirmaciones descabelladas acerca de sí mismo. Las estaba respaldando con obras milagrosas de compasión, como sanar a los ciegos.

»Verá, si yo dijera ser el presidente de los Estados Unidos, sería una locura. Al mirarme usted no vería ninguno de los atavíos del cargo de presidente. No luciría como el presidente. La gente no aceptaría mi autoridad presidencial. No tendría la custodia de los agentes del Servicio Secreto. Sin embargo, si el verdadero presidente dijera ser el presidente, no sería una locura porque él es el presidente y habría abundante evidencia corroborativa de ello.

»En forma análoga, Jesús no dijo ser Dios simplemente; él lo respaldó con sanidades asombrosas, con sorprendentes demostraciones de poder sobre la naturaleza, con enseñanzas trascendentes y sin precedentes, con una percepción divina de la gente, y al fin con su propia resurrección de entre los muertos, lo cual, absolutamente nadie ha sido capaz de repetir. Por lo tanto, cuando Jesús decía ser Dios, no era una locura. Era la verdad.

Sin embargo, la apelación de Collins a los milagros de Jesús dejó la puerta abierta a otras objeciones.

—Algunas personas han tratado de derribar estos milagros que supuestamente ayudan a autenticar la afirmación de Jesús de ser el Hijo de Dios —anuncié mientras sacaba un libro de mi portafolios. Le leí las palabras del escéptico Charles Templeton:

> Muchas enfermedades, entonces y ahora, eran sicosomáticas y podían "curarse" cuando cambiaba la percepción del enfermo. Al igual que hoy día un placebo recetado por un médico en quien el paciente tiene confianza puede efectuar una cura manifiesta, en tiempos antiguos, la fe en el sanador podía ahuyentar síntomas adversos. Con cada éxito, la reputación del sanador solía crecer y en consecuencia, sus poderes resultaban más eficaces.[2]

—¿Acaso esto no desecha los milagros que supuestamente respaldan la afirmación de Jesús de ser el Hijo de Dios? —inquirí.

La reacción de Collins me sorprendió.

—Yo no estaría muy en desacuerdo con lo que escribió Templeton —respondió Collins.

—¿No?

—No verdaderamente. ¿Pudiera Jesús en algunas ocasiones haber sanado por sugestión? No me parece mal. A veces la gente puede tener una enfermedad de inducción sicológica y si encuentran un nuevo propósito por el cual vivir, una nueva dirección, ya no necesitan la enfermedad.

»¿El efecto placebo? Si uno piensa que se va a sentir mejor, a menudo se siente mejor. Esa es una realidad médica debidamente comprobada. Cuando la gente venía a Jesús, creían que él podía sanarles, entonces lo hacía. Sin embargo el hecho es que sin importar cómo lo hacía, Jesús sí los sanaba.

»Por supuesto que eso no explica todas las sanidades de Jesús —agregó de inmediato—. A menudo la sanidad sicosomática lleva tiempo; las sanidades de Jesús eran espontáneas. Muchas veces la gente que es sanada sicológicamente experimenta la reaparición de los síntomas pocos días después, sin embargo, no vemos evidencia alguna de eso. Además Jesús sanó dolencias como la ceguera de nacimiento y la lepra, para las cuales no es muy probable que quepa la explicación sicosomática.

»Y por encima de todo eso, Jesús resucitó gente de entre los muertos; ¡y la muerte no es un estado inducido sicológicamente! Además están todos sus milagros naturales: calmar la tempestad, transformar el agua en vino. Eso desafía las respuestas naturalistas.

Bueno... quizás. Sin embargo, la mención por parte de Collins del milagro de Jesús de transformar el agua en vino acarreó otra explicación posible para los sorprendentes hechos de Jesús.

JESÚS EL HIPNOTIZADOR

¿Has visto alguna vez el espectáculo de un hipnotizador que le da agua a una persona que ha puesto en trance y luego le sugiere que está bebiendo vino? La persona aprieta los labios, se marea, comienza a sentirse embriagada como si estuviera tragando un vino tinto barato.

El escritor británico Ian Wilson formuló la pregunta de si fue de esa manera que Jesús convenció a los invitados a la boda de

Caná que había transformado jarras de agua en la libación fermentada más fina.

En realidad, Wilson plantea la posibilidad de que Jesús pueda haber sido un hipnotizador maestro, lo cual explicaría los supuestos aspectos sobrenaturales de su vida. Por ejemplo, la hipnosis pudiera dar cuenta de sus exorcismos; su transfiguración, durante la cual tres de sus seguidores vieron su rostro resplandecer y sus ropas brillar más blancas que la luz; y aun sus sanidades. Como evidencia, Wilson cita el ejemplo moderno de un muchacho de dieciséis años cuyo serio trastorno de la piel fue curado inexplicablemente mediante la sugestión hipnótica.

Quizás Lázaro no fue resucitado de entre los muertos en verdad. ¿Acaso no puede haber estado en un trance similar a la muerte que se había inducido mediante hipnosis? En cuanto a la resurrección, Jesús «pudo haber condicionado eficazmente [a los discípulos] para que alucinaran sus apariciones en respuesta a ciertas claves previamente arregladas (¿el partir el pan, quizás?) durante un período después de su muerte predeterminado», especuló Wilson.[3]

Esto incluso explicaría la referencia enigmática en los Evangelios a la incapacidad de Jesús para realizar muchos milagros en su pueblo, Nazaret. Wilson expresó:

> Jesús fracasó precisamente donde como hipnotizador uno más esperaría que fracasara, entre aquellos que lo conocían mejor, aquellos que lo vieron crecer como un niño común. El asombro y el misterio con los cuales se rodea son en gran medida responsables del éxito de cualquier hipnotizador y estos factores esenciales serían los que faltaron en el pueblo de Jesús.[4]

—Tiene que admitir —le dije a Collins—, que esta es una manera bastante interesante de tratar de explicar los milagros de Jesús.

—¡Este tipo tiene más fe en la hipnosis que yo! —exclamó con una expresión de incredulidad—. Si bien es un argumento inteligente, no soporta un análisis. Está lleno de agujeros.

Uno por uno Collins comenzó a enumerarlos:

—En primer lugar, se encuentra el problema de que un montón de gente sea hipnotizada. No todo el mundo tiene la misma susceptibilidad.

»Los hipnotizadores de espectáculos le hablan a la audiencia con un cierto tono de voz relajante y observan qué personas parecen responder y luego las eligen como voluntarios porque son bien susceptibles a la hipnosis. En un grupo grande hay muchas personas resistentes. Cuando Jesús multiplicó los panes y los peces, había cinco mil testigos. ¿Cómo puede haberlos hipnotizado a todos?

»En segundo lugar, la hipnosis generalmente no funciona con personas escépticas o que dudan. Por lo tanto, ¿cómo hipnotizó Jesús a su hermano Santiago, quien dudaba de él pero después vio al Cristo resucitado? ¿Cómo hipnotizó a Saulo de Tarso, el enemigo del cristianismo que nunca había conocido a Jesús sino hasta que lo vio después de la resurrección? ¿Cómo hipnotizó a Tomás, quien era tan escéptico que no creyó en la resurrección hasta que no puso su dedo en los agujeros de los clavos de las manos de Jesús?

»En tercer lugar, con respecto a la resurrección, la hipnosis no explicaría la tumba vacía.

Irrumpí:

—Supongo que alguien pudiera alegar que los discípulos habían sido hipnotizados para imaginar que la tumba estaba vacía —propuse.

—Aun si eso fuera posible —respondió Collins—, ciertamente Jesús no pudo haber hipnotizado a los fariseos y a las autoridades romanas y con gusto hubieran presentado su cuerpo si hubiera permanecido en la tumba. El hecho de que no lo hicieron nos revela que la tumba estaba realmente vacía.

»En cuarto lugar, observe el milagro de la transformación del agua en vino. Jesús nunca se dirigió a los invitados de la boda. Ni siquiera les sugirió a los sirvientes que el agua se había convertido en vino; simplemente les dijo que le llevaran un poco de agua al encargado del banquete. Él fue quien la probó y dijo que era vino, sin indicación previa.

»En quinto lugar, la sanidad de la piel que menciona Wilson no fue instantánea, ¿no?

—En realidad —dije—, el *British Medical Journal* [Suplemento médico británico], señala que después de la hipnosis la piel

de reptil, llamada ictiosis, tardó cinco días en desprenderse del brazo izquierdo del adolescente y muchos días más tardó la piel en presentar un aspecto normal. El porcentaje de éxito de la hipnosis en el tratamiento de otras partes de su cuerpo en un período de varias semanas osciló entre 50% y 95%.[5]

—Compare eso —sugirió Collins—, con la sanidad que realiza Jesús en diez leprosos en Lucas 17. Fueron sanados instantáneamente; y 100%. Eso no se explica meramente con la hipnosis. Y tampoco es la sanidad que realizó en un hombre con la mano paralizada en Marcos 3. Aunque la gente estuviera en trance y meramente hubiera pensado que la mano del hombre había sido sanada, al final habrían descubierto la verdad. La hipnosis no dura mucho tiempo.

»Y finalmente, los Evangelios registran todo tipo de detalles acerca de lo que Jesús dijo e hizo pero nunca lo representan diciendo o haciendo algo que sugiera que él hipnotizaba a la gente. Y podría continuar con más.

Me reí.

—Le dije que era una explicación interesante; ¡no dije que fuera convincente! —dije—. Sin embargo, se están escribiendo libros para promover este tipo de ideas.

—Me resulta sorprendente —respondió Collins—, cómo la gente se agarra de cualquier cosa con tal de intentar refutar los milagros de Jesús.

JESÚS EL EXORCISTA

Antes de terminar nuestra entrevista, quería sondear la pericia sicológica de Collins en un terreno más que los escépticos consideran perturbadora.

—Jesús era un exorcista —observé—. Le hablaba a los demonios y los echaba fuera de las personas que supuestamente estaban poseídas. Sin embargo, es realmente racional creer que espíritus malignos son los responsables de algunas enfermedades y comportamientos extraños?

Collins no se vio afectado por la pregunta.

—Desde el punto de vista de mis creencias teológicas, acepto que los demonios existen —respondió—. Vivimos en una sociedad en la que mucha gente cree en los ángeles. Saben que hay fuerzas espirituales allí afuera y no es muy difícil llegar a la conclusión de que algunas puedan ser malévolas. Donde se ve a Dios obrar, a veces esas fuerzas están más activas y es eso lo que probablemente sucedía en el tiempo de Jesús.

Noté que Collins había hecho referencia a sus creencias teológicas y no a su experiencia clínica.

—Usted, como sicólogo, ¿ha visto alguna vez evidencia clara de lo demoníaco? —le pregunté.

—No la he visto en forma personal pero tampoco he pasado toda mi carrera en el campo clínico —explicó—. Mis amigos en el campo clínico han dicho que algunas veces lo han visto y estas personas no son del tipo que está inclinado a ver demonios detrás de cada problema. Tienden a ser escépticos. El psiquiatra M. Scott Peck escribió algo sobre este tipo de tema en su libro *People of the Lie* [La gente de la mentira].[6]

Señalé que Ian Wilson, al sugerir que Jesús podría haber usado la hipnosis para curar a las personas que simplemente creían que estaban poseídas, dijo en tono de dar por descartado que ningún «individuo realista» explicaría un estado de posesión «como obra de demonios verdaderos».[7]

—Hasta cierto punto, uno encuentra lo que se propone encontrar —fue la respuesta de Collins—. La gente que niega la existencia de lo sobrenatural siempre encontrará una manera, sin importar lo forzada que sea, de explicar una situación fuera de lo demoníaco. Siguen recetando medicamentos, siguen drogando a la persona, pero esta no se siente mejor. Hay casos que no responden al tratamiento médico o siquiátrico normal.

—Los exorcismos de Jesús ¿pueden haber sido sanidades sicosomáticas? —inquirí.

—Sí, en algunos casos, pero uno tiene que observar todo el contexto. ¿Qué hay acerca del hombre que estaba poseído y Jesús envió a los demonios a los cerdos y estos se arrojaron por un acantilado? ¿Qué es lo que sucede entonces si esa fue una situación sicosomática? Yo pienso que Jesús sí echó fuera los demonios y pienso que algunas personas lo hacen hoy día.

»Al mismo tiempo, no deberíamos precipitarnos a llegar a la conclusión de que es obra demoníaca cuando nos enfrentamos a un problema reacio. Tal como lo expresó C.S. Lewis: hay dos errores iguales y opuestos en los que podemos caer con respecto a los demonios: "Uno es no creer en su existencia. Y el otro es

creer y tener un interés excesivo y poco saludable en ellos. Ellos están complacidos con cualquiera de estos dos errores."[8]

—¿Sabe, Gary? Esa idea quizás tenga éxito en la Asociación Estadounidense de Consejeros Cristianos pero ¿cree que los sicólogos seculares considerarían racional creer en lo demoníaco? —le pregunté.

Pensé que Collins se sentiría ofendido por mi pregunta, la cual me salió sonando más condescendiente de lo que era mi intención, pero no fue así.

—Es interesante cómo están cambiando las cosas —esbozó—. Nuestra sociedad hoy día está inmersa en la "espiritualidad". Esa es una palabra que puede significar cualquier cosa, pero sí reconoce lo sobrenatural. Es muy interesante lo que los sicólogos creen hoy día. Algunos están en lo místico oriental; otros hablan del poder de los chamanes para influir en la vida de las personas.

»Mientras que veinticinco años atrás la sugerencia de la actividad demoníaca se hubiera desechado inmediatamente, muchos sicólogos están comenzando a reconocer que quizás haya más cosas en el cielo y en la tierra que de las que nuestras filosofías pueden dar cuenta.

«¡IMAGINACIÓN DESCABELLADA!»

Collins y yo nos habíamos desviado un poco del objetivo original de nuestra entrevista. Al pensar en nuestra charla mientras conducía de regreso a casa, volví a la cuestión central que me había llevado a él: Jesús decía ser Dios. Nadie sugiere que él era engañoso en forma intencional. Y ahora Collins, basándose en treinta y cinco años de experiencia sicológica, concluye que no tenía incapacidades mentales.

Sin embargo, eso me dejó con una nueva interrogante: ¿acaso Jesús cumplía los atributos de Dios? Al fin y al cabo, una cosa es alegar divinidad pero otra muy distinta es personificar las características que hacen de Dios, Dios.

En un semáforo, tomé un anotador de mi portafolios y garabateé un recordatorio: *Rastrear a D.A. Carson.* Sabía que hablaría con uno de los principales teólogos del país sobre este asunto.

Mientras tanto, la charla con Gary Collins me llevó a pasar tiempo esa noche releyendo cuidadosamente los discursos de Jesús. No podía detectar ningún indicio de demencia, delirio ni paranoia. Al contrario, me conmovió una vez más su profunda sabiduría, su percepción sobrenatural, su elocuencia poética y su profunda compasión. El historiador Philip Schaff lo expresó mejor que yo.

> ¿Acaso un intelecto tal; claro como el cielo, tonificante como el aire de la montaña, agudo y penetrante como una espada, completamente sano y vigoroso, siempre listo y siempre sereno, es propenso a un delirio radical y más serio con respecto a su propio carácter y misión? *¡Imaginación descabellada!*[9]

Deliberaciones

Preguntas para la reflexión personal o para grupo de estudio.

1. ¿Cuáles son algunas de las diferencias entre un paciente de un hospital siquiátrico que dice ser Dios y Jesús que hace la misma afirmación acerca de sí mismo?
2. Lea la enseñanza de Jesús conocida como las bienaventuranzas en Mateo 5:1-12. ¿Qué observaciones puede hacer acerca de su intelecto, su elocuencia, su compasión, su percepción profunda de la naturaleza humana, su capacidad para enseñar verdades profundas y su salud sicológica general?
3. Habiendo leído la respuesta de Collins a la teoría de que la hipnosis puede dar cuenta de los milagros de Jesús, ¿cree que esta es una hipótesis viable? ¿Por qué o por qué no?

Más evidencia

Más recursos sobre el tema

Collins, Gary R., *Can You Trust Psychology?* [¿Se puede confiar en la sicología?], InterVarsity Press, Downers Grove, IL, 1988.

___. *Christian Counseling: A Comprehensive Guide* [Consejería Cristiana: Guía Completa], Word, Waco, TX, 1988.

___. *The Soul Search* [La búsqueda del alma], Nelson, Nashville, 1998.

Lewis, C.S., *Cartas a un Diablo Novato*, Collins-Fontana, Londres, 1942.



LA PRUEBA DEL PERFIL

¿Poseía Jesús los atributos de Dios?

Poco después de que ocho estudiantes de enfermería fueran asesinadas en un departamento de Chicago, la única sobreviviente temblorosa se reunió con un artista bocetista de la policía y describió en detalle el asesino que había visto desde su posición privilegiada secreta debajo de una cama.

Rápidamente el retrato hablado fue enviado a toda la ciudad: a los oficiales de policía, a los hospitales, a los puestos de tránsito, al aeropuerto. Pronto un médico de sala de emergencia llamó a los detectives para informar que estaba tratando a un hombre que se veía sospechosamente parecido al fugitivo de mirada dura plasmado en el boceto.

Así fue como la policía arrestó a un vagabundo llamado Richard Speck quien fue condenado con prontitud por los infames asesinatos y murió en la cárcel treinta años después. [1]

Desde que Scotland Yard convirtió por primera vez los recuerdos de un testigo en el retrato hablado de un sospechoso en 1889, los artistas forenses han representado un papel importante en el cumplimiento de la ley. Hoy día más de trescientos artistas bocetistas trabajan en cuerpos de policía de los Estados Unidos y un creciente número de departamentos está comenzando a depender de un sistema computarizado llamado EFIT (Electronic Facial Identification Technique) [TIFE: Técnica de identificación facial electrónica].

Esta tecnología de desarrollo reciente se utilizó con éxito en 1997 para resolver un secuestro que ocurrió en un centro comercial ubicado a unas pocas millas de mi casa en las afueras de Chicago. La víctima le proveyó detalles sobre la apariencia del secuestrador a un técnico, quien utilizó una computadora para

crear un retrato electrónico del criminal mediante la selección de diferentes tipos de nariz, boca, línea de cabello, etc.

Apenas unos momentos después que el retrato se enviara por fax a las oficinas de policía en toda el área, un investigador de otra localidad reconoció la foto como la llamada de la muerte para un criminal con el que se había topado con anterioridad. Afortunadamente, esto llevó al arresto rápido del sospechoso de secuestro.[2]

Si bien resulta extraño, el concepto del dibujo de un artista puede ofrecer una analogía que puede ayudarnos en nuestra búsqueda de la verdad acerca de Jesús. Sería de la siguiente manera: el Antiguo Testamento provee abundantes detalles acerca de Dios que nos dan un boceto bien específico de cómo es. Por ejemplo, Dios es descrito como omnipresente, es decir, que está en todo lugar en el universo; como omnisciente, que conoce todo lo que se puede conocer en toda la eternidad; como omnipotente, que es todo poderoso; como eterno, que está más allá del tiempo y a la vez es la fuente de todo el tiempo; como inmutable, que no hay variación en sus atributos. Es amoroso, es santo, es recto, es sabio, es justo.

Ahora bien, Jesús decía ser Dios. Sin embargo ¿cumple estas características de la deidad? Es decir, si examinamos a Jesús cuidadosamente, ¿su semejanza concuerda estrechamente con el boceto de Dios que encontramos en otro lugar de la Biblia? Si no es así, podemos concluir que su afirmación de ser Dios es falsa.

Esta cuestión es sumamente compleja y exigente. Por ejemplo, cuando Jesús estaba enseñando el Sermón del Monte en una colina en las afueras de Capernaum, no estaba parado simultáneamente en la calle principal de Jericó, por lo tanto, ¿en qué sentido se le puede llamar omnipresente? ¿Cómo se le puede llamar omnisciente si él mismo admite sin rodeos en Marcos 13:32 que él no sabe todo acerca del futuro? Si él es eterno, ¿por qué Colosenses 1.15 lo llama «primogénito de toda creación»?

En la superficie, estas cuestiones parecen sugerir que Jesús no se parece al boceto de Dios. De todos modos, aprendí con el transcurso de los años que las impresiones iniciales pueden ser engañosas. Es por eso que estaba contento de que podría tratar estas cuestiones con el Dr. D.A. Carson, el teólogo que en años recientes emergió como uno de los pensadores más distinguidos del cristianismo.

LA OCTAVA ENTREVISTA: DR. DONALD A. CARSON

D.A. Carson, profesor investigador del Nuevo Testamento en Trinity Evangelical Divinity School, escribió o editó más de cuarenta libros, entre ellos, *The Sermon on the Mount* [El Sermón del Monte]; *Exegetical Fallacies* [Falacias Exegéticas]; *The Gospel According to John* [El Evangelio según Juan]; y su premiado *The Gagging of God* [La mordaza para Dios].

Puede leer en varios idiomas (su dominio del francés emana de haber pasado su niñez en Québec) y es miembro de la Tyndale Fellowship for Biblical Research [Fundación Tyndale para la Investigación Bíblica], de la Society for Biblical Literature [Sociedad de Literatura Bíblica] y del Institute for Biblical Research [Instituto para la Investigación Bíblica]. Sus campos de pericia incluyen el Jesús histórico, el posmodernismo, la gramática griega y la teología de los apóstoles Pablo y Juan.

Luego de estudiar química inicialmente (recibió un título de ciencias de McGill University), Carson recibió una maestría en divinidades antes de irse a Inglaterra, donde obtuvo un doctorado en el Nuevo Testamento en la prestigiosa Cambridge University. Enseñó en otras tres universidades y seminarios antes de unirse a Trinity en 1978.

Nunca había visto a Carson en persona antes de llegar a la sede de Trinity en Deerfield, Illinois, para nuestra entrevista. Francamente, estaba esperando un académico almidonado. Sin embargo, si bien me encontré con que Carson era todo lo erudito que había escuchado decir, quedé sorprendido por su tono cálido, sincero y pastoral a medida que respondía lo que resultaron ser, en algunos casos, preguntas algo cáusticas.

Nuestra conversación se sostuvo en la entonces desolada sala de profesores durante las vacaciones de Navidad. Carson vestía una chaqueta blanca encima de una camisa con el cuello desabotonado, pantalón de caqui azul y unos tenis Adidas. Después de un amistoso intercambio acerca de nuestro aprecio mutuo por Inglaterra (Carson ha vivido allí por temporadas a través de los años y su esposa, Joy, es inglesa), tomé mi libro de notas, puse a funcionar la grabadora y formulé una pregunta de fondo para ayudar a determinar si Jesús tiene «lo que se necesita» para ser Dios.

VIVÍA Y PERDONABA COMO DIOS

Mi pregunta inicial se centró en por qué, en primer lugar, Carson piensa que Jesús es Dios. «¿Qué dijo o qué hizo», le pregunté, «que lo convence de que es divino?». Yo no estaba seguro de cómo iba a responder aunque anticipaba que se centraría en las obras sobrenaturales de Jesús. Me había equivocado.

—Uno puede señalar cosas tales como sus milagros —anunció Carson mientras se recostaba en la silla cómodamente tapizada—, pero otras personas han hecho milagros, por lo tanto, aunque puede ser indicativo, no es concluyente. Por supuesto, la resurrección fue la vindicación final de su identidad. Pero de todo lo que hizo, lo que me llama más la atención es el perdón de los pecados.

—¿En serio? —repliqué mientras me acomodaba en la silla, que se encontraba en posición perpendicular a la suya, para quedar frente a él—. ¿Cómo es eso?

—El asunto es que si usted hace algo en mi contra, tengo el derecho de perdonarlo. Sin embargo, si usted hace algo en contra de mí y otra persona viene y le dice: "Te perdono", ¿qué clase de desfachatez es esa? La única persona que puede decir algo así con todo sentido es Dios mismo, porque el pecado, incluso si es en contra de otra persona, es primero y principalmente un desafío a Dios y a sus leyes.

»Cuando David pecó cometiendo adulterio y arreglando la muerte del esposo de la mujer, finalmente le dice a Dios en el Salmo 51: "Contra ti he pecado, solo contra ti, y he hecho lo que es malo ante tus ojos." Reconoció que aunque había perjudicado a otras personas, al fin y al cabo había pecado contra el Dios que lo había hecho a su imagen y Dios tenía que perdonarlo.

»Entonces, por allí viene Jesús y le dice a los pecadores: "Te perdono." Los judíos reconocieron inmediatamente la blasfemia que constituía. Reaccionan diciendo: "¿Quién puede perdonar pecados sino solo Dios?" A mi parecer, esa es una de la acciones de Jesús que más me llama la atención.

—Jesús no solo perdonaba pecados —observé—, sino también afirmaba que él mismo no tenía pecado. Y ciertamente la falta de pecado es un atributo de la deidad.

—Sí —respondió—. Históricamente en el mundo occidental, las personas que se consideran más santas también han sido conscientes de sus propias fallas y su propios pecados. Son personas que están al tanto de sus errores, deseos, y resentimientos y están luchando contra ellos con sinceridad por la gracia de Dios. De hecho, están luchando tan bien que otros los observan y comentan: "Esta es una persona santa."

»Sin embargo llega Jesús, quien puede decir con toda seriedad: "¿Quién de ustedes me puede probar que soy culpable de pecado?" Si yo lo dijera, mi esposa, mis hijos y todos los que me conocen estarían dispuestos a ponerse en pie y dar testimonio, mientras que nadie pudo hacerlo con respecto a Cristo.

Aunque la perfección moral y el perdón de los pecados son sin duda características de la deidad, hay varios atributos más que Jesús debe cumplir si es que va a encajar en el bosquejo de Dios. Era el momento de pasar a ellas. Habiendo comenzado a lanzarle la pelota alta y suave a Carson, me preparé para lanzarle algunas curvas.

EL MISTERIO DE LA ENCARNACIÓN

Utilizando algunas notas que había traído conmigo, le disparé a Carson una ráfaga de los mayores obstáculos a la afirmación de deidad de Jesús.

—Dr. Carson, ¿cómo va a ser posible que Jesús fuera omnipresente si no podía estar en dos lugares a la misma vez? —le pregunté—. ¿Cómo puede ser omnisciente cuando dice: "Ni siquiera el Hijo del hombre sabe el día ni la hora de su regreso"? ¿Cómo puede ser omnipotente cuando los Evangelios dicen claramente que no pudo hacer muchos milagros en un pueblo?

Señalándolo con mi pluma para dar énfasis concluí diciendo:

—Admitámoslo: la Biblia misma parece argumentar en contra de que Jesús sea Dios.

Si bien Carson se mantuvo impertérrito, sí admitió que tales preguntas no tenían respuestas simples. Al fin y al cabo, golpean el punto central de la encarnación, Dios hecho hombre, el espíritu revestido de carne, lo infinito convertido en finito, lo eterno sujeto al tiempo y el espacio. Es una doctrina que ha mantenido ocupados a los teólogos durante siglos. Y allí decidió Carson comenzar su respuesta: regresando a la forma en la cual los eruditos trataron de responder estas cuestiones a través de los años.

—Históricamente, hubo dos o tres enfoques de esta cuestión —anunció sonando como si estuviera dando comienzo a su exposición en una clase.

»Por ejemplo, a fines delsiglo pasado, el gran teólogo Benjamin Warfield profundizó en los Evangelios y adscribió varios fragmentos a la humanidad de Cristo o a su deidad. Cuando Jesús hace algo que refleja que él es Dios, lo adscribe a la deidad de Cristo. Cuando hay algo que refleja sus limitaciones o su naturaleza finita o humana; por ejemplo, sus lágrimas; ¿Dios llora?, lo adscribe a su humanidad.

Me pareció que esa explicación estaba cargada de problemas.

—Si hace eso, ¿acaso no terminaría con un Jesús esquizofrénico? —pregunté.

—Es fácil deslizarse hacia ese punto inadvertidamente —respondió—. Todas las declaraciones confesionales han hecho énfasis en que tanto la humanidad de Jesús como su deidad se mantienen distintas, no obstante se combinan en una persona. Por lo tanto se desea evitar una solución en la cual hay dos mentes: una especie de mente humana de Jesús y una mente divina de Cristo. Sin embargo, este es un tipo de solución y puede haber algo de eso.

»El otro tipo de solución una cierta forma de kenosis, que significa "vaciamiento". Esto surge de Filipenses 2, donde Pablo nos dice que Jesús, "siendo por naturaleza Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo que explotar" (esa es la forma en la que debería traducirse) "sino se vació a sí mismo". Se convirtió en alguien insignificante.

Eso me parecía un poco ambiguo.

—¿Puede ser más explícito? —le pedí. ¿Exactamente de qué se vació?

Parece que había dado con el quid de la cuestión.

—Ah, esa es la cuestión —respondió Carson asintiendo—. A través de los siglos, la gente ha dado varias respuestas. Por ejemplo, ¿acaso se vació de su deidad? Bueno, entonces ya no sería Dios.

»¿Acaso se vació de los atributos de su deidad? Eso también me genera un problema porque es difícil separar los atributos de la realidad. Si tenemos un animal que se parece a un caballo, huele como un caballo, camina como un caballo y tiene todos los atributos de un caballo, tenemos un caballo. Por lo tanto no sé qué significa que Dios se vacía de sus atributos y aun es Dios.

»Algunos dicen: "No se vació de sus atributos sino que se vació de sus atributos", una especie de limitación propia. Eso se acerca más, aunque hay ocasiones en las que no estaba haciendo eso: estaba perdonando pecados en la forma en la que solo Dios puede perdonar, lo cual es un atributo de la deidad.

»Otros van más allá y dicen: "Se vació del uso independiente de sus atributos", es decir, actuaba como Dios cuando su Padre celestial le daba autorización explícita para hacerlo. Ahora bien, eso se acerca más. La dificultad es que existe un sentido en el que el Hijo eterno siempre actuó en obediencia a los mandamientos del Padre. Uno no desea perderlo, aun en el pasado de la eternidad. Sin embargo, se está acercando.»

Percibía que estábamos cerca del centro del blanco pero no estaba seguro si nos íbamos a acercar mucho más. Ese también parecía ser el sentir de Carson.

—En sentido estricto —afirmó—, Filipenses 2 no nos dice con precisión de qué se vació el Hijo eterno. Se vació; se rebajó. Algún tipo de vaciamiento es el asunto, pero seamos francos, estamos hablando de la encarnación, uno de los misterios centrales de la fe cristiana.

»Estamos tratando con un Espíritu informe, incorpóreo, omnisciente, omnipresente, omnipotente y con criaturas finitas, palpables, físicas, sujetas al tiempo. Que uno se convierta en el otro en forma inevitable nos envuelve en misterios.

»Por lo tanto, parte de la teología cristiana no se ha centrado en "aclarar todo completamente" sino en tratar de tomar la evidencia bíblica y, reteniéndola toda completamente, buscar formas de síntesis con coherencia racional aunque no sean exhaustivamente explicativas.»

Esa era una forma sofisticada de decir que los teólogos pueden proponer explicaciones que parecen tener sentido aunque no puedan explicar cada detalle de la encarnación. En cierto modo, parece lógico. Si la encarnación es verdad, no me sorprende que mentes finitas no puedan comprenderla cabalmente.

Me parecía que el «vaciamiento» voluntario del uso independiente de los atributos de Jesús resultaba razonable para explicar por qué no exhibía siempre los «omnis» (omnisciencia, omnipo-

tencia y omnipresencia) en su existencia terrenal aunque el Nuevo Testamento expresa claramente que todas estas cualidades son finalmente verdaderas para él.

Sin embargo, esa era solo una parte del problema. Pasé a la siguiente página de mis notas y comencé otra serie de preguntas sobre algunos pasajes bíblicos específicos que parecían contradecir la afirmación de Jesús de que era Dios.

¿CREADOR O CRIATURA?

Parte del boceto con el que Jesús debe coincidir es que Dios es un ser no creado que existe desde la eternidad. Isaías 57:15 describe a Dios como «el que vive para siempre». Sin embargo, le dije a Carson, hay algunos versículos que parecen sugerir firmemente que Jesús fue un ser creado.

—Por ejemplo —mencioné—, Juan 3:16 llama a Jesús el "unigénito" Hijo de Dios y Colosenses 1:15 dice que él es el "primogénito de toda creación". ¿Acaso no da a entender claramente que Jesús fue creado, en contraposición a ser el Creador?

Una de las áreas de pericia de Carson es la gramática griega, la cual invocó al responder a ambos versículos.

—Tomemos Juan 3:16 —propuso—. La traducción genelalizada del griego utiliza las palabras "Hijo unigénito". Aquellos que consideran que esta es la traducción correcta generalmente la unen a la encarnación misma, es decir, su gestación en la virgen María. Sin embargo, ese no es el significado de la palabra del griego.

»En realidad significa "único". La forma en la que generalmente se le utiliza en el siglo I es "único y amado". Por lo tanto Juan 3:16 simplemente dice que Jesús es el Hijo único y amado; en vez de decir que es engendrado ontológicamente en el tiempo.

—Eso solo explica un pasaje —señalé.

—Está bien, pasemos al versículo de Colosenses, que utiliza el término "primogénito". La amplia mayoría de los comentaristas, ya sean conservadores o liberales, reconocen que en el Antiguo Testamento, el primogénito, según las leyes de sucesión, normalmente recibía la mejor porción de la herencia, o sería rey en el caso de la familia real. Por lo tanto, el primogénito era en última instancia el que tenía todos los derechos del padre.

»Ya en el siglo II a.C., hay pasajes en los que la palabra ya no denota la concepción propiamente dicha ni que es el primero en nacer sino que transmite la idea de la autoridad que conlleva ser el heredero legítimo. Es en esa forma que se aplica a Jesús, admiten prácticamente todos los eruditos. Bajo esa luz, la precisa expresión "primogénito" es un poco engañosa.

—¿Cuál sería una traducción mejor? —pregunté.

—Creo que "heredero supremo" sería más apropiada —respondió.

Si bien eso explicaba el pasaje de Colosenses, Carson prosiguió con un punto más.

—Si va a citar Colosenses 1:15, tiene que ponerlo en su contexto yendo a Colosenses 2:9, donde el mismo autor subraya: "Toda la plenitud de la divinidad habita en forma corporal en Cristo." El autor no se va a contradecir. Por lo tanto, el término "primogénito" no puede excluir la eternidad de Jesús dado que ella es parte de lo que significa poseer toda la plenitud de la divinidad.

Para mí, eso resolvía la cuestión. Sin embargo, también había otros pasajes problemáticos. Por ejemplo, en Marcos 10, alguien se dirige a Jesús y lo llama «maestro bueno» lo cual lleva a Jesús a responder: «¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino solo Dios».

—¿Acaso no estaba negando su divinidad al responder así? —sugerí.

—No, creo que estaba tratando de lograr que la persona se detuviera y pensara lo que estaba diciendo —explicó Carson—. El pasaje paralelo en Mateo es más amplio y no presenta a Jesús disminuyendo su deidad de ningún modo.

»Creo que lo que está diciendo es "Espera un minuto; ¿por qué me llamas bueno? ¿Es solo por educación al igual que dices 'buen día'? ¿Qué quieres decir con 'bueno'? Me llamas maestro bueno, ¿acaso será porque quieres quedar bien conmigo?"

»En un sentido fundamental solo hay uno bueno y ese es Dios. Sin embargo Jesús no está diciendo en forma implícita, "Así que no me llames de ese modo". Está diciendo: "¿Realmente entiendes lo que estás diciendo cuando me llamas así? ¿Realmente me estás atribuyendo lo que solo se debe atribuir a Dios?"

»Esto podría desmenuzarse así: "En verdad soy lo que dices; hablas mejor de lo que conoces" o "No te atrevas a llamarme así; la próxima vez llámame 'Jesús pecador' como todo el mundo". Según todo lo que Jesús dijo e hizo, ¿de qué forma le parece mejor interpretarlo?

Con tantos versículos que llaman a Jesús «sin pecado», «santo», «justo», «inocente», «sin mancha» y «apartado de los pecadores», la respuesta era bastante evidente.

¿ERA JESÚS UN DIOS MENOR?

Si Jesús era Dios, ¿qué clase de Dios era? ¿Era igual al Padre o una especie de Dios menor que poseía los atributos de la deidad, pero de alguna manera no alcanzaba a corresponderse con el boceto que el Antiguo Testamento provee de lo divino?

Esta pregunta viene de otro pasaje que le señalé a Carson.

—Jesús dijo en Juan 14:28: "el Padre es más grande que yo". Algunos toman esto como base para llegar a la conclusión de que Jesús debe haber sido un Dios menor. ¿Tienen razón? —le pregunté.

—Mi padre era predicador —respondió suspirando— y en casa teníamos un dicho que rezaba: "un texto sin su contexto es un pretexto." Es muy importante observar este pasaje en su contexto.

»Los discípulos se están lamentando porque Jesús les dijo que se iba. Jesús afirma: "Si me amaran, se alegrarían de que voy al Padre, porque el Padre es más grande que yo." Es decir, Jesús está regresando a la gloria, que es suya porque le corresponde, por lo tanto, si realmente supieran quién es él, y si lo amaran realmente como debieran, estarían contentos de que regresara al reino donde realmente es mayor. Jesús dice en Juan 17:5: "Y ahora, Padre, glorifícame en tu presencia con la gloria que tuve contigo antes de que el mundo existiera", es decir, "el Padre es más grande que yo".

»Cuando se utiliza una categoría como «mayor» no es necesario que signifique ontológicamente mayor. Si digo, por ejemplo, que el presidente de los Estados Unidos es mayor que yo, no estoy diciendo que es un ser con superioridad ontológica. Es mayor en cuanto a capacidad militar, pericia política y aclamación popular,

pero él es tan hombre como yo. Yo soy un ser humano y él es un ser humano.

»Por lo tanto, cuando Jesús afirma: "el Padre es más grande que yo", uno debe considerar el contexto y preguntarse si Jesús está diciendo: "El Padre es más grande que yo porque él es Dios y yo no." Francamente, me parece que sería decir algo ridículo. Suponga que me pusiera de pie en un podio para predicar y dijera: "Solemnemente declaro que Dios es más grande que yo." Sería una observación bastante inútil.

»La comparación solo cobra significado si ellos estuvieran ya en el mismo plano y se estuviera haciendo una delimitación. Jesús se encuentra en las limitaciones de la encarnación: está camino a la cruz; va a morir, pero está a punto de regresar al Padre y a la gloria que tuvo con el Padre antes de que el mundo existiera.

»Les está diciendo: "Muchachos, ustedes se están lamentando por mi causa; deberían estar contentos porque estoy regresando a casa." Es en ese sentido que "el Padre es más grande que yo".

—Entonces —observé—, no es una negación implícita de su deidad.

—No —concluyó—, en realidad no lo es. El contexto lo deja en claro.

Si bien estaba dispuesto a aceptar el hecho de que Jesús no era un Dios menor, tenía un asunto distinto y más delicado para plantear: ¿Cómo puede ser Jesús un Dios compasivo y no obstante apoyar la idea del sufrimiento eterno para aquellos que lo rechazan?

LA CUESTIÓN PERTURBADORA DEL INFIERNO

La Biblia dice que el Padre es amoroso. El Nuevo Testamento afirma lo mismo acerca de Jesús. Sin embargo, ¿cómo puede ser realmente amoroso si al mismo tiempo manda gente al infierno? Al fin y al cabo, Jesús enseña más acerca del infierno que cualquier otra persona en toda la Biblia. ¿Acaso no contradice su supuesto carácter bueno y compasivo?

Al formularle la pregunta a Carson, cité las palabras mordaces del agnóstico Charles Templeton: «¿Cómo puede el amoroso Padre Celestial crear un infierno eterno y, en el transcurso de los siglos, consignar a él a millones de personas porque no aceptan o no pueden aceptar ciertas creencias religiosas?» [3]

Esa pregunta, aunque intencionada para impacto máximo, no causó la ira de Carson. Comenzó con una aclaración:

—En primer lugar, no estoy seguro de que Dios arroje a la gente al infierno porque no acepta ciertas creencias.

Pensó por unos momentos, y se echó atrás para proponer una respuesta más completa mediante la discusión de un aspecto que muchas personas hoy día consideran un curioso anacronismo: el pecado.

—Imagínese a Dios en el principio de la creación con un hombre y una mujer hechos a su imagen —propuso Carson—. Se levantan por la mañana y piensan en Dios. Lo aman de verdad. Se deleitan en hacer lo que él quiere; esa es su completa satisfacción. Se relacionan correctamente con él y se relacionan correctamente entre sí.

»Luego, con la entrada del pecado y la rebelión al mundo, estos portadores de imagen comienzan a pensar que son el centro del universo. No en forma literal pero eso es lo que piensan. Y esa es la forma en la que pensamos. Todo lo que denominamos "patologías sociales", la guerra, las violaciones, la amargura, las envidias alimentadas, los celos secretos, el orgullo, los complejos de inferioridad, en primera instancia están conectados con el hecho de que no nos relacionamos correctamente con Dios. La consecuencia es que la gente se lastima.

»Desde la perspectiva de Dios, eso es totalmente repulsivo. ¿Entonces qué debería hacer Dios? Si él dice: "Bueno, no me importa un comino", está diciendo que el mal no le importa. Es como decir: "Ah, sí, el Holocausto; no me importa." ¿Acaso no nos conmocionaríamos si pensáramos que Dios no tuvo juicios morales sobre tales problemas?

»Sin embargo, por principio, si él es la clase de Dios que tiene juicios morales para tales cuestiones, también debe tener juicios morales para esta cuestión inmensa de los portadores de la imagen divina que alzan sus puños insignificantes delante de su cara y cantan con Frank Sinatra: "Lo hice a mi manera." Esa es la verdadera naturaleza del pecado.

»Habiendo dicho esto, el infierno no es un lugar en el que se confina a la gente porque eran tipos muy buenos pero que simplemente no tenían las creencias correctas. Están confinados allí, primero y principalmnete, porque desafían a su Creador y quieren

estar en el centro del universo. El infierno no está lleno de personas que ya se arrepintieron pero que Dios no es lo suficientemente bueno como para dejarlos salir. Está lleno de personas que, por toda la eternidad, todavía quieren estar en el centro del universo y que persisten en su rebelión en desafío a Dios.

»¿Qué puede hacer Dios? Si él dice que no le importa, Dios deja de ser un Dios digno de admiración. Es amoral o positivamente tétrico. Actuar de otra manera frente a tanta transgresión flagrante sería reducir al mismo Dios.

—Sí, pero lo que parece molestar más a la gente es la idea de que Dios atormentará a la gente por la eternidad. Parece vicioso, ¿no? —interpuse.

—En primer lugar, la Biblia dice que hay diferentes grados de castigo por eso no estoy tan seguro de que sea el mismo nivel de intensidad para todas las personas —Carson respondió.

»En segundo lugar, si Dios quitara su mano de este mundo caído de modo que no hubiera freno a la maldad humana, nosotros crearíamos un infierno. Por lo tanto si uno permite que un montón de pecadores vivan en un lugar confinado donde no le hacen daño a los demás sino a sí mismos, ¿qué otra cosa resulta sino el infierno? En cierto sentido se lo hacen a sí mismos y eso es lo que quieren porque ni aun así se arrepienten.

Pensé que Carson había terminado su respuesta porque titubeó por un momento. Sin embargo, tenía otro punto crucial:

—Una de las cosas en las que la Biblia hace hincapié es que al final no solo se hará justicia sino que se verá hacer justicia para que toda boca calle.

Retomé esas últimas palabras.

—Es decir —señalé—, en el momento del juicio no habrá nadie en el mundo que salga de esa experiencia diciendo que Dios lo trató injustamente. Todos van a reconocer la justicia fundamental de la forma en la que Dios los juzgue a ellos y al mundo.

—Así es —dijo Carson con firmeza—. No siempre se hace justicia en este mundo; lo vemos día tras día. Sin embargo, en el Día Final se hará a la vista de todos. Y nadie podrá quejarse y decir: "Esto no es justo."

JESÚS Y LA ESCLAVITUD

Había otra cuestión que quería tratar con Carson. Miré el reloj.

—¿Tiene unos minutos más? —le pregunté. Cuando me respondió que sí, comencé a presentar otro tema controvertido.

Para ser Dios, Jesús debe ser perfecto éticamente. Sin embargo, algunos críticos del cristianismo señalan que no cumple el requisito porque, según ellos, aprobaba tácitamente la práctica amoral de la esclavitud. Morton Smith escribió:

> Había innumerables esclavos del emperador y del estado romano; el templo de Jerusalén tenía esclavos; el sumo sacerdote era dueño de esclavos (uno de ellos perdió una oreja en el arresto de Jesús); todos los ricos y la mayoría de la clase media poseían esclavos... Hasta donde nos informan, Jesús nunca atacó esta práctica. Parece que hubo revueltas de esclavos en Palestina y en Jordania durante la juventud de Jesús; un líder obrador de milagros de una revuelta tal hubiera atraído muchos seguidores. Si Jesús hubiera denunciado la esclavitud o hubiera prometido libertad, es casi seguro que hubiéramos oído que lo hizo. No oímos nada por lo tanto la suposición más probable es que no dijo nada.[4]

¿Cómo puede el hecho de que Jesús no abogara por la abolición de la esclavitud ajustarse con el amor de Dios para toda persona?

—¿Por qué Jesús no se puso en pie y gritó: "La esclavitud está mal"? —pregunté—. ¿Resultó tener una deficiencia moral por no obrar para desmantelar una institución que degradaba a las personas hechas a imagen de Dios?

Carson se incorporó en la silla.

—En realidad pienso que la gente que presenta esa objeción no capta la idea —respondió—. Si me lo permite, prepararé la escena hablando de la esclavitud antigua y moderna, porque en nuestra cultura la cuestión está comprensiblemente cargada de matices que no tenía en el mundo antiguo.

Le hice seña para que continuara.

—Por favor, prosiga —le dije.

EL DERRIBO DE LA OPRESIÓN

«En su libro *Race and Culture*[5] [Raza y Cultura], el erudito afro americano Thomas Sowell señala que todas las culturas mayores del mundo hasta el período moderno, sin excepción, practicaron la esclavitud», explicó Carson. «Si bien podía estar ligada a conquistas militares, generalmente la esclavitud servía una función económica. No había leyes de bancarrota por lo tanto, quienes se metían en aprietos muy grandes, se vendían, a veces junto con su familia, como esclavos. Como era la forma de pagar una deuda, la esclavitud proveía trabajo. No era necesariamente negativa en su totalidad; por lo menos era una opción de supervivencia.

»Por favor, comprenda: no estoy tratando de romantizar la esclavitud de ninguna manera. Sin embargo, en tiempos del Imperio Romano, había trabajadores serviles que eran esclavos y había otros que eran el equivalente de un doctor distinguido, que eran familias ejemplares. Y no se asociaba una raza en particular con la esclavitud.

»En la esclavitud estadounidense, aunque, todos los negros y solamente los negros eran esclavos. Ese fue uno de los peores horrores de la esclavitud y generó un sentido de inferioridad injusto contra el que muchos de nosotros continuamos luchando hasta hoy.

»Ahora vayamos a la Biblia. En la sociedad judía, según la ley, todos debían ser liberados cada ano del Jubileo. Es decir, se prohibía la esclavitud cada siete años. Si las cosas funcionaban o no de esa manera, de todos modos eso era lo que Dios había dicho y ese es el marco en el que creció Jesús.

»Sin embargo, tiene que mantener la vista en la misión de Jesús. En esencia, no vino a derribar el sistema económico romano, lo cual incluía la esclavitud. Vino a liberar a los hombres y mujeres de sus pecados. Y este es mi punto: lo que hace su mensaje es transformar a la gente de modo que comienzan a amar a Dios con todo su corazón, con toda su alma, con toda su mente y con todas sus fuerzas y a amar a su prójimo como a ellos mismos. Naturalmente, eso tiene impacto en la idea de la esclavitud.

»Considere lo que el apóstol Pablo dice en su carta a Filemón con respecto a un esclavo fugitivo llamado Onésimo. Pablo no dice que hay que derribar la esclavitud, porque todo lo que lograría

con eso sería que lo ejecutaran. En cambio, le dice a Filemón que más le vale que trate a Onésimo como un hermano en Cristo, como trataría al propio Pablo. Y luego, para dejar el asunto bien en claro, Pablo enfatiza: "Recuerda, me debes lo que eres por causa del evangelio."

»El derrocamiento de la esclavitud, entonces, es mediante la transformación de hombres y mujeres mediante el evangelio en vez de simplemente cambiar un sistema económico. Todos vimos lo que puede suceder cuando simplemente se derriba un sistema económico y se impone un nuevo orden. El sueño comunista era tener un "hombre revolucionario" seguido por el "nuevo hombre". El problema es que nunca encontraron al "nuevo hombre". Se deshicieron de los opresores de los campesinos pero eso no significó que los campesinos fueron libres de repente, simplemente quedaron bajo un nuevo régimen de oscuridad. En el análisis final, si uno quiere un cambio duradero, hay que transformar los corazones de los seres humanos. Y esa fue la misión de Jesús.

»También vale la pena formular la pregunta que plantea Sowell: ¿cómo se detuvo la esclavitud? Él señala que el ímpetu impulsor a favor de la abolición de la esclavitud fue el despertar evangélico en Inglaterra. Los cristianos empujaron la abolición a través del Parlamento a principios del siglo XIX y finalmente utilizaron las cañoneras británicas para frenar el comercio de esclavos a través del Atlántico.

»Si bien había alrededor de once millones de africanos que se embarcaban hacia América (y muchos no lo lograban), había alrededor de trece millones de africanos que se embarcaban para venderlos como esclavos en el mundo árabe. Nuevamente, fueron los británicos quienes, impulsados por personas cuyo corazón había sido transformado por Cristo, enviaron sus cañoneras al Golfo Pérsico para oponerse a ello.

La respuesta de Carson tenía sentido no solo históricamente sino en mi propia experiencia. Por ejemplo, años atrás conocí a un empresario que era un racista rabioso con una actitud de superioridad hacia cualquier persona de otro color. Apenas se esforzaba por disimular su desprecio por los afro americanos y permitía que su bilis de intolerancia se vertiera en chistes groseros y comentarios cáusticos. Ninguna cantidad de argumentos podía disuadirlo de sus opiniones repugnantes.

Luego se convirtió en seguidor de Jesús. Y me sorprendí al ver que sus actitudes, su perspectiva y sus valores cambiaron con el tiempo a medida que su corazón era renovado por Dios. Llegó a darse cuenta de que ya no podía albergar mala voluntad contra ninguna persona dado que la Biblia enseña que todos somos hechos a imagen de Dios. Hoy puedo decir con sinceridad que él es genuinamente preocupado y acogedor con los demás incluso con aquellos que son diferentes de él.

Las leyes no lo cambiaron. La razón no lo cambió. Los recursos emocionales no lo cambiaron. Él les dirá que Dios lo cambió desde adentro hacia fuera, decisiva, completa y permanentemente. Ese es uno de los muchos ejemplos del poder del evangelio que he presenciado y que Carson menciona: el poder para transformar gente vengativa y llena de odio en humanitarios, avariciosos de duro corazón en gente dadivosa con un corazón tierno, traficantes de poder en siervos abnegados, y gente que explota los demás (a través de la esclavitud u otra forma de opresión), en gente que acepta a todos.

Esto encuadra con lo que el apóstol Pablo expresó en Gálatas 3:28: «No hay judío ni griego, esclavo ni libre, hombre ni mujer, sino que todos ustedes son uno solo en Cristo Jesús».

RESPONDE AL BOCETO DE DIOS

La charla con Carson, que a veces era en tonos enérgicos, duró dos horas y ocupó más cintas de las que podían caber en este capítulo. Me encontré con que sus respuestas eran bien razonadas y de solidez teológica. Al final, sin embrago, cómo funciona la encarnación: cómo el Espíritu se hace carne, sigue siendo un concepto sobrecogedor.

Aun así, según la Biblia, el hecho de que sí ocurrió no admite duda. Cada atributo de Dios, afirma el Nuevo Testamento, se encuentra en Jesucristo:

- ¿Omnisciencia? En Juan 16:30 el apóstol Juan declara acerca de Jesús: «Ya podemos ver que sabes todas las cosas.»
- ¿Omnipresencia? Jesús dijo en Mateo 28:20: «Y les aseguro que estaré con ustedes siempre, hasta el fin del

mundo» y en Mateo 18:20: «Porque donde dos o tres se reúnen en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos.»
- ¿Omnipotente? «Se me ha dado toda autoridad en el cielo y en la tierra» afirmó Jesús en Mateo 28:18.
- ¿Eternidad? Juan 1:1 declara acerca de Jesús: «En el principio ya existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios.»
- ¿Inmutabilidad? Hebreos 13:8 afirma: «Jesucristo es el mismo ayer y hoy y por los siglos.»

Asimismo, el Antiguo Testamento pinta un retrato de Dios utilizando títulos y descripciones como Alfa y Omega, Señor, Salvador, Rey, Juez, Luz, Roca, Redentor, Pastor, Creador, dador de vida, perdonador de pecados, vocero con autoridad divina. Es fascinante notar que en el Nuevo Testamento cada uno de ellos se aplica a Jesús.[6]

Jesús lo dijo todo en Juan 14:7: «Si ustedes realmente me conocieran, conocerían también a mi Padre.» Traducción libre: «Cuando miran el boceto de Dios del Antiguo Testamento, verán un retrato de mí.»

Deliberaciones

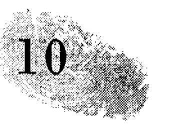
Preguntas para reflexión personal o para grupo de estudio

1. Lee Filipenses 2:5-8, que habla de cómo Jesús se vacía a sí mismo y nace en la humildad, con la cruz como destino. ¿Cuáles son algunas de las motivaciones posibles de Jesús para hacerlo? Luego lee los versículos del 9 al 11. ¿Qué sucede como resultado de la misión de Jesús? ¿Qué puede lograr que todos algún día lleguen a la conclusión de que Jesús es el Señor?
2. ¿Ha sido la idea del infierno un impedimento en tu viaje espiritual? ¿Cómo reaccionas a la explicación de Carson sobre esta cuestión?
3. Carson tocó algunos versículos que a primera vista parecían sugerir que Jesús era un ser creado o un Dios menor. ¿Te parece que su razonamiento es persuasivo? ¿Por qué o por qué no? ¿Qué te enseñó su análisis de estos temas en cuanto a la necesidad de información de trasfondo apropiada para interpretar las Escrituras?

Más evidencia

Más recursos sobre este tema

Harris, Murray J., *Jesus As God* [Jesús como Dios], Baker, Grand Rapids, 1993.
Martin, W.J., *The Deity of Christ* [La Deidad de Cristo], Moody Press, Chicago, 1964.
McDowell, Josh, y Bart Larson, *Jesus: A Biblical Defense of His Deity* [Jesús: una defensa bíblica de su deidad], Here's Life, San Bernardino, CA, 1983.
Stott, John, *Basic Christianity* [Cristianismo Básico], Eerdmans, Grand Rapids, 1986.
Zodhiates, Spiros, *Was Christ God?* [¿Cristo era Dios?], Eerdmans, Grand Rapids, 1966.



LA PRUEBA DACTILAR

¿Responde Jesús y solo Jesús a la identidad del Mesías?

Era una tarde tranquila de un sábado en la casa de los Hiller en Chicago. Clarence Hiller había pasado la tarde pintando los detalles de la parte de afuera de su casa de dos pisos en West 104 Street. A la noche, él y su familia se fueron temprano a dormir. Sin embargo, lo que sucedió después cambiaría las leyes penales de los Estados Unidos para siempre.

Los Hillers se despertaron a la madrugada del 19 de septiembre de 1910 y tuvieron sospechas al percatarse que una luz de gas cerca del cuarto de su hija se había apagado. Clarence fue a investigar. Su esposa escuchó una sucesión rápida de sonidos: una lucha, dos hombres que ruedan por las escaleras, dos disparos y el portazo de la puerta del frente. Salió y encontró a Clarence muerto al pie de las escaleras.

La policía arrestó a Thomas Jennings, un ladrón convicto, a menos de una milla del lugar. Tenía sangre en la ropa y se había lastimado el brazo izquierdo, ambos, dijo, a consecuencia de haberse caído de un tranvía. En su bolsillo encontraron el mismo tipo de arma que se había utilizado para dispararle a Clarence Hiller, pero no podían determinar si era el arma del delito.

Sabiendo que necesitaban mucho más para condenar a Jennings, los detectives peinaron el interior del domicilio de Hiller en busca de pistas adicionales. Un hecho resultó evidente: el asesino había entrado por la ventana trasera de la cocina. Los detectives salieron y allí, junto a la ventana, impresa por siempre en la pintura blanca que la propia víctima había aplicado cuidadosamente al marco unas horas antes de su muerte, encontraron cuatro huellas digitales de una mano izquierda.

La evidencia dactilar era un concepto nuevo en ese tiempo, habiéndose presentado poco tiempo antes en una exhibición policial internacional en St. Louis. Hasta ese entonces, las huellas digitales no se habían usado para condenar a alguien por homicidio en los Estados Unidos.

A pesar de las fuertes objeciones por parte de los abogados de la defensa de que ese tipo de evidencia no era científica y admisible, cuatro oficiales testificaron que las huellas digitales en la pintura coincidían perfectamente con las de Thomas Jennings y solo con las suyas. El jurado halló culpable a Jennings, la Corte Suprema de Illinois confirmó su condena en un fallo histórico y poco después fue ahorcado. [1]

La premisa detrás de la prueba dactilar es sencilla: cada individuo posee líneas únicas en los dedos. Cuando la impresión que se encuentra en un objeto coincide con el patrón de las líneas de los dedos de una persona, los investigadores pueden concluir con certeza científica que ese preciso individuo tocó el objeto.

En muchos casos criminales, la identificación dactilar es la evidencia central. Recuerdo cuando cubrí un juicio en el que una sola huella dactilar que se encontró en el envoltorio de celofán de un paquete de cigarrillos fue el factor determinante para condenar a un ladrón de veinte años de edad por el asesinato de una estudiante universitaria.[2] Así de concluyente puede ser la prueba dactilar.

Bien, ¿pero esto qué tiene que ver con Jesucristo? Muy simple: hay otro tipo de evidencia que es análoga a las huellas dactilares y establece con un grado de certeza sorprendente que Jesús es en verdad el Mesías de Israel y del mundo.

En las escrituras hebreas, que los cristianos llaman Antiguo Testamento, hay varias profecías principales acerca de la llegada del Mesías, quien sería enviado por Dios para redimir a su pueblo. En efecto, estas predicciones formaron una huella dactilar figurativa que solo podía coincidir con el Ungido. De esta manera, los israelitas podrían desechar a cualquier impostor y validar las credenciales del auténtico Mesías.

La palabra griega para Mesías es *Cristo*. Sin embargo, ¿es Jesús en verdad el Cristo? ¿Cumplió milagrosamente esas predicciones que se escribieron cientos de años antes de su nacimiento? ¿Cómo sabemos que él es el único individuo de toda la historia que responde a la huella dactilar profética?

Hay muchos eruditos con varios títulos que acompañan su nombre con los que podía haber consultado por este tema. Sin embargo, quería entrevistar a uno para quien este tema era más que un ejercicio académico abstracto y eso me llevó a un lugar improbable en el sur de California.

LA NOVENA ENTREVISTA: DR. LOUIS LAPIDES, MAESTRÍA EN DIVINIDADES Y MAESTRÍA EN TEOLOGÍA.

Por lo general, una iglesia sería el lugar natural para interrogar a alguien sobre un asunto bíblico. Sin embargo, había algo distinto en el hecho de sentarme junto con el pastor Louis Lapides en el santuario de su congregación un domingo a la mañana después del servicio. Esta escena de bancas y vitrales no era el lugar donde uno esperaría encontrar a un agradable muchacho judío de Newark, New Jersey.

Sin embargo, ese es el trasfondo de Lapides. Para una persona con su herencia, la pregunta de que si Jesús es el tan esperado Mesías trasciende la teoría. Es intensamente personal y había buscado a Lapides para poder escuchar la historia de su propia investigación en este asunto crítico.

Lapides obtuvo su título en teología en la Universidad Bautista de Dallas al igual que una maestría en divinidades y un doctorado en teología del Antiguo Testamento y estudios semíticos en Talbot Theological Seminary. Trabajó durante diez años en Chosen People Ministries [Ministerio al Pueblo Elegido] hablando de Jesús con estudiantes universitarios judíos. Enseñó en el departamento de estudios bíblicos en Biola University y trabajó durante siete años como instructor de los talleres Walk Through the Bible [Caminata por la Biblia]. Asimismo es ex presidente de una red nacional que agrupa a quince congregaciones mesiánicas.

Lapides es delgado y usa espejuelos; habla suavemente, pero tiene una sonrisa siempre lista y una risa a flor de labios. Animado y cortés, me guió hasta sentarnos en una silla cerca del frente del edificio de Beth Ariel Fellowship en Sherman Oaks, California. Yo no quería comenzar la charla debatiendo matices

bíblicos; en cambio, comencé invitando a Lapides a que me contara la historia de su travesía espiritual.

Cruzó las manos sobre las piernas, miró las oscuras paredes de madera por un momento mientras decidía por dónde comenzar y luego comenzó a relatar una historia extraordinaria que nos llevó de Newark a Greenwich Village, a Vietnam, a Los Ángeles, del escepticismo a la fe, del judaísmo al cristianismo, de un Jesús sin importancia a Jesús el Mesías.

—Como sabe, vengo de familia judía —comenzó—. Asistí a una sinagoga judía conservadora durante siete años en preparación para el bar mitzva. Aunque considerábamos que esos estudios eran muy importantes, la fe de nuestra familia no afectaba mucho nuestra vida diaria. No dejábamos de trabajar en el sabat; no teníamos un hogar koshe —sonrió.

—Sin embargo, en los días festivos más importantes asistíamos a la sinagoga más ortodoxa porque de alguna manera mi padre sentía que allí era donde había que ir ¡si uno quería tener una relación seria con Dios!

Cuando interpuse la pregunta de qué le habían enseñado sus padres acerca del Mesías, la respuesta de Lapides fue precisa.

—Nunca surgía el tema —dijo en tono desapasionado.

No podía creerlo. En realidad, pensé que había entendido mal.

—¿Quiere decir que ni siquiera se trataba? —le pregunté.

—Nunca —reiteró—. Ni siquiera recuerdo que hubiera sido un tema en la escuela hebrea.

Esto me resultaba asombroso.

—¿Y de Jesús? —pregunté—. ¿Se hablaba de él alguna vez? ¿Se mencionaba su nombre?

—¡Solo en forma despectiva! —observó con agudeza —. Básicamente, no se hablaba de él. Mi impresión de Jesús viene de las iglesias católicas: allí estaba la cruz, la corona de espinas, el costado traspasado, la sangre que emana de su cabeza. Para mí no tenía sentido. ¿Por qué adoraría uno a un hombre en una cruz con clavos en las manos y en sus pies? Nunca pensé que Jesús tuviera conexión alguna con el pueblo judío. Simplemente pensaba que él era un dios de los gentiles.

Sospechaba que las actitudes de Lapides hacia los cristianos habían traspasado la mera confusión acerca de sus creencias.

—¿Creía usted que los cristianos estaban en la raíz del antisemitismo? —le pregunté.

—Los gentiles eran mirados como sinónimos a los cristianos, y se nos enseñaba que teníamos que ser cautelosos porque podía haber antisemitismo entre los gentiles —respondió con tono algo diplomático.

Proseguí con el tema un poco más.

—¿Diría que usted desarrolló algunas actitudes negativas hacia los cristianos?

Esta vez no escatimó palabras.

—En verdad, sí —contestó—. En realidad, cuando me presentaron el Nuevo Testamento, sinceramente pensé que en esencia sería un manual de antisemitismo: cómo odiar a los judíos, cómo matar judíos, cómo masacrarlos. Pensé que el American Nazi Party [Partido Nazi Estadounidense] debería sentirse a gusto usándolo como libro guía.

Meneé la cabeza a ambos lados, entristecido ante la idea de cuántos otros niños judíos crecieron pensando que los cristianos son sus enemigos.

COMIENZA UNA BÚSQUEDA ESPIRITUAL

Lapides dice que varios incidentes durante su desarrollo atenuaron su lealtad al judaísmo. Con curiosidad por los detalles, le pedí que explicara y de inmediato se centró en lo que claramente era el episodio decisivo de su vida.

—Mis padres se divorciaron cuando yo tenía diecisiete años —relató (y fue una sorpresa detectar todavía, después de tantos años, dolor en su voz)—. Eso verdaderamente clavó una estaca en el corazón religioso que pude llegar a tener. Me preguntaba ¿cómo entra Dios en juego? ¿Por qué no fueron a pedir consejo a un rabino? ¿De qué sirve la religión si no puede ayudar a la gente en forma práctica? Ni siquiera había podido lograr que mis padres permanecieran juntos. Cuando se separaron, mi vida también se separó en dos.

»Además, en el judaísmo no sentía que tenía una relación personal con Dios. Tenía muchas ceremonias y tradiciones preciosas pero Dios era el Dios lejano y apartado del Monte Sinaí que dijo: “Estas son las reglas, si viven cumpliendo con ellas, estarán bien; nos vemos.” Y allí me encontraba, un adolescente con un tor-

bellino de hormonas, preguntándome ¿se identifica Dios con mis luchas? ¿Se interesa por mí como individuo? Pues bien, al menos no de una manera que yo pudiera ver.

El divorcio causó una etapa de rebeldía. Sumido en la música y bajo la influencia de los escritos de Jack Kerouac y Timothy Leary, pasaba demasiado tiempo en los cafés de Greenwich Village como para ir a la universidad por lo que se hizo vulnerable al reclutamiento. En 1967 se encontró al otro lado del mundo en un barco de carga cuyo contenido volátil (municiones, bombas, cohetes y otros proyectiles altamente explosivos) los convertían en un blanco tentador para el Vietcong.

«Recuerdo cuando me dijeron en la orientación en Vietnam: "Veinte porciento de ustedes probablemente se muera, y el otro ochenta porciento probablemente contraiga una enfermedad venérea o se vuelva alcohólico o caiga en las drogas." Pensé: ¡ni siquiera tengo el uno porciento de probabilidades de salir normal!

»Era un período muy oscuro. Presencié el sufrimiento. Vi bolsas de cadáveres; vi la devastación de la guerra. Y me encontré con antisemitismo entre algunos de los soldados. Unos pocos del sur incluso una noche quemaron una cruz. Probablemente quería distanciarme de mi identidad judía; quizás fue por eso que comencé a explorar las religiones orientales.

Lapides leyó libros sobre filosofías orientales y visitó templos budistas mientras estuvo en Japón.

—Me molestaba mucho todo el mal que había presenciado y estaba tratando de encontrar una forma de lidiar con eso a través de la fe —comentó.

Solía decir:

—Si hay un Dios, no me importa si lo encuentro en el Monte Sinaí o en el Monte Fuji. Lo tomaré de una forma u otra.

Sobrevivió a Vietnam, regresó a su casa con un gusto adquirido por la marihuana y con planes de hacerse sacerdote budista. Trató de vivir una vida asceta de autonegación, en su esfuerzo por librarse de su mal karma por las malas acciones de su pasado, pero pronto se dio cuenta de que nunca podría enmendar todas sus transgresiones.

Lapides se mantuvo en silencio por unos momentos.

—Me deprimí —explicó—. Recuerdo que una vez que subí al metro y pensé: quizá lanzarme a las vías sea la respuesta. Podría librarme de este cuerpo y unirme con Dios. Estaba muy confundido. Y para empeorar las cosas comencé a experimentar con el LSD.

En busca de un nuevo comienzo, decidió mudarse a California donde siguió su búsqueda espiritual.

—Fui a reuniones budistas pero lo hallé vacío —recordó—. El budismo chino era ateo, el budismo japonés adoraba estatuas de Buda, el budismo zen era demasiado abstracto. Fui a reuniones de la iglesia del Cristo científico pero allí eran muy manipuladores y controladores. El hinduismo creía en todas esas orgías locas de los dioses y en dioses que eran elefantes azules. Nada de eso tenía sentido; nada me satisfacía.

Incluso acompañó a unos amigos a unas reuniones con influencias satánicas.

—Solía observar y pensar: algo está pasando aquí, pero no es bueno —comentó—. En medio de mi mundo descontrolado por la droga, les dije a mis amigos que creía que existía un poder maligno que estaba más allá de mí, que podía obrar en mí, que existía como entidad. Había visto suficiente mal en mi vida como para creerlo.

Me miró con una sonrisa irónica.

—Creo que acepté la existencia de Satanás —señaló—, antes de aceptar la existencia de Dios.

«NO PUEDO CREER EN JESÚS»

Era 1969. La curiosidad de Lapides lo llevó a visitar Sunset Strip para observar boquiabierto un evangelista que se había encadenado a una cruz de ocho pies para protestar contra la forma en la que los dueños de cantinas se las habían arreglado para desalojarlo de su ministerio en un local comercial al frente. Allí en la acera Lapides se encontró con algunos cristianos que lo sumieron en un debate espiritual improvisado.

Algo bravucón, comenzó a atacarlos con filosofía oriental.

—No hay un Dios allí —dijo señalando al cielo—. Nosotros somos Dios. Yo soy Dios. Ustedes son Dios. Solo tienen que darse cuenta de ello.

—Muy bien, si eres Dios, ¿por qué no creas una roca? —le respondió una persona—. Haz aparecer algo. Eso es lo que Dios hace.

En su mente confundida por las drogas, Lapides imaginó que estaba sosteniendo una roca.

—Ah, sí, bueno, aquí tengo una roca —anunció mientras extendía su mano vacía.

El cristiano se mofó de él.

—Esa es la diferencia entre tú y el Dios verdadero —respondió—. Cuando Dios crea algo, todos lo pueden ver. Es objetivo, no subjetivo.

Lapides lo captó. Después de meditarlo por un momento, se dijo:

—Si encuentro a Dios, tiene que ser objetivo. Basta de esta filosofía oriental que dice que todo está en mi mente y que puedo crear mi propia realidad. Dios tiene que ser una realidad objetiva si es que va a tener significado alguno fuera de mi propia imaginación.

Cuando uno de los cristianos mencionó el nombre de Jesús, Lapides trató de repelerlo con su respuesta preparada.

—Soy judío —respondió —. No puedo creer en Jesús.

Un pastor habló.

—¿Conoce las profecías acerca del Mesías? —le preguntó.

La pregunta lo tomó por sorpresa.

—¿Profecías? —replicó Lapides—. Nunca supe de ellas.

El ministro asombró a Lapides al mencionar algunas de las predicciones del Antiguo Testamento.

—¡Un momento! —pensó Lapides—. Él está citando mis escrituras judías. ¿Cómo puede ser que Jesús esté allí?

Cuando el pastor le ofreció una Biblia, Lapides se mostró escéptico.

—El Nuevo Testamento ¿está allí? —preguntó. El pastor asintió—. Está bien, voy a leer el Antiguo Testamento, pero no voy a abrir el otro —Lapides anunció.

La respuesta del ministro lo desconcertó.

—Muy bien —dijo el pastor—. Solo lea el Antiguo Testamento y pídale al Dios de Abraham, Isaac y Jacob, el Dios de Israel, que le muestre si Jesús es el Mesías. Porque él es *su* Mesías. Vino al pueblo judío primero y luego fue el Salvador del mundo.

Para Lapides, todo eso era información nueva. Información intrigante. Información sorprendente. Así que regresó a su apartamento, abrió el Antiguo Testamento en su primer libro, Génesis, y comenzó a rastrear a Jesús en las palabras que se habían escrito cientos de años antes de que naciera el carpintero de Nazaret.

«TRASPASADO POR NUESTRAS REBELIONES»

—Al poco tiempo —comentó Lapides—, ya estaba leyendo el Antiguo Testamento cada día y viendo una profecía tras otra. Por ejemplo, Deuteronomio hablaba de un profeta mayor que Moisés que vendría y al que deberíamos escuchar. Pensé: "¿Quién puede ser mayor que Moisés?" Sonaba como el Mesías: alguien tan grande y tan respetado como Moisés pero un maestro mayor y una autoridad mayor. Me agarré fuertemente de eso y continué en su busca.

A medida que Lapides avanzaba en las Escrituras, frenó en seco ante Isaías 53. Con claridad y especificidad, en una predicción obsecionante envuelta en poesía exquisita, se encontraba un retrato de un Mesías que sufriría y moriría por los pecados de Israel y del mundo: todo escrito más de setecientos años antes de que Jesús caminara por este suelo de tierra.

> Despreciado y rechazado por los hombres,
> varón de dolores, hecho para el sufrimiento.
> Todos evitaban mirarlo;
> fue despreciado, y no lo estimamos.
>
> Ciertamente él cargó con nuestras enfermedades
> y soportó nuestros dolores,
> pero nosotros lo consideramos herido,
> golpeado por Dios, y humillado.
> Él fue traspasado por nuestras rebeliones,
> y molido por nuestras iniquidades;
> sobre él recayó el castigo,
> precio de nuestra paz,
> y gracias a sus heridas fuimos sanados.
> Todos andábamos perdidos, como ovejas;
> cada uno seguía su propio camino,
> pero el Señor hizo recaer sobre él
> la iniquidad de todos nosotros.

Maltratado y humillado,
ni siquiera abrió su boca;
como cordero, fue llevado al matadero;
como oveja, enmudeció ante su trasquilador;
y ni siquiera abrió su boca.
Después de aprehenderlo y juzgarlo,
le dieron muerte;
nadie se preocupó de su descendencia.
Fue arrancado de la tierra de los vivientes,
y golpeado por la transgresión de mi pueblo.
Se le asignó un sepulcro con los malvados,
y murió entre malhechores,
aunque nunca cometió violencia alguna,
ni hubo engaño en su boca...

Cargó con el pecado de muchos,
e intercedió por los pecadores.

Isaías 53:3-9,12

Lapides reconoció el retrato instantáneamente: ¡era Jesús de Nazaret! Ahora comenzaba a entender las pinturas que había visto en las iglesias católicas por las que había pasado cuando niño: el Jesús sufriente, el Jesús crucificado, el Jesús que ahora se daba cuenta que había sido «traspasado por nuestras rebeliones» porque «cargó con el pecado de muchos».

Al igual que los judíos en el Antiguo Testamento buscaban la redención de sus pecados mediante un sistema de sacrificio de animales, aquí estaba Jesús, el cordero de Dios para el sacrificio final, que pagó por el pecado de una vez y para siempre. Aquí estaba la personificación del plan redentor de Dios.

Ese descubrimiento fue tan pasmoso que Lapides solo pudo llegar a una conclusión: ¡era un engaño! Creía que los cristianos habían reescrito el Antiguo Testamento y habían torcido las palabras de Isaías para hacer que sonara como que el profeta había hecho referencia a Jesús.

Lapides decidió revelar el engaño.

—Le pedí a mi madrastra que me enviara una Biblia judía para poder comprobarlo yo mismo —recordó —. Lo hizo ¿y sabe qué pasó? ¡Descubrí que decía lo mismo! Entonces tenía que confrontarlo.

LO JUDAICO DE JESÚS

Una y otra vez Lapides se topaba con profecías en el Antiguo Testamento, más de cuarenta predicciones principales en total. Isaías revelaba la forma del nacimiento del Mesías (de una virgen); Miqueas señalaba el lugar de su nacimiento (Belén); Génesis y Jeremías especificaban su ascendencia (descendiente de Abraham, Isaac y Jacob, de la tribu de Judá, de la casa de David); los Salmos predecían que lo traicionarían y lo acusarían falsos testigos y la forma de su muerte (traspasarían sus manos y sus pies aunque todavía no se había inventado la crucifixión) y su resurrección (su cuerpo no sufriría corrupción sino que ascendería a las alturas); y una tras otra tras otra. [3] Cada una cincelaba el escepticismo de Lapides hasta que finalmente estuvo dispuesto a dar un paso drástico.

—Decidí abrir el Nuevo Testamento y solo leer la primera página —explicó—. Con temor lentamente me volví a Mateo mientras alzaba la vista al cielo, ¡esperando que cayera un rayo!

Las primeras palabras de Mateo saltaron de los renglones: «Tabla genealógica de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham...»

Los ojos de Lapides se agrandaron mientras recordaba el momento en que leyó por primera vez esa oración.

—Pensé: "¡Ah! Hijo de Abraham, hijo de David ... ¡todo estaba empezando a encajar!" Pasé a la narración del nacimiento y pensé: "¡Mira esto! Mateo está citando Isaías 7:14 'La joven concebirá y dará a luz un hijo'." Y luego vi que citaba al profeta Jeremías. Me quedé sentado meditando, sabe, esto se trata de gente judía. ¿Dónde entran los gentiles? ¿Qué está sucediendo?

»No podía dejarlo. Leí el resto de los Evangelios y me di cuenta de que no era un manual para el Partido Nazi Estadounidense; era una interacción entre Jesús y la comunidad judía. Llegué al libro de los Hechos y, ¡era increíble!, allí estaban tratando de encontrar la forma de que los judíos le llevaran la historia de Jesús a los gentiles. ¡Qué cambio de papeles!

Las profecías cumplidas eran tan convincentes que Lapides comenzó a contarle a otros que él creía que Jesús era el Mesías.

En ese momento, para él se trataba simplemente de una posibilidad intelectual, sin embargo, sus implicaciones eran profundamente perturbadoras.

—Me di cuenta de que si llegaba a aceptar a Jesús en mi vida, tendría que haber cambios importantes en la forma en que vivía —explicó—. Tendría que tratar con las drogas, con el sexo, etc. No entendía que Dios podía ayudarme a realizar esos cambios; pensaba que tenía que limpiar mi vida por mi cuenta.

EPIFANÍA EN EL DESIERTO

Lapides y unos amigos se dirigieron al desierto Mojavo para una excursión. En lo espiritual se sentía en conflicto. Lo habían perturbado pesadillas en las que unos perros lo despedazaban al tirar de él en direcciones opuestas. Sentado entre los matorrales del desierto, recordó las palabras que alguien le había dicho en Sunset Strip: «Estás de parte de Dios o de parte de Satanás.»

Creía en la personificación del mal, y no quería estar de su parte. Entonces Lapides oró: «Dios, tengo que llegar al final de esta lucha. Tengo que saber fuera de toda sombra de duda que Jesús es el Mesías. Necesito saber que tú, como Dios de Israel, quieres que lo crea.»

Mientras me relataba la historia, Lapides titubeó, inseguro de cómo expresar con palabras lo que sucedió después. Pasaron unos momentos. Luego me dijo:

—Lo mejor que puedo explicar de esa experiencia es que Dios habló a mi corazón objetivamente. Me convenció empíricamente de que él existe. Y en ese momento, allí en el desierto, dije en mi corazón: "Dios, acepto a Jesús en mi vida. No entiendo lo que se supone que debo hacer con él pero lo quiero. Prácticamente he hecho un desastre de mi vida; necesito que me cambies."

Y Dios comenzó a hacerlo mediante un proceso que continúa hasta hoy.

—Mis amigos sabían que mi vida había cambiado y no podían entenderlo —comentó—. Solían decir: "Algo te sucedió en el desierto. Ya no quieres tomar drogas. Hay algo diferente en ti."

»Y yo solía responder: "Bueno, no puedo explicar lo que sucedió. Solo sé que hay alguien en mi vida, y se trata de alguien que es santo, que es justo, que es una fuente de pensamientos positivos acerca de la vida... y simplemente me siento completo."

Esa última palabra, aparentemente lo decía todo.

—*Completo* —dijo con énfasis—, de una forma que jamás había experimentado.

A pesar de los cambios positivos, estaba preocupado por cómo darles la noticia a sus padres. Cuando por fin lo hizo, la reacción fue variable.

—Al principio estaban gozosos porque podían darse cuenta de que ya no dependía de las drogas y emocionalmente parecía estar mejor —recordó—. Sin embargo, todo comenzó a aclararse cuando entendieron la fuente de todos los cambios. Se sobresaltaron como diciendo: "¿Por qué tiene que ser Jesús? ¿Por qué no puede ser otra causa?" No sabían qué hacer con esa idea.

Con un dejo de tristeza en la voz continuó:

—Ah, no estoy seguro de que en verdad lo sepan.

A través de una cadena notable de circunstancias, la oración de Lapides por una esposa fue contestada cuando conoció a Débora, quien también era judía y seguidora de Jesús. Lo llevó a su iglesia y resultó ser la misma que pastoreaba el ministro que había desafiado a Lapides a leer el Antiguo Testamento muchos meses antes en Sunset Strip.

Lapides se rió.

—Verá, ¡abrió la boca lleno de asombro cuando me vio entrar en la iglesia!

La congregación estaba llena de ex motociclistas, ex hippies y ex adictos del área de Sunset Strip, junto con salpicaduras de sureños trasplantados. Para un joven judío de Newark que tenía miedo relacionarse con gente diferente a causa del antisemitismo que temía encontrar, fue sanador poder llamar a una multitud tan diversa «hermanos y hermanas».

Lapides y Deborah se casaron al año de conocerse. Desde entonces ella ha dado a luz a dos hijos. Y juntos dieron a luz Beth Ariel Fellowship, una congregación hogar para judíos y gentiles que también encuentran plenitud en Cristo.

RESPONDER A LAS OBJECIONES

Lapides terminó su relato y se acomodó en la silla. Dejé que se prolongara el momento. El santuario estaba quieto; el vitral brillaba en rojo, azul y amarillo bajo el sol de California. Permanecí sentado meditando en el poder de la historia una persona que

encontró la fe. Me maravillaba de esta leyenda de guerra y drogas, de Greenwich Village y Sunset Strip y un desierto estéril, ninguno de los cuales podría haber asociado con el ministro agradable y medido que estaba sentado frente a mí.

Sin embargo, no quería ignorar las preguntas obvias que su historia daba lugar. Con el permiso de Lapides comencé preguntando la que predominaba en mi mente:

—Si las profecías fueron tan evidentes para usted y apuntaban sin lugar a dudas a Jesús, ¿por qué más judíos no lo aceptan como su Mesías?

Era una pregunta que Lapides se había hecho muchas veces durante las tres décadas transcurridas desde que fue desafiado por un cristiano a investigar las Escrituras judías.

—En mi caso, me tomé el tiempo para leerlas —respondió—. Es extraño. Aunque el pueblo judío se conoce por tener grandes intelectos, en esta área hay mucha ignorancia.

»Además hay organizaciones contramisioneras que realizan seminarios en las sinagogas para tratar de refutar las profecías mesiánicas. El pueblo judío los escucha y los utilizan como excusa para no explorar las profecías en persona. Suelen decir: "El rabino me dijo que no tenían sentido."

»Les pregunto: "¿Piensas que el rabino interpuso una objeción que el cristianismo no haya escuchado antes? Quiero decir, ¡los eruditos han estado trabajando en esto por cientos de años! Hay gran material de lectura y respuestas cristianas poderosas a esas objeciones." Si están interesados, los ayudo a que avancen.

Me preguntaba por el ostracismo que enfrenta una persona judía si se convierte en cristiana.

—Definitivamente ese es un factor —concordó Lapides—. Algunos no permiten que las profecías mesiánicas los atraigan porque tienen miedo de las repercusiones: el posible rechazo de su familia y de la comunidad judía. No es fácil enfrentarlo. Créame, lo sé.

Aun así, muchas de las objeciones a las profecías suenan bastante convincentes cuando una persona las escucha por primera vez. Por lo tanto, una por una, le formulé las objeciones más comunes a Lapides para ver cómo respondía.

1. El argumento de la coincidencia

En primer lugar, le pregunté a Lapides si es posible que Jesús solo cumpliera las profecías por accidente. Quizá es uno de muchos a través de la historia que han encajado por coincidencia en la huella dactilar profética.

—Para nada —fue su respuesta—. Las probabilidades son tan astronómicas que lo descartan. Alguien hizo los cálculos y resultó que la probabilidad de que solo ocho profecías se cumplan es de una oportunidad en cien mil millones de millones. ¡Ese número es millones de veces mayor que la cantidad de personas que alguna vez vivieron en este planeta!

»Calculó que si uno tomara esa cantidad en monedas de dólar de plata, cubrirían todo el estado de Texas hasta dos pies de profundidad. Si uno marcara una de esas monedas de plata y luego hiciera que una persona con los ojos vendados caminara por todo el estado y luego se agachara para tomar una moneda, ¿cuáles son las probabilidades de que elija la que está marcada?

Respondió su propia pregunta:

—Las mismas probabilidades de que alguien en la historia hubiera cumplido solo ocho de las profecías.

Había estudiado este mismo análisis estadístico del matemático Peter W. Stoner cuando investigaba las profecías mesiánicas por mi cuenta. Stoner también computó que la probabilidad de cumplir cuarenta y ocho profecías es de una en diez a la ciento cincuenta y siete ¡un billón de billón, de billón, de billón, de billón, de billón, de billón, de billón, de billón, de billón, de billón, de billón![4]

Nuestras mentes no pueden comprender una cifra tan grande. ¡Esta estadística desconcertante es igual a la cantidad de átomos minúsculos en un billón, de billón, de billón, de billón, de mil millones de universos del tamaño del nuestro!

—Solamente las probabilidades indican que sería imposible que alguien cumpliera las profecías del Antiguo Testamento —concluyó Lapides—. Sin embargo, Jesús y solo Jesús en toda la historia, logró hacerlo.

Las palabras del apóstol Pedro me vinieron a la mente:

—Pero de este modo Dios cumplió lo que de antemano había anunciado por medio de todos los profetas: que su Mesías tenía que padecer (Hechos 3:18).

2. El argumento del Evangelio tergiversado

Le propuse otro cuadro a Lapides preguntándole:

—¿Acaso no es posible que los escritores de los Evangelios inventaran detalles para que pareciera que Jesús cumplía las profecías?

»Por ejemplo —continué—, las profecías dicen que los huesos del Mesías no serían quebrados por lo tanto quizás Juan inventó la historia de que los romanos les quebraron las piernas a los dos ladrones que fueron crucificados junto a Jesús pero a él no. Y las profecías hablan de la traición por treinta piezas de plata, por lo tanto, quizás Mateo redondeó los hechos y dijo que sí, que Judas había vendido a Jesús por la misma cantidad.

Pero esa objeción no llegó más lejos que la otra.

—En su sabiduría, Dios creó controles y equilibrio tanto dentro como fuera de la comunidad cristiana —explicó Lapides—. Cuando los Evangelios comenzaron a circular, había gente que había vivido en el tiempo en que sucedieron estas cosas. Alguien le hubiera dicho a Mateo: "Oye, no sucedió así. Estamos tratando de comunicar una vida de rectitud y verdad, por lo tanto no la manches con una mentira."

Y agregó que por otro lado, ¿por qué razón Mateo inventaría profecías cumplidas y luego permitiría que lo mataran por seguir a alguien que dentro de sí sabía que no era el Mesías? Eso no tendría sentido alguno.

Es más, la comunidad judía hubiera aprovechado cualquier oportunidad para desacreditar a los Evangelios señalando sus falsedades.

—Hubieran dicho: "Yo estaba presente, y los romanos sí quebraron los huesos de Jesús durante la crucifixión" —explicó Lapides—. Sin embargo, aunque el talmud judío hace referencia a Jesús en términos derogatorios, nunca alega que el cumplimiento de las profecías fuera falso. Ni una vez.

3. El argumento del cumplimiento intencional

Algunos escépticos afirman que Jesús simplemente dirigió su vida de forma tal que cumpliera las profecías.

—¿Acaso no habría leído en Zacarías que el Mesías entraría a Jerusalén montado en un asno y luego hubiera hecho los arreglos para que fuera exactamente así? —pregunté.

Lapides hizo una pequeña concesión.

—Para unas pocas profecías eso es ciertamente concebible —señaló—. Pero hay muchas otras para las cuales no hubiera sido posible.

»Por ejemplo, ¿cómo podría haber controlado el hecho de que el sanedrín le ofreciera a Judas treinta piezas de plata por traicionarlo? ¿Cómo podría haber arreglado su ascendencia, o el lugar de su nacimiento, o el método de su ejecución, o que los soldados apostaran por sus vestidos, o que sus piernas no fueran quebradas en la cruz? ¿Cómo se las arreglaría para realizar milagros frente a escépticos? ¿Cómo pudo arreglar su resurrección? ¿Y cómo pudo arreglar que su nacimiento fuera en ese tiempo?

Ese último comentario despertó mi curiosidad.

—¿Qué quiere decir con que nació en ese tiempo? —pregunté.

—Cuando se interpreta Daniel 9:24-26, predice que el Mesías aparecería cierto tiempo después de que el rey Artajerjes I emitiera un decreto para que el pueblo judío se fuera de Persia para reconstruir el muro de Jerusalén —contestó Lapides.

Se inclinó hacia delante para rematar:

—Eso coloca la aparición esperada del Mesías en el momento exacto de la historia cuando Jesús apareció —explicó—. Ciertamente eso no puede ser arreglado de antemano.[5]

4. El argumento del contexto

Otra objeción que es necesario tratar: los pasajes que el cristianismo identifica como profecías mesiánicas ¿tenían realmente la intención de apuntar a la venida del Ungido o los cristianos los tomaron fuera de contexto y los interpretaron mal?

Lapides suspiró.

—Sabe, repaso los libros que la gente escribe para tratar de derribar lo que creemos. Eso no es divertido pero dedico tiempo a observar cada objeción en forma individual y luego investigo el contexto y la expresión en la lengua original —comentó—. Y cada vez, las profecías han permanecido firmes y han demostrado que son verdaderas.

»Así que aquí va mi desafío a los escépticos: no acepten mi palabra pero tampoco acepten la de su rabino. Dediquen tiempo a investigarlas por su propia cuenta. Hoy nadie puede decir:

"No hay información." Hay gran cantidad de libros que pueden ayudarlos.

»Una cosa más: pídanle a Dios con sinceridad que les muestre si Jesús es o no el Mesías. Eso es lo que hice yo y sin ningún tipo de tutoría me resultó claro a quién correspondía la huella dactilar del Mesías.

«TENÍA QUE CUMPLIRSE TODO...»

Aprecié la forma en la que Lapides respondió a las objeciones pero al fin y al cabo era la historia de su viaje espiritual lo que primaba en mi mente durante el viaje de regreso a Chicago esa noche tarde. Reflexioné acerca de cuántas veces me había encontrado con historias similares, especialmente entre personas judías exitosas y pensantes que en forma específica se habían propuesto refutar las alegaciones mesiánicas de Jesús.

Pensé en Stan Telchin, el empresario de la costa este que se dio a la tarea de desenmascarar a la «secta» cristiana después de que su hija fuera a la universidad y recibió a *Yeshúa* (Jesús) como su Mesías. Quedó pasmado al descubrir que su investigación lo llevó, junto con su esposa y su segunda hija, al mismo Mesías. Más tarde se convirtió en un ministro cristiano y su libro que cuenta su historia, *Betrayed!* [¡Traicionado!] se tradujo a más de veinte idiomas.[6]

Recordé a Jack Sternberg, un prominente oncólogo de Little Rock, Arkansas, quien se alarmó tanto ante lo que encontró en el Antiguo Testamento que desafió a tres rabinos a refutar que Jesús era el Mesías. No pudieron hacerlo y él también dice haber encontrado la plenitud en Cristo.[7]

También Peter Greenspan, un obstetra y ginecólogo que trabaja en el área de Kansas City y es profesor asistente clínico en la Universidad de Missouri—Kansas City School of Medicine. Al igual que Lapides, había sido desafiado a encontrar a Jesús en el judaísmo. Lo que descubrió lo perturbó, por lo que acudió a la Torá y al Talmud con la intención de desacreditar las credenciales mesiánicas de Jesús. Por el contrario, llegó a la conclusión de que milagrosamente Jesús cumplía las profecías mesiánicas.

Para él, mientras más libros leía de aquellos que trataban de socavar la evidencia a favor de Jesús como Mesías, más percibía las fallas de sus argumentos. Resulta irónico, concluyó Greenspan: «Creo que llegué a la fe en Yeshua leyendo lo que escribieron sus detractores.» [8]

Descubrió, al igual que Lapides y otros, que las palabras de Jesús en el Evangelio de Lucas resultaron ser verdad: «Tenía que cumplirse todo lo que está escrito acerca de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los Salmos» (Lucas 24:44). Se cumplió y solo en Jesús, el único individuo en la historia que responde a la huella dactilar profética del Ungido de Dios.

Deliberaciones

Preguntas para reflexión personal o grupo de estudio

1. Aunque no seas judío, ¿hay algún aspecto de la travesía espiritual de Lapides que se parece a la tuya? ¿Aprendiste alguna lección de parte de Lapides acerca de cómo tienes que proceder?
2. Lapides consideraba que su herencia judía y su estilo de vida no bíblico eran impedimentos para convertirse en seguidor de Jesús. ¿Hay algo en tu vida que te dificultaría convertirte en cristiano? ¿Crees que hay un costo que tendrías que pagar si te convirtieras en cristiano? ¿De qué manera se compararían con los beneficios?
3. Lapides pensaba que los cristianos eran antisemitas. En un ejercicio de asociación reciente en East Coast University, la palabra que se asociaba con más frecuencia a *cristiano* era *intolerante.* ¿Tienes una percepción negativa de los cristianos? ¿De dónde surgen? ¿De qué manera influiría esto en tu receptividad de la evidencia a favor de Jesús?

Más evidencia

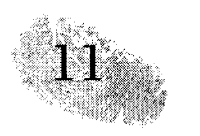
Más recursos sobre este tema

Fruchtenbaum, Arnold, *Jesus was a Jew* [Jesús era Judío], Ariel Ministries, Tustin, CA, 1981.

Frydland, Rachmiel, *What the Rabbis Know about the Messiah* [Lo que los rabinos saben acerca del Mesías], Messianic, Cincinati, 1993.
Kaiser, Walter C., Jr., *The Messiah in the Old Testament* [El Mesías en el Antiguo Testamento], Zondervan, Grand Rapids, 1995.
Rosen, Moishe, *Y'shua, the Jewish Way to Say Jesus* [Yeshúa, la forma judía de decir Jesús], Moody Press, Chicago, 1982.
Rosen, Ruth, editora, *Jewish Doctors Meet the Great Physician* [Doctores judíos conocen al Gran Médico], Purple Pomegranate, San Francisco, 1997.
Telchin, Stan, *Betrayed!* [¡Traicionado!], Chosen, Grand Rapids, 1982.

TERCERA PARTE

La investigación de la resurrección



LA PRUEBA MÉDICA

¿Fue la muerte de Jesús una farsa y su resurrección un engaño?

Me detuve para leer la placa colgada en la recepción del consultorio de un médico: «Que cese la conversación. Que huya la risa. *Este es el lugar donde la muerte se deleita en ayudar a los vivos.*»

Evidentemente, no se trataba de un médico común. Estaba visitando nuevamente al Dr. Robert J. Stein, uno de los principales patólogos forenses en el ámbito mundial, un detective médico ostentoso y de voz ronca que solía relatarme historias acerca de indicios inesperados que había encontrado al examinar cadáveres. Para él, los muertos *sí* hablaban, de hecho, a menudo hablaban para traer justicia a los vivos.

Durante el largo período que ocupó el cargo de médico forense en Cook County, Illinois, Stein realizó más de veinte mil autopsias, cada vez buscando meticulosamente claves sobre las circunstancias en torno a la muerte de la víctima. Vez tras vez, su vista aguda y detallista, su conocimiento enciclopédico sobre anatomía humana y su intuición sobrenatural para la investigación ayudaron a este detective médico a reconstruir la muerte violenta de la víctima.

A veces gente inocente era vindicada como resultado de sus averiguaciones. Sin embargo, más a menudo la obra de Stein era el último clavo en el féretro del acusado. Ese fue el caso de John Wayne Gacy, quien se enfrentó al verdugo luego de que Stein ayudara a que lo condenaran por treinta y tres asesinatos espantosos.

Así es como la evidencia médica puede ser crucial. Puede determinar si un niño murió a causa de abuso físico o por una caída accidental. Puede establecer si una persona sucumbió por causas naturales o fue asesinada por alguien que salpicó su café con arsénico. Puede confirmar o destruir la coartada del acusado al señalar la hora de la muerte de la víctima utilizando un procedimiento

ingenioso que mide la cantidad de potasio en los ojos de la persona que falleció.

Y sí, incluso en el caso de alguien ejecutado en una cruz romana dos milenios atrás, la evidencia médica puede realizar una contribución crucial: puede destruir uno de los argumentos más persistentes que utilizan aquellos que alegan que la resurrección de Jesús, la vindicación suprema de la alegación de su divinidad, no fue más que un engaño elaborado.

¿RESURRECCIÓN O RESUCITACIÓN?

La idea de que Jesús en verdad nunca murió en la cruz se puede encontrar en el Corán, [1] el cual se escribió en el siglo VII; de hecho, los musulmanes ahmadiya afirman que Jesús huyó a la India en realidad. Hasta el día de hoy, hay un altar que supuestamente marca su tumba verdadera en Srinagar, Cachemira.[2]

En los albores del siglo XIX, Karl Bahrdt, Karl Venturini y otros trataron de refutar la resurrección sugiriendo que en la cruz Jesús solo se desmayó por el agotamiento o que se le había suministrado una droga que lo hacía parecer que moría y que luego revivió por el aire húmedo y frío de la tumba. [3]

Los teóricos de la conspiración reforzaron esta hipótesis señalando que a Jesús se le había dado un líquido en una esponja mientras estaba en la cruz (Marcos 15:36) y que Pilato pareció sorprenderse por lo rápido que Jesús había sucumbido (Marcos 15:44). «En consecuencia», dijeron, «la reaparición de Jesús no fue una resurrección milagrosa sino una mera resucitación fortuita y su tumba quedó vacía porque siguió viviendo.

Si bien eruditos respetables han repudiado esta teoría conocida como la teoría del desmayo, continúa recurriendo en la literatura popular. En 1929 D.H. Lawrence entretejió este tema en cuento corto en donde sugería que Jesús había huido a Egipto, donde se enamoró de la sacerdotisa Isis. [4]

En 1965 el best seller de Hugh Schonfield, *The Passover Plot* [El complot de la Pascua], afirmaba que solo el hecho inesperado de que el soldado romano clavara a Jesús con la lanza arruinó su plan complejo para salir vivo de la cruz, aunque Schonfield admitió: «De ninguna manera afirmamos... que [el libro] representa lo que en realidad sucedió.» [5]

En 1972, resurgió la hipótesis del desmayo en el libro de Donovan Joyce, *The Jesus Scroll* [El rollo de Jesús], el cual «contiene una serie de improbabilidades más increíbles que el de Schonfield», según el experto en resurrección Gary Habermas. [6] En 1982, *Holy Blood, Holy Grail* [Santa Sangre, Santo Cáliz], agregó el giro de que Poncio Pilato había recibido un soborno para permitir que quitaran a Jesús de la cruz antes de que muriera. Aun así, los autores confesaron: "No pudimos, ni todavía podemos, comprobar la exactitud de nuestra conclusión." [7]

En forma más reciente, en 1992, una académica australiana poco conocida, Barbara Thiering, causó conmoción al revivir la teoría del desmayo en su libro *Jesus and the Riddle of the Dead Sea Scrolls* [Jesús y el enigma de los Rollos del Mar Muerto], el cual fue presentado con mucha fanfarria por una editorial estadounidense respetada y luego desechada categóricamente por el erudito de la Universidad de Emory, Luke Timothy Johnson, por ser «el más puro disparate, el resultado de una imaginación febril más que de un análisis cuidadoso». [8]

Como un mito urbano, la teoría del desmayo continúa floreciendo. La escucho siempre que se trata la resurrección con aquellos que están en una búsqueda espiritual. Sin embargo, ¿qué es lo que establece la evidencia en realidad? ¿Qué sucedió en realidad en la crucifixión? ¿Cuál fue la causa de la muerte de Jesús? ¿Hay alguna manera de que hubiera podido sobrevivir a esa prueba? Ese es el tipo de interrogantes que esperaba que la evidencia médica ayudara a resolver.

Así que volé al sur de California y golpeé la puerta de un prominente médico que ha estudiado en detalle la información histórica, arqueológica y médicas entorno a la muerte de Jesús de Nazaret, aunque parece que, debido a que el cuerpo desapareció misteriosamente, nunca se pudo realizar una autopsia.

LA DÉCIMA ENTREVISTA: DR. ALEXANDER METHERELL

El ambiente lujoso era completamente incongruente con la cuestión que estábamos tratando. Allí estábamos, sentados en la sala de la cómoda casa de Metherell en el sur de California en una refrescante noche de primavera, con una cálida brisa marina que soplaba suavemente a través de la ventana, mientras hablábamos de un tema de una brutalidad inimaginable: una golpiza tan barbárica que conmo-

ciona la conciencia y un tipo de pena capital tan depravado que se erige como un triste testimonio de la inhumanidad del hombre hacia el hombre.

Había buscado a Metherell porque había oído que poseía las credenciales médicas y científicas para explicar la crucifixión. Aunque también tenía otra motivación: me habían dicho que podía tratar la cuestión en forma desapasionada y a la vez exacta. Eso era importante para mí porque quería que los hechos hablaran por sí solos sin la hipérbole ni el lenguaje cargado que de alguna manera pudieran manipular las emociones.

Como era de esperarse de una persona con un título de medicina (University of Miami en la Florida) y un doctorado en ingeniería (University of Bristol en Inglaterra), Metherell habla con precisión científica. Tiene la certificación de diagnóstico otorgada por la American Board of Radiology [Junta Estadounidense de Radiología] y se ha desempeñado como consultor de National Heart, Lung, and Blood Institute [Instituto Cardiológico, Pulmonar y Sanguíneo Nacional] de National Institutes of Health [Institutos Nacionales de Salud] en Bethesda, Maryland.

Antiguo investigador científico que enseñó en la Universidad de California, Metherell es editor de cinco libros científicos y escribió para publicaciones que van desde *Aerospace Medicine* [Medicina Aeroespacial] hasta *Scientific American* [Científico Estadounidense]. Su análisis ingenioso de la contracción muscular se publicó en *The Physiologist* [El Fisiólogo] y *Biophysics Journal* [Boletín de Biofísica]. Incluso su apariencia demuestra su papel de autoridad médica distinguida: su figura es imponente con cabello blanco y un semblante cortés pero formal.

Seré sincero: por momentos me preguntaba qué ocurría en el interior de Metherell. Con reserva científica, hablando pausada y metódicamente, no mostró ni un indicio de agitación interna mientras describía con calma los detalles espeluznantes de la muerte de Jesús. Cualquier cosa que le sucedía por dentro, cualquiera que fuera el dolor que como cristiano le causara hablar acerca del destino cruel que le acaeció a Jesús, pudo enmascararlo con el profesionalismo nacido de tantas décadas de investigación de laboratorio.

Solo me dio los hechos: al fin y al cabo, luego de atravesar medio país, era eso lo que había venido a buscar.

LA TORTURA ANTES DE LA CRUZ

En principio quería obtener de Metherell una descripción básica de los hechos que culminaron con la muerte de Jesús. Así que después de un tiempo de conversación social, dejé mi vaso de té helado y me acomodé en la silla para quedar enfrente de él.

—¿Podría ilustrar lo que le ocurrió a Jesús? —le pedí.

Se aclaró la garganta.

—Comenzó después de la última cena —relató—. Jesús fue con sus discípulos al Monte de los Olivos, específicamente al jardín del Getsemaní. Allí, si usted recuerda, oró toda la noche. Ahora bien, durante ese proceso estaba anticipando los hechos del día siguiente. Dado que sabía todo el sufrimiento que tendría que soportar, naturalmente estaba experimentando un gran estrés sicológico.

Alcé la mano para detenerlo.

—¡Ajá! Aquí es donde los escépticos se dan un banquete —interpuse—. Los Evangelios nos dicen que comenzó a sudar sangre en ese momento. Vamos, ¿acaso no es eso el resultado de una imaginación hiperactiva? ¿Acaso no pone en tela de juicio la precisión de los escritores de los Evangelios?

Impertérrito, Metherell negó con la cabeza.

—Para nada —respondió—. Esa es una condición médica conocida llamada hematidrosis. No es muy común pero está relacionada con un alto grado de estrés sicológico.

»Lo que sucede es que la ansiedad severa provoca la secreción de químicos que rompen los vasos capilares en las glándulas sudoríparas. Como resultado, hay una pequeña cantidad de sangrado en esas glándulas y el sudor emana mezclado con sangre. No estamos hablando de mucha sangre; es solo una cantidad muy, muy pequeña.»

Aunque algo reprendido, insistí:

—¿Tuvo algún otro efecto en el cuerpo?

—Esto provocó que la piel quedara extremadamente frágil de modo que cuando Jesús fue flagelado por el soldado romano al día siguiente, su piel ya estaba muy, muy sensible.

—Muy bien —pensé—, aquí vamos. Me preparé para las imágenes tétricas que sabía que estaban por fluir en mi mente. Había visto bastantes cadáveres en mis años de periodista: víctimas de accidentes automovilísticos, incendios y venganzas del crimen organizado, pero había algo que era en particular desconcertante acerca de

una persona que en forma intencional es brutalizada por sus ejecutores decididos a infligir el mayor sufrimiento.

—Dígame, ¿cómo era la flagelación? —le pregunté.

Metherell no desvió su vista de mí.

—Las flagelaciones romanas eran conocidas por ser terriblemente brutales. Generalmente consistían de treinta y nueve latigazos pero con frecuencia eran más, según el estado de ánimo del soldado que daba los golpes.

»El soldado usaba un látigo con tiras de cuero trenzado con bolas de metal entretejidas. Cuando el látigo golpeaba la carne, esas bolas provocaban moretones o contusiones, las cuales se abrían con los demás golpes. Y el látigo también tenía pedazos de hueso afilados, los cuales cortaban la carne severamente.

»La espalda quedaba tan desgarrada que la espina dorsal a veces quedaba expuesta debido a los cortes tan profundos. Los latigazos iban desde los hombros pasando por la espalda, las nalgas, y las piernas. Era terrible.

Metherell hizo una pausa.

—Continúe —le dije.

—Un médico que estudió las golpizas romanas observó: "Mientras continuaba la flagelación, las laceraciones rasgaban hasta los músculos y producían jirones temblorosos de carne sangrante." Un historiador del siglo III llamado Eusebio describió una flagelación de la siguiente manera: "Las venas de la víctima quedaban al descubierto y los mismos músculos, tendones y las entrañas quedaban abiertos y expuestos."

»Sabemos que muchas personas morían a causa de este tipo de castigo incluso antes de que pudieran ser crucificadas. Por lo menos, la víctima podía experimentar un dolor tremendo y entrar en conmoción hipovolémica.

Metherell había mencionado un término médico que yo no conocía.

—¿Qué significa conmoción hipovolémica? —le pregunté.

—*Hipo* significa "bajo", *vol* se refiere a volumen y *émica* significa "sangre", por lo tanto, conmoción hipovolémica quiere decir que la persona sufre los efectos de la pérdida de una gran cantidad de sangre —explicó el doctor—. Esto causa cuatro efectos. Primero, el corazón se acelera para tratar de bombear sangre que ya no existe; en segundo lugar, baja la presión sanguínea, lo cual provoca un desmayo o colapso; en tercer lugar, los riñones dejan de producir orina para mantener el volumen restante; y en cuarto lugar, la persona comienza a sentirse sedienta porque el cuerpo ansía fluidos para reponer el volumen de sangre perdido.

—¿Encuentra evidencia de ello en los relatos de los Evangelios?

—Sí, definitivamente —respondió—. Jesús se encontraba en conmoción hipovolémica mientras ascendía por el camino hacia el lugar de la ejecución en el Calvario llevando el madero horizontal de la cruz. Finalmente Jesús se desplomó y un soldado romano le ordenó a Simón que llevara la cruz por él. Luego leemos que Jesús dice: "Tengo sed" y en ese momento se le ofrece un trago de vinagre.

»Debido a los terribles efectos de esa golpiza, no hay duda de que Jesús se encontraba en estado crítico incluso antes de que con clavos traspasaran sus manos y sus pies.

LA AGONÍA DE LA CRUZ

Por lo desagradable que era la descripción de lo que era una flagelación, sabía que un testimonio mucho más repugnante estaba a las puertas. Y es porque los historiadores concuerdan en forma unánime que Jesús sobrevivió al castigo de ese día y prosiguió a la cruz, donde se encuentra el verdadero quid de la cuestión.

En la actualidad, cuando a un criminal condenado se sujeta y se le inyectan venenos, o se ata a una silla de madera y se somete a una descarga eléctrica, las circunstancias son altamente controladas. La muerte es rápida y predecible. Los médicos forenses certifican meticulosamente el deceso de la víctima. Desde un punto cercano, los testigos escudriñan todo de principio a fin.

Sin embargo, ¿cuán cierta era la muerte mediante esta forma de ejecución cruel, lenta y algo inexacta llamada crucifixión? En realidad, la mayoría de las personas no están seguras de cómo la cruz mataba a sus víctimas. Y sin la presencia de un médico forense capacitado para declarar oficialmente que Jesús había muerto, ¿acaso no hubiera podido escapar de esa experiencia torturado y ensangrentado pero de todos modos vivo?

Comencé a presentar estas cuestiones.

—¿Qué sucedió cuando llegó al lugar de la crucifixión? —pregunté.

—Lo acostaron y clavaron sus manos en posición abierta en el madero horizontal. Esta viga se llamaba patibulum y en ese momento

estaba separado del madero vertical, que estaba clavado al suelo en forma permanente.

Se me hacía difícil visualizarlo; necesitaba más detalles.

—¿Clavado con qué? —pregunté—. ¿Dónde?

—Los romanos usaban estacas de doce a diecisiete centímetros de largo y afiladas hasta terminar en una punta agudá. Se las clavaban por las muñecas —explicó Metherell señalando un punto aproximadamente a dos centímetros y medio por debajo de su palma izquierda.

—Un momento —lo interrumpí—. Pensaba que los clavos habían perforado sus palmas. Eso es lo que muestran todas las pinturas. Es más, se ha convertido en el símbolo común que representa la crucifixión.

—A través de las muñecas —repitió Metherell—. Era una posición sólida que trabaría la mano; si los clavos hubieran penetrado las palmas, su peso hubiera causado que la piel se desgarrara y se hubiera caído de la cruz. Por lo tanto los clavos traspasaron sus muñecas, aunque se consideraban parte de la mano en el lenguaje de esa época.

»Y es importante entender que el clavo atravesaba el lugar por donde pasa el nervio mediano. Ese es el nervio mayor que sale de la mano y quedaba triturado por el clavo que se martillaba.

Dado que poseo un conocimiento rudimentario de anatomía humana, no estaba seguro de lo que eso significaba.

—¿Qué clase de dolor debe haber producido? —le pregunté.

—Permítame explicárselo de la siguiente manera —respondió—. ¿Conoce el tipo de dolor que uno siente cuando se golpea el codo y se da en ese huesito. Se trata de otro nervio, llamado cúbito. Es muy doloroso cuando uno se lo golpea accidentalmente.

Muy bien, ahora imagínese tomar un par de pinzas y presionar hasta triturar ese nervio —dijo mientras hacía énfasis en la palabra *presionar* mientras giraba un par de pinzas imaginarias—. Ese efecto sería similar a lo que Jesús experimentó.

Me sobresalté por esa imagen y me retorcí en la silla.

—El dolor era absolutamente insoportable —agregó—. En realidad, literalmente no existían palabras para describirlo; se tuvo que inventar una nueva palabra: *excruciante**.

* (nota del T. este sería el equivalente castellano de acuerdo con la etimología de la palabra original en inglés excruciating que también se halla en el portugués excruciante, del latín excruciatus, participio de excruciare: atormentar torturar; ex + cruciare: atormentar; derivado de crux: cruz.)

Literalmente, *excruciante* significa "de la cruz". Piénselo: fue necesario crear una palabra porque no había nada en el idioma que pudiera describir la angustia intensa causada durante la crucifixión.

»En ese punto, Jesús fue alzado para unir el madero con el polo vertical y luego le pusieron los clavos en los pies. Nuevamente, los nervios de sus pies fueron triturados y eso debe haber causado un tipo de dolor similar.

Nervios triturados y cortados ciertamente era mucho pero necesitaba saber qué efecto había tenido en Jesús el que lo colgaran de la cruz.

—¿Qué presiones debe haber ejercido esto en su cuerpo?

Metherell respondió:

—En primer lugar, sus brazos debieron haberse estirado inmediatamente, probablemente alrededor de quince centimetros de largo y ambos hombros se deben haber dislocado, lo cual se puede determinar con una simple ecuación matemática.

»Esto cumplió la profecía del Antiguo Testamento en el Salmo 22, el cual predijo la crucifixión cientos de años antes de que sucediera y dice: "dislocados están todos mis huesos".

LA CAUSA DE LA MUERTE

Metherell había logrado explicar el punto gráficamente del dolor soportado en el principio del proceso de la crucifixión. Sin embargo, necesitaba llegar hasta lo que finalmente reclama la vida de la víctima de la crucifixión porque esa es la cuestión central para determinar si la muerte puede ser simulada o evitada. Por lo tanto, le formulé a Metherell en forma directa la pregunta acerca de la causa de la muerte.

—Una vez que la persona está colgando en posición vertical —respondió—, la crucifixión es en esencia una muerte lenta y agonizante por asfixia.

»La razón es que la presión ejercida en los músculos y en el diafragma pone al pecho en la posición de inhalación; básicamente, para poder exhalar, el individuo debe empujar hacia arriba con los pies para que la tensión de los músculos se alivie por un momento. Al hacerlo, el clavo desgarraría el pie hasta quedar finalmente incrustado en los huesos tarsianos.

»Después de arreglárselas para exhalar, la persona podría relajarse y descender para inhalar otra bocanada de aire. Nuevamente

tendría que empujarse hacia arriba para exhalar raspando su espalda ensangrentada contra la madera áspera de la cruz. Continuaría de ese modo hasta que el agotamiento completo se adueñara de sí, y la persona ya no pudiera empujarse hacia arriba para respirar.

»A medida que la persona reduce el ritmo respiratorio, entra en lo que se denomina acidosis respiratoria: el dióxido de carbono de la sangre se disuelve como ácido carbónico lo cual causa que aumente la acidez de la sangre. Finalmente eso lleva a un pulso irregular. De hecho, al sentir que su corazón latía en forma errática, Jesús se hubiera dado cuenta de que estaba a punto de morir, y es entonces que pudo decir: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu." Y luego murió de un paro cardíaco.

Fue la explicación más clara que jamás había escuchado acerca de la muerte por crucifixión pero Metherell no había terminado.

—Incluso antes de morir (y esto también es importante) la conmoción hipovolémica debe haber causado un ritmo cardíaco acelerado sostenido que debe haber contribuido al paro cardíaco, lo cual dio por resultado la acumulación de fluido en la membrana que rodea al corazón llamada efusión pericárdica, al igual que alrededor de los pulmones, llamada efusión pleural.

—¿Por qué es significativo?

—Por lo que sucedió con el soldado romano que se acercó a él y estando casi seguro de que Jesús estaba muerto lo confirmó clavando una lanza en su costado derecho. Probablemente era su costado derecho; no es seguro pero por la descripción era probablemente el lado derecho, entre las costillas.

»Parece que la lanza atravesó el pulmón derecho y penetró el corazón, por lo tanto, cuando se sacó la lanza, algo de fluido (la efusión pericárdica y la efusión pleural) salió. Tendría la apariencia de un fluido claro, como el agua, seguido de un gran volumen de sangre, tal como lo describe Juan, uno de los testigos oculares, en su Evangelio.

Es probable que Juan no tuviera idea de por qué vio brotar sangre y agua; por cierto que no es lo que pudiera haber anticipado una persona que no posee el conocimiento médico. Sin embargo, la descripción de Juan concuerda con lo que la medicina moderna anticipa que puede haber sucedido. Al principio, eso parecía darle credibilidad a Juan como testigo pero aparentemente había un gran error.

Tomé mi Biblia y fui a Juan 19:34.

—Un momento —protesté—. Si usted lee detenidamente lo que dijo Juan, dice que vio brotar "sangre y agua"; intencionalmente puso las palabras en ese orden. Sin embargo, según usted, el fluido claro debió salir primero. Por lo tanto, aquí hay una discrepancia muy grande.

Metherell sonrió levemente.

—No soy un experto en griego —respondió—, pero según aquellos que lo son, el orden de las palabras en el griego antiguo se determinaba no por secuencia sino por preeminencia. Esto quiere decir que dado que había más sangre que agua, hubiera tenido sentido que Juan mencionara la sangre primero.

Concedí ese punto pero me hice una nota mental de que debía confirmarlo después.

—*En este punto, ¿cuál debe haber sido el estado de Jesús?*

La mirada de Metherell se fijó en la mía. Metherell respondió con autoridad:

—No había lugar a dudas de que Jesús estaba muerto.

RESPUESTAS PARA LOS ESCÉPTICOS

La aseveración del Dr. Metherell parecía bien respaldada por la evidencia. Sin embargo, había aun otros detalles que quería tratar, al igual que un punto débil en su relato que bien podía socavar la credibilidad del relato bíblico.

—Los Evangelios dicen que los soldados les quebraron las piernas a los dos criminales que fueron crucificados junto a Jesús —mencioné—. ¿Por qué harían eso?

—Si querían acelerar la muerte; además con la llegada del sábado y de la pascua, los líderes judíos ciertamente querían que todo terminara antes de la caída del sol, los romanos usaban el asta de acero de una lanza romana corta para despedazar los huesos de la parte inferior de las piernas. Eso evitaba que la persona empujara hacia arriba con las piernas para poder respirar así que la muerte por asfixia sobrevenía en cuestión de minutos.

»Por supuesto que el Nuevo Testamento nos dice que los huesos de Jesús no fueron quebrados por que los soldados ya habían determinado que estaba muerto y solo utilizaron la lanza para confirmarlo. Eso cumplió otra profecía del Antiguo Testamento acerca del Mesías: que sus huesos no serían quebrados.

De nuevo lo interrumpí.

—Algunos han tratado de arrojar una sombra de duda sobre los relatos de los Evangelios atacando la historia de la crucifixión —comenté—. Por ejemplo, un artículo que apareció en *Harvard Theological Review* [Reseña Teológica de Harvard] muchos años atrás llegó a la conclusión de que había "sorprendentemente muy poca evidencia de que los pies de una persona crucificada se traspasaban alguna vez con clavos". En cambio, enunciaba el artículo, las manos y los pies de la víctima se ataban a la cruz con cuerdas.[9] ¿Acaso no va a admitir que esto genera problemas de credibilidad para el relato del Nuevo Testamento?

El Dr. Metherell se movió hacia delante hasta quedar sentado en el borde de su silla.

—No —dijo—, porque la arqueología ahora ha establecido que el uso de clavos era histórico, aunque, por cierto, admito que a veces se usaban cuerdas.

—¿Cuál es la evidencia?

—En 1968 arqueólogos encontraron en Jerusalén los restos de unos treinta judíos que habían muerto durante un levantamiento en contra de Roma alrededor del año 70 d.C. Una víctima, cuyo nombre parece que era Yohanan, había sido crucificado. Y por seguro, encontraron un clavo de diecisiete centímetros clavado en sus pies que todavía tenían pegados pequeños trozos de madera de olivo de la cruz. Eso constituye una excelente confirmación arqueológica de un detalle clave de la descripción de los Evangelios de la crucifixión.

Touché, pensé.

—Sin embargo, otro punto de contienda es la pericia de los romanos para determinar si Jesús estaba muerto —señalé—. Esta gente era muy primitiva en cuanto a su comprensión de la medicina, anatomía y demás; ¿cómo sabemos que no se equivocaron cuando declararon que Jesús ya no vivía?

—Le acepto que estos soldados no habían estudiado medicina. Sin embargo, recuerde que eran expertos en matar personas: ese era su trabajo y lo hacían muy bien. Sabían sin lugar a dudas cuando una persona estaba muerta y en realidad no es muy difícil darse cuenta de ello.

»Además, si de alguna manera se escapaba un prisionero, los soldados responsables eran ejecutados por lo tanto tenían un gran incentivo para asegurarse completamente de que cada víctima estaba muerta cuando la quitaban de la cruz.

EL ARGUMENTO FINAL

Recurriendo a la historia y a la medicina, a la arqueología e incluso a las reglas militares romanas, Metherell había cubierto todas las lagunas: Jesús no pudo haber bajado de la cruz con vida. Sin embargo, todavía persistí:

—¿Hay alguna posibilidad, *alguna posibilidad,* de que Jesús pudiera haber sobrevivido a esto?

Metherell negó con la cabeza y me señaló con el dedo para hacer énfasis.

—Absolutamente ninguna —respondió—. Recuerde que ya estaba en una conmoción hipovolémica por la pérdida de sangre severa incluso antes de que comenzara la crucifixión. De ninguna manera pudo haber fingido su muerte porque no se puede fingir la incapacidad para respirar por mucho tiempo. Además, la espada que penetró en su corazón definió la cuestión de una vez por todas. Y los romanos no iban a arriesgarse a su propia muerte permitiéndole que se escapara con vida.

—Entonces —observé—, cuando alguien sugiere que Jesús simplemente se desmayó en la cruz...

—Le digo que es imposible. Es una teoría imaginaria sin ninguna base posible en los hechos.

Yo no estaba completamente listo para concluir el asunto. A riesgo de frustrar al doctor, dije:

—Especulemos que lo imposible sucedió y que de alguna manera Jesús se las arregló para sobrevivir a la crucifixión. Digamos que pudo escapar de sus vendas de lino, correr la piedra inmensa que tapaba la entrada a la tumba y escapar de los soldados romanos que montaban guardia. En términos médicos, ¿en qué estado se encontraría después de haber localizado a sus discípulos?

Metherell se rehusaba a participar de ese juego.

—Nuevamente —destacó mostrándose un poco más enérgico—, no hay forma alguna de que pudiera haber sobrevivido a la cruz.

»Sin embargo, si lo hubiera hecho, ¿cómo podría haber caminado cuando le habían traspasado los pies con clavos? ¿Cómo podría haber aparecido en el camino a Emaús poco tiempo después caminando largas distancias? ¿Cómo podría haber usado los brazos después que

se los habían estirado y dislocado de las articulaciones? Recuerde que también tenía heridas severas en la espalda y una herida de lanza en el pecho.

Luego hizo una pausa. Algo surgió en su mente y estaba listo para rematar su punto clavando una estaca en el corazón de la teoría del desmayo de una vez por todas. Era un argumento que nadie ha podido refutar desde la primera vez que lo anticipó el teólogo alemán David Strauss en 1835.

—Escuche —dijo Metherell—, una persona en ese tipo de estado patético nunca hubiera inspirado a sus discípulos a que fueran a proclamar que es el Señor de la vida que triunfó sobre la tumba.

»¿Comprende lo que digo? Después de sufrir ese abuso horrible, con toda la catastrófica pérdida de sangre y el trauma, se habría visto tan lamentable que los discípulos nunca lo hubieran exaltado como el conquistador victorioso de la muerte; hubieran tenido lástima de él y hubieran tratado de cuidarlo hasta que recuperara la salud.

»Por lo tanto es absurdo pensar que si se les hubiera aparecido en ese estado desastroso, sus seguidores se hubieran visto impelidos a iniciar un movimiento mundial basado en la esperanza de que algún día ellos también tendrían un cuerpo resucitado como el suyo. Simplemente no hay forma alguna.

UNA PREGUNTA PARA EL CORAZÓN

Metherell había establecido su caso en forma convincente, magistralmente más allá de la duda razonable. Lo había hecho centrándose exclusivamente en la cuestión del "cómo": ¿Cómo fue ejecutado Jesús de manera tal que se asegurara absolutamente su muerte? Sin embargo, al terminar, percibí que faltaba algo. Había sondeado su conocimiento pero no había tocado su corazón. Así que cuando nos paramos para estrecharnos las manos, me sentí impelido a formularle la pregunta del «por qué» que clamaba por salir.

—Alex, antes de que me vaya, permítame preguntarle su opinión acerca de algo, no su opinión médica, ni su evaluación científica, simplemente algo de su corazón.

Percibí que bajó un poco la guardia.

—Sí —contestó—, lo intentaré.

—Jesús, en forma intencional, se dejó caer en las manos del que lo traicionó, no se resistió al arresto, no se defendió en el juicio: resulta claro que estaba dispuesto a someterse a lo que usted

describió como una forma de tortura humillante y agonizante. Y yo quisiera saber por qué. ¿Qué puede haber motivado a una persona a que acepte soportar ese tipo de castigo?

Alexander Metherell, esta vez el hombre, no el doctor, buscó las palabras justas.

—Francamente no creo que una persona común pudiera haberlo hecho —respondió por fin—. Sin embargo, Jesús sabía lo que le esperaba y estuvo dispuesto a padecerlo porque esa era la única forma de redimirnos: haciendo de sustituto nuestro y pagando la pena de muerte que merecemos por nuestra rebelión contra Dios. Esa fue toda su misión al venir a la tierra.

Habiendo dicho eso, aun podía percibir que la mente de Metherell, racional, lógica y organizada sin tregua continuaba desmenuzando mi pregunta hasta llegar a la respuesta más básica e irreducible.

—Por lo tanto, cuando usted me pregunta qué lo motivó —concluyó—, bien... supongo que la respuesta se puede resumir en una sola palabra; y esa sería amor.

Mientras regresaba en el auto esa noche, fue esa respuesta la que se repetía una y otra vez en mi mente.

En resumen, mi viaje a California había sido de gran ayuda. Metherell había establecido persuasivamente que Jesús no pudo haber sobrevivido la tortura de la cruz una crueldad tan vil que los *romanos exceptuaban a sus ciudadanos de ella, salvo en casos de alta* traición.

Las conclusiones de Metherell eran congruentes con los hallazgos de otros médicos que estudiaron la cuestión detenidamente. Entre ellos se encuentra el Dr. William D. Edwards, cuyo artículo de 1986 en el *Journal of the American Medical Association* [Reseña de la Asociación Médica Estadounidense] concluía: "Claramente, el peso de la evidencia histórica y médica indica que Jesús estaba muerto antes de que se le infligiera la herida en el costado derecho... Del mismo modo, las interpretaciones basadas en la premisa de que Jesús no murió en la cruz parecen estar en contraposición con la evidencia médica moderna." [10]

Aquellos que buscan desechar la resurrección de Jesús alegando que de alguna manera había escapado de las garras de la muerte en el Gólgota, deben ofrecer otra teoría más plausible que encaje con los hechos.

Y luego ellos también tienen que terminar reflexionando en la pregunta inquietante que todos tenemos que considerar: ¿Qué puede haber motivado a Jesús a estar dispuesto a ser degradado y tratado tan brutalmente?

Deliberaciones

Preguntas para reflexión personal o para grupo de estudio

1. Después de considerar el relato de Metherell, ¿ve alguna validez en la teoría del desmayo? ¿Por qué o por qué no?
2. Durante dos milenios la cruz ha sido un símbolo para los cristianos. Ahora que has leído el testimonio de Metherell, ¿de qué manera va a diferir tu opinión acerca de ese símbolo de aquí en adelante?
3. ¿Estarías dispuesto a sufrir por amor a otra persona? ¿Por quién y por qué? ¿Qué se necesitaría para motivarte a soportar la tortura en el lugar de otro?
4. ¿Cómo reaccionarías con los soldados si te estuvieran insultando, humillando y torturando como lo hicieron con Jesús? ¿Qué pudiera dar razón por la reacción de Jesús, que fue expresar en medio de su agonía: «Padre, perdónalos»?

Más evidencia

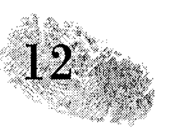
Más recursos sobre este tema

Edwards, William D., y otros, «On the Physical Death of Jesus Christ» [De la muerte física de Jesucristo], *Journal of the American Medical Association* [Reseña de la Asociación Médica Estadounidense], 21 de marzo, 1986, pp. 1455-63.

Foreman, Dale, *Crucify Him* [Crucifícalo], Zondervan, Grand Rapids, 1990.

Hengel, M., *Crucifixion in the Ancient World* [La crucifixión en el mundo antiguo], Fortress, Filadelfia, 1977.

McDowell, Josh, *The Resurrection Factor* [El factor de la resurrección], Here's Life, San Bernardino, CA, 1981.



LA PRUEBA DEL CUERPO DESAPARECIDO

¿Estaba el cuerpo de Jesús en verdad ausente de su tumba?

Helen Vorhees Brach, la heredera del imperio de confituras, llegó al aeropuerto más activo del mundo una tarde fresca de otoño, se unió a la multitud, y desapareció de inmediato sin dejar rastro. Durante más de veinte años, el misterio de lo que le sucedió a esta filántropa pelirroja que amaba a los animales ha desconcertado a la policía y al periodismo por igual.

Si bien los investigadores están convencidos de que fue asesinada, no han podido determinar las circunstancias específicas, en gran parte porque nunca encontraron el cuerpo. La policía dio lugar a varias especulaciones, filtró a la prensa posibilidades tentadoras e incluso logró que un juez declarara que un estafador era el responsable de su desaparición. Sin embargo con el cuerpo ausente, su asesinato oficialmente no está resuelto. Nadie ha enfrentado cargos por su muerte.

El caso Brach es uno de esos enigmas frustrantes que me mantienen despierto de tanto en tanto mientras repaso la escasa evidencia y trato de determinar lo sucedido. A fin de cuentas, es un ejercicio que me deja insatisfecho; quiero *saber* lo que pasó pero simplemente no hay suficientes hechos para descartar las conjeturas.

En ocasiones desaparecen cuerpos tanto en la ficción sensacionalista como en la vida real, pero rara vez uno se encuentra con una tumba vacía. A diferencia del caso de Helen Brach, la cuestión con Jesús no es que nadie lo vio. Es que *sí* lo vieron, vivo; *sí* lo vieron, muerto; y *sí* lo vieron, vivo otra vez. Si le creemos a los relatos de los Evangelios, no se trata de un cuerpo desaparecido.

Se trata de que Jesús todavía está vivo, incluso hoy día, después de sucumbir públicamente a los horrores de la crucifixión que se describieron en forma tan gráfica en el capítulo precedente.

La tumba vacía, como símbolo perdurable de la resurrección, es el máximo exponente de la afirmación por parte de Jesús de que era Dios. El apóstol Pablo dijo en 1 Corintios 15:17 que la resurrección es precisamente la pieza clave de la fe cristiana: «Y si Cristo no ha resucitado, la fe de ustedes es ilusoria y todavía están en sus pecados.»

El teólogo Gerald O'Collins lo expresó de la siguiente manera: «En un sentido profundo, el cristianismo sin la resurrección no es simplemente el cristianismo sin el último capítulo. Ni siquiera es cristianismo.» [1]

La resurrección es la vindicación suprema de la identidad divina de Jesús y de su enseñanza inspirada. Es la prueba de su triunfo sobre el pecado y la muerte. Es la prefiguración de la resurrección de sus seguidores. Es la base de la esperanza cristiana. Es el milagro de los milagros.

Si *es* verdad. Los escépticos afirman que lo que sucedió con el cuerpo de Jesús es un misterio similar a la desaparición de Helen Brach: no hay evidencia suficiente, dicen, para llegar a una conclusión firme.

Sin embargo otros aseveran que ese caso está cerrado efectivamente porque hay pruebas concluyentes de que la tumba estaba vacía esa primera mañana de Pascua. Y si uno quiere que alguien presente el caso en forma precisa, la mejor opción es visitar a William Lane Craig, ampliamente reconocido como uno de los principales expertos en la resurrección en el ámbito mundial.

LA UNDÉCIMA ENTREVISTA: DR. WILLIAM LANE CRAIG

Tuve una perspectiva poco usual la primera vez que vi a Bill Craig en acción: estaba sentado detrás de él mientras él defendía el cristianismo ante una multitud de unas ocho mil personas, con innumerables oyentes más que lo seguían a través de más de cien emisoras de radio en todo el país.

Como moderador de un debate entre Craig y un ateo seleccionado por el vocero nacional de American Atheists, Inc. [Ateos Estadounidenses & Cía.], me maravillaba ante la forma cortés pero poderosa en la que Craig construía el caso a favor del cristianismo mientras que simultáneamente desmantelaba los argumentos a favor del ateísmo. Desde mi punto de vista, podía observar los rostros de la gente mientras descubrían (muchos, por primera vez) que el cristianismo puede soportar un análisis racional y un minucioso escrutinio.

Al final no hubo dudas. De aquellos que esa noche habían entrado al auditorio como ateos confesos, agnósticos o escépticos, un sorprendente 82% salió con la conclusión de que el caso a favor del cristianismo había sido el más imponente. Cuarenta y siete personas entraron como no creyentes y salieron como cristianos: los argumentos de Craig a favor de la fe fueron así de persuasivos, especialmente cuando se les compara con la escasez de evidencia a favor del ateísmo. Por cierto, nadie se convirtió en ateo. [2]

Por lo tanto, cuando volé a Atlanta para entrevistarlo para este libro, estaba ansioso por ver cómo respondería a los desafíos en cuanto a la tumba vacía de Jesús.

No había cambiado desde la última vez que lo vi unos años atrás. Con su barba negra corta, rasgos angulares y mirada cautivante, Craig aun tiene la apariencia de un erudito serio. Habla con oraciones lógicas, nunca pierde la idea, siempre elabora una respuesta en forma metódica, punto por punto, hecho por hecho.

Sin embargo, no es un teólogo seco. Craig posee un entusiasmo refrescante por su trabajo. Sus ojos azul pálido bailan mientras entreteje proposiciones y teorías elaboradas; puntualiza sus oraciones con gestos de la mano que indican comprensión y acuerdo; su voz modula desde casi aturdimiento por algún punto teológico arcano que le parece fascinante hasta la sinceridad sosegada mientras reflexiona en por qué algunos eruditos se resisten a la evidencia que él encuentra tan convincente.

En breve, su mente está completamente comprometida pero su corazón también. Cuando habla de los escépticos con los que ha debatido no lo hace con un tono presuntuoso o de contienda. Se desvive por mencionar sus cualidades que los hacen apreciados cuando puede: este fue un orador maravilloso, aquel fue encantador durante la cena.

En las sutilezas de nuestra conversación, percibí que él no se dedica a golpear a sus oponentes con sus argumentos; busca con

sinceridad persuadir personas que cree que le importan a Dios. Parece quedar perplejo genuinamente ante la razón por la cual algunos no pueden o no quieren reconocer la realidad de la tumba vacía.

LA DEFENSA DE LA TUMBA VACÍA

Vestido con pantalón de caqui azul, medias blancas, un suéter azul oscuro con cuello de tortuga rojo, Craig descansaba en el sillón floreado de su sala. En la pared detrás de él había un cuadro grande enmarcado de una escena de Munich.

Fue allí donde, con una flamante maestría de Trinity Evangelical Divinity School y un doctorado en filosofía de la Universidad de Birmingham, Inglaterra, Craig estudió la resurrección por primera vez mientras buscaba otro doctorado, esta vez, en teología de la Universidad de Munich. Luego enseñó en Trinity Evangelical Divinity School y después se desempeñó como erudito visitante en Higher Institute of Philosophy en la Universidad de Louvain cerca de Bruselas.

Sus libros incluyen: *Reasonable Faith* [Fe Razonable]; *No Easy Answers* [No hay respuestas fáciles]; *Knowing the Truth about the Resurrection* [Cómo conocer la verdad acerca de la resurrección]; *The Only Wise God* [El único y sabio Dios]; *The Existence of God and the Beginning of the Universe* [La existencia de Dios y el origen del universo]; y (con Quentin Smith) *Theism, Atheism and Big Bang Cosmology*, [Teísmo, ateísmo y la cosmología del Big Bang] publicado por Oxford University Press.

Asimismo contribuyó para *The Intellectuals Speak Out about God* [Los intelectuales hablan acerca de Dios]; *Jesus under Fire* [Jesús bajo Fuego]; *In Defense of Miracles* [En defensa de los milagros]; y *Does God Exist?* [¿Dios Existe?]. Además sus artículos académicos aparecieron en publicaciones tales como *New Testament Studies* [Estudios del Nuevo Testamento]; *Journal for the Study of the New Testament* [Periódico para el estudio del Nuevo Testamento]; *Gospel Perspectives* [Perspectivas de los Evangelios]; *Journal of the American Scientific Affiliation* [Periódico de la Afiliación Científica Estadounidense]; y *Philosophy* [Filosofía]. Es miembro de nueve asociaciones profesionales, entre ellas, American Academy of Religion [Academia Estadounidense de Religión] y American Philosophical Association [Asociación Filosófica Estadounidense].

Si bien es conocido en el ámbito internacional por sus escritos acerca de la intersección entre la ciencia, la filosofía y la teología, no necesitó impulso para comenzar a tratar la cuestión que todavía le acelera el corazón: la resurrección de Jesús.

¿EN VERDAD FUE JESÚS ENTERRADO EN LA TUMBA?

Antes de considerar si la tumba de Jesús estaba vacía, necesitaba establecer si su cuerpo había sido depositado allí en primer lugar. La historia nos dice que por regla, los criminales crucificados quedaban en la cruz para que los devoraran las aves de carroña o eran arrojados en una fosa común. Eso llevó a John Dominic Crossan del Seminario de Jesús a la conclusión de que el cuerpo de Jesús probablemente fue desenterrado y devorado por perros salvajes.

—De acuerdo con las prácticas acostumbradas —le dije a Craig—, ¿no admitiría que eso fue más probablemente lo que sucedió?

—Si lo único que evalúa son las prácticas acostumbradas, sí, estoy de acuerdo —fue su respuesta—. Sin embargo, eso pasaría por alto la evidencia específica de este caso.

—Muy bien, veamos la evidencia específica —le dije y señalé un problema inmediato: los Evangelios dicen que el cuerpo de Jesús fue entregado a José de Arimatea, un miembro del mismo consejo, el Sanedrín, que había votado para condenar a Jesús.

—Eso es algo improbable, ¿no es así? —pregunté en un tono que sonó más mordaz de lo que había querido.

Craig se acomodó en el sillón como si estuviera listo para saltar sobre de mi pregunta.

—No, no si observa toda la evidencia de la sepultura —respondió —. Entonces permítame repasarla. En primer lugar, el apóstol Pablo menciona la sepultura en 1 Corintios 15:3-7 donde trasmite un primer credo de la iglesia.

Asentí para mostrar que lo seguía dado que el Dr. Craig Blomberg ya había descrito ese credo con un cierto grado de detalle durante nuestra entrevista. Craig estaba de acuerdo con Blomberg en que el credo sin duda se remonta a unos pocos años después de la crucifixión de Jesús, habiéndose trasmitido a Pablo

después de su conversión en Damasco o en su posterior visita a Jerusalén donde se encontró con los apóstoles Jacobo y Pedro.

Dado que Craig iba a hacer referencia al credo, abrí la Biblia en mi regazo y rápidamente repasé el pasaje: «Porque ante todo les transmití a ustedes lo que yo mismo recibí: que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras, que fue sepultado, que resucitó al tercer día según las Escrituras.» El credo continúa mencionando varias apariciones del Jesús resucitado.

—Este credo es increíblemente antiguo y por lo tanto digno de confianza —señaló Craig—. En esencia es una fórmula de cuatro líneas. La primera línea hace referencia a la crucifixión, la segunda a la sepultura, la tercera a la resurrección y la cuarta a las apariciones de Jesús. Como puede ver, la segunda afirma que Jesús fue sepultado.

Eso me resultaba muy vago.

—Un momento —interpuse—. Puede haber sido sepultado ¿pero fue en una tumba? ¿Y fue a través de José de Arimatea, este personaje misterioso que sale de la nada para reclamar el cuerpo?

Craig se mantuvo paciente.

—Este credo es en realidad un resumen que corresponde línea tras línea a las enseñanzas de los Evangelios —explicó—. Cuando uno va a los Evangelios, encontramos numerosos testimonios independientes de esta historia de la sepultura y se menciona específicamente a José de Arimatea en los cuatro relatos. Además, la historia de la sepultura en Marcos es tan antigua que simplemente no es posible que pueda haber sido sometida a la corrupción legendaria.

—¿Cómo se da cuenta de que es antigua? —pregunté.

—Dos razones —respondió—. En primer lugar, en general se considera que Marcos es el Evangelio más antiguo. En segundo lugar, su Evangelio básicamente está constituido por anécdotas cortas acerca de Jesús que se asemejan más a las perlas de un collar que a una narración fluida y continua.

»Sin embargo. cuando llega a la última semana de Jesús, la llamada historia de la pasión, tenemos una narración fluida de hechos en orden. Aparentemente Marcos tomó esta historia de la pasión de una fuente más antigua; y esta fuente incluía la historia de que Jesús fue sepultado en la tumba.

¿ES JOSÉ DE ARIMATEA UN PERSONAJE HISTÓRICO?

Si bien esos eran buenos argumentos, detecté un problema en el relato de Marcos acerca de lo sucedido.

—Marcos dice que todo el Sanedrín votó para condenar a Jesús —observé—. Si eso es verdad, quiere decir que José de Arimatea votó para matar a Jesús. ¿Acaso no es muy improbable que luego le hubiera dado a Jesús una sepultura digna?

Parecía que mi observación me había puesto en buena compañía.

—Quizá Lucas sintió el mismo malestar —respondió Craig—, lo cual explicaría por qué agrega un detalle importante: José de Arimatea no estaba presente cuando se realizó la votación oficial. Por lo tanto eso explicaría las cosas. Sin embargo, el detalle significativo acerca de José de Arimatea es que no era el tipo de persona que pudieran haber inventado la leyenda o los autores cristianos.

Necesitaba más que una conclusión sobre este tema; quería un razonamiento sólido.

—¿Por qué no? —repliqué.

—Dado el enojo y la amargura de los primeros cristianos contra los líderes judíos que habían instigado la crucifixión de Jesús —respondió—, es muy improbable que hubieran inventado uno que hizo lo correcto dándole a Jesús una sepultura digna, ¡especialmente cuando todos los discípulos de Jesús lo abandonaron! Además no hubieran inventado un miembro específico de un grupo específico, al cual la gente pudiera preguntarle para verificar lo sucedido. Por lo tanto, José es sin duda una figura histórica.

Antes de que pudiera formular otra pregunta, Craig continuó.

—Cabe agregar que si la sepultura realizada por José de Arimatea fuera una leyenda que se desarrolló después, uno esperaría encontrarse con otras tradiciones rivales acerca de la sepultura y de lo que le sucedió al cuerpo de Jesús. Sin embargo, no se encuentran para nada.

»Como resultado, la mayoría de los eruditos del Nuevo Testamento hoy día concuerdan en que el relato de la sepultura de Jesús es fundamentalmente confiable. John A.T. Robinson, el antiguo erudito del Nuevo Testamento de la Universidad de Cambridge,

dijo que la sepultura digna de Jesús es uno de los hechos mejor atestados que tenemos acerca del Jesús histórico.

Las explicaciones de Craig me satisficieron en cuanto a que el cuerpo de Jesús en verdad fue puesto en la tumba de José. Sin embargo el credo dejaba una ambigüedad: quizás, después de la resurrección, su cuerpo permaneció sepultado.

—Si bien el credo dice que Jesús fue crucificado, sepultado y luego resucitó, no dice en forma específica que la tumba estaba vacía —señalé—. ¿Acaso no deja esto abierta la posibilidad de que la resurrección fue solo de naturaleza espiritual y que el cuerpo de Jesús se encontraba aun en la tumba?

—El credo definitivamente deja entrever la tumba vacía

—Craig replicó—. Verá, los judíos tenían un concepto físico de la resurrección. Para ellos, el objetivo primario de la resurrección eran los huesos del fallecido, ni siquiera la carne, la cual se pensaba que era perecedera. Después de que se pudría la carne, los judíos juntaban los huesos de sus muertos y los ponían en cajas para preservarlos hasta la resurrección en el fin del mundo, cuando Dios levantaría a los muertos justos de Israel y ellos se reunirían en el reino de Dios.

»Bajo esta luz, hubiera sido una simple contradicción para un judío de esa época decir que alguien había resucitado de entre los muertos pero que su cuerpo todavía estaba en la tumba. Por lo tanto cuando este credo cristiano antiguo dice que Jesús fue sepultado y luego resucitó al tercer día, dice en forma implícita pero muy clara: quedó atrás una tumba vacía.

¿CUÁN SEGURA ERA LA TUMBA?

Habiendo escuchado la evidencia convincente de que Jesús había estado en la tumba, me parecía importante saber cuán segura era la tumba ante influencias externas. Cuanta más seguridad hubiera, menor sería la posibilidad de que el cuerpo pudiera haber sido manipulado.

—¿Cuán protegida estaba la tumba de Jesús? —pregunté.

Craig pasó a describir la apariencia de este tipo de tumba de la mejor forma posible que los arqueólogos lograron determinar a partir de las excavaciones realizadas en sitios del siglo I.

—Había una hendidura oblicua que descendía a una entrada baja y una piedra grande con forma de disco se deslizaba hacia el

interior de la hendidura y quedaba trabada en su lugar a lo ancho de la entrada —explicó usando sus manos para ilustrar lo que decía—. Se utilizaba una roca más pequeña para asegurar el disco. Aunque era fácil rodar ese disco grande a través de la hendidura, se necesitaban varios hombres para rodar la piedra hacia arriba para reabrir la tumba. En ese sentido era bastante segura.

Sin embargo, ¿la tumba de Jesús también estaba vigilada? Sabía que algunos escépticos habían intentado sembrar la duda sobre la creencia popular de que la tumba de Jesús fue vigilada cuidadosamente día y noche por soldados romanos altamente disciplinados que enfrentaban la muerte propia si fallaban en sus deberes.

—¿Está convencido de que había guardias romanos? —le pregunté.

—Solo Mateo informa que se montó una guardia frente a la tumba —respondió—. De cualquier modo, no creo que la historia de la guardia sea una faceta importante en la evidencia a favor de la resurrección. Por un lado, es muy discutida por los eruditos contemporáneos. Me parece más prudente basar mis argumentos en la evidencia aceptada ampliamente por la mayoría de los eruditos, por lo tanto es mejor dejar de lado la historia de los guardias.

Me sorprendió su enfoque.

—¿Acaso eso no debilita su caso? —le pregunté.

Craig negó con la cabeza.

—Francamente, la historia de la guardia puede haber sido importante en el siglo XVIII cuando los críticos sugerían que los discípulos robaron el cuerpo de Jesús pero hoy día ya nadie adopta esa teoría —respondió.

—Cuando uno lee el Nuevo Testamento —continuó—, no hay duda que los discípulos creían sinceramente en la verdad de la resurrección, la cual proclamaron hasta la muerte. La idea de que la tumba vacía es el resultado de algún tipo de engaño, conspiración o robo simplemente se descarta hoy día. Por lo tanto, la historia de la guardia se convirtió en un detalle incidental.

¿HABÍA GUARDIAS PRESENTES?

Aun así, estaba interesado en saber si había algún tipo de evidencia para respaldar la afirmación de Mateo acerca de los guardias. Aunque entendía las razones de Craig para dejar de lado

la cuestión, insistí preguntando si había buena evidencia de que el relato acerca de la guardia es histórico.

—Sí, la hay —respondió—. Piense en los reclamos y contra reclamos sobre la resurrección que iban y venían entre cristianos y judíos del siglo I.

»La proclamación cristiana inicial fue: "Jesús resucitó." Los judíos respondieron: "Los discípulos robaron el cuerpo." Ante esto, los cristianos respondieron: "Ajá, pero los guardias de la tumba hubieran impedido el robo." Los judíos replicaron: "Ah, no, pero los guardias se quedaron dormidos." Y los cristianos contestaron: "No, los judíos sobornaron a los guardias para que dijeran que se habían dormido."

»Ahora bien, si no hubiera habido guardias, el intercambio habría sido de la siguiente manera: en respuesta a la afirmación de que Jesús había resucitado los judíos hubieran dicho: "No, los discípulos robaron el cuerpo." Los cristianos hubieran contestado: "Pero los guardias de la tumba hubieran impedido el robo." Entonces la respuesta de los judíos hubiera sido: "¿Qué guardias? ¡Están locos! ¡No había ningún guardia!" Sin embargo la historia nos cuenta que eso no fue lo que dijeron los judíos.

»Esto sugiere que los guardias fueron en verdad figuras históricas y que los judíos lo sabían, por lo cual tuvieron que inventar la historia absurda de que los guardias estaban dormidos cuando los discípulos se llevaron el cuerpo.

Nuevamente una pregunta insistente me llevó a interponer:

—Parece que aquí hay otro problema —le dije e hice una pausa para tratar de formular mi objeción en la forma más sucinta posible—. ¿Por qué las autoridades judías habrían puesto guardias frente a la tumba ante todo? Si estaban anticipando la resurrección o que los discípulos simularían una, ¡eso querría decir que comprendían las predicciones de Jesús acerca de su resurrección mejor que los discípulos! Al fin y al cabo, los discípulos se sorprendieron por todo lo sucedido.

—Ha dado con algo —admitió Craig—. Sin embargo, quizás pusieron los guardias allí para evitar que sucediera cualquier tipo de profanación de tumbas u otro disturbio durante la Pascua. No lo sabemos. Es un buen argumento; reconozco toda su fuerza pero no creo que sea insuperable.

Bien, pero sí presenta ciertas dudas con respecto a la historia de los guardias. Además, recordé otra objeción.

—Mateo dice que los guardias romanos se reportaron a las autoridades judías —observé—. ¿Acaso no parece poco probable ya que respondían a Pilato?

Una leve sonrisa atravesó el rostro de Craig.

—Si observa detenidamente —respondió—, Mateo no dice que los guardias eran romanos. Cuando los judíos le piden a Pilato una guardia, Pilato contesta: "Llévense una guardia." Ahora bien, ¿eso significa: "Muy bien, llévense una cuadrilla de soldados romanos" o quiere decir: "Ustedes tienen sus propios guardias; úsenlos"

»Los eruditos han debatido si era una guardia judía o no. Al principio me inclinaba, por la razón que usted mencionó, a pensar que la guardia era judía. Sin embargo lo he reconsiderado porque la palabra que utiliza Mateo para hacer referencia a los guardias a menudo se usa con respecto a los soldados romanos más que a los simples oficiales del templo.

»Y recuerde que Juan nos dice que fue un centurión romano el que dirigió a los soldados romanos para arrestar a Jesús bajo las órdenes de los líderes judíos. Por lo tanto hay un precedente de que los guardias romanos se reportaban a los líderes religiosos judíos. Parece plausible que también puedan haber estado involucrados en la guardia de la tumba.

Sopesando la evidencia, me sentí persuadido de que los guardias habían estado presentes pero decidí abandonar esa línea de interrogación dado que, de todos modos, Craig no se apoya en la historia de los guardias. Mientras tanto, estaba ansioso por confrontar a Craig con lo que parece ser el argumento más persuasivo en contra de la idea de que la tumba de Jesús estaba vacía el domingo de Pascua.

¿Y QUÉ DE LAS CONTRADICCIONES?

A través de los años, los críticos del cristianismo atacaron la historia de la tumba vacía señalando discrepancias aparentes entre los relatos de los Evangelios. Por ejemplo, el escéptico Charles Templeton comentó hace poco: «Las cuatro descripciones de los hechos... difieren en forma tan marcada en tantos puntos que ni con toda la buena voluntad del mundo pueden ser conciliadas.»

A primera vista, esta objeción parece penetrar hasta el centro mismo de la confiabilidad de las narraciones de la tumba vacía. Considere este resumen realizado por el Dr. Michael Martin de la Universidad de Boston, el cual le leí a Craig esa mañana:

> En Mateo, cuando María Magdalena y la otra María llegan a la tumba al amanecer, hay una roca frente a ella, se produce un violento terremoto y un ángel desciende y quita la piedra. En Marcos, las mujeres llegan a la tumba muy de mañana, apenas salido el sol, y la piedra había sido quitada. En Lucas, cuando las mujeres llegan temprano al amanecer, se encuentran con que la piedra ya había sido removida.
>
> En Mateo, hay un ángel sentado en la roca fuera de la tumba y en Marcos un joven está dentro de la tumba. En Lucas, hay dos hombres adentro.
>
> En Mateo, las mujeres presentes en la tumba son María Magdalena y la otra María. En Marcos, las mujeres presentes son las dos Marías y Salomé. En Lucas, María Magdalena, María la madre de Jacobo y Juana y las otras mujeres presentes en la tumba.
>
> En Mateo, las dos Marías salen corriendo de la tumba con gran temor y gozo para contarle a los discípulos y se encuentran con Jesús en el camino. En Marcos salen corriendo de la tumba con temor y no dicen nada a nadie. En Lucas, las mujeres relatan lo sucedido a los discípulos quienes no les creen y no se sugiere que se hayan encontrado con Jesús.[4]

—Además —le dije a Craig—, Martin señala que Juan está en conflicto con gran parte de los otros tres Evangelios. Y concluye: "En suma, los relatos de lo que sucedió en la tumba son incoherentes o solo se pueden volver coherentes mediante la ayuda de interpretaciones improbables." [5]

Dejé de leer y alcé la vista de mis notas. Fijando la mirada en la de Craig, le pregunté a quemarropa:

—A la luz de todo esto, ¿cómo puede ser posible que considere que la historia de la tumba vacía es creíble?

Inmediatamente noté algo acerca del semblante de Craig. En la conversación de rutina o cuando trata objeciones tibias a la tumba vacía es algo dulce. Pero cuanto más difícil es la pregunta y cuanto más agudo es el desafío, se vuelve más animado y concentrado. Y en ese momento, su lenguaje corporal me estaba diciendo que no veía la hora de zambullirse en esas aguas que parecían peligrosas.

Craig se aclaró la garganta y comenzó.

—Con todo respeto —dijo—, Michael Martin es un filósofo no un historiador y no creo que comprenda la tarea del historiador. Para un filósofo, si algo no es coherente, la ley de contradicciones dice. "No puede ser cierto, ¡descártalo!" Sin embargo, el historiador observa estas narraciones y dice: "Veo algunas incoherencias pero también noto una particularidad en ellas: todas son detalles secundarios."

»La esencia del relato es la misma: José de Arimatea toma el cuerpo de Jesús, lo pone en una tumba, un pequeño grupo de mujeres seguidoras de Jesús visitan la tumba temprano por la mañana el domingo después de su crucifixión, y se encuentran con que la tumba está vacía. Ven una visión de ángeles que dicen que Jesús resucitó.

»El historiador meticuloso, a diferencia del filósofo, no arroja el fruto junto con la cáscara. En cambio dice: "Esto sugiere que *hay una esencia histórica en este relato que es confiable y del cual* se puede depender, aunque los detalles secundarios sean conflictivos."

»Por lo tanto, podemos tener suma confianza en la esencia que es común a los relatos, con la cual concordarían la mayoría de los eruditos del Nuevo Testamento hoy día, aunque haya diferencias con respecto a los nombres de las mujeres, la hora exacta de la mañana, la cantidad de ángeles, etc. Ese tipo de discrepancias secundarias no le molestarían a un historiador.

Incluso Michael Grant, el historiador que por lo común es escéptico, miembro de Trinity College, Cambridge y profesor de la Universidad de Edimburgh, admite en su libro *Jesus: An Historian's Review of the Gospels* [Jesús: un historiador y su reseña de los Evangelios]. "Es verdad, el descubrimiento de la tumba vacía se describe de forma diferente en los Evangelios, pero si aplicamos el mismo tipo de criterio que aplicaríamos a otras fuentes

literarias antiguas, la evidencia es firme y plausible, lo suficiente como para requerir la conclusión de que la tumba fue encontrada, en verdad, vacía."[6]

¿SE PUEDEN ARMONIZAR LAS DISCREPANCIAS?

A veces cuando cubría los juicios de criminales, había visto que dos testigos daban el mismo testimonio exacto, hasta los detalles claves, solo para encontrarse despedazados por el abogado de la defensa por haberse puesto de acuerdo antes del juicio. Por lo tanto, le mencioné a Craig:

—Supongo que si los cuatro Evangelios fueran idénticos en los detalles, eso habría levantado sospechas de plagio.

—Sí, es una buena observación —respondió—. Las diferencias en los relatos de la tumba vacía sugieren que tenemos varios testimonios independientes de la historia de la tumba vacía. A veces la gente dice: "Mateo y Lucas plagiaron a Marcos", pero cuando uno observa las narraciones con detenimiento, uno nota divergencias que sugieren que aun si Mateo y Lucas hubieran conocido el relato de Marcos, de cualquier modo ellos también tienen fuentes separadas, independientes para la historia de la tumba vacía.

»Entonces, con estos varios relatos independientes, ningún historiador desestimaría esta evidencia solo por causa de las discrepancias secundarias. Permítame darle un ejemplo secular.

»Tenemos dos narraciones del cruce de los Alpes que realizó Aníbal para atacar Roma y son incompatibles e irreconciliables. Sin embargo, ningún historiador clásico duda del hecho de que Aníbal montó tal campaña. Esa es una ilustración no bíblica de que las discrepancias en cuanto a detalles secundarios fracasan en socavar la esencia histórica de un relato histórico.

Acepté el poder de dicho argumento y mientras reflexionaba sobre la crítica de Martin, me parecía que algunas de sus supuestas contradicciones se podían reconciliar con bastante facilidad. Se lo mencioné a Craig de la siguiente manera:

—¿Acaso no hay formas de armonizar algunas de las diferencias de estos relatos?

—Sí, correcto, las hay —Craig respondió—. Por ejemplo, la hora de la visita a la tumba. Un escritor puede describirla como que todavía estaba oscuro, el otro quizás la explique como que

estaba aclarando pero eso se parece al caso del optimista y el pesimista que discuten si el vaso está medio lleno o medio vacío. Fue alrededor del amanecer y ellos describen lo mismo con palabras diferentes.

»En cuanto a la cantidad de mujeres y sus nombres, ninguno de los Evangelios pretende dar una lista completa. Todos incluyen a María Magdalena y a otras mujeres por lo tanto es probable que existiera un grupo de estas discípulas primitivas que incluía a las que fueron nombradas y quizás a otras más. Creo que sería pedantería decir que es una contradicción.

—¿Y qué acerca de las diferencias en el relato de lo que sucedió después? —inquirí—. Marcos dice que las mujeres no le dijeron nada a nadie y los otros Evangelios dicen que sí.

Craig explicó:

—Cuando uno observa la teología de Marcos, nota que le encanta hacer énfasis en la reverencia, el sobresalto, el terror y la adoración que inspira estar en presencia de lo divino. Por lo tanto, esta reacción de las mujeres, salir corriendo con temor y temblor y no decirle nada a nadie a causa del temor, es parte del estilo teológico y literario de Marcos.

»Bien pudo haber sido un silencio temporal, y luego las mujeres regresaron donde los demás y les contaron lo que había sucedido. En realidad —concluyó con una sonrisa—, *tuvo* que haber sido un silencio temporal; de lo contrario, ¡Marcos no estaría relatando esa historia!

Quería consultarle acerca de otra discrepancia que se cita comúnmente.

—Jesús dijo en Mateo 12:40: "Porque así como tres días y tres noches estuvo Jonás en el vientre de un gran pez, también tres días y tres noches estará el Hijo del hombre en las entrañas de la tierra." Sin embargo los Evangelios dicen que Jesús en realidad estuvo en la tumba un solo día entero, dos noches enteras y parte de dos días. ¿Acaso no es ese un ejemplo de que Jesús se equivocó y no cumplió su propia profecía?

—Algunos cristianos con buenas intenciones han utilizado este versículo para sugerir que Jesús fue crucificado un miércoles en vez de un viernes, ¡para poder ajustarse al tiempo! —mencionó Craig—. Sin embargo, la mayoría de los eruditos reconocen que según la forma de registrar el tiempo de los antiguos judíos,

cualquier parte del día se contaba como un día entero. Jesús estuvo en la tumba la tarde del viernes, todo el sábado y la madrugada del domingo: según la forma en la que los judíos concebían el tiempo en ese entonces, eso se hubiera contado como tres días.

—De nuevo —concluyó—, ese es simplemente otro ejemplo de cuántas de esas discrepancias se pueden explicar o reducir con un poco de conocimiento del contexto o solo examinarlas con la mente abierta.

¿SE PUEDE CONFIAR EN LOS TESTIGOS?

Los Evangelios concuerdan en que la tumba vacía fue descubierta por mujeres que eran amigas y seguidoras de Jesús. Sin embargo, ese hecho, en la perspectiva de Martin, arroja sospechas sobre su testimonio, dado que ellas "probablemente no eran observadores objetivos".

Por lo tanto le hice la pregunta a Craig:

—La relación de las mujeres con Jesús, ¿acaso pone en duda a confiabilidad de su testimonio?

Sin percatarme de ello, había jugado a favor de Craig.

—En realidad, con ese argumento le sale el tiro por la culata a los que lo usan —fue la respuesta de Craig—. Es cierto que esas mujeres eran amigas de Jesús. Sin embargo, cuando uno comprende el papel de la mujer en la sociedad judía del siglo I, lo que resulta realmente extraordinario es que ante todo la historia de tumba vacía tenga mujeres que la descubren por primera vez.

»Las mujeres se encontraban en los peldaños más bajos de la escalera social en la Palestina del siglo I. Había antiguos dichos rabínicos que rezaban: "Que las palabras de la ley sean quemadas antes de ser dadas a las mujeres" y "Bendito es aquel cuyos descendientes son hombres, pero desgracia a aquel cuyos descendientes son mujeres." El testimonio de las mujeres se consideraba tan inservible que ni siquiera se les permitía que se presentaran como testigos legales en un tribunal judío.

»Bajo esta luz, es absolutamente notable que los testigos principales de la tumba vacía fueran estas mujeres amigas de Jesús. Cualquier relato legendario posterior de cierto hubiera narrado que los discípulos hombres fueron los que descubrieron la tumba; Pedro o Juan, por ejemplo. El hecho de que las mujeres sean las primeras testigos de la tumba vacía se explica de la forma más plausible mediante la realidad de que, les guste o no, ¡ellas *fueron* quienes descubrieron la tumba vacía! Esto demuestra que los escritores de los Evangelios registraron fidedignamente lo que ocurrió, aunque fuera embarazoso. Ello habla del carácter histórico de esta tradición en lugar de su condición legendaria.

¿POR QUÉ LAS MUJERES VISITARON LA TUMBA?

La explicación de Craig, empero, dejaba otra duda pendiente: ¿por qué iban las mujeres a ungir el cuerpo de Jesús si sabían que la tumba estaba sellada con seguridad?

—¿Tienen sentido sus acciones? —pregunté.

Craig pensó por un momento antes de contestar, esta vez, no con su voz de debate sino con un tono más tierno.

—Lee, realmente siento que los eruditos que no han conocido el amor y la devoción que estas mujeres sentían por Jesús no tienen derecho a pronunciar juicios indiferentes acerca de la viabilidad de lo que querían hacer.

»Para la gente que está sufriendo, que perdió a alguien que seguían y amaban con locura, querer ir a su tumba con la pobre esperanza de ungir su cuerpo (no creo que un crítico posterior pueda tratarlas como robots y decir: "No deberían haberlo hecho").

Se encogió de hombros.

—Quizás pensaban que habría algunos hombres por allí que pudieran mover la piedra. Si había guardias, quizás pensaron que ellos lo harían. No lo sé.

»Ciertamente la noción de visitar una tumba para derramar ungüentos sobre un cuerpo es una práctica judía histórica; la única cuestión es la viabilidad de quién les quitaría la piedra. Y no creo que estamos en la posición correcta para pronunciar juicio si debieron o no simplemente quedarse en sus casas.

¿POR QUÉ LOS CRISTIANOS NO CITAN LA TUMBA VACÍA?

Al prepararme para la entrevista con Craig, había visitado las páginas en Internet de varias organizaciones ateas para ver el tipo de argumentos que presentaban en contra de la resurrección. Por

alguna razón, muy pocos ateos tratan esta cuestión. Sin embargo, un crítico elevó una objeción que quería presentarle a Craig.

En esencia, dijo que un argumento mayor en contra de la tumba vacía es que ninguno de los discípulos ni de los predicadores cristianos posteriores se molestó en mencionarla. Escribió: «Hubiéramos esperado que los predicadores cristianos dijeran: "¿No nos creen? ¡Pues vayan a ver la tumba ustedes mismos! Está en la esquina de la calle 5 y la avenida principal, el tercer sepulcro de la derecha."

Dice que sin embargo Pedro no menciona la tumba vacía en su predicación de Hechos 2. El crítico concluyó: "Si ni siquiera los discípulos pensaban que la tradición de la tumba vacía era válida, ¿por qué deberíamos hacerlo nosotros?"

Los ojos de Craig se agrandaron a medida que le formulaba la pregunta.

—Simplemente no creo que sea verdad —respondió, con un poco de asombro en su voz mientras tomaba su Biblia y buscaba el capítulo 2 del libro de los Hechos que registra el sermón de Pedro en Pentecostés.

—La tumba vacía sí se encuentra en el discurso de Pedro —insistió Craig—. Proclama en el versículo 24 que "Dios lo resucitó, librándolo de las angustias de la muerte".

»Luego cita parte de un salmo cómo Dios no permitiría que su santo sufriera corrupción. Eso lo había escrito David y Pedro dice: "Hermanos, permítanme hablarles con franqueza acerca del patriarca David, que murió y fue sepultado, y cuyo sepulcro está entre nosotros hasta el día de hoy." Sin embargo, afirma acerca de Cristo "que Dios no dejaría que su vida terminara en el sepulcro, ni que su fin fuera la corrupción. A este Jesús, Dios lo resucitó, y de ello todos nosotros somos testigos" —Craig alzó la vista de su Biblia—. Este discurso contrasta la tumba de David, que permaneció hasta ese día, con la profecía en la que David dice que Cristo resucitaría, su carne no sufriría corrupción. Está claramente implícito que la tumba quedó vacía.

Luego pasó a un capítulo posterior del libro de los Hechos.

—En Hechos 13:29-31, Pablo expresa: "Después de llevar a cabo todas las cosas que estaban escritas acerca de él, lo bajaron del madero y lo sepultaron. Pero Dios lo levantó de entre los muertos. Durante muchos días lo vieron los que habían subido con él de Galilea a Jerusalén." Ciertamente, la tumba vacía está implícita allí.

Cerró la Biblia y agregó:

—Creo que es bastante torpe e irracional argüir que estos predicadores antiguos no hacían referencia a la tumba vacía solo porque no utilizaban las dos palabras específicas *tumba vacía*. No hay duda de que sabían; y la audiencia comprendía de su predicación, que la tumba de Jesús estaba vacía.

¿CUÁL ES LA EVIDENCIA AFIRMATIVA?

Había pasado la primera parte de nuestra entrevista acribillando a Craig con objeciones y argumentos que desafiaban la tumba vacía. Sin embargo de pronto me di cuenta de que no le había dado la oportunidad de presentar su caso afirmativo. Si bien había hecho alusión a varias razones por las cuales creía que la tumba de Jesús no estaba ocupada, le dije:

—¿Por qué no me da su mejor disparo? Convénzame con sus cuatro o cinco razones principales de que la tumba vacía es un hecho histórico.

Craig aceptó el desafío. Uno tras otro, expresó sus argumentos en forma concisa y poderosa.

—En primer lugar —señaló—, la tumba vacía está implícita en la tradición antigua que transmite Pablo en 1 Corintios 15, la cual es una fuente muy antigua y confiable de información histórica acerca de Jesús.

»En segundo lugar, la ubicación de la tumba de Jesús era conocida tanto por los cristianos como por los judíos. Por lo tanto, si no hubiera estado vacía, habría sido imposible que un movimiento fundado en la creencia de la resurrección pudiera haber surgido en la misma ciudad donde este hombre había sido ejecutado y sepultado públicamente.

»En tercer lugar, podemos observar en el lenguaje, la gramática y el estilo que Marcos sacó su historia de la tumba vacía, en realidad toda la narración de la pasión, de una fuente más antigua. De hecho, hay evidencia de que se escribió antes del año 37 d.C., lo cual es muy temprano como para que la leyenda lo haya corrompido seriamente.

»A.N. Sherwin-White, el respetado historiador greco romano clásico de la Universidad de Oxford, dijo que hubiera sido sin

precedentes que la leyenda se desarrollara tan rápido y distorsionara los Evangelios.

»En cuarto lugar, se encuentra la simplicidad de la historia de la tumba vacía en Marcos. Los relatos ficticios apócrifos del siglo II contienen toda clase de narraciones floridas en las que Jesús sale de la tumba en gloria y poder, que todo el mundo lo ve, incluso los sacerdotes, las autoridades judías y los guardias romanos. Ese es el estilo de las leyendas pero estas no aparecen sino luego de algunas generaciones después de los hechos, cuando todos los testigos oculares ya han muerto. En contraste, el relato de Marcos de la historia de la tumba vacía es rígido por su simplicidad y no está adornado por la reflexión teológica.

»En quinto lugar, el testimonio unánime de que la tumba vacía fue descubierta por las mujeres argumenta a favor de la autenticidad de la historia porque hubiera sido embarazoso para los discípulos tener que admitirlo y de seguro se habría encubierto si hubiera sido una leyenda.

»En sexto lugar, la polémica antigua de los judíos presupone el carácter histórico de la tumba vacía. Es decir, no había nadie que dijera que la tumba todavía contenía el cuerpo de Jesús. La pregunta siempre fue: "¿Qué sucedió con el cuerpo?"

»Los judíos propusieron el rumor ridículo de que los guardias se habían quedado dormidos. Es evidente que estaban agarrando de un pelo. Sin embargo, el asunto es el siguiente: ¡partieron de la base de que la tumba estaba vacía! ¿Por qué? ¡Porque sabían que era así!

¿Y QUÉ DE LAS TEORÍAS ALTERNATIVAS?

Escuchaba con suma atención mientras Craig articulaba cada punto, y en mi opinión, los seis argumentos se sumaban a un caso imponente. Sin embargo, aun quería ver si había alguna laguna antes de concluir que el caso era infalible.

—Krisopp Lake propuso en 1907 que las mujeres simplemente fueron a la tumba equivocada —observé—. Dice que se perdieron y que el cuidador de una tumba desocupada les dijo: "Si están buscando a Jesús de Nazaret, no está aquí" y ellas salieron corriendo atemorizadas. ¿Acaso no es una explicación plausible? [7]

Craig suspiró.

—Lake no consiguió quien lo secundara —respondió—. La razón es que el sitio de la tumba de Jesús era del conocimiento de las autoridades judías. Aun cuando las mujeres pudieran haber cometido ese error, las autoridades habrían estado más que contentas en señalar la tumba y corregir el error de los discípulos cuando comenzaron a proclamar que Jesús había resucitado de entre los muertos. No conozco a nadie que hoy día se adscriba a la teoría de Lake.

Francamente, las otras opciones no parecían muy probables tampoco. Era evidente que los discípulos no tenían motivo alguno para robar el cuerpo y luego morir por una mentira y, por cierto, las autoridades judías nunca habrían quitado el cuerpo. Le dije:

—Nos queda la teoría de que la tumba vacía fue una leyenda posterior y que para cuando se desarrolló, la gente ya no podía refutarla porque la ubicación de la tumba ya se había olvidado.

—Esa ha sido la cuestión desde 1835, cuando David Strauss dijo que esos relatos eran legendarios —respondió Craig—. Y esa es la razón por la cual en nuestra conversación de hoy nos hemos concentrado tanto en esta hipótesis legendaria al demostrar que la historia de la tumba vacía se remonta a unos pocos años después de los mismo hechos. Esto deja a la teoría de la leyenda totalmente inútil. Aun si hubiera elementos legendarios en los detalles secundarios del relato, la esencia histórica del relato permanece establecida con seguridad.

Sí, había respuestas para las explicaciones alternativas. Ante el análisis, cada teoría parecía derrumbarse bajo el peso de la evidencia y la lógica. Sin embargo, la única opción restante era creer que el Jesús crucificado había vuelto a la vida: una conclusión que para algunos es demasiado extraordinaria como para aceptarla.

Pensé por un momento cómo podría encerrar esto en una pregunta para Craig. Finalmente comenté:

—Aunque hay que admitir que estas teorías alternativas tienen lagunas, ¿acaso no son más plausibles que la idea totalmente increíble de que Jesús era Dios hecho carne y resucitó de entre los muertos?

—Pienso que esa es la cuestión —dijo mientras se inclinaba hacia delante—. Creo que la gente que empuja estas teorías alternativas admitirían: "Sí, nuestras teorías son improbables pero no

son tan improbables como la idea de que ocurriera ese milagro espectacular." Sin embargo, en este punto, la cuestión ya no es histórica; en cambio, pasa a ser una cuestión filosófica: si los milagros son posibles.

—¿Y qué respondería usted a ello? —pregunté.

—Sostendría que la hipótesis de que Dios resucitó a Jesús de entre los muertos no es de ninguna manera improbable. En verdad, con base en la evidencia, es la mejor explicación de lo que sucedió. Lo que es improbable es la hipótesis de que Jesús resucitó naturalmente de entre los muertos. Estaría de acuerdo en que eso es extravagante. Cualquier hipótesis sería más probable que decir que el cuerpo de Jesús volvió a la vida en forma espontánea.

»Sin embargo la hipótesis de que Dios resucitó a Jesús de entre los muertos no contradice a la ciencia ni a ningún hecho conocido de la experiencia. Solo requiere la hipótesis de que Dios existe y creo que hay buenas razones independientes para creer que sí existe.

A esto Craig le agregó el remate:

—Mientras que la existencia de Dios sea siquiera posible, es posible que haya actuado en la historia resucitando a Jesús de entre los muertos.

CONCLUSIÓN: LA TUMBA ESTABA VACÍA

Craig fue convincente: la tumba vacía ; hay que admitirlo, un milagro de proporciones inimaginables sí tenía sentido a la luz de la evidencia. Y solo era parte del caso a favor de la resurrección. Desde la casa de Craig en Atlanta, me estaba preparando para ir a Virginia a entrevistar al experto reconocido en la evidencia a favor de las apariciones del Jesús resucitado, y luego a California para hablar con otro erudito sobre la cantidad considerable de evidencia circunstancial.

Mientras le daba las gracias a Craig y a su esposa, Jan, por su hospitalidad, pensé que de cerca, con sus pantalones de caqui y sus medias blancas, Craig no parecía el tipo de adversario formidable que devastaba a los mejores críticos de la resurrección en todo el mundo; pero había escuchado yo mismo las cintas de los debates.

Ante los hechos, han sido impotentes en poner el cuerpo de Jesús de vuelta en la tumba. Ellos forcejean, luchan, se agarran de los pelos, se contradicen, persiguen teorías desesperadas y extraordinarias para tratar de dar cuenta de la evidencia. Empero cada vez, al final, la tumba permanece vacía.

Recordé la evaluación uno de los principales intelectos del derecho de todos los tiempos, Sir Norman Anderson, quien se educó en Cambridge, enseñó en la Universidad de Princeton, a quien se le ofreció una cátedra en la Universidad de Harvard y se desempeñó como rector de la facultad de derecho de la Universidad de Londres.

Su conclusión, luego de analizar esta cuestión desde una perspectiva legal durante toda su vida, se resume en una oración: «La tumba vacía, entonces, constituye una roca verdadera contra la cual todas las teorías racionalistas de la resurrección se golpean en vano».[8]

Deliberaciones

Preguntas para reflexión personal o para grupo de estudio

1. ¿Cuál es su propia conclusión acerca de que si la tumba de Jesús estaba vacía el domingo de pascua? ¿Qué evidencia le pareció más convincente para llegar a esa valoración?
2. Tal como lo señaló Craig, la gente del mundo antiguo admitía que la tumba estaba vacía; la pregunta era cómo había sucedido. ¿Puedes pensar en una explicación lógica para la tumba vacía aparte de la resurrección de Jesús? Si es así, ¿cómo imagina que alguien como Bill Craig respondería a su teoría?
3. Lea Marcos 15:42-16:8, el relato más antiguo de la sepultura de Jesús y la tumba vacía. ¿Concuerda con Craig en que es «austero por su simpleza y no está adornado por la reflexión teológica»? Sí o no, ¿por qué?

Más evidencia

Más recursos sobre este tema

Craig, William Lane, «Did Jesus Rise from the Dead?» [¿Jesús resucitó de entre los muertos?], en *Jesus under Fire* [Jesús bajo fuego], Michael J. Wilkins y J.P. Moreland, editores, Zondervan, Grand Rapids, 1995, pp. 147-82.

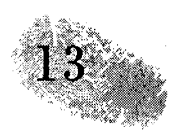
——, «La tumba vacía de Jesús», en *In Defense of Miracles* [En defensa de los milagros], R. Douglas Geivett y Gary R. Habermas, editores, InterVarsity Press, Downers Grove, IL, 1997, pp. 247-61.

——, *Knowing the Truth about the Resurrection* [Cómo conocer la verdad acerca de la resurrección], Servant, Ann Arbor, MI, 1988.

——, *Reasonable Faith* [Fe Razonable], Crossway, Westchester, IL, 1994.

Craig, William Lane y Frank Zindler. *Atheism vs. Christianity: Where Does the Evidence Point?* [Ateísmo contra Cristianismo: ¿Adónde apunta la evidencia?], Zondervan, Grand Rapids, 1993. Videocasete.

Harris, Murray J., *Three Crucial Questions about Jesus* [Tres cuestiones cruciales sobre Jesús], Baker, Grand Rapids, 1994.



LA PRUEBA DE LAS APARICIONES

¿Se vio a Jesús vivo después de su muerte en la cruz?

En 1963, el cuerpo de Addie Mae Collins, de catorce años de edad, una de cuatro muchachas negras estadounidenses trágicamente asesinadas en un infame atentado explosivo en una iglesia perpetrado por racistas blancos, fue sepultado en Birmingham, Alabama. Durante años, los miembros de su familia continuaron visitando la tumba para orar y dejar flores. En 1998, tomaron la decisión de exhumar los restos para sepultarlos en otro cementerio.

Cuando los trabajadores fueron a desenterrar el cuerpo, sin embargo, volvieron con un descubrimiento estremecedor: la tumba estaba vacía.

Como es de entender, los familiares quedaron terriblemente perturbados. Obstaculizados por los registros mal llevados, las autoridades del cementerio hacían todo lo posible por entender lo que había sucedido. Se sugirieron varias posibilidades: la principal fue que la lápida se había erigido en el lugar equivocado. [1]

Sin embargo, en medio del intento por determinar qué sucedió, nunca se propuso una explicación: nadie sugirió que la joven Addie Mae había sido resucitada para andar nuevamente en la tierra. ¿Por qué? Porque por sí sola, una tumba vacía no constituye una resurrección.

Mi conversación con el Dr. William Lane Craig había elucidado evidencia poderosa de que la tumba de Jesús estaba vacía el domingo después de su crucifixión. Si bien sabía que era evidencia importante y necesaria a favor de su resurrección, también tenía en cuenta que un cuerpo desaparecido no es una prueba con-

cluyente por sí solo. Se necesitarían más hechos para establecer que Jesús en verdad había regresado de entre los muertos.

Eso fue lo que impulsó mi vuelo a Virginia. Mientras el avión sobrevolaba los montes boscosos, me encontraba realizando una lectura de último hora a un libro de Michael Martin, el profesor de la Universidad de Boston que ha buscado desacreditar al cristianismo. Sonreí al leer sus palabras: "Quizás la defensa más sofisticada de la resurrección hasta el momento es la que formuló Gary Habermas." [2]

Miré mi reloj. Aterrizaría con el tiempo justo para alquilar un auto, conducir hasta Lynchburg y llegar a tiempo a la cita de las dos en punto con el propio Habermas.

LA DUODÉCIMA ENTREVISTA: DR. GARY HABERMAS

Dos fotos autografiadas de jugadores de hockey en pleno combate en el hielo cuelgan de las paredes de la oficina austera de Habermas. Una muestra al inmortal Bobby Hull de Chicago Blackhawks; la otra capta a Dave «El Martillo» Schultz, el delantero agresivo y duro de Philadelphia Flyes.

—Hull es mi jugador de hockey favorito —explica Habermas—. Schultz es mi atacante favorito —sonrió y agregó—. Hay una diferencia.

Habermas; con barba, de hablar franco, áspero, también es un atacante, un gran oponente académico que se asemeja más a un guardia de un club nocturno que a un intelectual de la torre de marfil. Armado con argumentos filosos y evidencia histórica para respaldarlos, no tiene miedo de salir con ímpetu.

Antony Flew, uno de los principales ateos filosóficos del mundo, lo descubrió cuando trabó combate con Habermas en un gran debate sobre el tema: «¿Resucitó Jesús de entre los muertos?» Los resultados fueron decididamente para un solo lado. De los cinco filósofos independientes de varias universidades y academias que actuaron como jueces del contenido del debate, cuatro llegaron a la conclusión de que Habermas había ganado. Uno nombró a la contienda un empate. Nadie votó por Flew. Un juez comentó: «Me sorprendió (conmovió quizás sea una palabra más ajustada) ver la debilidad del enfoque de Flew... Me quedé con la siguiente conclusión: Dado que el caso en contra de la resurrección no es más poderoso que el presentado por Antony Flew, pienso que ya es hora de que comience a considerar la resurrección con más seriedad». [3]

Uno de los otros cinco jueces profesionales de debates que evaluaron las técnicas argumentativas de los participantes (nuevamente Habermas fue el vencedor) se vio impulsado a escribir: «Llego a la conclusión de que la evidencia histórica, aunque imperfecta, es lo suficientemente fuerte para guiar a intelectos racionales a la conclusión de que Jesús en verdad resucitó de entre los muertos... Habermas sí finaliza proveyendo "evidencia altamente probable" a favor de la naturaleza histórica de la resurrección "sin evidencia naturalista plausible en su contra". Habermas, por lo tanto, en mi opinión, gana el debate». [4]

Después de obtener un doctorado de la Universidad Estatal de Michigan, donde escribió su disertación sobre la resurrección, Habermas recibió un doctorado en divinidades de Emmanuel College en Oxford, Inglaterra. Es autor de siete libros que tratan la resurrección de Jesús de entre los muertos, entre ellos, *The Resurrection of Jesus: A Rational Inquiry* [La resurrección de Jesús: una inquisición racional]; *The Resurrection of Jesus: An Apologetic* [La resurrección de Jesús: una apologética]; *The Historical Jesus* [El Jesús Histórico]; y *Did Jesus Rise from the Dead? The Resurrection Debate* [¿Resucitó Jesús de entre los muertos? El debate de la resurrección], basado en su debate con Flew. Entre sus otros libros se encuentran *Dealing with Doubt* [Cómo lidiar con la duda] y (con J.P. Moreland) *Beyond Death: Exploring the Evidence for Immortality* [Más allá de la muerte: la exploración de la evidencia a favor de la inmortalidad].

Además, fue coeditor de *In Defense of Miracles* [En defensa de los milagros] y contribuyó para *Jesus Under Fire* [Jesús bajo fuego] y *Living Your Faith: Closing the Gap between Mind and Heart* [Vive tu Fe: cómo cerrar la brecha entre la mente y el corazón]. Sus cien artículos aparecieron en publicaciones populares (como *Saturday Evening Post*), publicaciones académicas (entre ellos, *Faith and Philosophy* [Fe y Filosofía] y *Religious Studies* [Estudios Religiosos]) y libros de referencia (por ejemplo, *The Baker Dictionary of Theology* [Diccionario de Teología Baker]). Asimismo es ex presidente de la Evangelical Philosophical Society [Sociedad Filosófica Evangélica].

No pretendo sugerir con mi descripción anterior que Habermas es innecesariamente combativo; es amigable y modesto en la conversación casual. Es solo que no me gustaría ser su oponente en un partido de hockey o en un debate. Tiene un radar innato que le ayuda a detectar los puntos vulnerables de sus oponentes. También tiene un lado tierno, el cual descubriría en forma bastante inesperada antes de que terminara nuestra entrevista.

Encontré a Habermas en su oficina práctica en Universidad Liberty, donde actualmente es profesor distinguido y director del departamento de filosofía y teología y director del programa de maestría en apologética. La sala, con sus archivos negros, el escritorio de metal con superficie de imitación madera, alfombra raída y sillas plegables ciertamente no es una atracción. Al igual que su ocupante, no tiene pretensiones.

«LOS MUERTOS NO HACEN ESO»

Habermas, sentado detrás de su escritorio, se arremangó la camisa azul desabotonada en el cuello mientras encendía mi grabadora y comenzaba la entrevista.

—¿Acaso no es verdad —comencé con la brusquedad de un fiscal— que no hay absolutamente ningún testigo ocular de la resurrección de Jesús?

—Exactamente, así es; no hay un relato descriptivo de la resurrección —respondió Habermas admitiendo lo que quizá sorprenda a las personas que solo tienen un conocimiento superficial del asunto.

»Cuando era joven, estaba leyendo un libro de C.S. Lewis, quien escribió que el Nuevo Testamento no dice nada acerca de la resurrección. Escribí un gran "¡No!" en el margen. Luego me di cuenta de lo que quería decir: no hubo nadie sentado dentro de la tumba que viera cómo el cuerpo comenzaba a vibrar, se ponía de pie, se quitaba las vendas de lino, las doblaba, quitaba la piedra, asustaba a los guardias y se iba.

Me parecía que eso presentaba algunos problemas.

—¿Acaso eso no perjudica sus esfuerzos por establecer que la resurrección es un hecho histórico? —le pregunté.

Habermas empujó la silla hacia atrás para estar más cómodo.

—No, no perjudica el caso ni en una jota porque la ciencia es todo causa y efecto. No vemos dinosaurios; estudiamos los fósiles. Quizás no sepamos cómo comienza una enfermedad pero estudiamos sus síntomas. Quizás nadie presenció un crimen pero la policía ordena la evidencia después del hecho.

»Por lo tanto —continuó—, yo observo la evidencia a favor de la resurrección de la siguiente manera: en primer lugar ¿murió Jesús en la cruz? Y en segundo lugar, ¿se apareció luego a la gente? Si uno puede establecer esos dos puntos, ya ganó el caso porque los muertos generalmente no hacen eso.

Los historiadores concuerdan en que hay abundante evidencia de que Jesús fue crucificado y el Dr. Alexander Metherell demostró en un capítulo anterior que Jesús no pudo haber sobrevivido a los rigores de esa ejecución. Eso nos deja con la segunda parte del asunto: ¿Apareció Jesús después en realidad?

—¿Qué evidencia hay de que la gente lo vio? —inquirí.

—Comenzaré con la evidencia que prácticamente todos los eruditos críticos admiten —anunció mientras abría su Biblia delante de sí—. Nadie cuestiona que Pablo escribió 1 Corintios y allí lo tenemos afirmando en dos pasajes que él mismo se encontró con el Cristo resucitado. En 1 Corintios 9:1 pregunta: "¿No soy apóstol? ¿No he visto a Jesús nuestro Señor?" Y en 1 Corintios 15:8 expresa: "y por último... se me apareció también a mí".

Reconocí esa última cita como parte del antiguo credo de la iglesia primitiva que Craig Blomberg y yo ya habíamos discutido. Tal como lo indicó William Lane Craig, la primera parte del credo (versículos 3 y 4) hacen referencia a la ejecución, sepultura y resurrección de Jesús.

La parte final del credo (versículos 5 al 8) trata sus apariciones después de la resurrección: "[Cristo] se apareció a Cefas, y luego a los doce. Después se apareció a más de quinientos hermanos a la vez, la mayoría de los cuales vive todavía, aunque algunos han muerto. Luego se apareció a Jacobo, más tarde a todos los apóstoles". En el siguiente versículo Pablo agrega: "y por último, como a uno nacido fuera de tiempo, se me apareció también a mí".

A primera vista, este es un testimonio de gran influencia de que Jesús sí apareció vivo después de su muerte. Aquí se mencionaban los nombres de personas específicas y grupos que lo

vieron, escritos en un tiempo durante el cual la gente podía corroborarlos si deseaban confirmación. Dado que sabía que el credo sería el factor fundamental para establecer la resurrección, decidí someterlo a un mayor escrutinio: ¿Por qué los historiadores están convencidos de que es un credo? ¿Cuán confiable es? ¿Hasta qué año se remonta?

—Le importa si le hago un interrogatorio sobre este credo? —le pregunté a Habermas.

Extendió la mano como si estuviera invitando al interrogatorio.

—Por favor —respondió—, adelante.

«CONVÉNZAME DE QUE ES UN CREDO»

En principio, quería determinar por qué Habermas, Craig, Blomberg y otros estaban convencidos de que ese pasaje es un credo de la iglesia primitiva y no simplemente las palabras de Pablo, quien escribió la carta a la iglesia de Corinto en la cual se encuentra.

Mi desafío a Habermas fue simple y directo:

—Convénzame de que es un credo.

—Muy bien, puedo darle varias razones sólidas. En primer lugar, Pablo lo introduce con las palabras *transmití* y *recibí*, las cuales son términos rabínicos técnicos que indican que está transmitiendo una tradición sagrada.

»En segundo lugar —anunció Habermas mirándose las manos a medida que tomaba un dedo a la vez para enfatizar cada punto—, los paralelismos del texto y el contenido estilizado indican que es un credo. En tercer lugar, el texto original utiliza *Cefas* para Pedro, el cual es su nombre en arameo. En realidad, el arameo por sí solo indica su origen muy antiguo. En cuarto lugar, el credo utiliza varias frases primitivas que no era costumbre de Pablo utilizar como "los doce", "al tercer día", "resucitó" y otras. En quinto lugar, el empleo de ciertas palabras es similar a los recursos narrativos del arameo y del hebreo de la Mishná.

Al habérsele acabado los dedos, levantó la vista y me miró.

—¿Continúo? —me preguntó.

—Está bien, está bien —respondí—. Lo que usted quiere decir es que estos hechos lo convencen, como cristiano evangélico conservador, de que es un credo antiguo.

Habermas pareció un poco ofendido por esa observación evidentemente sarcástica e irónica.

—No son solo los cristianos conservadores los que están convencidos —insistió indignado—. Esta es una evaluación que la comparten una amplia gama de eruditos de un vasto espectro teológico. El eminente erudito Joachim Jeremias se refiere a este credo como "la tradición más antigua de todas", y Ulrich Wilckens dice que "indudablemente se remonta a la fase más antigua de la historia del cristianismo primitivo".

Esto hizo surgir la pregunta de cuán primitivo es el credo.

—¿Cuán lejos puede remontarse? —pregunté.

—Sabemos que Pablo escribió 1 Corintios entre los años 55 y 57 d. C. Indica en 1 Corintios 15:1-4 que ya ha transmitido este credo a la iglesia de Corinto, lo cual coloca la fecha mucho antes durante su visita allí en el año 51 d.C. Por lo tanto, el credo se estaba utilizando dentro de veinte años de la resurrección, lo cual es bastante temprano.

»Sin embargo, estoy de acuerdo con varios eruditos que lo remontan a una época anterior, a unos dos a ocho años después de la resurrección, o del 32 al 38 d.C ., cuando Pablo lo recibió ya sea en Damasco o Jerusalén. Por lo tanto, este material es increíblemente temprano, testimonio primitivo, sin artificios, del hecho que Jesús se apareció vivo a escépticos como Pablo y Jacobo, al igual que a Pedro y al resto de los discípulos.

—Sin embargo —protesté—, no es un relato de primera mano. Pablo está dando la lista de segunda o tercera mano. ¿No disminuye eso su valor como evidencia?

Para Habermas no.

—Tenga presente que Pablo afirma personalmente que Jesús se le apareció también a él, por lo tanto, esto constituye un testimonio de primera mano. Y Pablo no tomó esta lista de un extraño que cruzó en la calle. La perspectiva predominante es que la recibió directamente de testigos oculares, los propios Pedro y Jacobo, y procuró con diligencia confirmar su precisión.

Esa era una afirmación fuerte.

—¿Cómo lo sabe? —pregunté.

—Concuerdo con los eruditos que creen que Pablo recibió este material tres años después de su conversión, cuando hizo un viaje a Jerusalén y se encontró con Pedro y Jacobo. Pablo describe

ese viaje en Gálatas 1:18,19, donde emplea una palabra griega muy interesante: *historeo.*

No estaba familiarizado con el significado de la palabra.

—¿Por qué es significativo?

—Porque esta palabra indica que no fue de visita social cuando se encontró con ellos. Demuestra que fue en un viaje de investigación. Pablo estaba actuando como un perito investigador, alguien que estaba corroborándolo detenidamente. Por lo tanto el hecho de que Pablo confirmó los hechos en persona con dos testigos oculares que se mencionan específicamente en el credo, Pedro y Jacobo, le otorga más peso. Uno de los pocos eruditos judíos del Nuevo Testamento, Pinchas Lapide, señala que la evidencia a favor del credo es tan fuerte que "puede considerarse una declaración de un testigo ocular".

Antes de que pudiera acotar algo Habermas agregó:

—Y luego, en 1 Corintios 15:11, Pablo hace hincapié en que los otros apóstoles acordaron predicar el mismo evangelio, ese mismo mensaje acerca de la resurrección. Esto significa que lo que dice el testigo ocular Pablo es exactamente lo mismo que dicen los testigos oculares Pedro y Jacobo.

Debo admitirlo: sonaba muy convincente. Aun así, tenía algunas reservas acerca del credo y no quería que las afirmaciones que Habermas hacía confiadamente me impidieran sondearlo con más profundidad.

EL MISTERIO DE LOS QUINIENTOS

El credo de 1 Corintios 15 es el único pasaje de la literatura antigua que afirma que Jesús se apareció a quinientas personas a la vez. Los Evangelios no lo corroboran. Ningún historiador secular lo menciona. Y para mí constituye una señal de advertencia.

—Si eso realmente sucedió, ¿por qué nadie más habla de ello? —le pregunté a Habermas—. No creería que los apóstoles lo citarían como evidencia dondequiera que fueran. Como observa el ateo Michael Martin: "Uno debe concluir que es extremamente improbable que este incidente haya ocurrido en realidad" y que por lo tanto "indirectamente arroja duda sobre Pablo como fuente confiable". [5]

Esa observación molestó a Habermas.

—Bien, es pura y simple estupidez decir que esto arroja duda sobre Pablo —respondió sonando asombrado y molesto porque alguien hiciera esa alegación.

—¡Hágame un favor! En primer lugar, aunque solo esté registrado en una sola fuente, ¡resulta ser el pasaje más antiguo y mejor autenticado de todos! Y eso sí que es *algo.*

»En segundo lugar, parece que Pablo tuvo cierta cercanía a estas personas. Dice: "la mayoría de los cuales vive todavía, aunque algunos han muerto". Pablo conocía a algunas de estas personas o se lo dijo alguien que las conocía y sabía que todavía estaban con vida y dispuestos a ser entrevistados.

»Ahora deténgase a considerarlo por un momento: uno nunca incluiría esa frase a menos que tuviera la seguridad de que esas personas confirmarían que en verdad sí habían visto a Jesús con vida. ¡Quiero decir que Pablo prácticamente estaba invitando a las personas a que lo corroboraran por sí mismos! No lo habría dicho si no supiera que lo iban a respaldar.

»En tercer lugar, cuando uno tiene una sola fuente, se puede preguntar: "¿Por qué no hay más?" Sin embargo no puede decir: "Esta fuente única es despreciable sobre la base de que ningún otro la retoma." No se puede degradar a esta única fuente de esa manera. Por lo tanto eso no pone en duda a Pablo para nada; créame, a Martin le encantaría poder hacerlo, pero no lo puede hacer en forma legítima.

»Este es un ejemplo de cómo algunos críticos quieren quedarse con el pan y con la torta. Generalmente, denigran el relato de la resurrección de los Evangelios para favorecer a Pablo ya que se le considera la autoridad principal. Sin embargo, en este asunto, ¡cuestionan a Pablo a favor de textos en los que, para empezar, no tienen tanta confianza! ¿Qué revela esto acerca de su metodología?

Todavía me costaba imaginarme esa aparición de Jesús ante una multitud tan grande.

—¿Dónde debe haber ocurrido este encuentro con quinientas personas? —le pregunté.

—Bueno, en los campos de Galilea —especuló Habermas—. Si Jesús pudo alimentar a cinco mil, podía predicar ante quinientos. Y Mateo sí menciona que Jesús apareció en una montaña; quizás allí hubo más gente que los once discípulos.

Imaginándome la escena, no podía dejar de preguntarme por qué ningún otro registró lo sucedido.

—¿No sería posible que el historiador Josefo hubiera mencionado algo de tal magnitud?

—No, no creo que sea necesariamente cierto. Josefo escribe sesenta años después. ¿Cuánto tiempo circulan las historias locales antes de que comiencen a desaparecer? —preguntó Habermas—. Por lo tanto, Josefo no supo nada al respecto o decidió no mencionarlo, lo cual hubiera tenido sentido ya que sabemos que Josefo no era seguidor de Jesús. No se puede esperar que Josefo comience a apoyar su caso.

Como no respondí en ese momento, Habermas continuó.

—Mire, me encantaría tener cinco fuentes de esto. No las tengo. Empero, sí tengo una excelente: un credo que es tan bueno que el historiador alemán Hans von Campenhausen expresa: "Este relato cumple con todos los requisitos de confiabilidad histórica que se le pueden pedir a un texto tal." Además, uno no necesita apoyarse en la referencia a los quinientos para presentar el caso a favor de la resurrección. Por lo general, yo ni lo uso.

La respuesta de Habermas entrañaba cierta lógica. Aun así, había otro aspecto del credo que me pesaba: dice que Jesús se apareció primero a Pedro, mientras que Juan afirma que se apareció primero a María Magdalena. En realidad, el credo no menciona ninguna mujer, aunque tienen un papel prominente en los relatos de los Evangelios.

—¿Acaso estas contradicciones no debilitan su credibilidad? —inquirí.

—Ah, no —fue la respuesta—. Primero y principal, observe el credo detenidamente: no dice que Jesús se apareció *primero* a Pedro. Lo único que hace es poner el nombre de Pedro primero en la lista. Y dado que las mujeres no se consideraban testigos competentes en la cultura judía del siglo I, no es sorprendente que no se las mencione allí. En el contexto social del siglo I, su testimonio no hubiera tenido peso alguno. Por lo tanto, que pusiera a Pedro primero puede indicar una prioridad lógica en vez de una prioridad temporal.

—Nuevamente —concluyó—, la credibilidad del credo permanece intacta. Usted presentó algunas preguntas, pero ¿acaso no va a admitir que no socavan la evidencia persuasiva de que el credo es antiguo, que está exento de contaminación legendaria, que es inequívoco y específico, y que a fin de cuentas está arraigado en los relatos de testigos oculares?

Al fin y al cabo, me vi forzado a darle la razón. El peso de la evidencia en forma clara y convincente sustenta el hecho de que el credo es una prueba poderosa a favor de las apariciones de Jesús después de la resurrección.

Tan poderosa que William Lane Craig, el experto en la resurrección que había entrevistado en el capítulo anterior, dijo que Wolfhart Pannenberg, quizás el teólogo sistemático contemporáneo más grande del mundo, "ha sacudido la teología alemana escéptica moderna al construir toda su teología precisamente a partir de la evidencia histórica a favor de la resurrección de Jesús provista por la lista de apariciones que da Pablo". [6]

Habiendo quedado satisfecho de que el credo de 1 Corintios 15 es en esencia confiable, era hora de comenzar a observar los cuatro Evangelios, que relatan las apariciones del Jesús resucitado con más detalle.

EL TESTIMONIO DE LOS EVANGELIOS

Comencé esta corriente de interrogación pidiéndole a Habermas que describiera las apariciones después de la resurrección que se encuentran en Mateo, Marcos, Lucas y Juan.

—Hay varias apariciones diferentes a una gran cantidad de personas diferentes en los Evangelios y en Hechos, algunas son a un individuo, otras son a un grupo, a veces son dentro de un local, otras al aire libre, a personas sensibles como Juan y a personas escépticas como Tomás —comenzó.

»A veces, tocaban a Jesús o comían con él: los textos enseñan que él estaba presente físicamente. Las apariciones ocurrieron durante varias semanas. Y hay buenas razones para confiar en estos relatos, por ejemplo, carecen de muchas tendencias mitológicas típicas.

—¿Podría enumerarme esas apariciones?

De memoria, Habermas las describió una tras otra. Jesús se apareció

- a María Magdalena, en Juan 20:10-18;

- a las otras mujeres, en Mateo 28:8-10;
- a Cleofas y a otro discípulo en el camino a Emaús, en Lucas 24:13-32;
- a once discípulos y otros, en Lucas 24:33-49;
- a diez apóstoles y otros, con Tomás ausente, en Juan 20:19-23;
- a Tomás y a los otros apóstoles, en Juan 20:26-30;
- a siete apóstoles, en Juan 21:1-14;
- a los discípulos, en Mateo 28:16-20;
- y estuvo con los apóstoles en el Monte de los Olivos antes de su ascensión, en Lucas 24:50-52 y Hechos 1:4-9.

—Lo que es interesante en particular —agregó Habermas—, es que C.H. Dodd, el erudito de la Universidad de Cambridge, analizó detenidamente estas apariciones y llegó a la conclusión de que varias de ellas están basadas en material muy temprano, entre ellas, el encuentro de Jesús con las mujeres, en Mateo 28:8-10; su encuentro con los once apóstoles en el cual les dio la gran comisión, en Mateo 28:16-20; y su encuentro con los discípulos, en Juan 20:19-23, en el cual les mostró sus manos y su costado.

Nuevamente, allí había una gran cantidad de ocasiones en que se vio a Jesús. No era una mera observación fugaz de una figura borrosa por parte de una o dos personas. Hubo numerosas apariciones a gran cantidad de personas y muchas de las apariciones quedaron confirmadas en más de un Evangelio o por el credo de 1 Corintios 15.

—¿Hay más corroboración? —pregunté.

—Considere Hechos —respondió Habermas, haciendo referencia al libro del Nuevo Testamento que registra el lanzamiento de la iglesia. No solo se mencionan con regularidad las apariciones de Jesús sino también se dan detalles y el tema de los discípulos como testigos de estas cosas se encuentra prácticamente en todos los contextos.

—La clave —anunció Habermas—, es que algunos de los relatos de Hechos 1-5,10 y 13 también incluyen algunos credos que, al igual que el de 1 Corintios 15, transmiten datos muy tempranos con relación a la muerte y resurrección de Jesús.

Así, Habermas tomó un libro y leyó la conclusión del erudito John Drane.

> La evidencia más temprana que tenemos acerca de la resurrección casi seguro se remonta al tiempo inmediatamente posterior al momento en que se dice que ocurrió la resurrección. Esta es la evidencia que aparece en los primeros sermones de Hechos de los Apóstoles... no puede haber lugar a dudas de que en los primeros capítulos de Hechos, su autor preservó material de fuentes muy tempranas.[7]

Por cierto, Hechos está lleno de referencias a las apariciones de Jesús. El apóstol Pedro fue inexorable en este aspecto. En Hechos 2:32 dice: «A este Jesús, Dios lo resucitó, y de ello todos nosotros somos testigos.» En Hechos 3.15 lo repite: «Mataron al autor de la vida, pero Dios lo levantó de entre los muertos, y de eso nosotros somos testigos.» Le confirma a Cornelio en Hechos 10:41 que «nosotros... comimos y bebimos con él después de su resurrección.

Para no ser menos, Pablo afirma en un discurso que se encuentra registrado en Hechos 13.31 que: «Durante muchos días lo vieron los que habían subido con él de Galilea a Jerusalén, y ellos son ahora sus testigos ante el pueblo.»

Habermas afirmó:

—La resurrección fue sin duda la proclamación central de la iglesia primitiva desde el principio. Los primeros cristianos no adoptaron simplemente las enseñanzas de Jesús; estaban convencidos de que lo habían visto vivo después de su crucifixión. *Eso* fue lo que cambió sus vidas y dio inicio a la iglesia. Ciertamente, dado que esa era su convicción central, se habrían asegurado completamente de que era verdad.

Toda la evidencia de los Evangelios y Hechos, incidente tras incidente, testigo tras testigo, detalle tras detalle, corroboración sobre corroboración, era sumamente impresionante. Aunque lo intenté, no pude pensar en otro hecho de la historia antigua tan completamente atestiguado.

Sin embargo, había otra pregunta que necesitaba presentar, esta vez era concerniente al Evangelio que la mayoría de los eruditos consideran que es el primer relato de Jesús que se haya escrito.

LA CONCLUSIÓN PERDIDA DE MARCOS

Cuando comencé a investigar la resurrección, me encontré con un comentario perturbador en el margen de la Biblia: «Los manuscritos antiguos más confiables y otros testigos tempranos no tienen Marcos 16.9-20.» Es decir, la mayoría de los eruditos consideran que Marcos termina en el versículo 8 del capítulo 16, con las mujeres que descubren la tumba vacía pero no con la aparición de Jesús con vida a nadie. Me parecía desconcertante.

—¿No le molesta que el primer Evangelio ni siquiera relata ninguna aparición después de la resurrección? —le pregunté a Habermas.

Al contrario, no parecía para nada molesto.

—No tengo ningún problema con eso —afirmó—. Por supuesto que habría sido lindo si hubiera incluido una lista de apariciones pero hay varios puntos que tiene que considerar:

»Aun cuando Marcos terminara allí, lo cual no todos lo creen, aun lo encuentra relatando que la tumba está vacía y que un joven anuncia: "¡Ha resucitado!" y les dice a las mujeres que habrá apariciones. Por lo tanto, en primer lugar, tiene una proclamación de que la resurrección ocurrió, y en segundo lugar, una predicción de que las apariciones la seguirán.

»Uno puede cerrar su novela favorita y pensar: "No puedo creer que el autor no me cuenta el próximo episodio" pero no puede cerrar el libro y decir: "El escritor no cree en el próximo episodio." Marcos definitivamente lo cree. Es evidente que creía que la resurrección había ocurrido. Termina con que las mujeres reciben la noticia de que Jesús aparecerá en Galilea y luego otros confirman que lo hizo.

Según la tradición de la iglesia, Marcos fue compañero del Pedro, un testigo ocular.

—¿No es extraño —le pregunté—, que Marcos no mencione que Jesús se apareció a Pedro, si en verdad lo hizo?

—Marcos no menciona ninguna aparición por lo tanto no sería peculiar que no se mencionara a Pedro —observó—. Sin embargo, note que Marcos sí distingue a Pedro. Marcos 16:7 dice: "Pero vayan a decirles a los discípulos y a Pedro: 'Él va delante de ustedes a Galilea. Allí lo verán, tal como les dijo.' "

»Esto concuerda con 1 Corintios 15:5, el cual confirma que Jesús sí se apareció a Pedro; y con Lucas 24:34, otro credo temprano, el cual proclama: "¡Es cierto! El Señor ha resucitado y se le ha aparecido a Simón", o Pedro.

»Por lo tanto, lo que Marcos predice sobre Pedro se informa que se cumplió, en dos credos de la iglesia muy tempranos y muy confiables, al igual que el propio Pedro en Hechos.

¿HAY ALTERNATIVAS?

Sin duda, la cantidad de testimonios y corroboraciones de las apariciones de Jesús después de la resurrección es asombrosa. Para ponerlo en perspectiva, si uno llamara a cada uno de los testigos ante un tribunal para interrogarlos solo por unos quince minutos cada uno y si continuara día y noche sin parar, le llevaría desde el desayuno del lunes, hasta la cena del viernes para escucharlos a todos. Después de escuchar ciento veintinueve horas seguidas de testimonios de testigos oculares, ¿quién no sale convencido?

Al haber sido un periodista especializado en asuntos legales que cubrió cientos de juicios, tanto penales como civiles, tenía que estar de acuerdo con la apreciación de Sir Edward Clarke, un juez de la corte suprema británica, quien llevó a cabo un análisis legal exhaustivo del primer domingo de pascua: «Para mí, la evidencia es concluyente y una y otra vez en la corte suprema he dado un veredicto con evidencia no tan convincente. Como abogado, acepto la evidencia de los Evangelios sin reservas como el testimonio de hombres veraces acerca de hechos que pudieron confirmar.» [8]

Sin embargo, ¿pudiera haber algunas alternativas plausibles que pudieran justificar estos encuentros con el Jesús resucitado? ¿Pudieran ser estos relatos de naturaleza legendaria? ¿O será que los testigos tuvieron alucinaciones? Decidí tratar esos interrogantes con Habermas para obtener su respuesta.

Primera posibilidad: Las apariciones son legendarias

Si es verdad que el Evangelio de Marcos originalmente terminaba antes de registrar las apariciones, se puede argüir que hay un desarrollo evolutivo en los Evangelios: Marcos no registra ninguna aparición, Mateo tiene algunas, Lucas tiene más y Juan tiene la mayor cantidad.

—¿Eso no demuestra que las apariciones son meramente legendarias, que aumentaron con el tiempo? —le pregunté.

—No, por muchas razones —me aseguró Habermas—. En primer lugar, no todo el mundo cree que Marcos es el primer Evangelio. Hay algunos eruditos, por cierto que son minoría, que creen que Mateo se escribió primero.

»En segundo lugar, aunque aceptara su tesis como verdadera, solo prueba que las leyendas aumentan con el tiempo, no puede refutar la creencia original de que Jesús resucitó de entre los muertos. Sucedió *algo* que impulsó a los apóstoles a hacer de la resurrección la proclamación central de la iglesia primitiva. La leyenda no puede explicar esos relatos iniciales de los testigos oculares. Es decir, la leyenda puede decirle cómo creció una historia; no puede decirle cómo se originó cuando los participantes son testigos oculares y relataron los hechos temprano.

»En tercer lugar, se olvida de que el credo de 1 Corintios 15 antecede a cualquiera de los Evangelios y hace grandes afirmaciones acerca de las apariciones. En realidad, la afirmación que conlleva el mayor número; que quinientas personas a la vez lo vieron vivo, ¡se remonta a esta fuente primera! Eso genera problemas para la teoría del desarrollo legendario. Las mejores razones para desechar la teoría de la leyenda vienen de los primeros relatos de los credos de 1 Corintios 15 y Hechos, los cuales anteceden al material de los Evangelios.

»Y en cuarto lugar, ¿qué pasa con la tumba vacía? Si la resurrección fuera solamente una leyenda, la tumba estaría ocupada. Sin embargo, la mañana de Pascua estaba vacía. Eso requiere una hipótesis adicional.»

Segunda posibilidad: Las apariciones fueron alucinaciones

Quizá, los testigos fueron sinceros al creer que vieron a Jesús. Quizá, registraron con precisión lo que sucedió. Sin embargo, ¿puede ser que hayan estado viendo una alucinación que los convenció de que estaban en presencia de Jesús cuando en realidad no era así?

Habermas sonrió ante la pregunta.

—¿Conoce a Gary Collins? —me preguntó.

La pregunta me tomó por sorpresa.

—Seguro —respondí—, lo conozco. Estuve en su oficina hace poco para entrevistarlo para este mismo libro.

—¿Cree que es un sicólogo calificado? —preguntó Habermas.

—Sí —contesté débilmente porque me daba cuenta que me estaba preparando algo—.

Doctor, profesor durante veinte años, autor de numerosos libros sobre cuestiones sicológicas, presidente de una asociación nacional de sicólogos... Sí, seguro, lo consideraría calificado.

Habermas me alcanzó una hoja de papel.

—Le pregunté a Gary acerca de la posibilidad de que se tratara de alucinaciones y esta es su opinión profesional —me dijo. Leí el documento.

> Las alucinaciones son apariciones individuales. Por su propia naturaleza, solo una persona puede ver una alucinación dada a la vez. Ciertamente no son algo que un grupo de personas puede ver. Ni es posible que una persona pueda de algún modo inducir una alucinación en otra persona. Dado que la alucinación existe solo en este sentido personal, subjetivo, es evidente que otros no puedan presenciarla.[9]

—Ese —anunció Habermas—, es un problema grande para la teoría de la alucinación dado que hay reiterados relatos de que Jesús se apareció a muchas personas que contaron lo mismo.

»Y hay varios argumentos más acerca de por qué las alucinaciones no pueden dar cuenta de sus apariciones —continuó—. Los discípulos se encontraban temerosos, dubitativos y angustiados después de la crucifixión mientras que las personas que alucinan necesitan una mente fértil de expectativa o anticipación. Pedro era cabeza dura, ¡por Dios!; Jacobo era un escéptico; ciertemnte, no eran buenos candidatos para las alucinaciones.

»Asimismo, las alucinaciones son comparativamente inusuales. Por lo general son producto de las drogas o de privaciones físicas. Las probabilidades son que usted no conoce a ninguna persona que alguna vez haya tenido alucinaciones que no fueran causadas por una de estas dos opciones. Sin embargo, ¿se supone que debemos creer que en el transcurso de varias semanas, personas de todo tipo de trasfondo, de todo tipo de temperamento, en varios lugares,

todas ellas tuvieron alucinaciones? Eso es forzar la hipótesis bastante, ¿no es así?

»Además, si establecemos que los relatos de los Evangelios son confiables, ¿cómo explica que los discípulos comieron con Jesús y lo tocaron? ¿Cómo camina con dos de ellos por el camino a Emaús? ¿Y qué de la tumba vacía? Si la gente solo imaginaba que veía a Jesús, su cuerpo estaría todavía en la tumba.

Pensé: está bien, si no fue una alucinación quizás fue algo más sutil.

—¿Pudo haber sido un caso de pensamiento colectivo, en el que unos convencen a otros de que vieron algo que no existe? —le pregunté—. Tal como lo observó Michael Martin: "Una persona llena de celo religioso puede ver lo que quiere ver y no lo que realmente tiene delante."[10]

Habermas se rió.

—¿Sabe? Uno de los ateos con los que debatí, Antony Flew, me contó que no le gusta que otros ateos usen ese último argumento porque es un arma de doble filo. Tal como observó Flew: "¡Los cristianos creen porque quieren pero los ateos no creen porque no quieren!"

»En realidad hay varias razones por las cuales los discípulos no pueden haberse persuadido a creerlo unos a otros. Como centro de su fe, había demasiado en juego; murieron por defenderlo. ¿Acaso algunos de ellos no hubieran reconsiderado el pensamiento colectivo más adelante y se hubieran retractado o simplemente hubieran desaparecido silenciosamente? ¿Y qué de Jacobo, quien no creía en Jesús, o de Pablo, quien perseguía a los cristianos? ¿Cómo llegaron a que los convencieran de haber visto algo? Aun más, ¿y qué de la tumba vacía?

»Y para rematar, esta perspectiva no da cuenta del leguaje directo de visión en el credo de 1 Corintios 15 y otros pasajes. Los testigos oculares por lo menos estaban convencidos de que habían *visto* a Jesús vivo y el pensamiento colectivo no explica este aspecto muy bien.

Habermas hizo una pausa lo suficientemente larga como para tomar un libro y terminar su argumento con una cita del prominente teólogo e historiador Carl Braaten:

"Hasta los historiadores más escépticos concuerdan en que para el cristianismo primitivo... la resurrección de Jesús de entre

los muertos fue un hecho real de la historia, el propio fundamento de la fe, y no una idea mítica salida de la imaginación creativa de los creyentes."[11]

—A veces —concluyó Habermas—, la gente se agarra de un pelo al tratar de dar cuenta de las apariciones. Sin embargo, nada encaja mejor con toda la evidencia que la explicación de que Jesús estaba vivo.

«NO PUEDE CABER UNA DUDA RACIONAL»

Jesús murió en la cruz: Alexander Metherell lo dejó claro en forma gráfica. Su tumba estaba vacía en la mañana de pascua: William Lane Craig no dejó duda alguna al respecto. Sus discípulos y otros lo vieron, lo tocaron y comieron con él después de la resurrección: Gary Habermas construyó su caso con abundante evidencia. Tal como lo expresó el prominente teólogo británico Michael Green: «Las apariciones de Jesús están tan bien autenticadas como ninguna otra cosa en la antigüedad... No puede caber una duda racional de que ocurrieron ni de que la razón principal por la que el cristianismo llegó a estar seguro de la resurrección en los primeros tiempos fue exactamente esta. Podían decir con seguridad: "Hemos visto al Señor." Sabían que era él.»[12]

Y todo esto ni siquiera agota la evidencia. Ya había hecho una reservación de avión para un viaje al otro extremo del país, para entrevistar a otro experto más en la categoría final de prueba de que la resurrección es un hecho real de la historia.

Sin embargo, antes de salir de la oficina de Habermas, tenía una pregunta más. Francamente, titubeé en preguntarla porque en cierto modo era demasiado predecible y pensaba que obtendría una respuesta bastante firme.

La pregunta se refería a la importancia de la resurrección. Creía que si le hacía esa pregunta a Habermas, me daría la respuesta estándar de que está en el centro de la doctrina cristiana, el eje alrededor del cual gira la fe cristiana. Y tenía razón: sí me dio una respuesta común como esa.

Sin embargo, lo que me sorprendió fue que eso no fue todo lo que dijo. Este erudito práctico, este polemista espontáneo y directo, este defensor de la fe listo para el combate, me permitió asomarme a su alma mientras me daba una respuesta que nació

del valle más profundo de la desesperación que jamás hubiera atravesado.

LA RESURRECCIÓN DE DEBBIE

Habermas se frotó la barba canosa. La cadencia de artillería y el tono de debate en su voz habían desaparecido. Ya no había citas de eruditos, ya no había citas de las Escrituras, ya no había un caso que presentar. Le había preguntado acerca de la importancia de la resurrección y Habermas decidió correr el riesgo de retroceder a 1995, cuando su esposa, Debbie, murió lentamente de cáncer en el estómago. Tomado por sorpresa por la ternura del momento, lo único que pude hacer fue escuchar.

—Estaba sentado en el porche —comenzó, mirando hacia el costado pero a nada en particular. Suspiró profundamente y luego prosiguió—. Mi esposa estaba arriba agonizando. Salvo por unas semanas, estuvo en casa todo el tiempo. Fue un tiempo terrible. Era lo peor que podía pasar.

Giró y me miró de frente.

—¿Pero sabe lo que fue sorprendente? Mis estudiantes solían llamarme, no uno solo sino varios, y me decían: "En un momento como este, ¿no se alegra de la resurrección?" Aunque las circunstancias eran serias, tenía que sonreír por dos razones. En primer lugar, mis estudiantes estaban tratando de animarme con mis propias enseñanzas. Y en segundo lugar, funcionó.

»Mientras estaba sentado allí, me imaginaba a Job, quien pasó por todo eso tan terrible y le hizo preguntas a Dios pero luego Dios dio vuelta el tablero y le hizo varias preguntas a *él*.

»Sabía que si Dios venía a mí, le haría una sola pregunta: "Señor, ¿por qué Debbie está allí arriba en cama?" Y pienso que Dios respondería preguntándome tiernamente: "Gary, ¿resucité a mi Hijo de entre los muertos?"

»Yo le diría: "¡Vamos, Señor, escribí siete libros sobre ese tema! Por supuesto que resucitó de entre los muertos. ¡Pero quiero saber acerca de Debbie!"

»Creo que él seguiría volviendo a la misma pregunta: "¿Resucité a mi Hijo de entre los muertos?" "¿Resucité a mi Hijo de entre los muertos?"...hasta que comprendiera su idea: la resurrección dice que si Jesús resucitó dos mil años atrás, hay una respuesta a la muerte de Debbie en 1995.

»¿Sabe? Funcionó para mí mientras estaba sentado en el porche y todavía funciona hoy.

Fue un tiempo emocional horrible para mí, pero no podía pasar por alto el hecho de que la resurrección es la respuesta para su sufrimiento. Aun me preocupaba, aun me preguntaba qué haría solo criando cuatro hijos, pero no hubo un momento en el que esa verdad no me consolara.

»Perder a mi esposa fue la experiencia más dolorosa que jamás tuve que enfrentar pero si la resurrección me pudo sacar de ella, me puede sacar de cualquier otra. Fue eficaz en el año 30 d. C., es eficaz en 1995, es eficaz en 1998 y es eficaz más allá del hoy.

Habermas fijó su mirada en la mía.

—Ese no es un sermón —dijo calladamente—. Lo creo con todo mi corazón. Si hay una resurrección, hay un cielo. Si Jesús resucitó, Debbie resucitó. Y yo también resucitaré algún día. Entonces, los veré a los dos.

Deliberaciones

Preguntas para reflexión personal o para grupo de estudio

1. Habermas redujo la cuestión de la resurrección a dos preguntas: ¿Jesús murió? ¿Y lo vieron vivo después? Según la evidencia recopilada hasta este momento, ¿cómo responderías esas preguntas y por qué?
2. ¿Cuán influyente es el credo de 1 Corintios 15 en tu evaluación acerca de si vieron a Jesús vivo? ¿Cuáles son tus razones para llegar a la conclusión de que es significativo o no en tu investigación?
3. Dedica unos minutos a buscar algunas de las apariciones que cita Habermas de los Evangelios. En tu opinión, ¿Se escucha en ellas el tintineo de la verdad? ¿De qué manera las evaluarías como evidencia para la resurrección?
4. Habermas habló de cómo la resurrección tiene un significado personal para él. ¿Has sufrido una pérdida en tu vida? ¿De qué manera la creencia en la resurrección afectaría la forma en que la ves?

Más evidencia

Más recursos sobre este tema

Ankerberg, John y John Weldon, *Ready with an Answer* [Una respuesta lista], Harvest House, Eugene, OR, 1997.

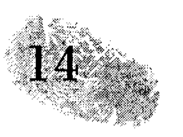
Geivett, R. Douglas y Gary R. Habermas, editores, *In Defense of Miracles* [En defensa de los milagros], InterVarsity Press, Downers Grove, IL, 1997.

Habermas, Gary y Anthony Flew, *Did Jesus Rise from the Dead? The Resurrection Debate* [¿Resucitó Jesús de entre los muertos? El debate de la resurrección], Harper & Row, San Francisco, 1987.

Habermas, Gary y J.P. Moreland, *Beyond Death: Exploring the Evidence for Immortality* [Más allá de la muerte: la exploración de la evidencia a favor de la inmortalidad], Crossway, Westchester, IL, 1998.

Morrison, Frank, *Who Moved the Stone?* [¿Quién movió la piedra?], Zondervan, Grand Rapids, 1987.

Proctor, William, *The Resurrection Report* [El informe de la resurrección], Broadman & Holman, Nashville, 1998.



LA PRUEBA CIRCUNSTANCIAL

¿Hay otros hechos que respalden a la resurrección?

Ningún testigo observó a Timothy McVeigh cargar dos toneladas de explosivos con base de fertilizantes en un camión Ryder de alquiler. Nadie lo vio conducir el vehículo hasta el frente del edificio federal en Oklahoma City y detonar la bomba que mató ciento sesenta y ocho personas. Ninguna cámara de video capturó una imagen de él cuando escapaba de la escena.

Sin embargo, un jurado pudo llegar a la conclusión más allá de la duda razonable de que McVeigh era culpable del peor atentado de terrorismo nacional en la historia de los Estados Unidos. ¿Por qué? Porque hecho tras hecho, prueba tras prueba, testigo tras testigo, los fiscales emplearon la evidencia circunstancial para presentar un caso infalible en su contra.

Si bien ninguna de las ciento treinta y siete personas llamadas al estrado como testigos habían visto a McVeigh cometer el delito, su testimonio sí proveyó evidencia indirecta de su culpabilidad: un comerciante dijo que McVeigh alquiló un camión Ryder, un amigo dijo que McVeigh habló de bombardear el edificio por su ira contra el gobierno, y un científico dijo que la ropa de McVeigh tenía un residuo de explosivos cuando la policía lo arrestó.

Los fiscales reforzaron eso con más de setecientas pruebas, desde comprobantes de hotel y taxi hasta registros telefónicos, de una llave de camión hasta un comprobante de un restaurante chino. En dieciocho días tejieron una red convincente de evidencia de la cual McVeigh lamentablemente no pudo escaparse.

El testimonio de los testigos oculares se llama evidencia directa porque la gente relata bajo juramento cómo vieron en per-

sona al acusado cometer el delito. Si bien a veces es convincente, también puede estar sujeto a memorias que fallan, prejuicios, y hasta la invención completa. En contraposición, la evidencia circunstancial se compone de hechos indirectos a partir de los cuales se pueden derivar inferencias en forma racional. [1] Su efecto acumulativo puede ser casi tan poderoso como los relatos de los testigos oculares y, en muchos casos, incluso más potente.

Pregúntale a Timothy McVeigh. Quizá pensó que había cometido el crimen perfecto al evitar los testigos oculares pero de todos modos terminó con sentencia de muerte debido a los hechos circunstanciales que apuntaban hacia él en forma tan devastadora como si lo hubiera hecho un testigo ocular de primera mano.

Habiendo considerado la evidencia persuasiva a favor de la tumba vacía y los relatos de los testigos oculares acerca del Jesús resucitado, ya era el momento de que indagara cualquier elemento de evidencia circunstancial que pudiera reforzar el caso a favor de la resurrección. Sabía que si un acontecimiento tan extraordinario como la resurrección de Jesús había ocurrido en verdad, la historia tendría que estar repleta de evidencia indirecta que la respaldara.

Esa búsqueda me llevó una vez más al sur de California, esta vez, a la oficina de un profesor que magistralmente combina pericia en historia, filosofía y ciencia.

LA DECIMOTERCERA ENTREVISTA: DR. J.P. MORELAND

El cabello gris oscuro de J.P. Moreland, su bigote plateado y sus espejuelos con marco dorado, le dan una apariencia más vieja que la de sus cincuenta años. Sin embargo, reboza de energía. Habló con un tono entusiasta y animado, inclinándose hacia delante a menudo en su silla reclinable para enfatizar sus puntos, en realidad, brincando un poco por momentos, casi como si fuera a abalanzarse y me fuera a estrangular con sus argumentos.

—Esto me encanta —exclamó durante un breve receso, la única ocasión en la que afirmó lo obvio.

La mente altamente organizada de Moreland trabaja en forma tan sistemática, tan lógica, que parece construir su caso sin esfuerzo en oraciones completas y párrafos enteros sin palabras de más o pensamientos ajenos, listos para la corrección y la impresión. Cuando se detenía mi grabadora, él hacía una pausa, me

daba tiempo a poner una cinta nueva y luego retomaba justo donde había dejado sin perder el paso.

Si bien Moreland es un filósofo reconocido (con un doctorado de la Universidad del Sur California) y está a gusto navegando los mundos conceptuales de Kant y Kierkegaard, no permanece exclusivamente en lo abstracto. Su trasfondo de ciencias (tiene un título en química de la Universidad de Missouri) y su dominio de la historia (que lo demuestra su excelente libro Scaling the Secular City [Al escalar la ciudad secular]) lo anclan al mundo cotidiano y le impiden flotar en el pensamiento puramente etéreo.

Moreland, quien también posee una maestría en teología del Seminario Teológico de Dallas, actualmente es profesor de la Escuela de Teología Talbot, donde enseña en el programa de maestrías en filosofía y ética.

Sus artículos se han publicado en más de treinta revistas profesionales, tales como, *American Philosophical Quarterly* [Filosofía Estadounidense Trimestral]; *Metaphilosophy* [Metafilosofía]; y *Philosophy and Phenomenological Research* [La filosofía y la investigación fenomenológica]. Ha escrito, coescrito, o editado numerosos libros, entre ellos, *Christianity and the Nature of Science* [El cristianismo y la naturaleza de la ciencia]; *Does God Exist?* [¿Existe Dios?] (un debate con Kai Nielsen); *The Life and Death Debate* [El debate de vida o muerte]; *The Creation Hypothesis* [La hipótesis de la creación]; *Beyond Death: Exploring the Evidence for Immortality* [Más allá de la muerte: la exploración de la evidencia a favor de la inmortalidad]; *Jesus under Fire* [Jesús bajo fuego]; y *Love Your God with All Your Mind* [Amarás a tu Dios con toda tu mente].

Al sentarme junto con Moreland en su oficina pequeña pero acogedora, ya sabía que la evidencia circunstancial es plural en vez de singular. Es decir, se construye ladrillo por ladrillo hasta que haya un fundamento sólido donde se puedan asentar conclusiones con confianza.

Por lo tanto, comencé la entrevista con un desafío a quemarropa:

—¿Puede darme cinco pruebas circunstanciales que lo convenzan de que Jesús resucitó de entre los muertos?

Moreland escuchó mi pregunta con atención.

—¿Cinco ejemplos? —replicó—. Cinco elementos que nadie pone en tela de juicio?

Asentí. Así, Moreland empujó la silla de su escritorio hacia atrás y se lanzó en su primera prueba: las vidas cambiadas de los discípulos y su disposición a morir por su convicción de que Jesús había resucitado de entre los muertos.

PRIMERA PRUEBA: LOS DISCÍPULOS MURIERON POR SUS CREENCIAS

—Cuando Jesús fue crucificado —comenzó Moreland—, sus seguidores se desanimaron y se deprimieron. Ya no tenían confianza en que Jesús había sido enviado por Dios porque creían que cualquier persona crucificada era maldecida por Dios. También les habían enseñado que Dios no permitiría que su Mesías sufriera la muerte. Por lo tanto, se dispersaron. El movimiento de Jesús quedó parado en seco.

»Luego, al cabo de un corto período de tiempo, los vemos abandonar sus ocupaciones, volver a reunirse y comprometerse a anunciar un mensaje muy específico: que Jesucristo era el Mesías de Dios que murió en una cruz, volvió a la vida y que ellos lo vieron con vida.

»Y estuvieron dispuestos a pasar el resto de sus vidas proclamándolo sin ninguna recompensa desde el punto de vista humano. No es que los esperaba una mansión en el Mediterráneo. Enfrentaron una vida de privaciones. A menudo no tenían comida, dormían a la intemperie, eran ridiculizados, golpeados, encarcelados. Y finalmente, la mayoría de ellos fueron ejecutados y torturados.

»¿Por qué? ¿Por buenas intenciones? No, porque estaban convencidos más allá de toda sombra de duda de que habían visto a Jesucristo salir vivo de entre los muertos. Lo que uno no puede explicar es cómo a este grupo particular de hombres se les ocurrió esa creencia en particular sin haber tenido la experiencia del Cristo resucitado. No hay otra explicación adecuada.

Lo interrumpí con una objeción tipo: «Sí... pero...».

—Sí —admití—, estuvieron dispuestos a morir por sus creencias, pero... —agregué—, también lo hicieron los musulmanes, los mormones y los seguidores de Jim Jones y David Koresh. Eso

puede demostrar que eran fanáticos pero admitámoslo: no prueba que lo que creían era verdad.

—Un momento, piense detenidamente en la diferencia —insistió Moreland mientras giraba para quedar frente a mí directamente plantando ambos pies en el suelo—. Los musulmanes podrán estar dispuestos a morir por su creencia de que Alá se reveló a Mahoma pero esa revelación no se realizó en una forma observable públicamente. Por lo tanto, pueden estar equivocados al respecto. Podrán pensar sinceramente que es verdad pero no pueden saberlo a ciencia cierta porque no lo presenciaron ellos mismos.

»Sin embargo, los apóstoles estuvieron dispuestos a morir por algo que ellos habían visto con sus propios ojos y tocado con sus propias manos. Estaban en una posición única: no solo creían que Jesús se levantó de entre los muertos sino que lo sabían con certeza. Y cuando uno tiene once personas confiables sin motivos ulteriores, sin nada que ganar y mucho que perder, quienes todos concuerdan en que observaron algo con sus propios ojos; ahora sí que tiene alguna dificultad para descartarlo.

Sonreí porque había estado haciendo el papel del abogado del diablo al interponer mi objeción. En realidad, sabía que él tenía razón. En realidad, esta distinción crítica era clave en mi propia travesía espiritual.

Me lo habían presentado de la siguiente manera: la gente muere por sus creencias religiosas si cree con sinceridad que son verdaderas pero la gente no muere por sus creencias religiosas si sabe que sus creencias son falsas.

Si bien la mayoría de la gente solo puede tener fe de que sus creencias son ciertas, los discípulos estaban en la posición de saber sin lugar a dudas si Jesús había resucitado de entre los muertos o no. Decían que lo vieron, que hablaron con él, que comieron con él. Si no hubieran estado absolutamente seguros, no habrían permitido que fueran torturados hasta la muerte por proclamar que la resurrección había ocurrido.[2]

—Está bien, estoy convencido de esta —comenté—. ¿Pero qué más tiene?

SEGUNDA PRUEBA: LA CONVERSIÓN DE LOS ESCÉPTICOS

—Otro elemento de prueba circunstancial —prosiguió Moreland—, es que había escépticos recalcitrantes que no creían en Jesús antes de su crucifixión; y que de alguna manera estaban completamente opuestos al cristianismo, que dieron un giro y adoptaron la fe cristiana después de la muerte de Jesús. No hay otra buena razón aparte de que hayan experimentado al Cristo resucitado.

—Evidentemente, está hablando de Jacobo, el hermano de Jesús, y de Saulo de Tarso, quien se convirtió en el apóstol Pablo —observé—. Sin embargo, ¿posee evidencia creíble de que Jacobo había sido un escéptico de Jesús?

—Sí —respondió—. Los Evangelios nos dicen que la familia de Jesús, entre ellos Jacobo, estaban avergonzados por quién decía ser Jesús. No creían en él; lo confrontaban. En el judaísmo antiguo era una gran vergüenza que la familia de un rabino no lo aceptara. Por lo tanto, los escritores de los Evangelios no hubieran tenido motivo alguno para inventar ese escepticismo si no fuera verdad.

»Más tarde el historiador Josefo nos dice que Jacobo, el hermano de Jesús, que fue líder de la iglesia de Jerusalén, fue apedreado de muerte por su creencia en su hermano. ¿Por qué cambió la vida de Jacobo? Pablo nos dice: se le apareció el Jesús resucitado. No hay otra explicación.

A decir verdad, ninguna me vino a la mente.

—¿Y Saulo? —le pregunté.

—Como fariseo, aborrecía todo lo que estorbara las tradiciones del pueblo judío. Para él, este nuevo movimiento contrario llamado cristianismo hubiera sido la más alta traición. Es más, se quitaba la frustración ejecutando cristianos cuando tenía oportunidad —respondió Moreland.

»De repente, no solo deja tranquilos a los cristianos ¡sino se une a su movimiento! ¿Cómo sucedió eso? Bien, todos concuerdan en que Pablo escribió Gálatas, y él mismo nos dice en esa epístola qué lo llevó a dar un giro de ciento ochenta grados y a convertirse en el principal defensor de la fe cristiana. De su puño y letra dice que vio al Cristo resucitado y escuchó a Cristo designarlo para ser uno de sus seguidores.

Estaba esperando que Moreland redondeara su punto para poder desafiarlo con una objeción del crítico del cristianismo Michael Martin. Dijo que si uno cuenta la conversión de Pablo como evidencia a favor de la verdad de la resurrección, debería contar la conversión de Mahoma al Islam como evidencia a favor de la verdad de que Jesús no resucitó, dado que ¡los musulmanes niegan la resurrección!

—Básicamente dice que los valores evidenciales de la conversión de Pablo y de la conversión de Mahoma se cancelan mutuamente —le dije a Moreland—. Francamente, parece una buena observación. ¿No admite que tiene razón?

Moreland no picó el anzuelo.

—Veamos la conversión de Mahoma —dijo con voz segura—. Nadie sabe nada acerca de ella. Mahoma dice haber ido a una cueva donde tuvo una experiencia religiosa en la cual Alá le reveló el Corán. No hay otro testigo ocular que lo verifique. Mahoma no ofreció ninguna señal milagrosa pública para certificar nada.

»Además alguien fácilmente pudo tener motivos ulteriores para seguir a Mahoma porque en los primeros años el Islam se propagaba principalmente mediante la guerra. Los seguidores de Mahoma ganaron influencia política y poder sobre los pueblos que conquistaban y "convertían" al Islam a espada.

»Contrástelo con las afirmaciones de los primeros seguidores de Jesús, entre ellos Pablo. Decían haber visto acontecimientos públicos que otros también vieron. Estas cosas habían acontecido fuera de su mente y no solo en ella.

»Es más, cuando Pablo escribió 2 Corintios, lo cual nadie cuestiona, les recordó al pueblo de Corinto que él había realizado milagros cuando estuvo con ellos con anterioridad. Ciertamente hubiera sido estúpido hacer esta declaración si ellos sabían que no fue así.

—¿Cuál es su punto? —le pregunté.

—Recuerde —respondió—, no se trata del simple hecho de que Pablo cambió sus ideas. Uno tiene que explicar cómo tuvo este cambio particular de creencias que iba completamente en contra de su crianza; cómo vio al Cristo resucitado en un acontecimiento público que fue presenciado por otros aunque no lo entendieran; y cómo realizó milagros para respaldar su declaración de que era un apóstol.

—Está bien. Está bien —le dije—. Comprendo su punto. Y debo admitir que es uno bueno.

Así, hice un gesto para que continuara con el próximo elemento probatorio.

TERCERA PRUEBA: CAMBIOS EN ESTRUCTURAS SOCIALES CLAVE

Para explicar su próxima categoría de prueba circunstancial, Moreland tenía que proveer información importante del trasfondo de la cultura judía.

—En la época de Jesús, los judíos habían sido perseguidos durante setecientos años por los babilonios, los asirios, los persas y entonces por los griegos y romanos —explicó Moreland—. Muchos judíos estaban dispersos y vivían cautivos en esas otras naciones.

»Sin embargo, todavía vemos judíos hoy día mientras que no vemos hititas, ferezeos, amonitas, asirios, persas, babilonios y otros pueblos que vivieron en ese tiempo. ¿Por qué? Porque estos pueblos fueron capturados por otras naciones, se asimilaron a ellas y perdieron su identidad nacional.

»¿Por qué no les sucedió lo mismo a los judíos? Porque lo que hacía a los judíos, judíos (las estructuras sociales que les daban su identidad nacional) era sumamente importante para ellos. Los judíos transmitían esas estructuras a sus hijos, las celebraban en las reuniones en la sinagoga cada sábado y las reforzaban con sus rituales porque sabían que si no lo hacían, pronto no quedaría ningún judío. Serían asimilados por las culturas que los habían capturados.

»Y hay otra razón por la cual esas instituciones sociales eran tan importantes: ellos creían que esas instituciones se las había encomendado Dios. Creían que abandonar esas instituciones era arriesgarse a que sus almas fueran condenadas al infierno después de la muerte.

»Entonces aparece un rabino llamado Jesús de una región de clase baja. Enseña durante tres años, gana seguidores de clase media y baja, se mete en problemas con las autoridades y termina crucificado junto con otros treinta mil judíos ejecutados durante ese período.

»Sin embargo, cinco semanas después de que fue crucificado, más de diez mil judíos lo están siguiendo y dicen que él es el fundador de una nueva religión. Y note lo siguiente: están dispuestos a abandonar o alterar todas o algunas de las cinco instituciones sociales que, según lo que les habían enseñado desde niños, tenían tanta importancia social y teológica.

—Entonces usted sugiere que algo grande estaba sucediendo —observé.

Moreland exclamó:

—¡Algo *muy* grande estaba sucediendo!

La revolución de la vida judía

Invité a Moreland a que enumerara esas cinco estructuras sociales y explicara de qué manera los seguidores de Jesús las habían cambiado o abandonado.

—En primer lugar —señaló—, les habían enseñado desde el tiempo de Abraham y Moisés que necesitaban ofrecer sacrificios de animales cada año para la redención de sus pecados. Dios pasaba sus pecados a ese animal y sus pecados eran perdonados para que pudieran estar a cuenta con él. Sin embargo, de repente, después de la muerte de este carpintero de Nazaret, estos judíos ya no ofrecen sacrificios.

»En segundo lugar, los judíos hacían hincapié en obedecer las leyes que Dios les había encomendado a través de Moisés. Desde su óptica, eso era lo que los separaba de las naciones paganas. Sin embargo, poco tiempo después de la muerte de Jesús, los judíos comenzaban a decir que uno no se convertía en un miembro ejemplar de su comunidad simplemente por guardar la ley de Moisés.

»En tercer lugar, los judíos guardaban escrupulosamente el sábado no haciendo nada salvo la devoción religiosa cada sábado. Esa era la forma en la que lograban estar bien delante de Dios, garantizaban la salvación de su familia, y estaban bien delante de toda la nación. Sin embargo, después de la muerte de este carpintero de Nazaret, esa tradición de mil quinientos años se cambia abruptamente. Esos cristianos adoran los domingos. ¿Por qué? Porque ese día Jesús resucitó de entre los muertos.

»En cuarto lugar, creían en el monoteísmo: un solo Dios. En cambio los cristianos enseñan una forma de monoteísmo: dicen

que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son un solo Dios. Esto es radicalmente diferente de lo que los judíos creían. Hubieran considerado que era la herejía más grande decir que alguien puede ser Dios y hombre al mismo tiempo. Sin embargo los judíos comienzan a adorar a Jesús como Dios en la primera década de la religión cristiana.

»Y en quinto lugar, estos cristianos presentaban al Mesías como alguien que sufrió y murió por los pecados del mundo mientras que los judíos habían sido enseñados a creer que el Mesías sería un líder político que destruiría los ejércitos romanos.

Habiendo establecido ese contexto, Moreland prosiguió al golpe de gracia retórico, atravesándome con su mirada intensa e inconmovible.

—Lee —dijo—, ¿de qué manera puede explicar que en un breve período de tiempo no solo un judío sino toda una comunidad de por lo menos diez mil judíos, estuvo dispuesta a abandonar estas cinco prácticas claves que les habían servido en el aspecto social y teológico por tantos siglos? Mi explicación es simple: habían visto a Jesús resucitado de entre los muertos.

Si bien el punto de Moreland era sumamente impresionante, detecté un problema de comprensión para la gente de hoy. Le comenté que era muy difícil para los estadounidenses del siglo XX apreciar la naturaleza radical de esa transformación.

—Hoy día, la gente es de una fe fluctuante —observé—. Van y vienen entre las creencias del cristianismo y la Nueva Era. Incursionan brevemente en el budismo, combinan, mezclan y crean su propia espiritualidad. Para ellos, realizar el tipo de cambios que usted mencionó no les parecería algo grave.

Moreland asintió. Aparentemente ya había escuchado antes esta objeción.

—Le pregunto a una persona así: "¿Cuál es tu creencia más querida? ¿Que tus padres eran buenas personas? ¿Que el homicidio es inmoral? Piensa en lo radical que tiene que ser algo que te haga cambiar o abandonar esa creencia que atesoras tanto. Ahora nos estamos acercando."

»Tenga en cuenta que se trata de una comunidad entera que abandona creencias atesoradas que fueron transmitidas durante siglos y que creían que provenían de Dios mismo. Lo hacían aunque estaban arriesgando su propio bienestar y también creían

que estaban arriesgándose a la condenación eterna de sus almas en el infierno si estaban equivocados.

»Es más, no lo estaban haciendo porque se habían topado con ideas mejores. Estaban muy conformes con las viajes tradiciones. Las abandonaron porque habían visto milagros que no podían explicar y eso los obligó a ver el mundo de otra manera.

—Somos individualistas occidentales y nos gusta el cambio tecnológico y social —observé—. Las tradiciones no tienen tanto valor para nosotros.

—Lo admito —respondió Moreland—. Sin embargo, estas personas sí valoraban la tradición. Vivían en un período en el que cuanto más antiguo era algo, mejor. En realidad, para ellos cuanto más atrás se pudiera remontar una idea, más probable era de que fuera verdad. Por lo tanto, concebir nuevas ideas era lo opuesto de nuestra forma de ser actual.

»Créame —concluyó—, estos cambios en las estructuras sociales judías no fueron simplemente ajustes menores que se hicieron al pasar: fueron absolutamente monumentales. ¡Ni más ni menos que un terremoto social! Y los terremotos no suceden sin una causa.

CUARTA PRUEBA: COMUNIÓN Y BAUTISMO

Moreland señaló el surgimiento de los sacramentos de la comunión y el bautismo en la iglesia primitiva como otra prueba circunstancial de que la resurrección es verdad; pero yo tenía algunas dudas.

—¿Acaso no es natural que las religiones creen su propios rituales y prácticas? —le pregunté—. Todas las religiones las tienen. Así que ¿de qué manera eso prueba algo acerca de la resurrección?

—Bueno, pero consideremos la comunión por un momento —respondió—. Lo extraño es que estos primeros seguidores de Jesús no se reunían para celebrar sus enseñanzas o lo maravilloso que él era. Se reunían en forma regular para tener una comida de celebración por un solo motivo: para recordar que Jesús había sido masacrado públicamente en una forma humillante y grotesca.

»Considérelo en términos modernos. Si un grupo de personas ama a John F. Kennedy, quizás se reúna en forma regular para recordar su enfrentamiento con Rusia, su promoción de los dere-

chos civiles y su personalidad carismática; pero, ¡no van a celebrar el hecho de que Lee Harvey Oswald lo asesinara!

»Sin embargo, es análogo a lo que los primeros cristianos hacían. ¿Cómo lo explica? Yo lo explico de la siguiente manera: se dieron cuenta de que la muerte de Jesús era un paso necesario hacia una victoria mucho mayor. Su asesinato no fue la última palabra; la última palabra fue que había vencido la muerte por todos nosotros al resucitar de entre los muertos. Celebraban su ejecución porque estaban convencidos de que lo habían visto salir de la tumba con vida.

—¿Y qué acerca del bautismo? —le pregunté.

—La iglesia primitiva adoptó una forma de bautismo de su tradición judía llamada el bautismo prosélito. Cuando los gentiles querían adoptar la ley de Moisés, los judíos bautizaban a esos gentiles en la autoridad del Dios de Israel. Sin embargo, en el Nuevo Testamento, la gente se bautizaba en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, lo cual significaba que habían elevado a Jesús a la categoría plena de Dios.

»No solo eso: el bautismo era una celebración de la muerte de Jesús, al igual que la comunión. Al sumergirse en el agua, uno celebra su muerte y al ser sacado del agua, uno celebra el hecho de que Jesús fue resucitado a novedad de vida.

Lo interrumpí para decir:

—Usted *está dando por sentado que estos sacramentos no* fueron meramente adaptados de las llamadas religiones de misterio.

—Y por buenas razones —respondió—. En primer lugar, no hay evidencia sólida de que ninguna religión de misterio creyera en dioses que mueren y resucitan, sino hasta después del período del Nuevo Testamento. Por lo tanto, si hubo algún préstamo, ellos lo tomaron prestado del cristianismo.

»En segundo lugar, la práctica del bautismo vino de las costumbres judías y los judíos estaban en contra de permitir que las ideas gentiles o griegas afectaran su culto. Y en tercer lugar, estos dos sacramentos se pueden remontar a la comunidad cristiana más antigua, demasiado antigua como para que la influencia de cualquier otra religión se filtrara en su concepción del significado de la muerte de Jesús.

QUINTA PRUEBA: EL SURGIMIENTO DE LA IGLESIA

Moreland introdujo su último punto diciendo:

—Cuando ocurre un cambio cultural mayor, los historiadores siempre buscan acontecimientos que puedan explicarlo.

—Sí, eso tiene sentido —afirmé.

—Muy bien, entonces pensemos en el comienzo de la iglesia cristiana. No hay duda de que comenzó poco después de la muerte de Jesús y se propagó tan rápido que en el transcurso de un período de quizás veinte años ya había llegado al palacio del César en Roma. No solo eso, ese movimiento triunfó sobre una cantidad de ideologías rivales y finalmente sobrepujó al imperio romano entero.

»Ahora bien, si usted fuera un marciano que observa el siglo I, ¿creería que sobreviviría el cristianismo o el imperio romano? Probablemente no apostaría dinero en un grupo de gentuza cuyo mensaje principal era que un carpintero de un pueblecito desconocido que había sido crucificado, había vencido la tumba. Sin embargo, ¡fue tan exitoso que hoy día llamamos a nuestros hijos Pedro y Pablo y a nuestros perros César y Nerón!

»Me gusta la forma en la que C.F.D. Moule, el erudito del Nuevo Testamento de Cambridge, lo expresó: "Si la llegada a la existencia de los nazarenos, un fenómeno innegablemente atestiguado por el Nuevo Testamento, abre un gran agujero en la historia, un agujero del tamaño y con la forma de la resurrección, ¿con qué propone el historiador secular que se tape?"

Si bien este no era el punto más fuerte de Moreland, ya que otros movimientos religiosos también han surgido y se han propagado, la evidencia circunstancial no se apoya solamente en la fuerza de un solo hecho. En cambio, es el peso acumulativo de varios hechos que conjuntamente inclinan la balanza hacia una conclusión. Y para Moreland, la conclusión es clara.

—Mire —dijo—, si alguien quiere considerar esta evidencia circunstancial y llegar al veredicto de que Jesús no resucitó de entre los muertos, está bien. Sin embargo tiene que ofrecer una explicación alternativa que sea plausible para estos cinco hechos.

»Recuerde, no cabe duda que estos hechos son verdaderos; lo que está en duda es cómo explicarlos. Y nunca vi una explicación mejor que la de la resurrección.

Mentalmente repasé la cinta de la evidencia circunstancial: la disposición de los discípulos a morir por lo que habían experimentado; las vidas revolucionadas de escépticos como Jacobo y Saulo; los cambios radicales en las estructuras sociales atesoradas por los judíos durante siglos; la aparición repentina de la comunión y el bautismo; y el surgimiento y crecimiento sorprendentes de la iglesia.

Dados cinco hechos indisputables, tenía que concordar con Moreland en que la resurrección y solo la resurrección les confiere sentido a todos. Cuando le agregué la prueba potente de la tumba vacía de Jesús y el testimonio convincente acerca de sus apariciones después de la resurrección, el caso me pareció concluyente.

Esa es también la apreciación de Sir Lionel Luckhoo, el abogado brillante y sabio al que doscientas cuarenta y cinco sorprendentes exoneraciones de homicidio consecutivas le dieron un lugar en *El Libro Guiness De Récords Mundiales* como el abogado más exitoso del mundo. [4] Nombrado caballero dos veces por la Reina Isabel, este ex juez de la corte suprema y diplomático sometió los hechos históricos acerca de la resurrección a su propio análisis riguroso durante varios años antes de declarar: «Afirmo inequívocamente que la evidencia a favor de la resurrección de Jesucristo es tan abrumadora que obliga a su aceptación mediante prueba que no deja absolutamente ningún lugar a dudas.» [5]

Pero aguarda. Hay más.

DAR EL PASO FINAL

Como nuestra entrevista había terminado, Moreland y yo estábamos discutiendo de fútbol americano mientras yo desconectaba la grabadora y comenzaba a guardar mis notas. Aunque estaba un poco apurado por alcanzar mi vuelo de regreso a Chicago, dijo algo que me llevó a hacer una pausa.

—Hay otra categoría de evidencia sobre la cual no preguntó —subrayó.

Repasé la entrevista mentalmente.

—Me rindo —repliqué—. ¿Cuál es?

—Es el continuo encuentro con el Cristo resucitado que ocurre en todo el mundo, en todas las culturas, por parte de personas de todo tipo de trasfondos y personalidad: bien educados y no, ricos y pobres, los que piensan y los que sienten, hombres y mujeres —anunció—. Todos declararán que más que cualquier otra cosa en sus vidas, Jesucristo los cambió.

Moreland se inclinó hacia delante para dar énfasis.

—Para mí, esto constituye la evidencia final; no solo la evidencia sino la prueba corroborativa definitiva, de que el mensaje de Jesús puede abrir la puerta a un encuentro directo con el Cristo resucitado.

—Supongo que usted ha tenido un encuentro como ese —le dije—. Cuénteme acerca de él.

—En 1968, era un estudiante cínico de química en la Universidad de Missouri, cuando me confronté con el hecho de que si examinaba las declaraciones de Jesús con ojo crítico pero con la mente abierta, había evidencia más que suficiente para que lo creyera.

»Por lo tanto di un paso de fe en la misma dirección a la que apuntaba la evidencia recibiendo a Jesús como mi perdonador y líder, y comencé a relacionarme con él, con el Cristo resucitado, en una forma muy real y continua.

»En tres décadas, he tenido cientos de respuestas específicas a mis oraciones, me han ocurrido cosas que simplemente no se pueden explicar con explicaciones naturales, y he experimentado una vida cambiada más allá de lo que pude haberme imaginado.

Sin embargo, protesté, la gente experimenta cambios en sus vidas en otras religiones cuyos preceptos contradicen al cristianismo.

—¿No es peligroso basar una decisión en experiencias subjetivas? —le pregunté.

—Permítame dejar dos cosas en claro —respondió—. En primer lugar, no estoy diciendo: "Solo confíe en su experiencia." Estoy diciendo: "Use su mente con calma y sopese la evidencia, y luego deje que la experiencia sea un elemento confirmante de la prueba." En segundo lugar, si a lo que apunta esa evidencia es verdad; es decir, si todas estas líneas de evidencia sí apuntan en verdad a la resurrección, la misma evidencia reclama un examen de experiencia.

—Defínalo —le pedí.

—El examen de experiencia es: "Aún está vivo, y puedo descubrirlo relacionándome con él." Si usted estuviera en un jurado y escuchara la evidencia suficiente para convencerse de la culpabilidad del acusado, no tendría sentido detenerse antes del paso final de condenarlo. Y que la gente acepte la evidencia a favor de la resurrección de Jesús y no dé el paso final de someterla al examen de la experiencia sería errar al blanco donde a fin de cuentas la evidencia está apuntando.

—Entonces —le dije—, si la evidencia apunta fuertemente en esta dirección, no es más que racional y lógico seguirla hasta el ámbito de la experiencia.

Asintió con aprobación.

—Precisamente correcto —anunció—. Es la confirmación final de la evidencia. Es más, le diré lo siguiente: la evidencia pide a gritos el examen de la experiencia.

Deliberaciones

Preguntas para reflexión personal o para grupo de estudio

1. Los discípulos estaban en una posición única al saber con certeza si Jesús había resucitado de entre los muertos y estaban dispuestos a morir por su convicción de que sí lo hizo. ¿Puedes pensar en alguna figura de la historia que muriera a propósito y con gusto por una mentira? ¿Qué grado de certeza necesitarías tener antes de que estuvieras dispuesto a dar tu vida por una creencia? ¿Cuán meticulosamente investigarías un asunto si fueras a basar tu vida en ella?
2. ¿Cuáles son tus creencias más queridas? ¿Qué sería necesario para que abandonaras o cambiaras radicalmente esas opiniones atesoradas, en especial si verdaderamente creyeras que te arriesgas a la condenación de tu alma si estás equivocado? ¿Cómo se relaciona tu respuesta con el hecho histórico de que miles de judíos de repente abandonaron cinco estructuras sociales y religiosas claves poco después de la crucifixión de Jesús?
3. Aparte de la resurrección de Jesús, ¿puedes pensar en alguna explicación que en forma simultánea dé cuenta de las cinco categorías de evidencia que trató J.P. Moreland? ¿Cómo crees que alguien como él respondería a tu hipótesis?
4. Moreland concluyó su entrevista hablando del examen de experiencia. ¿Qué tiene que suceder para que estés dispuesto a dar ese paso tú mismo?

Más evidencia

Más recursos sobre este tema

Green, Michael, *Christ Is Risen: So What?* [Cristo Resucitó: ¿Y qué?], Sovereign World, Kent, Inglaterra, 1995.

McDowel, Josh, *The Resurrection Factor* [El Factor Resurrección], Here's Life, San Bernardino, CA, 1981, pp. 105-20.

Moreland, J.P., *Scaling the Secular City* [Al escalar la ciudad secular], Baker, Grand Rapids, 1987.

Moule, C.F.D., *The Phenomenon of the New Testament* [El fenómeno del Nuevo Testamento], SCM Press, Londres, 1967.

CONCLUSIÓN: EL VEREDICTO DE LA HISTORIA

¿Qué establece la evidencia y qué significa hoy día?

La fecha era 8 de noviembre de 1981. Era domingo. Me encerré en mi oficina en casa y pasé la tarde repasando el viaje espiritual que había realizado durante veintiún meses.

Mi investigación acerca de Jesús fue similar a lo que acabas de leer, salvo que primeramente estudié libros y otras investigaciones históricas en lugar de entrevistar en persona a eruditos. Había formulado preguntas y analizado las respuestas con la mente lo más abierta posible. Y ya había llegado al punto crítico. La evidencia era clara. La cuestión restante era qué haría yo con ella.

Tomando un anotador, comencé a transcribir las preguntas que había preparado al embarcarme en la investigación y algunos de los hechos claves que había descubierto. En forma similar, podía resumir la sustancia de lo que hemos aprendido en nuestra propia evaluación de la evidencia.

• ¿SON DIGNAS DE CONFIANZA LAS BIOGRAFÍAS DE JESÚS?

Solía pensar que los Evangelios eran meramente propaganda religiosa, contaminadas irremediablemente por imaginaciones hiperactivas y celo evangelístico. Sin embargo, Craig Blomberg, uno de las autoridades más prominentes del país en la materia, construyó un caso convincente de que ellos reflejan el testimonio de testigos oculares y ostentan señales inequívocas de precisión. Tan tempranas son estas biografías que no se pueden desechar como invención legendaria. Es más, las creencias fundamentales en los milagros de Jesús, su resurrección y su deidad se remontan a los mismos albores del movimiento cristiano.

• ¿SOPORTAN UN EXAMEN MINUCIOSO LAS BIOGRAFÍAS DE JESÚS?

Blomberg argumentó persuasivamente que los escritores de los Evangelios tenían la intención de preservar una historia confiable, pudieron hacerlo, tuvieron la honestidad y la disposición de incluir material difícil de explicar y no permitieron que la parcialidad tiñera indebidamente sus relatos. La armonía entre los Evangelios en hechos esenciales, sumada a la divergencia en algunos detalles les confiere credibilidad histórica a los relatos. Es más, la iglesia primitiva no pudo haberse arraigado y florecido allí mismo en Jerusalén si hubiera enseñado hechos acerca de Jesús que sus mismos contemporáneos pudieran haber descubierto que eran exagerados o falsos. En decir, los Evangelios lograron pasar las ocho pruebas de la evidencia.

• ¿SE PRESERVARON FIDEDIGNAMENTE LAS BIOGRAFÍAS DE JESÚS?

El erudito mundial, Bruce Metzger señaló que comparados con otros documentos antiguos, hay una cantidad sin precedentes de manuscritos del Nuevo Testamento cuya fecha puede remontarse a un tiempo extremadamente cercano a los escritos originales. El Nuevo Testamento moderno está libre de discrepancias textuales en un 99.5%, sin doctrinas cristianas principales en duda. Los criterios utilizados por la iglesia primitiva para determinar qué libros debían considerarse autoritativos han garantizado que poseamos los mejores registros acerca de Jesús.

• ¿HAY ALGUNA EVIDENCIA CREÍBLE A FAVOR DE JESÚS FUERA DE SUS BIOGRAFÍAS?

«Tenemos mejor documentación histórica a favor de Jesús que sobre el fundador de cualquier otra religión antigua», expresó Edwin Yamauchi. Fuentes fuera de la Biblia corroboran que muchas personas creían que Jesús realizaba sanidades y era el Mesías, que fue crucificado y que a pesar de esa muerte vergonzosa, sus seguidores, quienes creían que todavía estaba vivo, lo adoraban como a Dios. Un experto documentó treinta y nueve fuentes antiguas que corroboran más de cien hechos con respecto a la vida de Jesús, sus enseñanzas, su crucifixión y su resurrección. Siete fuentes seculares y varios credos antiguos tratan la deidad de Jesús, una doctrina «definitivamente presente en la iglesia primitiva», según el erudito Gary Habermas.

• ¿LA ARQUEOLOGÍA CONFIRMA O CONTRADICE LAS BIOGRAFÍAS DE JESÚS?

El arqueólogo John McRay dijo que sin duda los hallazgos arqueológicos han aumentado la credibilidad del Nuevo Testamento. Ningún descubrimiento ha refutado jamás una referencia bíblica. Es más, la arqueología ha establecido que Lucas, quien escribió un cuarto del Nuevo Testamento era un historiador muy esmerado. Un experto concluyó: «Si Lucas fue tan preciso y esmerado en su recuento histórico [de los detalles menores], ¿sobre qué base lógica podemos suponer que fuera crédulo o impreciso en su recuento de cuestiones que eran de mayor importancia, no solo para él sino para otros también?» Como es el caso, por ejemplo, de la resurrección de Jesús.

• ¿ES EL JESÚS HISTÓRICO EL MISMO QUE EL JESÚS DE LA FE?

Gregory Boyd señaló que el tan publicitario Seminario de Jesús, que duda que Jesús haya dicho la mayor parte de lo que se le atribuye, representa «un pequeño número de eruditos del frente radical que están en el polo más lejano de la izquierda del pensamiento del Nuevo Testamento. El Seminario descartó la posibilidad de que existan los milagros de antemano, utilizó criterios cuestionables, y algunos participantes han promocionado documentos plagados de mitos de cualidad en extremo dudosa. Aun más, la idea que de las historias acerca de Jesús emergieron de la mitología de los dioses que mueren y resucitan fracasa al someterse a escrutinio. Boyd observa: «La evidencia a favor de que Jesús es quien los discípulos dijeron que era... está a años luz más allá de mis razones para pensar que la erudición de izquierda del Seminario de Jesús tiene razón». En suma, el Jesús de la fe es el mismo que el Jesús de la historia.

• ¿ESTABA REALMENTE CONVENCIDO JESÚS DE QUE ÉL ERA EL HIJO DE DIOS?

Remontándose a las tradiciones más tempranas, las cuales sin lugar a dudas están libres del desarrollo legendario. Ben Witherington III pudo mostrar que Jesús tenía una concepción de sí suprema y trascendente. Con base en la evidencia, Witherington expresó: «¿Creía Jesús que él era el Hijo de Dios, el ungido de Dios? La respuesta es sí. ¿Se veía como el Hijo del hombre? La respuesta es sí. ¿Se veía como el Mesías definitivo? Sí, esa era la forma en la que se veía. ¿Creía que cualquiera menor a Dios podía salvar al mundo? No, creo que no.»

• ¿ESTABA LOCO JESÚS CUANDO DECÍA SER EL HIJO DE DIOS?

El reconocido sicólogo Gary Collins observó que Jesús no exhibía emociones inapropiadas, estaba en contacto con la realidad, era brillante y tenía una percepción sorprendente de la naturaleza humana, y entablaba relaciones profundas y constantes. «No veo indicios de que Jesús sufriera alguna enfermedad mental conocida», concluyó. Además, Jesús respaldó su afirmación de ser Dios mediante hazañas milagrosas de sanidad, con sorprendentes demostraciones de poder sobre la naturaleza, con enseñanzas inigualables, con una percepción divina de la gente, y con su propia resurrección, la cual fue la autenticación final de su identidad.

• ¿POSEÍA JESÚS LOS ATRIBUTOS DE DIOS?

Mientras que la encarnación, Dios hecho hombre, lo infinito hecho finito, sobrepasa nuestra imaginación, el teólogo prominente D.A. Carson señaló que hay abundante evidencia de que Jesús exhibía las características de la deidad. Basados en Filipenses 2, muchos teólogos creen que Jesús voluntariamente se vació del uso independiente de estos atributos divinos mientras cumplía su misión de redención humana. Aun así, el Nuevo Testamento confirma en forma específica que Jesús a fin de cuentas poseía cada requisito de la deidad, incluyendo la omnisciencia, la omnipresencia, la omnipotencia, la eternidad y la inmutabilidad.

• ¿RESPONDE JESÚS Y SOLO JESÚS A LA IDENTIDAD DEL MESÍAS?

Centenares de años antes de que Jesús naciera, los profetas predijeron la venida del Mesías o el Ungido, quien redimiría al pueblo de Dios. En realidad, decenas de estas profecías del Antiguo Testamento crearon una huella dactilar a la que solo el verdadero Mesías podía responder. Esto le dio a Israel una forma de descartar impostores y validar las credenciales del Mesías auténtico. En contra de probabilidades astronómicas (una en un billón de billón, de billón de billón, de billón de billón, de billón de billón, de billón de billón, de billón de billón, de billón), Jesús y solo Jesús a lo largo de la historia, responde a esta huella dactilar profética. Esto confirma la identidad de Jesús con un grado de certeza increíble.

• ¿FUE LA MUERTE DE JESÚS UNA FARSA Y SU RESURRECCIÓN UN ENGAÑO?

Mediante el análisis de los datos médicos e históricos, el Dr. Alexander Metherell concluyó que Jesús no pudo haber sobrevivido a los horripilantes rigores de la crucifixión, ni mucho menos a la herida abierta que le perforó el pulmón y el corazón. La idea de que de alguna manera se desmayó en la cruz y simuló estar muerto carece del fundamento de la evidencia. Los ejecutores romanos eran inexorablemente eficaces, sabiendo que ellos mismos enfrentaban la muerte si alguna de sus víctimas llegara a bajar de la cruz con vida. Aunque Jesús hubiera sobrevivido a la tortura de alguna manera, su estado cadavérico nunca habría inspirado un movimiento mundial basado en la premisa de que había triunfado en forma gloriosa sobre la tumba.

• ¿ESTABA EL CUERPO DE JESÚS EN VERDAD AUSENTE DE SU TUMBA?

William Lane Craig presentó evidencia sorprendente de que el símbolo perdurable de la Pascua; la tumba vacía de Jesús, fue una realidad histórica. La tumba vacía se registra o está implícita en las fuentes más tempranas, el Evangelio de Marcos y el credo de 1 Corintios 15, los cuales están fechados con tanta proximidad al acontecimiento que no pueden haber sido producto de la leyenda.

El hecho de que los Evangelios informan que mujeres descubrieron la tumba vacía refuerza la autenticidad de la historia. El lugar de la tumba de Jesús les era conocido tanto a los judíos como a los cristianos por lo tanto pudo haber sido verificado por los escépticos. En realidad, nadie, ni siquiera las autoridades romanas ni los líderes judíos, jamás dijeron que la tumba todavía encerraba el cuerpo de Jesús. En cambio, se vieron obligados a inventar la historia absurda de que los discípulos, a pesar de carecer del motivo y la oportunidad, habían robado el cuerpo, una teoría que ni siquiera el crítico más escéptico cree hoy día.

- ¿SE VIO A JESÚS VIVO DESPUÉS DE SU MUERTE EN LA CRUZ?

La evidencia a favor de las apariciones después de la resurrección de Jesús no se desarrollaron gradualmente con el transcurso de los años a medida que la mitología distorsionaba las memorias de su vida. En cambio, como lo dijo el experto en la resurrección, el Dr. Gary Habermas, la resurrección fue «la proclamación central de la iglesia primitiva desde el principio». El credo antiguo de 1 Corintios 15 menciona personas específicas que se encontraron con el Cristo resucitado, y Pablo incluso desafió a los que dudaban en el siglo I a hablar con estos individuos en persona para determinar la verdad del asunto por sí mismos. El libro de los Hechos está lleno de afirmaciones extremadamente tempranas de la resurreoción de Jesús mientras que los Evangelios describen gran cantidad de encuentros en detalles. El teólogo británico Michael Green concluyó: «Las apariciones de Jesús están tan bien autenticadas como ninguna otra cosa en la antigüedad... No puede haber ninguna duda racional de que ocurrieron».

¿HAY OTROS HECHOS QUE RESPALDEN LA RESURRECCIÓN?

La evidencia circunstancial que presentó J.P. Moreland agregó la documentación final a la resurrección. En primer lugar, los discípulos estaban en una posición única para saber si la resurrección ocurrió y murieron proclamando que era verdad. Nadie muere a propósito y con gusto por una mentira. En segundo lugar, aparte de la resurrección no hay una razón buena por la cual escépticos como Jacobo y Saulo se hubieran convertido y hubieran muerto

por su fe. En tercer lugar, en el transcurso de unas semanas después de la crucifixión, los judíos comenzaron a abandonar prácticas sociales claves que tuvieron importancia crítica en lo social y lo religioso durante siglos. Creían que se arriesgaban a la condenación si estaban equivocados. En cuarto lugar, los primeros sacramentos de la comunión y el bautismo afirmaron la resurrección y la deidad de Jesús. Y en quinto lugar, el surgimiento milagroso de la iglesia ante la persecución romana brutal «abre un gran agujero en la historia, un agujero del tamaño y con la forma de la resurrección», expresó C.F.D. Moule.

EL FRACASO DEL DESAFÍO DE MÜLLER

Lo admito: fui emboscado por la cantidad y la calidad de la evidencia de que Jesús es el único Hijo de Dios. Sentado en el escritorio esa tarde de domingo, sacudía la cabeza en asombro. Había visto acusados despachados a la sala de ejecución ¡con pruebas mucho menos convincentes! Los hechos y la información acumulativos apuntaban inequívocamente hacia una conclusión a la que no estaba muy cómodo de llegar.

Francamente, había querido creer que la deificación de Jesús era resultado del desarrollo legendario mediante el cual personas con buenas pero erradas intenciones lentamente convirtieron a un sabio en el mitológico Hijo de Dios. Eso me parecía seguro y tranquilizador; al fin y al cabo, un predicador apocalíptico ambulante del siglo I no podía exigirme nada. Sin embargo, mientras inicié la investigación pensando que esta explicación de lo legendario era intuitivamente evidente, salí convencido de que carecía totalmente de base.

Para mí lo que definió la cuestión fue el famoso estudio de A.N. Sherwin-White, el gran historiador clásico de la Universidad de Oxford, al cual William Lane Craig hizo referencia en nuestra entrevista. Sherwin-White examinó meticulosamente a qué paso se desarrollaba la leyenda en el mundo antiguo. Su conclusión: ni siquiera dos generaciones completas era el tiempo suficiente para que la leyenda se desarrollara y erradicara un centro sólido de verdad histórica. [1]

Ahora considera el caso de Jesús. En el aspecto histórico, las noticias de la tumba vacía, los relatos de los testigos oculares acerca de sus apariciones después de la resurrección y la convic-

ción de que él era en verdad el único Hijo de Dios surgieron prácticamente en forma simultánea.

El credo de 1 Corintios 15, que afirma la muerte de Jesús por nuestros pecados y enumera sus apariciones después de la resurrección citando testigos oculares, ya lo recitaban los cristianos apenas veinticuatro meses después de la crucifixión. El relato de Marcos sobre la tumba vacía fue tomado de un material cuya fecha se remonta a unos pocos años después del mismo acontecimiento.

Los Evangelios que atestiguan las enseñanzas de Jesús, sus milagros y su resurrección estaban en circulación durante la vida de los contemporáneos de Jesús, quienes hubieran estado muy contentos de haber corregido la información si hubiera sido ornamentada o falseada. Los himnos cristianos más primitivos afirman la naturaleza divina de Jesús.

Blomberg lo resumió de la siguiente manera: «*Durante los dos primeros años después de su muerte,* entonces, una cantidad significativa de los seguidores de Jesús parece haber formulado una doctrina de la redención, estaban convencidos de que él había resucitado de entre los muertos en forma corpórea, asociaban a Jesús con Dios, y creían que habían encontrado respaldo para estas convicciones en el Antiguo Testamento.» [2]

William Lane Craig concluyó: «El período de tiempo necesario para la acumulación significativa de leyendas, con respecto a los acontecimientos de los Evangelios, nos situaría en el siglo II d.C., *justo en el tiempo en realidad cuando nacen los Evangelios apócrifos legendarios.* Estos son los relatos legendarios que buscan los críticos.» [3]

Simplemente no hubo siquiera tiempo suficiente para que la mitología corrompiera completamente los registros históricos de Jesús, especialmente en presencia de testigos oculares que aun tenían un conocimiento personal de él. Cuando el teólogo alemán Julius Müller en 1844 desafió a cualquiera a que encontrara un solo ejemplo de desarrollo legendario tan rápido en cualquier parte de la historia, la respuesta de los eruditos de ese tiempo, y hoy día, fue un silencio resonante. [4]

El 8 de noviembre de 1981, me di cuenta de que mi mayor objeción a Jesús también había sido silenciada por la evidencia de la historia. Me encontré riéndome por cómo se había dado vuelta el tablero.

A la luz de los hechos convincentes que había descubierto durante mi investigación, ante esta avalancha abrumadora de evidencia en el caso a favor de Cristo, la gran ironía era esta: ¡necesitaría mucho más fe para mantener mi ateísmo que para confiar en Jesús de Nazaret!

LAS IMPLICACIONES DE LA EVIDENCIA

¿Recuerdas la historia de James Dixon en la introducción de este libro? La evidencia apuntaba tenazmente hacia su culpabilidad por haberle disparado a un sargento de policía de Chicago. ¡Incluso él mismo admitió que lo había hecho!

Sin embargo, cuando se llevó a cabo una investigación más meticulosa, ocurrió un cambio de repente: el escenario que encajaba con los hechos en forma más perfecta era que el sargento había inculpado a Dixon, quien era inocente del disparo. Dixon fue puesto en libertad y fue el oficial quien se encontró condenado. Al concluir nuestra investigación del caso Cristo, vale la pena repasar las dos grandes lecciones de esa historia.

- **Número uno: ¿La recopilación de pruebas ha sido en verdad exhaustiva?**

Sí, ha sido exhaustiva. Seleccioné expertos que pudieran expresar su posición y defenderla con evidencia histórica que luego podría comprobar a través del interrogatorio. No estaba simplemente interesado en sus opiniones; quería los hechos. Los desafié con las teorías actuales de los ateos y los profesores liberales. Dado su trasfondo, sus credenciales, su experiencia y su carácter, cada uno de estos eruditos estaba más que calificado para presentar información histórica confiable con respecto a Jesús.

- **Número dos: ¿qué explicación se ajusta mejor a la totalidad de la evidencia?**

El 8 de noviembre de 1981, mi tesis de la leyenda, a la que me había aferrado tenazmente por tantos años, había sido completamente desmantelada. Es más, mi escepticismo de periodista hacia lo sobrenatural se había derretido ante la luz de la evidencia histórica imponente de que la resurrección de Jesús era un acontecimiento real e histórico. Es más, mi mente no podía evo-

car ni una sola explicación que siquiera se ajustara a la evidencia de la historia casi tan bien como la conclusión de que Jesús era quien decía ser: el único Hijo de Dios.

El ateísmo que había abrazado tanto tiempo se desmenuzó bajo el peso de la verdad histórica. Fue un resultado sorprendente y radical, ciertamente no lo que había anticipado cuando me embarqué en este proceso investigativo. Sin embargo, era, en mi opinión, una decisión impulsada por los hechos.

Todo eso me llevó a la pregunta: «¿Y qué?» Si esto es verdad, ¿qué importancia tiene? Hay varias implicaciones evidentes.

- Si Jesús es el Hijo de Dios, sus enseñanzas son más que simples buenas ideas de un maestro sabio; son perspectivas divinas sobre las cuales puedo construir mi vida con confianza.
- Si Jesús determina los parámetros de moral, ahora puedo tener una base inconmovible para mis elecciones y decisiones en vez de basarlas en las arenas movedizas de la conveniencia y el egocentrismo.
- Si Jesús en verdad resucitó de entre los muertos, todavía está vivo hoy y disponible para que me encuentre con él en el ámbito personal.
- Si Jesús conquistó la muerte, me puede abrir la puerta de la vida eterna a mí también.
- Si Jesús tiene poder divino, tiene la habilidad sobrenatural para guiarme y ayudarme, y transformarme a medida que lo sigo.
- Si Jesús conoce en forma personal el dolor de la pérdida y el sufrimiento, puede consolarme y alentarme en medio de la turbulencia que, según él mismo advirtió, es inevitable en un mundo corrompido por el pecado.
- Si Jesús me ama como dice, mi bienestar es importante para él. Eso significa que no tengo nada que perder y todo que ganar dedicando mi vida a él y a sus propósitos.
- Si Jesús es quien dice ser (y recuerda ningún líder de ninguna otra religión principal jamás pretendió ser Dios), como mi Creador, merece justamente mi lealtad, mi obediencia y mi adoración.

Recuerdo haber escrito esas implicaciones en mi anotador y luego reclinarme en la silla. Había llegado al final de mi viaje de casi dos años. Finalmente era hora de tratar la pregunta más apremiante de todas: «¿Y ahora qué?»

LA FÓRMULA DE LA FE

Después de una investigación personal que ocupa más de seiscientos días e incontables horas, mi propio veredicto en el caso Cristo era claro. Sin embargo, sentado en mi escritorio, me di cuenta de que necesitaba algo más que una decisión intelectual. Quería dar el paso de la experiencia que J.P. Moreland había descrito en la última entrevista.

En busca de la forma de realizarlo, tomé una Biblia y la abrí en Juan 1:12, un versículo con el que me había topado durante mi investigación: «Mas a cuantos lo recibieron, a los que creen en su nombre, les dio el derecho de ser hijos de Dios.»

Los verbos claves en ese versículo explican con precisión matemática lo que se necesita para trascender el mero asentimiento mental ante la deidad de Jesús y entrar en una relación permanente con él al ser adoptado en la familia de Dios: creer + recibir = ser.

1. Creer

Como alguien educado en periodismo y en derecho, fui capacitado para responder a los hechos, dondequiera que apunten. Para mí, la información demostraba en forma convincente que Jesús es el Hijo de Dios quien murió en mi lugar para pagar la pena que yo merecía por las transgresiones que yo había cometido.

Y había bastantes transgresiones. Me voy a ahorrar la vergüenza de abundar en detalles pero la verdad es que había vivido una vida profana, ebria, egocéntrica e inmoral. En mi carrera, había apuñalado por la espalda a mis colegas para obtener beneficios personales y rutinariamente había violado parámetros éticos y morales en pos de historias. En mi vida personal, estaba sacrificando a mi esposa y a mis hijos en el altar del éxito. Era un mentiroso, un tramposo y un engañador.

Mi corazón se había encogido hasta el punto en que se había transformado en una roca dura hacia los demás. Mi motivación

principal era el placer personal; y es irónico que cuanto más desesperadamente lo buscaba, más evasivo y destructivo se volvía.

Cuando leí en la Biblia que estos pecados me separaban de Dios, quien es santo y moralmente puro, esto resonó como verdad. Ciertamente Dios, cuya existencia había negado durante años, parecía extremadamente distante y me resultó evidente que necesitaba la cruz de Jesús como puente para cruzar ese golfo. El apóstol Pedro expresó: «Porque Cristo murió por los pecados una vez por todas, el justo por los injustos, a fin de llevarlos a ustedes a Dios» (1 Pedro 3:18).

Todo esto ahora lo creía. La evidencia de la historia y mi propia experiencia eran demasiado fuertes como para hacerles caso omiso.

2. Recibir

Cada uno de los demás sistemas de creencias que había estudiado durante mi investigación estaba basado en el plan de «hacer». Es decir, era necesario que la gente hiciera algo; por ejemplo, usar una rueda de oración tibetana, dar limosna, hacer procesiones, pasar por reencarnaciones, expulsar el karma de transgresiones pasadas, reformar el carácter, para intentar de algún modo ganarse poder regresar a Dios. A pesar de sus mejores esfuerzos, mucha gente sincera no lo lograría.

El cristianismo es único. Se basa en el plan «hecho»; Jesús ha hecho por nosotros en la cruz lo que nosotros no podemos hacer por nuestra cuenta: pagó la pena de muerte que merecemos por nuestra rebelión y transgresión, para que podamos ser reconciliados con Dios.

No tenía que luchar y afanarme por tratar de hacer lo imposible para hacerme digno. Una y otra vez la Biblia dice que Jesús ofrece el perdón y la vida eterna como regalo gratuito que no puede ganarse (véase Romanos 6:23; Efesios 2:8,9; Tito 3:5). Se llama «gracia», *sublime gracia*, favor inmerecido. Está disponible para todo aquel que lo recibe con una oración sincera de arrepentimiento. Incluso para alguien como yo.

Sí, tenía que dar un paso de fe, al igual que lo hacemos en cada decisión que tomamos en nuestras vidas. Sin embargo, esta es la distinción crucial: ya no estaba tratando de nadar contra la corriente poderosa de la evidencia; en cambio, estaba eligiendo ir

en la misma dirección en la que fluía el torrente de hechos. Eso era razonable, era racional, era lógico. Es más, en una forma interna e inexplicable, era lo que percibía que el Espíritu de Dios me estaba impulsando a hacer.

Así que el 8 de noviembre de 1981, hablé con Dios en una oración sincera e inédita, admití mis transgresiones y me aparté de ellas, y recibiendo el regalo del perdón y de la vida eterna a través de Jesús. Le dije que con su ayuda quería seguirlo en sus caminos de allí en adelante.

No hubo rayos, ni respuestas audibles, ni sensaciones de cosquilleo. Sé que algunas personas sienten un torrente de emoción en ese momento; para mí, empero, había algo más que era de igual modo estimulante: el torrente de la razón.

3. Ser

Luego de dar ese paso, sabía por Juan 1:12 que había cruzado el umbral de una nueva experiencia. Había llegado a ser algo diferente: un hijo de Dios, adoptado para siempre en su familia a través del Jesús histórico y resucitado. El apóstol Pablo dijo: «Por lo tanto, si alguno está en Cristo, es una nueva creación. ¡Lo viejo ha pasado, ha llegado ya lo nuevo!» (2 Corintios 5:17).

Es cierto, con el tiempo, a medida que procuraba seguir las enseñanzas de Jesús y abrirme a su poder transformador, mis prioridades, mis valores y mi carácter fueron (y siguen siendo) transformados gradualmente. Quiero cada vez más que las motivaciones y la perspectiva de Jesús sean las mías. Haciendo una paráfrasis de Martin Luther King, Jr., quizá aun no sea el hombre que debo ser, o el hombre, con la ayuda de Cristo, que algún día seré; pero ¡gracias a Dios ya no soy el hombre que solía ser!

Quizá eso le suene místico; no lo sé. No mucho tiempo atrás, a mí sí. Sin embargo, ahora es muy real para mí y para aquellos que me rodean. En verdad, la diferencia en mi vida fue tan radical que unos pocos meses después de que me convertí en seguidor de Jesús, nuestra hija de cinco años, Alison se acercó a mi esposa y le dijo: «Mami, quiero que Dios haga por mí lo que hizo por papi.»

Allí estaba una niña pequeña que solo había conocido un padre que era profano, airado, de palabras duras, y muy a menudo estaba ausente. Y aunque nunca había entrevistado a un erudito,

nunca había analizado la información, nunca habían investigado la evidencia histórica, había visto de cerca la influencia que Jesús puede tener en la vida de una persona. En realidad, ella estaba diciendo: «Si esto es lo que Dios hace en un ser humano, eso es lo que quiero para mí.»

Mirando en retrospectiva a casi dos décadas, puedo ver con claridad que el día en que tomé la decisión personal en el caso Cristo no fue menos que el acontecimiento crucial de mi vida entera.

ALCANZAR SU PROPIO VEREDICTO

Y ahora usted. En el comienzo, le alenté a enfocar la evidencia de este libro como un jurado lo más justo e imparcial posible, a sacar sus propias conclusiones basadas en el peso de la evidencia. A fin de cuentas, el veredicto es suyo, suyo y de nadie más. Nadie más puede votar por usted.

Quizá luego de leer a cada experto, al escuchar cada argumento, al ver cada respuesta a las preguntas, y someter la evidencia a prueba con su propia lógica y sentido común, haya descubierto, al igual que yo, que el caso a favor de Cristo es concluyente.

La parte del creer de Juan 1:12 está firme en su lugar; todo lo que resta es recibir la gracia de Jesús, y luego pasará a ser su hijo o hija comprometido en una aventura espiritual que puede florecer por el resto de su vida y por la eternidad. Para usted, llegó la hora del paso de la experiencia y no puedo alentarlo con mayor fuerza a que lo de con entusiasmo.

Por otro lado, quizás todavía tenga algunas preguntas. Quizá yo no traté las objeciones que predominan en su mente. Es justo. Ningún libro puede tratar cada detalle. Sin embargo, confío en que la cantidad de información recopilada en este libro por lo menos le haya convencido de que es razonable; es más, imperativo, que continúe su investigación.

Señale los puntos donde cree que hay que reforzar la evidencia y luego busque respuestas adicionales de expertos respetados. Si cree que puede concebir una escena que dé cuenta de los hechos mejor, dispóngase a someterlo a un escrutinio tenaz. Use los recursos sugeridos en este libro para ahondar más en la cuestión. Estudie la Biblia por su cuenta (una sugerencia: *The Journey* [El viaje], una edición especial de la Biblia diseñada para personas que todavía no creen que es la palabra de Dios). [5]

Determine que llegará a un veredicto cuando haya recopilado una cantidad suficiente de información, sabiendo que nunca tendrá la solución completa de cada asunto. Quizá quiera susurrar una oración al Dios que no está seguro de que existe, pidiéndole que le guíe a la verdad acerca de él. Y en todo, tendrá mi aliento sincero a medida que continúe su búsqueda espiritual.

Al mismo tiempo, siento una fuerte obligación de apremiarlo a que haga de esta cuestión algo primordial en tu vida. No lo tome liviana o frívolamente porque hay mucho que depende de su conclusión. Tal como lo expresó eficazmente Michael Murphy: «Nosotros mismos, y no solo la verdad, estamos en juego en esta investigación». [6] Es decir, si mi conclusión del caso a favor de Cristo es correcta, su futuro y tu eternidad penden de cómo responde a Cristo. Como Jesús declaró: «Pues si no creen que yo soy el que afirmo ser, en sus pecados morirán» (Juan 8:24).

Esas son palabras serias, que nacen de una preocupación genuina y amorosa. Las cito para subrayar la magnitud de este asunto y con la esperanza de que le impulsen a examinar el caso a favor de Cristo en forma activa y exhaustiva.

Sin embargo, a fin de cuentas recuerde que algunas opciones simplemente no son viables. La evidencia acumulativa ya las ha cerrado. C.S. Lewis, el brillante y otrora escéptico profesor de Cambridge University, quien finalmente fue ganado por la evidencia a favor de Jesús observó:

> Estoy tratando de evitar que cualquiera diga la verdadera tontería que la gente a menudo dice sobre Él: "Estoy listo para aceptar a Cristo como un gran maestro moral pero no acepto que diga ser Dios." Eso es lo único que no debemos decir. Un hombre que fuera meramente hombre y dijera las cosas que Jesús dijo no sería una gran maestro moral. Sería un lunático... o sería el diablo del infierno. Usted debe hacer su propia elección. Este hombre fue y es el Hijo de Dios o es un loco, o algo peor. Puede hacerlo callar como a un tonto; puede escupirlo y matarlo como a un demonio; o puede arrojarse a sus pies y llamarlo Señor y Dios. Pero no vengamos con esa tontería condescendiente de que era un

gran maestro humano. No nos dejó abierta esa opción. No tuvo la intención de hacerlo.[7]


CITAS

Archer: Gleason L. Archer, *The Encyclopedia of Bible Difficulties* [Enciclopedia de Dificultades Bíblicas], Zondervan, Grand Rapids, 1982.

Anderson: J.N.D. Anderson, *The Evidence for the Resurrection* [Evidencia de la resurrección], InterVarsity Press, Downers Grove, IL, 1966.

Ankerberg: John Ankerberg y John Weldon, *The Facts on the Mormon Church* [Verdades acerca de la Iglesia del Mormón], Harvest House, Eugene, OR, 1991.

Ankerberg: John Ankerberg y John Weldon, *Knowing the Truth about the Resurrection* [Cómo saber la verdad acerca de la resurrección], Harvest House, Eugene, OR, 1997.

Ankerberg: John Ankerberg y John Weldon, *Ready with an Answer* [Una respuesta lista], Harvest House, Eugene, OR, 1997.

Armstrong: Karen Armstrong, *A History of God* [La historia de Dios], Ballantine / Epiphany, New York, 1993.

Baigent: Michael Baigent, Richard Leigh, y Henry Lincoln, *Holy Blood, Holy Grail* [Santa Sangre, Santo Cáliz], Delacorte, New York, 1982.

Barnett: Paul Barnett, *Is the New Testament History?* [El Nuevo Testamento, ¿es Historia?],Vine, Ann Arbor, MI, 1986.

Barnett: Paul Barnett, *Jesus and the Logic of History* [Jesús y la Lógica de la Historia], Eerdmans, Grand Rapids, 1997.

Black: Henry Campbell Black, *Black's Law Dictionary* [Diccionario legal de Black], 5ta. ed., West, St. Paul, MN, 1979.

Blomberg: Craig Blomberg, *The Historical Reliability of the Gospels* [La confiabilidad histórica de los Evangelios], InterVarsisty Press, Downers Grove, IL, 1987.

Boyd: Gregory A. Boyd, *Cynic Sage or Son of God? Recovering the Real Jesus in an Age of Revisionist Replies* [¿Sabio Cínico o Hijo de Dios?: La recuperación del Jesús verdadero en una era de respuestas revisionistas], Bridgepoint, Wheaton, IL, 1995.

Boyd: Gregory A. Boyd, *Jesus under Siege* [Jesús bajo Sitio], Victor, Wheaton, IL, 1995.

Boyd: Robert Boyd, *Tells, Tombs, and Treasure* [Relatos, Tumbas y Tesoro], Baker, Grand Rapids, 1969.

Braaten: Carl Braaten, *History and Hermeneutics* [Historia y Hermenéutica], vol. 2 de *New Directions in Theology Today* [Nuevos rumbos en la teología actual], William Hordern, editor, Westminster Press, Philadelphia, 1966.
British Medical Journal: [Suplemento Médico Británico], *A Case of Congenital Ichthyosiform Erythrodermia of Brocq Treated by Hypnosis* [Un caso de eritrodermia de Brocq ictiosiforme congénita tratado con hipnosis], British Medical Journal 2, 1952.
Brown: R.E. Brown, *Did Jesus Know He Was God?* [¿Sabía Jesús que era Dios?], *Biblical Theology Bulletin* 15 [Boletín de teología bíblica], 1985.
Bruce: F.F. Bruce, *The New Testament Documents: Are They Reliable?* [Los Documentos del Nuevo Testamento ¿Son Confiables?], Eerdmans, Grand Rapids, 1960.
Bruce: F.F. Bruce, *The Books and the Parchments* [El libro y los pergaminos], Revell, Old Tappan, NJ, 1963.
Bruce: F.F. Bruce, *Jesus and Christian Origins outside the New Testament* [Jesús y los orígenes del cristianismo fuera del Nuevo Testamento], Eerdmans, Grand Rapids, 1974.
Bruce: F.F. Bruce, *The Canon of Scripture* [El canon de las escrituras], InterVarsity Press, Downers Grove, IL, 1988.
Chicago Tribune: *Bomb Victim's Body Not in Grave* [Cuerpo de víctima de bomba no está en la tumba], Chicago Tribune, 14 de enero, 1998.
Clifford: Ross Clifford, *The Case for the Empty Tomb* [El caso de la tumba vacía], Albatross, Claremont, CA, 1991.
Collins: Gary R. Collins, *Can You Trust Psychology?* [¿Se puede confiar en la psicología?], InterVarsity Press, Downers Grove, IL, 1988.
Collins: Gary R. Collins, *Christian Counseling: A Comprehensive Guide* [Consejería Cristiana: Guía Completa], Word, Waco, TX, 1988.
Collins: Gary R. Collins, *The Soul Search* [La búsqueda del alma], Nelson, Nashville, 1998.
Craig: William Lane Craig, *Knowing the Truth about the Resurrection* [Cómo conocer la verdad acerca de la resurrección], Servant, Ann Arbor, MI, 1988.
Craig: William Lane Craig, *Reasonable Faith* [Fe Razonable], Crossway, Westchester, IL, 1994.
Craig: William Lane Craig, *The Son Rises: Historical Evidence for the Resurrection of Jesus* [El Hijo resucita: evidencia histórica a favor de la resurrección de Jesús], Moody Press, Chicago, 1981.
Craig: William Lane Craig y Frank Zindler, *Atheism vs. Christianity: Where Does the Evidence Point?* [Ateísmo contra Cristianismo: ¿Adónde apunta la evidencia?], Zondervan, Grand Rapids, 1993. Videocasete.
Crossan: John Dominic Crossan, *The Historical Jesus* [El Jesús histórico], HarperSanFrancisco, San Francisco, 1991.
Donato: Marla Donato, *That Guilty Look* [Esa mirada culpable], Chicago Tribune, 1 de abril, 1994.
Drane: John Drane, *Introducing the New Testament* [Introducción del Nuevo Testamento], Harper & Row, San Francisco, 1986.
Dunn: James D. G. Dunn, *Jesus and the Spirit* [Jesús y el Espíritu], SCM Press, Londres, 1975.
Dunn: James Dunn, *The Living Word* [La Palabra Viviente], Fortress, Filadelfia, 1988.
Edwards: William D. Edwards, y otros, *On the Physical Death of Jesus Christ* [De la muerte física de Jesucristo], *Journal of the American Medical Association* [Reseña de la Asociación Médica Estadounidense], 21 de marzo, 1986, pp. 1455-63.
Evans: Colin Evans, *The Casebook of Forensic Detection* [Casos de detección forense], John Wiley & Sons, New York, 1996.
Finegan: Jack Finegan, *The Archaeology of the New Testament* [La arqueología del Nuevo Testamento], Princeton Univ. Press, Princeton, 1992.
Flegón: Flegón, *Olympiades he Chronika 13*, ed. Otto Keller, Rerum Naturalium Scriptores Graeci Minores, I (Teurber, Leipzig, 1877).
Foreman: Dale Foreman, *Crucify Him* [Crucifícalo], Zondervan, Grand Rapids, 1990.
France: R.T. France, *The Evidence for Jesus* [La Evidencia a favor de Jesús], InterVarsity Press, Downers Grove, IL, 1986.
Fruchtenbaum: Arnold Fruchtenbaum, *Jesus was a Jew* [Jesús era Judío], Ariel Ministries, Tustin, CA, 1981.
Frydland: Rachmiel Frydland, *What the Rabbis Know about the Messiah* [Lo que los rabinos saben acerca del Mesías], Messianic, Cincinati, 1993.
Geisler: Norman Geisler y Thomas Howe, *When Critics Ask* [Cuando los críticos preguntan], Victor, Wheaton, IL, 1992.
Geisler: Norman L. Geisler y William E. Nix, *A General Introduction to the Bible* [Introducción general a la Biblia], 1968, reimpresión, Moody Press, Chicago, 1980.

Geivett: R. Douglas Geivett y Gary R. Habermas, editores, *In Defense of Miracles* [En defensa de los milagros], InterVarsity Press, Downers Grove, IL, 1997.
Grant: Michael Grant, *Jesus: An Historian's Review of the Gospels* [Jesús: un historiador y su reseña de los Evangelios], Charles Schribner's Sons, New York, 1977.
Green: Michael Green, *Christ Is Risen: So What?* [Cristo Resucitó: ¿Y qué?], Sovereign World, Kent, Inglaterra, 1995.
Green: Michael Green, *The Empty Cross of Jesus* [La cruz vacía de Jesús], InterVarsity Press, Downers Grove, IL, 1984.
Greenleaf: Simon Greenleaf, *The Testimony of the Evangelists* [El testimonio de los evangelistas], Baker, Grand Rapids, 1984.
Gregory: Leland H. Gregory, III, *Top Ten Government Bloopers* [Los diez mejores papelones del gobierno], George, Noviembre, 1997.
Gruenler: Royce Gordon Gruenler, *New Approaches to Jesus and the Gospels* [Nuevos enfoques de Jesús y los Evangelios], Baker, Grand Rapids, 1982.
Habermas: Gary Habermas, *The Historical Jesus* [El Jesús Histórico], College Press, Joplin, MO, 1996.
Habermas: Gary Habermas, *The Verdict of History* [El veredicto de la historia], Nelson, Nashville, 1988.
Habermas: Gary Habermas y Anthony Flew, *Did Jesus Rise from the Dead? The Resurrection Debate* [¿Resucitó Jesús de entre los muertos? El debate de la resurrección], Harper & Row, San Francisco, 1987.
Habermas: Gary Habermas y J.P. Moreland, *Beyond Death: Exploring the Evidence for Immortality* [Más allá de la muerte: la exploración de la evidencia a favor de la inmortalidad], Crossway, Westchester, IL, 1998.
Habermas: Gary Habermas and J. P. Moreland, *Immortality: The Other Side of Death* [La inmortalidad: el otro lado de la muerte], Nelson, Nashville, 1992.
Harris: Murray J. Harris, *Jesus As God* [Jesús como Dios], Baker, Grand Rapids, 1993.
Harris: Murray J. Harris, *Three Crucial Questions about Jesus* [Tres cuestiones cruciales sobre Jesús], Baker, Grand Rapids, 1994.
Hengel: M. Hengel, *Crucifixion in the Ancient World* [La crucifixión en el mundo antiguo], Fortress, Filadelfia, 1977.
Ignacio: Ignacio, *Trallians* 9 [Tralianos].
Ireneo: Ireneo, *Adversus haereses*, 3.3.4.

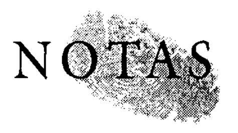
Johnson: Denny Johnson, «Police Add Electronic "Sketch Artist" to Their Bag of Tricks» [La policía agrega "artista electrónico" de identikit a su bolsa de trucos], Chicago Tribune (22 de junio, 1997).
Johnson: Luke Timothy Johnson, *The Real Jesus* [El Verdadero Jesús], HarperSanFrancisco, San Francisco, 1996.
Josefo: Josefo, *Antigüedades judías* 20.200.
Kaiser: Walter C. Kaiser, Hijo, *The Messiah in the Old Testament* [El Mesías en el Antiguo Testamento], Zondervan, Grand Rapids, 1995.
Kenyon: Frederic Kenyon, *Handbook to the Textual Criticism of the New Testament* [Manual de la crítica textual del Nuevo Testamento], Macmillan, New York, 1912.
Kenyon: Frederic Kenyon, *The Bible and Archaeology* [La Biblia y la arqueología], Harper, New York, 1940.
Lake: Kirsopp Lake, *The Historical Evidence for the Resurrection of Jesus Christ* [La evidencia histórica a favor de la resurrección de Jesucristo], Williams A Norgate, Londres, 1907.
Lawrence: D. H. Lawrence, *Love among the Haystacks and Other Stories* [El amor entre las parvas de heno y otras historias], Penguin, New York, 1960.
Lewis: C. S. Lewis, *Mere Christianity* [Mero cristianismo], Macmillan-Collier, New York, 1960.
Lewis:C. S. Lewis, *The Screwtape Letters* [Las cartas Screwtape], Collins-Fontana, Londres, 1942.
Maier: Paul L. Maier, *Pontius Pilate* [Poncio Pilato], Tyndale House, Wheaton, IL, 1968.
Maier: P. Maier, *Sejanus, Pilate, and the Date of the Crucifixion* [Sejano, Pilato y la fecha de la crucifixión], *Church History* 37 [Historia de la Iglesia], 1968.
Marshall: I. Howard Marshall, *I Believe in the Historical Jesus* [Creo en el Jesús histórico], Eerdmans, Grand Rapids, 1977.
Martin: Michael Martin, *The Case against Christianity* [El caso en contra del cristianismo], Temple Univ. Press, Philadelphia, 1991.
Martin: W.J. Martin, *The Deity of Christ* [La Deidad de Cristo], Moody Press, Chicago, 1964.
McDowell: Josh McDowell, *Evidence That Demands a Verdict* [Evidencia que exige un veredicto], 1972; reimpresión, Here's Life, San Bernardino, CA, 1986.
McDowell: Josh McDowell, *MoreTthan a Carpenter* [Más que un carpintero], Living Books, Wheaton, IL, 1977.

McDowell: Josh McDowell, *The Resurrection Factor* [El factor de la resurrección], Here's Life, San Bernardino, CA, 1981.
McDowell: Josh McDowell y Bart Larson, *Jesus: A Biblical Defense of His Deity* [Jesús: una defensa bíblica de su deidad], Here's Life, San Bernardino, CA, 1983.
McDowell: Josh McDowell y Bill Wilson, *He Walked Among Us* [Caminó entre nosotros], Nelson, Nashville, 1994.
McFarlan: Donald McFarlan, editor, *The Guinness Book of World Records* [Libro Guinness de Récords Mundiales], Bantam, New York, 1991.
McGinniss: Joe McGinniss, *Fatal Vision* [Visión Fatal], New American Library, New York, 1989.
McRay: John McRay, *Archaeology and the New Testament* [La arqueología y el Nuevo Testamento], Baker, Grand Rapids, 1991.
Metzger: Bruce M. Metzger, *The Canon of the New Testament* [El canon del Nuevo Testamento], Clarendon Press, Oxford, 1987.
Metzger: Bruce M. Metzger, *The Text of the New Testament* [El texto del Nuevo Testamento], Oxford Univ. Press, New York, 1992.
Miller: Kevin D. Miller, *The War of the Scrolls* [La guera de los rollos], Christianity Today, 6 de octubre, 1997.
Montgomery: John Warwick Montgomery, editor, *Christianity for the Tough-Minded* [Cristianismo para los inflexibles], Bethany House, Minneapolis, 1973.
Moreland: J.P. Moreland, *Scaling the Secular City* [Al escalar la ciudad secular], Baker, Grand Rapids, 1987.
Morrison: Frank Morrison, *Who Moved the Stone?* [¿Quién movió la piedra?], Zondervan, Grand Rapids, 1987.
Moule: C.F.D. Moule, *The Phenomenon of the New Testament* [El fenómeno del Nuevo Testamento], SCM Press, Londres, 1967.
Müller: Julius Müller, *The Theory of Myths, in Its Application to the Gospel History, Examined and Confuted* [La teoría de los mitos, en su aplicación a la historia del Evangelio, examinada y refutada], Londres, John Chapman, 1844.
Neill: Stephen Neill, *The Interpretation of the New Testament 1861-1961* [La interpretación del Nuevo Testamento 1861-1961], O.U.P., Londres, 1964.
O'Collins: Gerald O'Collins, *The Easter Jesus* [El Jesús de Pascua], Darton, Longman & Todd, Londres,1973.
Patzia: Arthur G. Patzia, *The Making of the New Testament* [La realización del Nuevo Testamento], InterVarsity Press, Downers Grove, IL, 1995.

Peck: M. Scott Peck, *People of the Lie* [La gente de la mentira], Touchstone, New York, 1997.
Pelikan: Jaroslav Pelikan, *The Christian Tradition: A History of the Development of Doctrine* [La tradición cristiana: historia del desarrollo de la doctrina] vol. 1, *The Emergence of the Catholic Tradition (100-600)* [El surgimiento de la tradición católica (100-600)], Univ. of Chicago Press, Chicago, 1971.
Possley: Maurice Possley, *Mob Hit Man Aleman Gets One Hundred to Three Hundred Years* [Matón de la mafia, Aleman, sentenciado de cien a trescientos años], Chicago Tribune, 26 noviembre, 1997.
Proctor: William Proctor, *The Resurrection Report* [El informe de la resurrección], Broadman & Holman, Nashville, 1998.
Rosen: Marjorie Rosen, *Getting Inside the Mind of a Serial Killer* [Dentro de la mente de un asesino en serie], Biography, octubre, 1997.
Rosen: Moishe Rosen, *Y'shua, the Jewish Way to Say Jesus* [Yeshúa, la forma judía de decir Jesús], Moody Press, Chicago, 1982.
Rosen: Ruth Rosen, editora, *Jewish Doctors Meet the Great Physician* [Doctores judíos conocen al Gran Médico], Purple Pomegranate, San Francisco, 1997.
Schaff: Philip Schaff, *The Person of Christ* [La persona de Cristo], American Tract Society, New York, 1918.
Schonfield: Hugh Schonfield, *The Passover Plot* [El complot de la Pascua], Bantam, New York, 1965.
Sherwin-White: A. N. Sherwin-White, *Roman Society and Roman Law in the New Testament* [La sociedad y la ley romanas en el Nuevo Testamento], Clarendon Press, Oxford, 1963.
Smith: Morton Smith, *Biblical Arguments for Slavery* [Argumentos bíblicos para la esclavitud], Free Inquiry, Primavera 1987, 30.
Sowell: Thomas Sowell, *Race and Culture* [Raza y Cultura], Basic, New York, 1995.
Stoner: Peter W. Stoner, *Science Speaks* [La ciencia habla], Moody Press, Chicago, 1969.
Scott: John Stott, *Basic Christianity* [Cristianismo Básico], Eerdmans, Grand Rapids, 1986.
Strobel – Lee Strobel, «His "I Shot Him" Stuns Courtroom» [Su «Yo le disparé» sorprende a la corte], *Chicago Tribune,* 20 de junio, 1975.
Strobel: Lee Strobel, «Pal's Confession Fails; Defendant Ruled Guilty» [Fracasa la confesión del amigo; Acusado resulta culpable], *Chicago Tribune,* 21 de junio, 1975.

Strobel: Lee Strobel, «Jury in Makeshift Courtroom Hears Dying Boy Tell of Attack» [Jurado en tribunal improvisado escucha a muchacho moribundo relatar el ataque], *Chicago Tribune,* 24 de febrero, 1976.
Strobel: Lee Strobel, «"Textbook" Thumbprint Aids Conviction in Coed's Killing» [Impresión digital "del libro" ayuda a la condena en el asesinato en universidad mixta], *Chicago Tribune,* 29 de junio, 1976.
Strobel: Lee Strobel, «Four Years in Jail—and Innocent» [Cuatro años en la cárcel... e inocente], *Chicago Tribune,* 22 de agosto, 1976.
Strobel: Lee Strobel, «Youth's Testimony Convicts Killers, but Death Stays Near» [Testimonio del joven condena al asesino pero la muerte permanece cerca], *Chicago Tribune,* 25 de octubre, 1976.
Strobel: Lee Strobel, «Did Justice Close Her Eyes?» [¿La justicia cerró los ojos?], *Chicago Tribune,* 21 de agosto, 1977.
Strobel: Lee Patrick Strobel, *Reckless Homicide: Ford's Pinto Trial* [Homicidio por negligencia: El juicio del Ford Pinto], And Books, South Bend, IN, 1980.
Strobel: Lee Strobel, *God's Outrageous Claims* [Las alegaciones descabelladas de Dios], Zondervan, Grand Rapids, 1997.
Telchin: Stan Telchin, *Betrayed!* [¡Traicionado!], Chosen, Grand Rapids, 1982.
Templeton: Charles Templeton, Act of God [Causa de Fuerza Mayor], Bantam, New York, 1979.
Templeton: Charles Templeton, *Farewell to God* [Adiós a Dios], McClelland & Stewart, Toronto, 1996.
Thompson: J.A. Thompson, *The Bible and Archaeology* [La Biblia y la arqueología], Eerdmans, Grand Rapids, 1975.
Warfield: Benjamin B. Warfield, *Introduction to Textual Criticism of the New Testament* [Introducción a la crítica textual del Nuevo Testamento], Hodder & Stoughton, Londres, 1907.
Webster's: *Webster's Encyclopedic Unabridged Dictionary of the English Language* [Diccionario enciclopédico comprensivo Webster de la lengua inglesa], Gramercy, New York, 1989.
Wilcox: M. Wilcox, «Jesus in the Light of His Jewish Environment» [Jesús a la luz de su amibiente judío], *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* 2, no. 25.1, 1982.
Wilkins: Michael J. Wilkins y Moreland, J.P., editores, *Jesus under Fire* [Jesús bajo Fuego], Zondervan, Grand Rapids, 1995.

Wilson: Ian Wilson, *Jesus: The Evidence* [Jesús: la evidencia], 1984; reimpresión, HarperSanFrancisco, San Francisco, 1988.
Witherington: Ben Witherington, III, *The Christology of Jesus* [La Cristología de Jesús], Fortress, Minneapolis, 1990.
Yamauchi: Edwin Yamauchi, «Josephus and the Scriptures» [Josefo y las Escrituras], *Fides et Historia* 13, 1980.
Yamauchi: Edwin Yamauchi, *The Stones and the Scriptures* [Las piedras y las Escrituras], J.B. Lippencott, New York, 1972.
Zindler: Frank Zindler, «Where Jesus Never Walked» [Donde Jesús nunca caminó], *American Atheist,* Invierno 1996-1997.
Zodhiates: Spiros Zodhiates, *Was Christ God?* [¿Cristo era Dios?], Eerdmans, Grand Rapids, 1966.
Zondervan: *The Journey* [El viaje], Zondervan, Grand Rapids, 1996.



NOTAS

INTRODUCCIÓN: SE REABRE LA INVESTIGACIÓN DE TODA UNA VIDA

1. Lee Strobel, «Four Years in Jail—and Innocent» [Cuatro años en la cárcel... e inocente], *Chicago Tribune*, 22 de agosto, 1976 y «Did Justice Close Her Eyes?» [¿La justicia cerró los ojos?], *Chicago Tribune*, 21 de agosto, 1977.

CAPÍTULO 1: LA PRUEBA OCULAR

1. Lee Strobel, «Youth's Testimony Convicts Killers, but Death Stays Near» [Testimonio del joven condena al asesino pero la muerte permanece cerca], *Chicago Tribune*, 25 de octubre, 1976.
2. Ireneo, *Adversus haereses* 3.3.4.
3. Arthur G. Patzia, *The Making of the New Testament* [La realización del Nuevo Testamento], InterVarsity Press, Downers Grove, IL, 1995, p.164.
4. *Ibíd.*, p. 49.
5. Karen Armstrong, *A History of God* [La historia de Dios], Ballantine / Epiphany, New York, 1993, p. 82.
6. William Lane Craig, *The Son Rises: Historical Evidence for the Resurrection of Jesus* [El Hijo resucita: evidencia histórica a favor de la resurrección de Jesús], Chicago: Moody Press, 1981, p. 140.
7. Armstrong, *A History of God*, p. 79.
8. 1 Corintios 15:3-7.

CAPÍTULO 2: LA EVALUACIÓN DE LA PRUEBA OCULAR

1. Lee Strobel, «Jury in Makeshift Courtroom Hears Dying Boy Tell of Attack» [Jurado en tribunal improvisado escucha a muchacho moribundo relatar el ataque], *Chicago Tribune*, 24 de febrero, 1976.
2. Lucas 1:1-4.
3. Simon Greenleaf, *The Testimony of the Evangelists* [El testimonio de los evangelistas], Baker, Grand Rapids, 1984, p. vii.
4. Citado en Craig Blomberg, «Where do we start studying Jesus?» [¿Por dónde empezamos a estudiar a Jesús?] en Michael J. Wilkins y More-

land, J.P., editores, *Jesus under Fire* [Jesús bajo Fuego], Zondervan, Grand Rapids, 1995, p. 34.

5. Ver Gleason L. Archer, *The Encyclopedia of Bible Difficulties* [Enciclopedia de Dificultades Bíblicas], Zondervan, Grand Rapids, 1982 y Norman Geisler y Thomas Howe, *When Critics Ask* [Cuando los críticos preguntan], Victor, Wheaton, IL, 1992.

CAPÍTULO 3: LA PRUEBA DOCUMENTAL

1. Ver Lee Patrick Strobel, *Reckless Homicide: Ford's Pinto Trial* [Homicidio por negligencia: El juicio del Ford Pinto], And Books, South Bend, IN, 1980, 75-92 y Lee Strobel, *God's Outrageous Claims* [Las alegaciones descabelladas de Dios], Zondervan, Grand Rapids, 1997, pp. 43-58. Finalmente la Ford fue absuelta de los cargos penales luego de que el juez retuviera documentos claves de la vista del jurado, aunque la automotriz fue juzgada con éxito en los casos civiles. Las alegaciones acerca del Pinto se publicaron por primera vez en la revista *Mother Jones*.

2. F.F. Bruce, *The Books and the Parchments* [El libro y los pergaminos], Revell, Old Tappan, NJ, 1963, p. 178, citado en Josh McDowell, *Evidence That Demands a Verdict* [Evidencia que exige un veredicto], 1972; reimpresión, Here's Life, San Bernardino, CA, 1986, p. 42.

3. Frederic Kenyon, *Handbook to the Textual Criticism of the New Testament* [Manual de la crítica textual del Nuevo Testamento], Macmillan, New York, 1912, p. 5, citado en Ross Clifford, *The Case for the Empty Tomb* [El caso de la tumba vacía], Albatross, Claremont, CA, 1991, p. 33.

4. Frederic Kenyon, *The Bible and Archaeology* [La Biblia y la arqueología], Harper, New York, 1940, p. 288.

5. Norman L. Geisler y William E. Nix, *A General Introduction to the Bible* [Introducción general a la Biblia], 1968, reimpresión, Moody Press, Chicago, 1980, p. 361.

6. *Ibíd.*, p. 367, énfasis agregado.

7. *The Making of the New Testament* [La realización del Nuevo Testamento], p. 158.

8. Benjamin B. Warfield, *Introduction to Textual Criticism of the New Testament* [Introducción a la crítica textual del Nuevo Testamento], Hodder & Stoughton, Londres, 1907, pp. 12-13.

9. Geisler y Nix, *A General Introduction to the Bible* [Introducción general a la Biblia], p. 195. Observan que algunos incluyen a Filemón, 1 Pedro y 1 Juan entre los libros cuestionados, pero «probablemente es mejor referirse a ellos como omitidos en vez de libros cuestionados».

10. *Ibíd.*, p. 207.

11. *Ibíd.*, p. 199. No incluye los apócrifos, los cuales fueron aceptados por ciertas iglesias en ciertos períodos de tiempo; hoy día se consideran valiosos pero no canónicos. Ejemplos: Pastor de Hermas, Epístola a los corintios, Epístolas de Pseudo-Bernabé, Didajé, Apocalipsis de Pedro, Los Hechos de Pablo y Thecla, y Homilía Antigua o la Segunda Epístola de Clemente.

12. *Ibíd.*

CAPÍTULO 4: LA EVIDENCIA CORROBORATIVA

1. Webster's, *Webster's Encyclopedic Unabridged Dictionary of the English Language* [Diccionario enciclopédico comprensivo Webster de la lengua inglesa], Gramercy, New York, 1989, p. 328.

2. Maurice Possley, «Mob Hit Man Aleman Gets One Hundred to Three Hundred Years» [Matón de la mafia, Aleman, sentenciado de cien a trescientos años], *Chicago Tribune*, 26 noviembre, 1997.

3. Charles Templeton, *Act of God* [Caso de Fuerza Mayor], Bantam, New York, 1979.

4. Josefo, *Antigüedades judías*, 20.200. Ver también Edwin Yamauchi, «Josephus and the Scriptures» [Josefo y las Escrituras], *Fides et Historia* 13, 1980, pp. 42-63.

5. Josefo, *Antigüedades judías* 18.63-64.

6. Michael Martin, *The Case against Christianity* [El caso en contra del cristianismo], Temple Univ. Press, Philadelphia, 1991, p. 49.

7. Tácito, *Anales*, 15.44.

8. Plinio el Joven, *Cartas*, 10.96.

9. Gary Habermas, *The Historical Jesus* [El Jesús Histórico], College Press, Joplin, MO, 1996, pp. 196-97.

10. Paul L. Maier, *Pontius Pilate* [Poncio Pilato], Tyndale House, Wheaton, IL, 1968, p. 366, citando un fragmento de Flegón, *Olympiades he Chronika* 13, ed. Otto Keller, *Rerum Naturalium Scriptores Graeci Minores*, I, Teurber, Leipzig, 1877, p. 101. Traducción de Maier.

11. Ver P. Maier, «Sejanus, Pilate, and the Date of the Crucifixion» [Sejano, Pilato y la fecha de la crucifixión], *Church History* 37 [Historia de la Iglesia], 1968, pp. 1-11.

12. M. Wilcox, «Jesus in the Light of His Jewish Environment» [Jesús a la luz de su amibiente judío], *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* 2, no. 25.1, 1982, pp.133.

13. Luke Timothy Johnson, *The Real Jesus* [El Verdadero Jesús], HarperSanFrancisco, San Francisco, 1996, p. 120.

14. Ignacio, *Trallians* 9 [Tralianos].

15. Gary Habermas, *The Verdict of History* [El veredicto de la historia], Nelson, Nashville, 1988.

16. *Ibíd.*, p. 169.

CAPÍTULO 5: LA EVIDENCIA CIENTÍFICA

1. Para la historia completa, ver Joe McGinniss, *Fatal Vision* [Visión Fatal], New American Library, New York, 1989. Para la descripción de la evidencia científica, ver Colin Evans, *The Casebook of Forensic Detection* [Casos de detección forense], John Wiley & Sons, New York, 1996, pp. 277-80.
2. Lucas 18:35, Marcos 10:46.
3. Norman Geisler y Thomas Howe, *When Critics Ask* [Cuando los críticos preguntan], Victor, Wheaton, IL, 1992, p. 385.
4. John Ankerberg y John Weldon, *Ready with an Answer* [Una respuesta lista], Harvest House, Eugene, OR, 1997, p. 272.
5. Michael Martin, *The Case against Christianity* [El caso en contra del cristianismo], Temple Univ. Press, Philadelphia, 1991, p. 69, énfasis agregado.
6. John McRay, *Archaeology and the New Testament* [La arqueología y el Nuevo Testamento], Baker, Grand Rapids, 1991, p. 155, énfasis agregado.
7. Robert Boyd, *Tells, Tombs, and Treasure* [Relatos, Tumbas y Tesoro], Baker, Grand Rapids, 1969, p. 175, citado en Habermas, Gary, *The Historical Jesus* [El Jesús Histórico], p. 172.
8. Geisler y Howe, *When Critics Ask* [Cuando los críticos preguntan], p. 185.
9. Frank Zindler, «Where Jesus Never Walked» [Donde Jesús nunca caminó], *American Atheist*, Invierno 1996-1997, p. 34.
10. Ian Wilson, *Jesus: The Evidence* [Jesús: la evidencia], 1984; reimpresión, HarperSanFrancisco, San Francisco, 1988, p. 67.
11. Jack Finegan, *The Archaeology of the New Testament* [La arqueo-logía del Nuevo Testamento], Princeton Univ. Press, Princeton, 1992, p. 46.
12. Wilson, *Jesus: The Evidence* [Jesús: la evidencia], p. 67.
13. Wilkins y Moreland, *Jesus under Fire* [Jesús bajo Fuego], p. 209.
14. *Ibíd.*, p. 211.
15. Kevin D. Miller, «The War of the Scrolls» [La guera de los rollos], *Christianity Today*, 6 de octubre, 1997, p. 44, énfasis agregado.
16. Joseph Smith, *History of the Church* [Historia de la iglesia], 8 volúmenes, Deseret, Salt Lake City, 1978, 4:461, citado en Donald S. Tingle, *Mormonism* [Mormonismo], InterVarsity Press, Downers Grove, IL, 1981, p. 17.
17. John Ankerberg y John Weldon, *The Facts on the Mormon Church* [Verdades acerca de la Iglesia del Mormón], Harvest House, Eugene, OR, 1991, p. 30, énfasis en el original.

18. Clifford Wilson, *Rocks, Relics, and Biblical Reliability*, Zondervan, Grand Rapids; Probe, Richardson, TX, 1977, p. 120, citado en Ankerberg y Weldon, *Ready with an Answer* [Una respuesta lista], p. 272.

CAPÍTULO 6: LA PRUEBA REFUTADORA

1. Henry Campbell Black, *Black's Law Dictionary* [Diccionario legal de Black] 5ta. ed., West, St. Paul, MN, 1979, p. 1139.
2. Lee Strobel, «His "I Shot Him" Stuns Courtroom» [Su «Yo le disparé» sorprende a la corte], *Chicago Tribune*, 20 de junio, 1975 y «Pal's Confession Fails; Defendant Ruled Guilty» [Fracasa la confesión del amigo; Acusado resulta culpable], *Chicago Tribune*, 21 de junio, 1975.
3. Gregory A. Boyd, *Jesus under Siege* [Jesús bajo Sitio], Victor, Wheaton, IL, 1995, p. 88.
4. John Dominic Crossan, *The Historical Jesus* [El Jesús histórico], HarperSanFrancisco, San Francisco, 1991, p. 329.
5. Johson, *The Real Jesus* [El Verdadero Jesús], pp. 3, 5, 8.
6. *Ibíd.*, p. 26.
7. *Ibíd.*

CAPÍTULO 7: LA PRUEBA DE LA IDENTIDAD

1. Marjorie Rosen, «Getting Inside the Mind of a Serial Killer» [Dentro de la mente de un asesino en serie], *Biography*, octubre, 1997, pp. 62-65.
2. *Ibíd.*, p. 64.
3. R.E. Brown, «Did Jesus Know He Was God?» [¿Sabía Jesús que era Dios?] *Biblical Theology Bulletin* 15 [Boletín de teología bíblica], 1985, p. 78, citado en Ben Witherington, III, *The Christology of Jesus* [La Cristología de Jesús], Fortress, Minneapolis, 1990, p. 277.
4. Jaroslav Pelikan, *The Christian Tradition: A History of the Development of Doctrine* [La tradición cristiana: historia del desarrollo de la doctrina] vol. 1, *The Emergence of the Catholic Tradition* (100–600) [El surgimiento de la tradición católica (100–600)], Univ. of Chicago Press, Chicago, 1971, p. 173, citado en William Lane Craig, *Reasonable Faith* [Fe Razonable], Crossway, Westchester, IL, 1994, p. 243.
5. Craig, *Reasonable Faith* [Fe Razonable], p. 252.
6. *Ibíd.*, p. 244.
7. Royce Gordon Gruenler, *New Approaches to Jesus and the Gospels* [Nuevos enfoques de Jesús y los Evangelios], Baker, Grand Rapids, 1982, p. 74.
8. James D. G. Dunn, *Jesus and the Spirit* [Jesús y el Espíritul], SCM Press, Londres, 1975, p. 60, citado en Craig, *Reasonable Faith* [Fe Razonable], p. 252, énfasis agregado.

CAPÍTULO 8: LA PRUEBA SICOLÓGICA

1. Leland H. Gregory, III, «Top Ten Government Bloopers» [Los diez mejores papelones del gobierno], *George*, Noviembre, 1997, p. 78.
2. Charles Templeton, *Farewell to God* [Adiós a Dios], McClelland & Stewart, Toronto, 1996, p. 112.
3. Wilson, *Jesus: The Evidence* [Jesús: la evidencia], p. 141.
4. *Ibíd.*, p. 109, énfasis en el original.
5. «A Case of Congenital Ichthyosiform Erythrodermia of Brocq Treated by Hypnosis» [Un caso de eritrodermia de Brocq ictiosiforme congénita tratado con hipnosis], *British Medical Journal* 2, 1952, p. 996, citado en Wilson, *Jesus: The Evidence* [Jesús: la evidencia], p. 103.
6. M. Scott Peck, *People of the Lie* [La gente de la mentira], Touchstone, New York, 1997.
7. Wilson, *Jesus: The Evidence* [Jesús: la evidencia], p. 107.
8. C. S. Lewis, *The Screwtape Letters* [Las cartas Screwtape], Collins-Fontana, Londres, 1942, p. 9.
9. Philip Schaff, *The Person of Christ* [La persona de Cristo], American Tract Society, New York, 1918, p. 97, citado en McDowell, *Evidence That Demands a Verdict* [Evidencia que exige un veredicto], p. 107, énfasis agregado.

CAPÍTULO 9: LA PRUEBA DEL PERFIL

1. Marla Donato, «That Guilty Look» [Esa mirada culpable], *Chicago Tribune*, 1 de abril, 1994.
2. Denny Johnson, «Police Add Electronic "Sketch Artist" to Their Bag of Tricks» [La policía agrega "artista electrónico" de identikit a su bolsa de trucos] *Chicago Tribune*, 22 de junio, 1997.
3. Templeton, *Farewell to God* [Adiós a Dios], p. 230.
4. Morton Smith, «Biblical Arguments for Slavery» [Argumentos bíblicos para la esclavitud], Free Inquiry, Primavera 1987, p. 30.
5. Thomas Sowell, *Race and Culture* [Raza y Cultura], Basic, New York, 1995.
6. Josh McDowel y Bart Larson, *Jesus: A Biblical Defense of His Deity* [Jesús: una defensa bíblica de su deidad], Here's Life, San Bernardino, CA, 1983, pp. 62-64.

CAPÍTULO 10: LA PRUEBA DACTILAR

1. Evans, *The Casebook of Forensic Detection* [Casos de detección forense], pp. 98-100.

2. Lee Strobel, «"Textbook" Thumbprint Aids Conviction in Coed's Killing» [Impresión digital "del libro" ayuda a la condena en el asesinato en universidad mixta], *Chicago Tribune*, 29 de junio, 1976.
3. Para detalles esenciales de las profecías cumplidas, ver McDowell, *Evidence That Demands a Verdict* [Evidencia que exige un veredicto], pp. 141-77.
4. Peter W. Stoner, *Science Speaks* [La ciencia habla], Moody Press, Chicago, 1969, p. 109.
5. Para una discusión de la profecía de Daniel, ver Robert C. Newman, «Fulfilled Prophecy As Miracle» [Profecía cumplida como milagro], en R. Douglas Geivett y Gary R. Habermas, editores, *In Defense of Miracles* [En defensa de los milagros], InterVarsity Press, Downers Grove, IL, 1997, pp. 214-25.
6. Stan Telchin, *Betrayed!* [¡Traicionado!], Chosen, Grand Rapids, 1982.
7. Ruth Rosen, editora, *Jewish Doctors Meet the Great Physician* [Doctores judíos conocen al Gran Médico], Purple Pomegranate, San Francisco, 1997, pp. 9-23.
8. *Ibíd.*, pp. 34-35.

CAPÍTULO 11: LA PRUEBA MÉDICA

1. Surah IV: pp. 156-57.
2. Wilson, *Jesus: The Evidence* [Jesús: la evidencia], p. 140.
3. Craig, *Reasonable Faith* [Fe Razonable], p. 234.
4. D. H. Lawrence, *Love among the Haystacks and Other Stories* [El amor entre las parvas de heno y otras historias], Penguin, New York, 1960, p. 125.
5. Hugh Schonfield, *The Passover Plot* [El complot de la Pascua], Bantam, New York, 1965, p.165.
6. Habermas, *The Verdict of History* [El veredicto de la historia], p. 56.
7. Michael Baigent, Richard Leigh, y Henry Lincoln, *Holy Blood, Holy Grail* [Santa Sangre, Santo Cáliz], Delacorte, New York, 1982, p. 372.
8. Johnson, *The Real Jesus* [El Verdadero Jesús], p. 30.
9. J.W. Hewitt, «The Use of Nails in the Crucifixion» [El uso de clavos en la crucifixión], *Harvard Theological Review* [Reseña Teológica de Harvard] 25, 1932, pp. 29-45, citado en Josh McDowel, *The Resurrection Factor* [El factor de la resurrección], Here's Life, San Bernardino, CA, 1981, p. 45.
10. William D., y otros, «On the Physical Death of Jesus Christ» [De la muerte física de Jesucristo], *Journal of the American Medical Association* [Reseña de la Asociación Médica Estadounidense], 21 de marzo, 1986, pp. 1455-63.

CAPÍTULO 12: LA PRUEBA DEL CUERPO DESAPARECIDO

1. Gerald O'Collins, *The Easter Jesus* [El Jesús de Pascua], Darton, Longman & Todd, Londres, 1973, p. 134, citado en Craig, *The Son Rises* [El Hijo resucita], p. 136.
2. Para la grabación del debate, ver William Lane Craig y Frank Zindler, *Atheism vs. Christianity: Where Does the Evidence Point?* [Ateísmo contra Cristianismo: ¿Adónde apunta la evidencia?], Zondervan, Grand Rapids, 1993. Videocasete.
3. Templeton, *Farewell to God* [Adiós a Dios], p. 120.
4. Martin, *The Case against Christianity* [El caso en contra del cristianismo], pp. 78-79.
5. *Ibíd.*, p. 81.
6. Michael Grant, *Jesus: An Historian's Review of the Gospels* [Jesús: un historiador y su reseña de los Evangelios], Charles Schribner's Sons, New York, 1977, p. 176.
7. Kirsopp Lake, *The Historical Evidence for the Resurrection of Jesus Christ* [La evidencia histórica a favor de la resurrección de Jesucristo], Williams A. Norgate, Londres, 1907, pp. 247-79, citado en William Lane Craig, *Knowing the Truth about the Resurrection* [Cómo conocer la verdad acerca de la resurrección], Servant, Ann Arbor, MI, 1988, pp. 35-36.
8. J.N.D. Anderson, *The Evidence for the Resurrection* [Evidencia de la resurrección], InterVarsity Press, Downers Grove, IL, 1966, p. 20.

CAPÍTULO 13: LA PRUEBA DE LAS APARICIONES

1. «Bomb Victim's Body Not in Grave» [Cuerpo de víctima de bomba no está en la tumba] *Chicago Tribune*, 14 de enero, 1998.
2. Martin, *The Case against Christianity* [El caso en contra del cristianismo], p. 87.
3. Gary Habermas y Anthony Flew, *Did Jesus Rise from the Dead? The Resurrection Debate* [¿Resucitó Jesús de entre los muertos? El debate de la resurrección], Harper & Row, San Francisco, 1987, p. xiv.
4. *Ibíd.*, p. xv.
5. Martin, *The Case against Christianity* [El caso en contra del cristianismo], 90.
6. Craig, *The Son Rises* [El Hijo resucita], p. 125.
7. John Drane, *Introducing the New Testament* [Introducción del Nuevo Testamento], Harper & Row, San Francisco, 1986, p. 99.
8. Green, Michael, *Christ Is Risen: So What?* [Cristo Resucitó: ¿Y qué?], Sovereign World, Kent, Inglaterra, 1995, p. 34.

9. Citado también en Gary Habermas and J. P. Moreland, *Immortality: The Other Side of Death* [La inmortalidad: el otro lado de la muerte], Nelson, Nashville, 1992, p. 60.
10. Martin, *The Case against Christianity* [El caso en contra del cristianismo], p. 75.
11. Carl Braaten, *History and Hermeneutics* [Historia y Hermenéutica], vol. 2 de *New Directions in Theology Today* [Nuevos rumbos en la teología actual], William Hordern, editor, Westminster Press, Philadelphia, 1966, p. 78, citado en Habermas y Flew, *Did Jesus Rise from the Dead?* [¿Resucitó Jesús de entre los muertos?], p. 24.
12. Michael Green, *The Empty Cross of Jesus* [La cruz vacía de Jesús], InterVarsity Press, Downers Grove, IL, 1984, p. 97, citado en Ankerberg y Weldon, *Knowing the Truth about the Resurrection* [Cómo saber la verdad acerca de la resurrección], p. 22, énfasis en el original.

CAPÍTULO 14: LA PRUEBA CIRCUNSTANCIAL

1. Black, *Black's Law Dictionary* [Diccionario legal de Black], p. 221.
2. Ver Josh McDowel, *More Than a Carpenter* [Más que un carpintero], Living Books, Wheaton, IL, 1977, pp. 60-71.
3. C.F.D. Moule, *The Phenomenon of the New Testament* [El fenómeno del Nuevo Testamento], SCM Press, Londres, 1967, p. 3.
4. Donald McFarlan, editor, *The Guinness Book of World Records* [Libro Guinness de Récords Mundiales], Bantam, New York, 1991, p. 547.
5. Clifford, *The Case for the Empty Tomb* [El caso de la tumba vacía], p. 112.

CONCLUSIÓN: EL VEREDICTO DE LA HISTORIA

1. A. N. Sherwin-White, *Roman Society and Roman Law in the New Testament* [La sociedad y la ley romanas en el Nuevo Testamento], Clarendon Press, Oxford, 1963, pp. 188-91.
2. Blomberg, «Where do we start studying Jesus?» [¿Por dónde empezamos a estudiar a Jesús?] en Wilkins y Moreland, *Jesus under Fire* [Jesús bajo Fuego], p. 43, énfasis agregado.
3. Craig, *The Son Rises* [El Hijo resucita], p. 102, énfasis agregado.
4. Julius Müller, *The Theory of Myths, in Its Application to the Gospel History, Examined and Confuted* [La teoría de los mitos, en su aplicación a la historia del Evangelio, examinada y refutada], Londres, John Chapman, 1844, p. 26, citado en Craig, *The Son Rises* [El Hijo resucita], p. 101.
5. *The Journey* [El viaje], Zondervan, Grand Rapids, 1996.
6. Michael Murphy, «The Two-Sided Game of Christian Faith» [El juego doble de la fe cristiana], en John Warwick Montgomery, editor, *Christian-*

ity for the Tough-Minded [Cristianismo para los inflexibles], Bethany House, Minneapolis, 1973, p. 123, citado en Ankerberg y Weldon, *Knowing the Truth about the Resurrection* [Cómo saber la verdad acerca de la resurrección], p. 44.

7. C. S. Lewis, *Mere Christianity* [Mero cristianismo], Macmillan-Collier, New York, 1960, pp. 55-56.

ACERCA DEL AUTOR

Lee **Strobel**, con una maestría en derecho de Yale Law School, fue un periodista galardonado durante trece años en el Chicago Tribune y otros diarios. Fue un escéptico espiritual hasta 1981. Hoy se desempeña como pastor y maestro en Willow Creek Community Church en el conurbano de Chicago. Es autor de los libros de mayor venta *Inside the Mind of Unchurched Harry and Mary* [Cómo entender a Aylín-Conversa y Mariano-Creyente], *What Jesus Would Say* [Qué diría Jesús], y *God's Outrageous Claims* [Las alegaciones descabelladas de Dios]. Lee y su esposa, Leslie, son padres de dos estudiantes universitarios y viven en West Dundee, Illinois.